

The background of the cover is a painting of a woman in a historical setting. She is shown in profile, facing left, wearing a dark dress with a white collar and a yellow and black patterned bodice. She is holding a white object, possibly a piece of fabric or a letter. In the foreground, there is a table with a red and black patterned cloth, covered with various fruits like apples and oranges. To the left, there is a window with a blue frame and a red curtain. The overall style is reminiscent of a classical painting.

SIMONE VAN DER VLUGT
Nieve roja en diciembre

Una gran
novela histórica
que entrelaza
venganza y amor

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA

Nieve roja en diciembre

SIMONE VAN DER VLUGT



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título de la edición original: Rode sneeuw in december

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2012, Simone van der Vlugt

© 2019, de la traducción: Catalina Ginard Féron

Imagen de cubierta: Johannes Vermeer

Diseño de cubierta: Hernán Verdinelli

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-28-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

PRIMERA PARTE

1

Leiden, mayo de 1552

Dicen que el amor a primera vista es algo poco común, pero que cuando llega resulta imposible sustraerse a su fuerza. Dicen que el fugaz enamoramiento y la simple atracción física nada tienen que ver con ello. Desde niña, Lidewej se ha preguntado qué es entonces.

Llama a la puerta y, en cuanto se abre, sabe la respuesta. Es reconocimiento, algo que, en realidad, no puede suscitar un desconocido. Reconocimiento mezclado con cierta atracción física, puesto que el hombre que tiene delante no le parece nada feo.

Luce un cuerpo esbelto, cuya delgadez hace que parezca más alto. Lleva el cabello oscuro bien corto y una pequeña barba, pero lo más llamativo son los ojos de color gris claro que la observan con una expresión agradable, mezcla de simpatía e interés.

-¿En qué puedo ayudaros? -le pregunta con una voz muy suave.

-Estoy buscando al doctor Andries Griffioen.

-¿Puedo preguntar con quién tengo el placer de hablar y por qué queréis ver al doctor?

-Me llamo Lidewej, soy hija de Boudewijn Feelinck, pañero aquí en Leiden. Mi padre está gravemente enfermo y quería saber si el doctor Griffioen tendría tiempo para examinarlo.

Los ojos grises la escrutan.

-¿Acaso no hay en Leiden otros médicos que puedan atender a vuestro padre?

-Sí, por supuesto que los hay, y muy buenos. Pero no son tan famosos ni

tienen tanta experiencia como el doctor Griffioen. Lo único que se les ocurre es practicar sangrías. He pensado que no puede ser una coincidencia que el doctor Griffioen se encuentre precisamente ahora en la ciudad.

El esbelto joven abre un poco más la puerta y le tiende la mano.

-Andries Griffioen, encantado de conoceros. Entrad.

Lidewej se lo queda mirando, asombrada. Esperaba encontrarse con un hombre mayor que luciera el habitual tabardo de los médicos, y no con este joven enfundado en un traje negro, sin duda de buen corte, pero bastante sencillo.

Sin haber salido aún del todo de su asombro, entra en la estancia. Se trata nada menos que de una habitación propia en una de las posadas más concurridas de Leiden, donde es habitual que varios huéspedes compartan cuarto.

-Deduzco que tenéis algo en contra de las sangrías -le dice el doctor Griffioen esbozando una sonrisa.

-¡Oh no, señor, en absoluto! Pero hasta ahora no han dado resultado. Mi padre está cada vez más enfermo y creo que su médico no sabe qué hacer -le contesta ella apresurada-. Cuando me enteré de que estabais en la ciudad, decidí venir a pedir os ayuda.

Lidewej es consciente de que los separan apenas unos pasos. Por un lado, le molesta que la presencia de él ejerza tal atracción sobre ella, pero por otro querría dar un paso más y acercarse para poder aspirar su olor.

Esa idea la hace sonrojarse levemente mientras los ojos grises siguen observándola con atención.

-¿Qué le sucede a vuestro padre?

-Hace ya una semana que tiene fiebre alta y le atormenta la tos. Respira con dificultad y se queda sin aire. Es terrible ver lo sofocado que está.

Las lágrimas que le brotan de los ojos no son fingidas, pero surten efecto.

-¿Dónde vivís, señorita Feelinck? -pregunta Andries Griffioen con sincera preocupación en la mirada.

-A orillas del canal Rapenburg.

-Eso está muy cerca de la dirección a la que he de acudir dentro de un rato. Puedo acompañaros. ¿Os parece bien?

Lidewej, que contenía la respiración, suspira con alivio.

-Sí -le contesta agradecida-. Sí, por supuesto que me parece bien. Os lo agradezco de verdad.

Con la primavera, Leiden se convierte en una ciudad completamente distinta. Acaba de empezar el mes de mayo y la promesa del verano flota en el aire. El canal no está lejos de la calle Aalmarkt, y el corto paseo le sienta bien a Lideweij.

Mientras camina junto a Andries Griffioen, Lideweij se llena los pulmones de aire fresco. Las campanas de la iglesia de San Pedro repiquetean alegres, las voces de la gente suenan tenues y ligeras, y oyendo el suave traqueteo de los carrmatos se diría que estos se dedican a dar agradables paseos.

A pesar de ello, ella procura apretar el paso. Aunque Mijntje, la criada, se haya quedado cuidando a su padre, a ella le disgusta haber tenido que salir de casa. En estos momentos, él está tan mal, que la única compañía que soporta es la suya y se inquieta sobremanera si no la tiene cerca.

Por primera vez desde hace una semana, ella vuelve a notar el aire fresco en las mejillas y el calor del sol sobre los hombros, pero no se permite disfrutar del momento. Tiene que llegar a casa cuanto antes.

Por lo visto, su rostro delata la tensión y la preocupación, pues Andries Griffioen posa la mano sobre su brazo.

-No os preocupéis en exceso -le dice-. He tratado a muchos pacientes con problemas pulmonares.

-Lo sé. He oído decir que sois el mejor en vuestro oficio. En realidad creía que seríais mucho mayor -le confiesa Lideweij.

Su sinceridad hace sonreír a Andries.

-¿Cuántos años creéis que tengo?

-Bueno, unos más que yo. Y acabo de cumplir veinte.

-Tengo treinta y dos -le contesta Griffioen sonriendo.

Por un instante, Lideweij se queda desconcertada, pero no tarda en reponerse.

-Aun así sois bastante joven para alguien de tanto renombre. Ya solo los estudios de medicina duran años.

-Eso es cierto, pero he sido agraciado con una excelente memoria -le confía Andries-. No olvido nunca lo que he leído u oído una vez. Es cierto que tuve que releer algunos libros debido a lo voluminosos que eran, pero después

quedaron grabadas en mi cabeza todas las descripciones de las dolencias, así como la medicación y el tratamiento correspondientes.

-¿Sois de Leiden?

-No, de Ámsterdam. Mi primo vive en Leiden, y ese es el motivo por el que he venido a pasar unos días aquí.

-¿Vuestro primo?

-Se llama Gilles Lammens. Tal vez lo conozcáis, tiene un taller de imprenta en la calle Breestraat.

Lideweij reflexiona y luego asiente.

-El que se encuentra entre la papelería y la librería.

-Exacto. Por desgracia no nos vemos tan a menudo como quisiéramos, pero vengo siempre que me necesita. Su esposa ha estado gravemente enferma, aunque ahora se está recuperando.

-¿Habéis venido de Ámsterdam para ayudar a vuestra prima? Qué gentil por vuestra parte.

-Son la única familia que me queda, así que los cuido -le dice Andries.

-En tal caso nos encontramos en la misma situación. A mí tampoco me queda mucha familia. Mi madre falleció hace unos años y no tengo hermanos. ¿Y vos?

Lo mira de soslayo, temerosa de haberse propasado. Sin embargo, él le contesta de inmediato.

-No, murieron todos durante la epidemia de peste de 1529. Soy el único superviviente de mi familia.

-¡Eso es terrible! -exclama Lideweij con espanto- ¿Os quedasteis completamente solo?

-Sí, pero por fortuna mi tío me acogió en su casa. Era médico y me enseñó el oficio. Ya de niño solo quería una cosa: llegar a ser médico para poder combatir la peste -le dice esbozando una fugaz sonrisa-. Y muchas otras enfermedades, por supuesto.

-¿Creéis que podréis hacer algo por mi padre?

-Todavía he de examinarlo, pero por lo que decís creo que tiene una afección pulmonar. Y existen diferentes tratamientos para curarla.

Han llegado al Rapenburg, el canal en cuyas aguas se reflejan las fachadas de las casas señoriales. Apenas han puesto un pie en la escalera de entrada,

cuando se abre la imponente puerta principal, como si la criada los hubiera estado esperando en el zaguán.

-¿Cómo está mi padre, Mijntje? -le pregunta Lidewej.

-Sigue igual, señorita.

Mijntje hace una pequeña reverencia antes de coger el sombrero y el abrigo del médico.

De arriba les llega el sonido de la tos seguido de unos pitidos sofocados. Andries no pierde tiempo y sigue a la criada por la escalera de caracol. Lidewej se apresura a subir detrás de ellos, aunque se queda junto a la puerta para estorbar lo menos posible al médico.

La oscuridad del dormitorio apenas permite ver al enfermo en la cama. Andries descorre enseguida las cortinas y deposita el maletín sobre un arcón.

Boudewijn Feelinck está reclinado sobre unos cojines que le sirven de apoyo. Tiene los ojos cerrados y no reacciona ante la aparición de un extraño junto a su cama de dosel.

-¿Tenéis por casualidad orina de vuestro padre? -pregunta Andries.

Lidewej hace una seña a la criada que se acerca con el orinal. El médico vierte algo del contenido en un frasco de cristal y luego lo examina al trasluz junto a la ventana. Acto seguido, saca un pequeño tubo de madera del maletín y ausculta los pulmones del enfermo. Después de darle unos golpecitos en el pecho, no tarda en emitir un diagnóstico.

-Vuestro padre padece una enfermedad pulmonar. Me preocupa su respiración, puesto que es muy superficial. La fiebre lo ha debilitado. ¿Cuánto hace que es tan alta?

-Ya lleva varios días así.

Andries vuelve a guardar el estetoscopio en el maletín.

-Necesito un cuenco de agua caliente. Haré una infusión de menta fresca que le ayudará a respirar mejor. También prepararé un emplasto de milenrama y ajo para frenar la infección y bajar la fiebre.

Lidewej se retuerce los dedos con nerviosismo.

-¿Se pondrá mejor?

Andries se le acerca y le pone una mano sobre el hombro.

-No voy a mentiros. Vuestro padre está gravemente enfermo. No puedo prometeros que logre salir de esta con vida.

Lidewej palidece y se tambalea, y solo la rapidez con la que Andries la agarra del brazo impide que se desplome.

Con suma delicadeza, la acompaña hasta una silla y la ayuda a sentarse. Después se arrodilla hasta colocarse a su misma altura y la observa con gesto grave.

-Siento haberos asustado, pero no quiero mentiros. Por supuesto, haré todo lo que esté en mis manos para curar a vuestro padre. ¿Os sentís bien? Respirad hondo.

Lidewej exhala un largo y profundo suspiro, y siente cierto alivio. El oxígeno que le llena los pulmones le permite recobrar fuerzas. Solo entonces se percata de que él le ha cogido las manos entre las suyas.

En cuanto sus miradas se cruzan, Lidewej experimenta algo que nunca había sentido. Una emoción desconocida que le quita el aliento, que le provoca desazón y al mismo tiempo alegría. Si solo hubiese sido un instante, tal vez lo habría pasado por alto, pero ninguno de los dos aparta los ojos.

Se miran y, aunque apenas se conocen, no necesitan mucho tiempo para darse cuenta de que entre ellos está sucediendo algo especial.

El golpeteo de los zapatos de Mijntje en la escalera rompe el silencio y la magia del momento. Andries se levanta, coge el cuenco de agua caliente que le tiende la muchacha y saca unas hojas de menta del maletín. Poco después, un aroma fresco y picante inunda el cuarto, expulsando el olor ácido que flotaba en el aire. El médico deja el cuenco sobre la mesilla de noche, junto al enfermo.

-No estaría de más ventilar esta habitación una vez al día -dice-. Abrir las ventanas de par en par puede ser muy beneficioso para el paciente. Eso sí, tiene que estar bien arropado.

-¿Abrir las ventanas? -pregunta Lidewej asombrada.

Siempre le han dicho que las corrientes de aire son el peor enemigo del hombre. Exponer a su padre a las rachas de viento y a las corrientes frías no le parece el método más oportuno para ayudarlo a restablecerse.

-¿Acaso no os hizo bien el aire fresco de antes? -le pregunta Andries.

-Yo no tengo una enfermedad pulmonar.

-Eso no importa. Todo el mundo necesita oxígeno. Abrigad bien a vuestro padre y abrid las ventanas. No mucho, solo hasta que haya salido el aire viciado.

Después de prometerle que seguirá sus instrucciones, Lidewej acompaña al médico a la planta baja. En el zaguán, él le estrecha la mano y en un instante de pánico, ella comprende que ya no volverá a verlo.

Le avergüenza que la embarguen estos sentimientos en un momento en que solo debería pensar en su padre, pero no puede hacer nada por evitarlo.

-¿Regresáis a Ámsterdam? -dice esforzándose en que su pregunta suene despreocupada.

Sin embargo, ella misma percibe el timbre tenso de sus palabras. No sabe si Andries lo habrá oído también, pero él no le suelta la mano.

-Solo volveré a Ámsterdam cuando mi presencia aquí ya no sea necesaria -le contesta-. Y creo que vuestro padre me necesitará por un tiempo.

2

Lideweij no tenía tanto contacto con su padre cuando aún vivía su madre. La muerte rompió el estrecho vínculo que la unía a ella y la dejó desesperadamente sola.

Durante días, semanas y meses enteros se despertaba por las mañanas sintiendo una enorme opresión en el pecho. Con la sensación de despertarse de un mal sueño, para descubrir que la realidad era peor. No podía hacerse a la idea de que no volvería a verla nunca más.

Wendela Bensenbroeck procedía de una familia noble venida a menos. Sus únicas opciones eran o bien contraer matrimonio con alguien de inferior condición social o bien entrar en un convento. A los diecinueve años tomó el hábito, hizo los votos y se retiró del mundo. Hasta que conoció a Boudewijn Feelinck y Wendela hizo lo impensable: salió del convento y se casó con él.

Aquel matrimonio parecía estar maldito, pues de los cuatro hijos que tuvieron, solo Lideweij sobrevivió. Sus tres hermanos murieron siendo aún niños y ella fue la única en alcanzar la mayoría de edad.

Lideweij heredó el carácter de Boudewijn. Ambos eran irascibles, impacientes, cabezotas y obstinados. Su madre siempre conseguía aplacar las muchas peleas de su juventud, pues conocía el arte de mediar en una disputa y sabía cómo calmar al padre y a la hija. Hace ahora tres años que murió a manos de un médico inexperto que no supo restañar la hemorragia provocada por una sangría.

La pena puede apartar a las personas, pero en este caso unió a padre e hija. Se acercaron el uno al otro como los únicos dos supervivientes de un naufragio y fraguaron un vínculo indisoluble. Quienes los conocían opinaban que se aferraban con demasiada desesperación el uno al otro, sin embargo, a ellos les iba bien. Cuando cumplió diecisiete años, Lideweij obtuvo de su

padre plena libertad para administrar la casa. Se encargaba de la economía doméstica y dirigía al personal con mano firme, tal como había visto hacer a su madre.

En los siguientes años, mientras que los padres de sus amigas le buscaban un esposo, el suyo no pronunció ni una sola vez la palabra matrimonio, a pesar de que ella ya era una muchacha en edad casadera.

Boudewijn Feelinck no quería que la niña de sus ojos se marchara, y ella no tenía prisas por casarse. Aunque Boudewijn le daba libertad para decidir, todavía no había aparecido un hombre que despertara su interés.

Hasta ahora.

En un primer momento, el estado de Boudewijn no hace más que empeorar. Yace en la cama cubierto por una gruesa manta y le castañetean los dientes debido a la fiebre. La piel le arde tanto que los paños mojados con los que Lideweij le humedece la frente se secan enseguida. Su sed parece insaciable y, cuando no duerme, está tan nervioso y confuso que ella ya no osa separarse de su lado.

Lideweij ventila la habitación, cambia cada hora el emplasto que cubre el pecho del enfermo y encarga a Mijntje tener siempre agua hirviendo para preparar infusiones de menta. Como no se atreve a dejarlo solo, instala otra cama en el dormitorio y pasa las noches junto a él.

Andries los visita varias veces al día para examinar a Boudewijn y prescribirle nuevos medicamentos.

-Parece que está mejor -le dice Lideweij-. Ya no tose tanto y su sueño es más plácido.

-No obstante, la fiebre sigue siendo alta y eso no me gusta. Hay que renovar continuamente los paños fríos para conseguir que baje la temperatura. -Andries aparta la mano de la frente de Boudewijn y mira a Lideweij-. ¿Y tú cómo estás?

Inadvertidamente han dejado atrás la fase del voseo, pero sin atreverse a profundizar en el nuevo tipo de relación que han iniciado. Lideweij sabe que en su casa paterna rigen determinadas normas que ella no quiere infringir. Y menos ahora que su padre está convaleciente en la cama. Además, esta mañana, Mijntje le ha comunicado con evidente preocupación que Andries no es «uno de ellos», con lo cual se refiere a que es luterano.

Eso no cambia lo que Lideweij siente por Andries. Sin embargo, aunque a ella nunca le han interesado las cuestiones religiosas, comprende que tiene un problema. Boudewijn no aceptará jamás que su hija trate con un hombre que no es católico. Ni siquiera hace falta que se lo pregunte, pues ya conoce la respuesta. La única solución es dar un paso atrás y refrenar sus sentimientos antes de dejarse arrastrar por ellos.

-Me encuentro bien, gracias -le dice en tono formal.

Andries la mira sorprendido.

-Te lo he preguntado porque pareces algo cansada. ¿No te estarás exigiendo demasiado? Tienes criados que pueden ayudarte.

-Prefiero no dejar el cuidado de mi padre en sus manos. Si algo saliera mal en mi ausencia, nunca me lo perdonaría.

-Mijntje puede velarlo en tu lugar, para que puedas dormir unas horas. De lo contrario, no aguantarás -le dice Andries.

-Duermo por las noches.

-Sí, pero en la habitación de tu padre, donde tampoco pegas ojo. En serio, Lideweij, esto es demasiado pesado para ti. Debes descansar.

-Eso lo decidiré yo. ¡Se trata de mi padre! -exclama ella sin darse cuenta.

Avergonzada por su arrebató, Lideweij junta las manos en el regazo y baja la vista.

Cuando vuelve a levantarla, siente una punzada al advertir la mezcla de sorpresa y dolor en los ojos de Andries, y tiene que morderse el labio para no retractarse.

-Por supuesto -le dice él tras una breve pausa-. Lo entiendo muy bien. No pretendía darte órdenes, solo estoy preocupado por ti.

La ternura con la que la mira le resulta insoportable, así que Lideweij da media vuelta y abandona la estancia. Sin embargo, antes de que pueda llegar a la escalera, Andries la ha alcanzado. La coge del brazo y la obliga con delicadeza a volverse hacia él.

-¿Cuál es el problema? -le pregunta-. ¿He dicho o he hecho algo que no debiera?

Si hasta ahora ya resultaba difícil contener sus sentimientos, le es totalmente imposible perseverar en ese propósito cuando tiene enfrente a la persona que provoca todas esas emociones. Lideweij es consciente de sus

deseos contradictorios y evita mirar a Andries a los ojos.

-No -dice-. Es cierto que estoy un poco cansada. Lo siento, no tendría que haber estallado de esa manera.

Consigue mantener el tono formal y Andries la mira extrañado.

-Bien -le contesta después de un tenso silencio-. En tal caso, te dejaré sola.

Cuando se dispone a bajar por la escalera, Lideweij lo retiene con un gesto de la mano.

-Mijntje me dijo que eras luterano.

Andries frena el paso y se vuelve hacia ella.

-Ajá, así que ese es el problema.

-¿Es eso cierto? ¿Eres luterano?

La respuesta tarda un poco en llegar, pues él se toma el tiempo para sopesar sus palabras.

-Me interesa el luteranismo -acaba diciendo-. Lo que oigo sobre la nueva doctrina suena razonable y lógico. Pero aún no he abandonado la Iglesia católica.

Lideweij sabe que en Leiden también hay muchos luteranos. Sin embargo, lo único que había oído hasta ahora de la nueva fe era el griterío acalorado de los que intentaban perturbar una misa. Ella siempre ha evitado presenciar las ejecuciones que se celebran en la Piedra Azul y ha seguido su camino apresurada, abriéndose paso entre la multitud congregada allí para escuchar las últimas palabras de los condenados que, desde la pira o el garrote vil, proclaman a gritos los dogmas de la nueva fe.

A ella nunca se le ha pasado por la cabeza dar la espalda a su fe, por convicción religiosa y porque no quiere meterse en problemas. Sin embargo, ahora desearía haber prestado más atención.

Lo único que sabe es que el domingo 31 de octubre de 1517, Martín Lutero, un catedrático de la universidad de Wittenberg en el Sacro Imperio Romano Germánico, se dirigió a la iglesia y clavó en la puerta una lista de noventa y cinco tesis que pudieron leer todos los que acudieron allí. A partir de aquel instante todo fue muy rápido, pues Lutero no era el único que pensaba así: miles de personas compartían su opinión. Sus tesis fueron impresas y distribuidas en secreto. La nueva doctrina recibe muchos apoyos en el sur de

los Países Bajos, mientras que en el norte la gente es más precavida.

-¿Qué implica exactamente la nueva fe? Sé que en Leiden también hay luteranos, pero no los conozco.

-¿Quieres que te hable de eso?

Ella asiente.

-Vayamos al salón.

Bajan uno tras otro y toman asiento en el cuarto que hay en la parte delantera de la casa. Es una estancia elegante con paredes cubiertas de papel pintado de guadamecí, muebles de nogal y sillas tapizadas de damasco rojo.

Lidewej cierra la puerta para que Mijntje no pueda oírlos y se sienta en una de las sillas junto al hogar. Andries toma asiento en la otra silla y se inclina hacia ella.

-Todo se resume en que una parte de los creyentes desea regresar al origen, a los principios de la fe tal como los predicaba Jesucristo -le explica-. Con el paso del tiempo, la Iglesia se ha ido alejando de ellos, ha ido añadiendo reglas y ha sacado conclusiones que no siempre son las correctas.

-¿Qué tipo de conclusiones? -le pregunta Lidewej.

-Una cuestión que personalmente considero muy importante es el tráfico de indulgencias. Me parece ridículo pensar que la culpa por los pecados cometidos pueda comprarse con dinero. El arrepentimiento sincero siempre es aceptado, pero por Dios y solo por Él. No puede concederlo el papa ni un sacerdote necesitado de dinero.

-Sin embargo, los sacerdotes han sido designados por Dios y el papa es su representante en la tierra, la persona que se halla más cerca de nuestro Señor - protesta Lidewej.

-Son ante todo humanos -recalca Andries-. La doctrina luterana respeta su posición, pero rebate que tengan derecho a comportarse como el vicario de Dios en la tierra. El papa no es divino, es un hombre que comete errores como otro cualquiera.

Lidewej calla, pues no puede negar la lógica de ese argumento.

-¿Y qué más? -pregunta, aunque se siente incómoda al pensar en lo que le va a decir a continuación.

-Cuando Jesús pidió a sus discípulos que se arrepintieran, se refería a que debían abandonar sus pecados por el resto de sus vidas -le explica Andries-.

No un día sí y otro no, para luego confesarse los domingos, hacer penitencia y conseguir de golpe la absolución de todos los pecados. Eso es muy fácil. Además, el sacerdote en el confesionario no tiene el poder de absolver todos los pecados. Eso solo puede hacerlo Dios. Un día se verá si ha oído nuestras plegarias.

-Si mi padre te oyera... -dice Lideweij en voz baja-. Si supiera que se dicen estas cosas en su casa...

-Entiendo que tu padre es un católico convencido.

-Sí.

-Y tú, Lideweij. ¿Qué piensas al respecto?

-No lo sé -le dice ella evasiva-. Es la primera vez que oigo esto. Tengo que pensármelo.

Andries la observa con escepticismo.

-¿Me dices en serio que lo oyes por primera vez? No puedo creerlo. ¿Acaso no hay luteranos en Leiden?

-Sin duda los hay, aunque yo no los conozco. A veces los oigo gritar cosas desde la hoguera, pero no me detengo. No me gustan las ejecuciones.

-Haces oídos de mercader -le dice Andries-. Porque es el camino más fácil.

-En cualquier caso es el camino más seguro. Y no puedes desprenderte de tu fe como si fuera un abrigo viejo que ha dejado de gustarte. Las cosas no funcionan así.

Andries asiente.

-Llevas razón en eso. Yo tampoco me siento capaz aún de dar la espalda a la Iglesia católica. Pero estoy a punto de hacerlo. Y las palabras de Lutero contienen mucha verdad.

-¿Qué te lo impide?

-Como bien has dicho, uno no puede desprenderse de su religión como si fuera un abrigo viejo que ya no pueda utilizar. Se va distanciando lentamente, paso a paso, hasta que se acostumbra al nuevo abrigo y está seguro de que le protegerá del frío y de la lluvia.

-¿Así que hay una posibilidad de que decidas conservar tu viejo abrigo?

Andries sonríe.

-Podría ser.

Como por arte de magia, el mundo se vuelve más luminoso gracias a esas dos palabras.

-Querrías... -Lideweij vacila, pero se obliga a sí misma a acabar la frase, pues sabe que dentro de poco él se irá y tiene que decirle lo que piensa-. ¿Querrías seguir llevando ese abrigo... por mí?

Él la mira, pero Lideweij no se atreve a levantar la vista. No debería haber formulado esa pregunta, tendría que haberle dejado a él tomar la iniciativa. Sin embargo, la paciencia no es una de sus virtudes.

Se prepara para encajar una decepción; es como si ya oyera las palabras que le pulverizarán el corazón y como si viera la compasión en los ojos de él.

Andries se pone en pie, con suma lentitud levanta a Lideweij de la silla y le sostiene las manos. La expresión grave de su rostro no es la de un joven a punto de declararle su amor a una muchacha. Lideweij se mantiene firme, dispuesta a oír las palabras que pondrán fin a su sueño.

-Lideweij -le dice Andries con dulzura-, si lo que me preguntas es si quiero cambiar de religión según mejor convenga, la respuesta es no. Es muy probable que me sume a los luteranos. Sin embargo, si me preguntas si te amo, la respuesta es sí. De alguna manera encontraremos una solución, aunque tú sigas siendo católica. A fin de cuentas, todos creemos en el mismo Dios, ¿no?

Entonces, ella levanta la vista y descubre los ojos de Andries muy cerca. Y no solo sus ojos, sino también su boca que busca la suya. Ávida y sin aliento, responde a un beso que empieza precavido, pero que se torna más y más intenso.

Solo cuando oyen la desgarradora tos procedente del piso de arriba, se separan y se miran como si los hubieran sorprendido. Sin decir una palabra, Lideweij sale de la estancia hacia la escalera, haciendo caso omiso a Mijntje que ha entrado en el zaguán y se asoma al salón.

Andries coge el maletín de médico y se dirige hacia la salida, mientras la criada lo sigue con la mirada.

3

Conocer a Lideweij ha sido una deliciosa sorpresa que él ya no esperaba experimentar en esta vida. Desde la muerte de sus padres, no ha permitido que nadie se le acercara tanto, ni siquiera sus tíos o su primo.

Aquel terrible verano de 1529, cuando la peste diezmó a la población de la villa reduciéndola a la mitad, Andries perdió a sus padres y también a sus tres hermanos, y con ellos se fue parte de su alegría de vivir. Tenía entonces apenas diez años y fue acogido por sus tíos, que lo criaron como un hijo junto a su primo Gilles, de su misma edad. A pesar de ello, él nunca se acostumbró a vivir sin sus padres.

Se convirtió en un joven serio y estudioso que prefería estar entre libros que salir de juerga. Quería ser médico, igual que su tío, para así poder luchar contra la peste cuando esta volviera a aparecer. La plaga se declaraba cada dos o tres años. Cuando los primeros toques de la siniestra campana de difuntos empezaban a propagarse por la ciudad, él se echaba a la calle y, mientras que las personas sensatas se encerraban en casa y procuraban tener el menor contacto posible con el mundo exterior, él observaba cómo sacaban los cadáveres de las casas. Examinaba los cuerpos cubiertos de bultos antes de que los metieran en carros y se los llevaran.

Mientras Gilles jugaba a las tabas o a la peonza, Andries acosaba a su tío con sus preguntas. Que de dónde venía la peste, que si era realmente un castigo divino y si era cierto que quien había contraído la enfermedad ya no podía contagiarse. Que cómo era posible curarse de la peste mientras que todos los demás morían.

-Dicen que no se puede contraer dos veces la peste -le dijo Andries a su tío-. Yo ya la he tenido una vez, así que no volveré a padecerla. ¿No es cierto?

Aunque al principio las preguntas de su sobrino lo asombraban, su tío

Ghijsbert empezó a prestarles cada vez más atención en cuanto se dio cuenta de que su interés era genuino.

-Parece que así es -admitió-, mas yo no me arriesgaría y me mantendría lejos de los enfermos.

-Pero, ¿cómo es posible que uno pueda volver a sufrir el sudor inglés y el tifus, y no la peste?

-Tampoco la viruela -le dijo Ghijsbert-. Tal vez Dios piense que una persona ha sufrido bastante con una vez y le perdone sus deudas.

-Mi padre y mi madre no habían hecho nada malo, tampoco mis hermanos. En cambio, yo sí he cometido muchos pecados. ¿Por qué no me morí yo?

En aquel momento, Ghijsbert no supo qué contestarle y no tenía tiempo para buscar una explicación. Sin embargo, en las siguientes semanas, cuando la peste fue remitiendo y él disponía de más tiempo, empezó a implicar a su sobrino en su consulta médica. Le encargaba algunas tareas, le pedía que entregara mensajes o que sostuviera instrumentos mientras él trataba a los pacientes.

Andries estaba entusiasmado. Aunque le gustaba jugar en la calle, prefería ayudar a su tío en la consulta. No tenía muchos amigos, pues la mayoría de los demás muchachos lo consideraban un chico extraño. A él, eso le traía sin cuidado, pues, al fin y al cabo, tenía a Gilles, su primo y mejor amigo.

Ghijsbert se fue percatando, muy a su pesar, de que su hijo Gilles no sentía ningún interés por la medicina; por ello, cuando los chicos crecieron, empezó a concentrarse cada vez más en Andries.

Ya sabía que Andries tenía cabeza, pero cuando inició la formación del muchacho se dio cuenta de lo inteligente que era. Bastaba con decirle las cosas una vez para que las recordara. Además, poseía la habilidad de combinar sus conocimientos, lo que le permitía sacar conclusiones acertadas que, hasta entonces, Ghijsbert creía reservadas a los médicos.

En casa, ambos debatían todo tipo de temas, si bien la peste era el que más les fascinaba. Todo parecía indicar que se trataba de un castigo divino, aunque a veces dudaban, pues no comprendían por qué se salvaban algunos y morían muchos otros. Y se preguntaban cómo enfermaba exactamente una persona.

Andries empezó a indagar sobre las diferentes epidemias de peste. Durante días enteros consultó los libros del ayuntamiento en la plaza Dam, donde a lo largo de cientos de años se habían ido registrando todas las circunstancias, los

fallecimientos, los exámenes realizados y las medidas tomadas. Descubrió que la peste se declaraba sobre todo durante los veranos húmedos y cálidos, y casi nunca en los inviernos helados. Le llamó la atención que, si bien la enfermedad se cobraba vidas en las zonas más ricas de la ciudad, causaba muchos más estragos en los barrios pobres. Eso le hizo preguntarse si las cloacas abiertas en los suburbios de la villa tenían algo que ver con ello. Era posible que los vapores hediondos contuvieran determinadas sustancias que transmitían la enfermedad.

Mientras consultaba aquellos tomos, constató que casi todos los periodos de peste habían coincidido con una plaga de mosquitos. Tomó buena nota de ello. En contra de lo que sugerían una y otra vez los libros, no le pareció que evitar la fruta y las acelgas sirviera para repeler la enfermedad, puesto que esta se propagaba sin freno pese a prohibirse la entrada en la ciudad a los campesinos con carros llenos de fruta. En cambio, consideró útil la quema de las pertenencias de las víctimas y el derribo de sus casas, puesto que el número de nuevos casos disminuyó rápidamente cuando se adoptó esta medida en el punto álgido de la epidemia.

A los veinticinco años, Andries superó el examen de maestría, que consistía en diagnosticar y tratar diferentes enfermedades en el hospital de San Pedro. Obtuvo una mención cum laude y de paso emitió un diagnóstico en relación con otros dos pacientes que no le habían sido presentados, pero que le llamaron la atención. La dirección del hospital quedó tan impresionada con sus capacidades que quiso contratarlo de inmediato. Sin embargo, Andries apuntaba más alto. Quería viajar a Lovaina para estudiar Medicina en la universidad. Pese a las protestas de su tío Ghijsbert, que confiaba en que su sobrino le ayudara a convertir la consulta en la más grande y selecta de Ámsterdam, Andries no dio su brazo a torcer. Sacó del banco parte de la herencia que le habían dejado sus padres y puso rumbo hacia Lovaina.

Allí descubrió un mundo nuevo donde se estudiaban las obras de sabios de la antigüedad como Hipócrates y Galeno, y se trataban los conocimientos más recientes de médicos como Paracelso, Ambroise Paré y Vesalio.

Sin embargo, lo que más le fascinaba eran los antiguos escritos de eruditos árabes que habían sido traducidos y se conservaban en la biblioteca sin que apenas nadie se dignara consultarlos. Sentía un enorme interés por aquellos antiquísimos conocimientos médicos y alquímicos. Acaso confiaba tanto en

ellos por el alto nivel cultural que habían alcanzado los musulmanes siglos antes de la era cristiana. En torno al año 1000, la bella y culta Constantinopla contaba con más de trescientos mil habitantes, mientras que Roma con sus treinta y cinco mil y París con veinticinco mil no podían medirse con ella. Andries no comprendía por qué no se aprovechaban más los conocimientos de un pueblo tan evolucionado como los árabes.

Realizó gran parte de sus estudios solo, sentado a la mesa de roble de la biblioteca, rodeado de folios, rollos de papel y hojas de pergamino encuadernadas. Aunque se guardó para sí sus conclusiones, que no se ceñían a las ideas aceptadas, las anotó para poder recopilarlas y publicarlas si, con la ayuda del Señor, conseguía algún día convertirse en un gran médico. Ese era su objetivo, y trabajó en él con el empeño de un hombre con una misión.

El taller de imprenta de Gilles se encuentra en la concurrida Breestraat, una calle que alberga diversas librerías, tiendas de pergaminos y hasta una fábrica de papel.

Su primo y Josine, la esposa de este, le dispensan una cálida acogida. Tienen cuatro hijos y una empresa en la que siempre hay tareas pendientes. Sin embargo, Gilles está acostumbrado a trabajar duro, pues es lo que ha hecho desde su época de aprendiz. En aquel entonces, su jornada empezaba al alba y se prolongaba hasta el anochecer sin apenas un momento de descanso. Después, todavía quedaba ordenar y limpiar. Por la noche, cuando se echaba en el jergón, se quedaba dormido de puro agotamiento.

Ahora, como maestro impresor, Gilles sigue igual de ajetreado. La competencia es feroz, le cuenta a Andries. Los talleres de imprenta se han ido multiplicando en la ciudad gracias a la enorme demanda de escrituras y biblias de la doctrina prohibida, y nadie puede permitirse el lujo de rechazar trabajo porque sea excesivo. La demanda podría disminuir de repente y por lo tanto es muy importante contar con una clientela leal.

El taller de imprenta ocupa gran parte de la casa de madera en la que viven Gilles y Josine con sus hijos. Hace falta mucho espacio para albergar las tres prensas, en las que trabajan cuatro hombres, y los armarios llenos de hojas de papel.

Lo que queda para la familia son las dos habitaciones de la parte trasera. Una hace las veces de sala de estar y cocina, mientras la otra sirve de

dormitorio para toda la familia.

Gilles y Josine lamentan mucho no tener espacio para alojar a Andries en su casa. Sin embargo, él está aliviado de poder hospedarse en una posada, pues el penetrante hedor de la tinta y del plomo le irrita la garganta y el incesante estrépito de los niños tampoco es fácil de aguantar.

Como siempre, Gilles y Josine no dejan de trabajar mientras hablan.

-Solo quedan unas horas de luz y aún tenemos un montón de faena -dice Gilles-. El gremio nos tiene prohibido trabajar a la luz de las velas debido al peligro de incendio con tanto papel. Además, es más fácil cometer errores.

-Lo comprendo -le dice Andries.

Mientras tanto, observa discretamente a su primo que maneja la prensa en actitud concentrada, y advierte que de tanto en tanto echa un vistazo al exterior, donde el sol brilla con fuerza. A juzgar por la pálida tez de Gilles, la luz del sol es un lujo que no puede permitirse disfrutar a menudo.

-¿Cómo se encuentra el señor Feelinck? -pregunta Josine, mientras clasifica el papel.

Josine aún no está del todo repuesta de su enfermedad y Andries hubiese preferido que guardara cama unos días más, pero es evidente que ella no tiene tiempo para eso. Hasta los niños, pese a su tierna edad, realizan tareas en el taller de imprenta. Ewout, el mayor, ayuda con la prensa, mientras que Hugo, Bregeta y Bor, los pequeños, friegan el suelo embaldosado.

-El señor Feelinck ha mejorado un poco, aunque podría empeorar en cualquier momento. Las enfermedades de pulmón son las más imprevisibles. Muchas veces he visto morir de forma inesperada a un paciente que estaba mejorando. El tiempo dirá.

-Su hija Lideweij es una hermosa jovencita -observa Gilles-. La madre era de la nobleza y el padre es uno de los principales patricios de Leiden. Amasó una fortuna con el comercio de paños.

Andries sonrío.

-¿Qué quieres decir con eso, Gilles?

-Me pregunto si no está fuera de tu alcance.

-No me dio la impresión de que ella pensara eso.

-Ella no, pero su padre puede que sí.

Andries se encoge de hombros y sigue hojeando un libro recién imprimido,

que aún desprende el olor de tinta fresca.

-Creo que es el menor de nuestros problemas.

Josine alza la vista y lo mira con atención y perspicacia.

-Son católicos -dice.

-Sí -le contesta Andries devolviendo el libro a su lugar.

-¡Ah! -exclama Gilles-. Eso es un problema, sí. Quizá deberías seguir siendo católico.

Para Gilles, la vida es muy sencilla: los problemas están para solucionarlos. Y para ello basta con estudiar qué opciones hay. Si resulta más práctico ser católico, pues se es católico, y punto. Y si la mayoría de la gente busca refugio en otra religión, a él no le quedará otra que respetarlo y abstenerse de hacer comentarios. Para un impresor, esa es la única forma de salir adelante; él imprime biblias de una religión con la misma precisión que lo hace con las de la otra.

En lo más hondo de su corazón, Andries siempre ha despreciado un poco ese espíritu comercial tan típicamente holandés, sin embargo, ahora se pregunta si su primo no es mucho más sensato que él.

4

Tres días después de la visita de Andries, Lideweij se despierta por la mañana y enseguida percibe que sucede algo extraño. Permanece tumbada de espaldas, sin lograr averiguar qué es, aunque nota que algo ha cambiado en la atmósfera de la habitación.

Los postigos están cerrados, por lo que la oscuridad es total y ella no tiene idea de si ya es de día. Se incorpora, inquieta, y espera a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad y perciban los contornos de los muebles. Entonces, mientras recuerda que no está en su dormitorio, se da cuenta de cuál es la anomalía. Es el silencio. No queda nada del angustioso resuello de su padre, de sus sueños febriles ni de sus gemidos.

Lideweij sale volando de la cama para abrir la ventana y después las contraventanas. Cuando se vuelve, ve a Boudewijn como siempre reclinado en la cama empotrada en el armario, pero en esta ocasión la mira parpadeando debido a la luz que entra a raudales.

-Me apetecería tomar un tazón de sopa -le dice.

Más tarde, esa misma mañana, después de que Boudewijn haya comido y dormido un rato, Lideweij se sienta en el borde de la cama y lo observa.

Él, que siempre había tenido la cara redonda, está demacrado, aunque ha recuperado el color en las mejillas y la claridad en los ojos.

-La fiebre ha remitido -le dice ella, sin salir de su asombro por el repentino restablecimiento de su padre-. Tenéis mucho mejor aspecto.

-Y me siento mucho mejor -le dice Boudewijn poniendo afectuosamente su mano sobre la de ella-. Gracias a tus buenos cuidados.

Lideweij besa la mano apergaminada.

-Habéis adelgazado mucho. Comed la sopa que os he traído. Se está enfriando.

-¿Va a venir el doctor Pregt? Quiero darle las gracias -dice Boudewijn mientras coge el cuenco de sopa de la mesilla de noche-. Es curioso, no logro recordar ni una de sus visitas. He debido de estar realmente enfermo.

-El doctor Pregt solo vino a veros dos veces. A la tercera lo despedí.

-¿Qué? -exclama él asombrado mientras deposita la cuchara-. ¿Por qué hiciste eso?

-Lo único que se le ocurría era sangraros y colgaros una bolsita con polvo de rana y piedras preciosas alrededor del cuello. De verdad, padre, todo el mundo sabe que son métodos anticuados. Supersticiones.

-Pero ha venido a verme un médico, ¿no es cierto? Creo recordar haber visto a alguien junto a mi cama.

Lidewej respira profundamente y a continuación le cuenta la verdad.

-Hemos tenido suerte de que el doctor Andries Griffioen acabara de llegar a la ciudad. Fui a verle y le pedí que os examinara. Así hizo y después os recuperasteis pronto.

-¿Andries Griffioen? -Boudewijn se incorpora de golpe derramando la sopa sobre las sábanas-. ¿No lo dirás en serio? ¿Tienes idea de a quién has metido en casa, Lidewej? ¡Ese hombre es un luterano! ¡Un hereje! Por algo vive en Ámsterdam. Esa ciudad es un criadero de adeptos a la nueva doctrina.

-Eso no es cierto. Andries siente interés por la nueva doctrina, aunque sigue siendo católico. Él mismo me lo ha dicho.

-¿Andries? -pregunta Boudewijn sin dejar de mirar a su hija.

-Es un hombre amable, padre. Decente, franco y...

-Es un hereje. ¡No puedo creer que hayas dejado entrar a un hereje en casa! -Boudewijn está cada vez más enfadado-. Todos sabemos cómo acaban los que sienten interés por la nueva doctrina. ¿Cómo puede uno interesarse por otra religión y al mismo tiempo ser un verdadero católico? Eso no existe.

De pronto tiene un acceso de tos. Lidewej se inquieta y lo ayuda a incorporarse.

-No vi nada malo en ello -le dice-. Si fuera realmente un hereje, no lo habría dejado entrar en casa. Sé lo que pensáis al respecto.

-Y tú deberías pensar lo mismo. A partir de ahora quiero que te mantengas

alejada de ese hombre, Lideweij.

No es el momento más oportuno para enfrentarse a su padre, pero Lideweij tampoco puede mentirle y darle su palabra.

-Padre, ¿qué más da que alguien sea luterano o católico? Todos somos cristianos y creemos en el mismo Dios. Y el doctor Griffioen os ha salvado la vida con la ayuda de Nuestro Señor.

Boudewijn ahoga un nuevo acceso de tos detrás de la mano y vuelve a recostarse en las almohadas.

-Aún queda por ver si ha sido con la ayuda de Dios -dice en tono hosco-. No deseo ser salvado por personas que no merecen estar vivas. De haber podido elegir entre morir o ser ayudado por esa escoria luterana, ahora estaría con Nuestro Señor.

Lideweij lo mira desconcertada.

-No lo decís en serio.

En la planta baja, el sonido de la pesada aldaba al caer contra la puerta llena el zaguán. Lideweij se levanta y desde la ventana echa un vistazo a la escalera de entrada.

-¿Es él? -pregunta Boudewijn.

Lideweij asiente en silencio.

-Paga al señor Griffioen por los servicios prestados y échalo -le ordena él mientras deja el cuenco de sopa vacío sobre la mesilla-. Ningún hereje cruzará el umbral de esta casa.

Mientras desciende por la escalera hasta la planta baja, Lideweij siente un profundo abatimiento. Mijntje ya ha abierto la puerta y Andries espera en el zaguán. En cuanto ve a Lideweij hace una cortés reverencia con el sombrero en la mano.

-La sirvienta me ha dicho que tu padre se encuentra mucho mejor.

-Así es.

Lideweij se detiene a dos pasos de él. Tiene la boca seca y su corazón palpita agitado.

-Tengo que hablarte -le dice en voz baja-. Pero no aquí.

Andries la observa asombrado por ese cambio de actitud.

-¿Dónde?

-Vendré a verte. Al mediodía, cuando mi padre duerma.

Andries asiente y sin pedir más explicaciones, acepta el dinero que Lideweij le ofrece por sus servicios, la besa fugazmente y sale de la casa.

Lideweij regresa lentamente a la primera planta, se acerca al dormitorio de su padre y se detiene en el vano de la puerta.

-¿Se ha marchado? -le pregunta Boudewijn.

Ella asiente.

-Lideweij, ven aquí.

Ella se acerca a la cama. Sin embargo, en lugar de sentarse en el borde, como tiene por costumbre, se queda de pie con las manos cruzadas mientras aguanta la mirada inquisidora de Boudewijn.

-No te sentirás atraída por ese médico, ¿verdad hija?

-No, padre.

-¿De verdad que no? Sé que aún es joven y que es apuesto -le dice lanzándole de nuevo esa mirada escrutadora, en busca del más mínimo rastro de emoción en su rostro.

-No, padre. El doctor Griffioen os ha ayudado y ahora regresará a Ámsterdam.

Él asiente lentamente con la cabeza.

-Muy bien.

-Ahora tenéis que descansar un poco. Yo también me echaré un rato. Ha sido una noche corta.

-Ve, hija mía. -Boudewijn toma con ternura la mano de su hija en la suya-. ¿Te he contado ya lo mucho que te quiero?

Lideweij se inclina y besa la mano seca y pálida de su padre.

-Yo también os quiero. Que descanséis.

-Que descanses.

Mientras sale del dormitorio, siente la mirada de Boudewijn clavada en la espalda.

5

Andries opina que no sería una buena idea mantener ahora una conversación con el padre de Lideweij. Aunque la fiebre haya remitido, aún falta mucho para que Boudewijn Feelinck esté recuperado. El estado psíquico de una persona es por lo menos igual de importante que su estado físico. Nunca se perdonaría que el padre de Lideweij se preocupara por culpa suya y volviera a caer enfermo. Una recaída en esta fase tendría consecuencias mortales.

La cuestión es: ¿qué hacer ahora? Lo que debía ser una breve estancia en Leiden se está alargando debido a un romance que le impide marcharse de aquí. Es extraño cómo algo así puede cogerle a uno por sorpresa.

Nada queda de la habitual actitud reservada con la que se protegía: Lideweij atravesó esa coraza sin que él se diera cuenta. La mirada franca, la sonrisa y la belleza de ella y, sobre todo, la actitud amorosa hacia su padre se abrieron camino directo al corazón de Andries. Hasta ahora, las mujeres no le habían interesado mucho. Le parecían divertidas o dulces, admiraba su aspecto, pero nunca había sentido lo que era conectar con otra persona.

Registra cada gesto y cada palabra de Lideweij con la fascinación de quien durante años ha sido el único hombre sobre la faz de la tierra y, de repente, se topa con otro congénere.

Ha prolongado unos días su estancia en Leiden, pero ya va siendo hora de que haga el equipaje. Aunque no es el único médico del hospital de San Pedro, siempre hay tantos pacientes que apenas pueden pasar sin él. Por muy duro que le resulte, tiene que regresar a Ámsterdam.

Mientras mira por la ventana, ve llegar a Lideweij. Se ha cubierto la cabeza con una capucha negra y parece tener prisa. Entra en la posada sin levantar la vista. Y poco después, Andries oye que alguien llama a la puerta.

La abre y vuelve a cerrarla tan pronto Lideweij ha entrado. Se abrazan y se besan, y permanecen algún tiempo estrechándose.

Después, Andries la aparta un poco de sí y le pregunta:

-¿Qué ha pasado?

-Le he dicho a mi padre quién lo ha tratado. No le ha gustado nada -le contesta Lideweij.

-A ver si lo adivino: ¿tiene la religión algo que ver con ello?

Lideweij asiente.

-Me ha prohibido volver a verte.

Andries exhala un profundo suspiro.

-Tengo que regresar a Ámsterdam -dice-. No puedo aplazarlo por más tiempo, mis pacientes me esperan. Pero volveré y hablaré con tu padre. Tal vez para entonces tenga una opinión más matizada.

-¿Más matizada? ¿Sobre la religión? Si sientes la más mínima simpatía por la nueva doctrina, mi padre no dará nunca su consentimiento -dice Lideweij abatida.

-Dentro de un año ya no necesitarás su consentimiento. Entonces serás mayor de edad y podremos casarnos. ¿Qué me dices, Lideweij? ¿Podrás esperarme un año?

-No -dice ella con dulzura-. En realidad no. Aunque, si es preciso, lo haré. La sola idea de no volver a verte durante tanto tiempo...

El rostro se le ensombrece y por un instante parece estar a punto de echarse a llorar.

-Por supuesto que nos seguiremos viendo -la tranquiliza Andries-. Entretanto vendré a verte. E intentaré convencer a tu padre.

-¿Cuándo te marchas?

-Mañana -dice él-. Mañana temprano.

Lideweij guarda silencio.

Andries le coge la cara con ambas manos y se inclina hacia ella. Sus labios se rozan en un gesto cargado de ternura y tristeza.

No es el primer beso que intercambian, pero este es diferente y se vuelve más intenso a medida que se prolonga. En cuestión de segundos, pasan de encontrarse en el centro de la habitación a estar tumbados en la cama.

La respiración de Andries se acelera, sus besos se tornan más ávidos. Ella

siente la mano de él sobre la piel desnuda, sobre el muslo, sobre el vientre, abriéndose camino hacia arriba. Él la besa donde pueden llegar sus labios, pero no va más allá.

Se quedan toda la tarde tumbados en la cama hablando de los acontecimientos que han marcado sus vidas, haciendo un esfuerzo por tender con urgencia un puente entre el antes y el ahora. Cuando se despiden, juran que no será para siempre.

-Te escribiré. Enviaré mis cartas a Gilles y podrás recogerlas allí. Y tan pronto tenga la oportunidad, vendré a verte y hablaré con tu padre -le dice Andries.

Lidewej asiente y sonrío. Se abrazan por última vez, se besan de nuevo y entonces ella se marcha.

Por la noche, mientras está cenando en el mesón, Andries bebe más de lo habitual para espantar el abatimiento.

Nada le impide abandonar Ámsterdam, salvo quizá su trabajo, que en estos momentos carece de atractivo para él. El frío y la soledad se apoderan de él cuando piensa que debe irse a la mañana siguiente.

El mesonero se acerca a su mesa y se detiene delante de él.

-Ha llegado una carta de Ámsterdam para vos, doctor.

Andries lo mira asombrado.

-¿Una carta? ¿De Ámsterdam?

Cuando tiende la mano para cogerla, el mesonero le señala a un joven con vistosos ropajes que está sentado en un rincón del mesón.

-El mensajero quería entregárosela personalmente.

Eso es sumamente extraño. ¿Qué podría ser tan importante para que le enviaran a un mensajero? Lo único que se le ocurre es que haya habido una urgencia en el hospital de San Pedro, aunque, aun así, es impensable que incurran en gastos para llamar a un médico que se encuentra tan lejos de la ciudad. Algo en las ropas del mensajero le ha advertido de inmediato de que hay otra razón.

Preso de una creciente preocupación, Andries se dirige hacia el joven que se levanta enseguida y lo observa con gesto grave.

-¿Sois Andries Griffioen, médico municipal del hospital de San Pedro de Ámsterdam?

-Así es.

-Os traigo una carta que debo entregaros personalmente. Tengo orden de esperar vuestra respuesta.

El joven le entrega un rollo de pergamino que no hace más que acrecentar la extrañeza de Andries. El papel es grueso y pesado. La hoja no es de vulgar vitela, sino de costoso pergamino, provisto de un sello de lacre. Andries se queda atónito mirando el sello estampado en el lacre rojo.

Sin perder tiempo, rompe el sello y desenrolla el pergamino. Su nombre figura en el encabezamiento con letra afilada y precisa. Sin detenerse a leer el contenido del escrito, desliza los ojos hacia la parte inferior de la carta para comprobar quién la firma. En cuanto lo ve, necesita sentarse.

Al día siguiente se levanta muy temprano, antes de que amanezca. Le espera un largo viaje y quiere marcharse en cuanto abran las puertas de la ciudad.

Abre la contraventana y echa un vistazo fuera. Por la calle ve pasar a un grupo de bataneros con el cuerpo cubierto únicamente por un largo delantal. Aunque han empezado la jornada de trabajo a las dos de la madrugada, tras horas metidos en una pila llena de orina y otros productos desengrasantes, necesitan respirar algo de aire fresco. Y, por mucho frío que haga, cuando se está cubierto de orina, es preferible pasearse medio desnudo que echar a perder la ropa de vestir.

Andries se pone la camisa, el jubón y las calzas, y se ata los cordones de los zapatos abotinados. Abandona la posada sin haber desayunado y camina por las calles de Leiden sumidas en la penumbra.

Poco después recorre los muelles en busca de transporte. No tiene caballo y viajar en carruaje es caro e incómodo. Prefiere desplazarse en alguno de los barcos que conectan una ciudad con otra transportando mercancías y pasajeros. Con tal de que paguen, siempre hay barqueros dispuestos a aceptar viajeros.

Consigue una plaza en una gabarra y, antes de que los primeros rayos de sol acaricien las torres de Leiden, deja atrás la villa surcando las aguas del Rin.

Durante mucho tiempo puede ver las gruesas murallas encogerse y desdibujarse, hasta desaparecer detrás de las anchas curvas del río.

El viaje se prolonga durante tres largos días. Desembarca en Róterdam, donde pasa la noche, y a la mañana siguiente vuelve al puerto para buscar un barco que lo lleve. Toma el primero que se dirige a Dordrecht y, cuando llega allí en torno al mediodía, aprovecha para comer en un mesón de la ciudad.

A falta de ríos anchos, esta vez toma un coche, puesto que su viaje casi ha concluido. Ámsterdam ha quedado atrás y por ahora tendrá que esperar. Su destino es Breda. Para ser más exactos, el castillo de Breda, donde es amo y señor Guillermo de Orange.

6

Breda, mayo de 1552

La enfermedad no podía haber llegado en peor momento. Le faltan solo dos semanas para partir y todavía le quedan muchos asuntos por resolver. Además, necesita estar en forma, fuerte y sano. Aunque casi está curado, Guillermo, príncipe de Orange, no se siente en absoluto en forma. Él, que en toda su vida apenas ha estado un día enfermo, ha sufrido el ataque de la viruela precisamente ahora.

Su médico le ha asegurado que se trata de un ataque leve y que se recuperará pronto, de eso se encargará él personalmente.

Sus médicos y su esposa Ana lo han rodeado de todo tipo de cuidados.

El resultado es que la fiebre está remitiendo y que las desagradables pústulas disminuyen a ojos vistas.

En el gran espejo de cuerpo entero, Guillermo se examina con detalle el rostro, donde, gracias a Dios, la viruela que tanto picor le provoca no ha dejado huella. De eso se han encargado sus médicos al envolverle las manos en guantes de lana cuando la fiebre y el picor eran extremos, unos guantes que no podía quitarse de ninguna manera.

Endereza la espalda y se recoloca el cuello de escamas que sobresale del jubón de terciopelo encarnado, feliz de haber recuperado la salud, satisfecho con su vida y encarando el futuro con optimismo.

Ya no puede permitirse seguir guardando cama, es hora de ponerse manos a la obra. Como señor de la villa de Breda recibe incesantes peticiones y debe resolver problemas. Todas las mañanas celebra una audiencia en la sala magna, donde escucha, reflexiona y decide.

Le ha costado sentirse en casa en este castillo que heredó hace ocho años. Su tío, Enrique III, deseaba convertirlo en un moderno palacio renacentista y emprendió una profunda reforma que todavía tardará en completarse y que Guillermo ha adaptado a su antojo. No se atiene a los planes originales del arquitecto, Thomas Vinidor da Bologna, quien, acostumbrado al clima italiano, no había tenido en cuenta las duras condiciones meteorológicas de los Países Bajos. A Guillermo le bastó con echar un vistazo a las galerías ventosas y abiertas para decidir que había que cerrarlas.

Tras mirarse por última vez la cara, aún pálida, pero ya no tan sudorosa, el príncipe se aleja del espejo y se dirige hacia la ventana. Con cada paso que da, el suelo de madera cruje bajo su peso. Sumido en sus pensamientos, mira afuera y, en lugar de ver los tejados y las torres de las iglesias de Breda, aparecen ante sus ojos las vistas que le ofrecían sus aposentos en el castillo de Dillenburg. Qué extraña es la vida. Un suceso inesperado puede provocar un giro brusco que corta abruptamente el camino cuidadosamente trazado.

¿Han transcurrido realmente ya siete años desde que se vio obligado a abandonar la casa paterna en el Sacro Imperio Romano Germánico? A la sazón, solo tenía once años. Si no le hubiesen permitido llevarse consigo a sus amigos, los condes Wolfgang von Isenburg y George von Westerburg, habría tenido una juventud muy solitaria. Durante años permaneció en la corte de Bruselas, en un mundo de adultos y de rigurosa etiqueta, rodeado de sus tres tutores, que hasta entonces eran unos perfectos desconocidos.

Procede de una antigua y poderosa estirpe de condes. Las posesiones de la familia Nassau se extienden tanto por el Sacro Imperio Romano Germánico como por los Países Bajos. En 1544, esas propiedades se ampliaron gracias al matrimonio de su tío, Enrique III con Claudia de Châlon, hija de Juan de Châlon, que regía como soberano del principado de Orange en el sur de Francia. Renato, el único hijo nacido de este matrimonio, fue el primer Nassau en llevar el título de príncipe de Orange. Sin embargo, no disfrutó por mucho tiempo de su título ni de sus posesiones, pues murió en el campo de batalla a los veinticinco años.

Guillermo el Rico, conde de Nassau, era considerado el sucesor más probable; pero no fue él quien heredó la fortuna de Renato, sino su hijo Guillermo de once años.

Su designación como único heredero en el testamento en lugar de su padre

se debía seguramente al hecho de que este último no escondía sus simpatías por la doctrina protestante. Un niño de once es más fácil de influenciar que un hombre adulto, sobre todo si el testamento prescribe que debe ser educado en los Países Bajos por tutores nombrados en el codicilo.

La herencia cambió la vida de Guillermo de forma radical. De la noche a la mañana pasó a ser propietario del principado de Orange, de una cuarta parte del condado de Brabante, así como de grandes extensiones de tierra en Luxemburgo, Flandes, el Franco Condado e Italia. En los Países Bajos podía llamarse señor de numerosos pueblos, condados y feudos, siendo los principales la villa y el castillo de Breda. Sin embargo, lo que lo distinguía a partir de entonces de todos los demás miembros de la nobleza que lo rodeaban era su título de príncipe.

No obstante, el sacrificio fue grande. Apenas volvió a ver a su familia. Todavía sigue echando mucho de menos su hogar y añora a sus padres; una herida que nunca se ha curado del todo. Si sus padres no hubiesen ido a visitarle de vez en cuando a Bruselas, quizá los habría visto solo unas cuantas veces desde que se marchó de Dillenburg.

Tardó un año en acostumbrarse a su nueva vida como príncipe de Orange, como lo llamaban en los Países Bajos. Solo entonces empezó a comprender que se encontraba en una posición excepcional que lo situaba por encima de todos los nobles holandeses. Aprendió a disfrutar de todo lo que le ofrecía su nueva vida, de su buena relación con el emperador Carlos y de su tímida amistad con Felipe, el hijo de este, al que Guillermo solo llevaba seis años. Y tal vez fuera mejor que hubiese salido a tiempo de debajo de las alas protectoras de su madre Juliana. Encontró todo el amor de una madre y el cuidado femenino que necesitaba en la gobernadora María de Hungría, hermana del emperador Carlos. María se hizo cargo de él y, al no tener hijos propios, le brindó todo el afecto que guardaba en su interior. El vínculo entre ambos sigue siendo bueno, aunque él ya haya abandonado la corte de Bruselas.

«Su casa» es ahora el castillo de Breda, donde es amo y señor, a sus dieciocho años y recién casado con Ana.

-¿Monseñor?

El mayordomo Godfried van Erpt, señor de Warremborch, aparece en el vano de la puerta y hace una reverencia.

-¿Sí? -dice Guillermo volviéndose hacia él.

-Ha llegado vuestro invitado. ¿Dónde queréis recibirlo?

Guillermo reflexiona unos instantes.

-Llévalo a la sala de recepción pequeña. Solo seremos nosotros dos.

-Muy bien, monseñor.

Godfried se inclina de nuevo ante él y acto seguido se marcha.

Guillermo vuelve a inspeccionar su aspecto, antes de abandonar el vestidor y atravesar los largos pasillos que conducen a la sala de recepción.

Aunque hace buen tiempo y el sol calienta los tejados de Breda y los del castillo, en los pasillos hace frío. En invierno son gélidos, y resulta imposible calentarlos, al igual que la mayor parte del castillo. Costaría una fortuna caldear todas las estancias y pasillos, y ni siquiera en verano se consigue del todo. Solo los enormes tapices logran frenar las corrientes de aire, y Guillermo no ha escatimado gastos a la hora de adquirirlos.

A ambos lados de las puertas de la pequeña sala de recepción hay apostados centinelas, señal de que ya ha llegado la persona a la que esperaba. Los centinelas le abren las puertas y Guillermo entra. La temperatura en la sala es agradable.

La alargada estancia con suelo de madera está presidida por una pesada mesa de roble, rodeada de sillas de respaldos altos tapizadas con cutí. Junto a la ventana, cerca de la lumbre, hay dos sillones iluminados por la luz difusa del sol.

Su visitante se encuentra en el centro de la sala, entre la larga mesa y el pequeño asiento de la ventana, y, con las manos en la espalda, contempla la representación en un tapiz.

Cuando ve entrar a Guillermo, el hombre hace una profunda reverencia.

Guillermo se le acerca y le estrecha la mano.

-¿Señor Griffioen? Me complace conocerlos.

-El placer es mío, monseñor. Es un gran honor.

Sus palabras parecen salir de lo más profundo de su corazón, sin resultar serviles.

Guillermo sonrío y mira el tapiz que tienen delante.

-Os he visto admirar a mi antepasado.

-Es un obra espléndida, monseñor. No puedo por menos que decirlo.

-Es mi tío abuelo Engelberto -aclara Guillermo mientras observa al noble

vestido de negro representado en el tapiz, que le devuelve la mirada, mientras sostiene un halcón.

Engelberto II de Nassau, caballero de la orden del Toisón de Oro y favorito del emperador, que gracias a su ambición y a su lealtad llevó la estirpe de los Nassau hasta la más alta nobleza.

Su visitante inclina la cabeza en señal de respeto.

-Tomad asiento -le dice Guillermo señalando uno de los sillones-. ¿Puedo ofreceros algo? Tenéis un largo viaje a vuestras espaldas. Vivís en Ámsterdam, ¿no es cierto?

-En efecto, monseñor. Aunque me encontraba en Leiden cuando me llegó vuestro mensaje.

Guillermo hace una señal a un paje que espera instrucciones en un rincón de la estancia. El joven desaparece y ellos se quedan a solas, sin contar con los centinelas apostados en la puerta. Guillermo va directo al grano.

-Sin duda, mi invitación os habrá sorprendido. Deseaba conoceros. He oído hablar mucho de vos, señor Griffioen.

Andries se limita a asentir brevemente con la cabeza y espera.

-Aún sois joven -constata Guillermo después de observarlo-, y no obstante habéis conseguido adquirir renombre en poco tiempo. Eso apunta a que tenéis o bien mucha suerte o bien muchos conocimientos. Me han contado que se trata de esto último. Todos mis médicos sin excepción os tienen en alta estima. Os consideran una promesa para el futuro.

-Me halagáis, monseñor.

-En absoluto. Me limito a exponer los hechos tal como son. Os explicaré por qué os he hecho venir. Por fortuna, no es que necesite un médico.

Andries Griffioen esboza una sonrisa que relaja los rasgos de su rostro.

El príncipe sonríe a su vez.

-Acabo de recuperarme de la viruela -le confía a Andries-. No del todo, mas ya me estoy reponiendo.

-Y por lo que veo no tenéis fiebre -dice Andries observándolo con una mirada profesional-. Vuestra cara está intacta y vuestra mirada es clara. Si me permitís que os dé mi opinión, os diré que vuestros médicos han hecho un buen trabajo.

-¿Dónde habéis estudiado, señor Griffioen? -pregunta el príncipe.

-Me formé con Ghijsbert Lammens y después estudié en Lovaina.

-¿Ghijsbert Lammens?

-Mi tío, monseñor. Siempre me decía que la práctica diaria era la mejor escuela. Los médicos eruditos con un título de doctor menosprecian el trabajo manual, por así decirlo. Él insistió en que aprendiera a tratar fracturas, a sacar muelas, a realizar sangrías y a vendar heridas. Ese tipo de tareas que muchos médicos prefieren dejar a un barbero-cirujano. Mi tío me enseñó a no menospreciar el viejo oficio y a desarrollar el sentido de la observación. Para tratar las enfermedades hay que conocerlas en todas sus facetas. Mi tío solo me dejó ir a la universidad a aprender el lado teórico del oficio cuando fui capaz de llevar a cabo todas las operaciones que suele realizar un barbero-cirujano.

Resulta evidente que esa forma de pensar es del agrado del príncipe, que asiente con gesto de aprobación antes de decir:

-Así que no rehuís las labores menores. Lo valoro mucho. ¿Es ese acaso el secreto de vuestro éxito?

Andries se queda pensativo. ¿Es ese el secreto de su éxito? Sospecha que lo es en parte. Pero hay algo más.

-También leo -dice-. En la universidad se imparten clases muy instructivas sobre sabios como Hipócrates y Galeno, pero se limitan a ellos dos. Sin lugar a dudas, las enseñanzas de Hipócrates y Galeno deben incluirse en una formación médica, pero hay muchísimo más.

-¿Como qué? -pregunta el príncipe con interés.

-Las obras de los antiguos árabes. Allí se encuentra el origen de nuestros conocimientos médicos. Se trata de conocimientos que corremos el riesgo de perder. Los árabes estaban muy avanzados con respecto a nosotros.

-Lo mismo dice siempre mi madre -observa el príncipe asombrado-. Según ella, no morirían tantas personas si se estudiaran los escritos de los antiguos eruditos.

-Vuestra madre parece una mujer sabia.

-Lo es sin duda. No conozco a nadie que sepa tanto de la naturaleza y del cuerpo humano como ella. Tiene su propia botica, donde enseña a mujeres, y hace poco abrió una filial en Rudolstadt.

-Es extraordinario. ¿Es por ello por lo que tenéis tanto interés en la medicina?

-En efecto. Debo gran parte de mis conocimientos a mi madre. Me gusta rodearme de personas cuyas ideas se salen de los patrones establecidos. De ahí que quisiera conocerlos -dice el príncipe-. No me faltan médicos expertos, pero todos ellos son mayores. Si bien la edad no es óbice para que ejerzan esta profesión, puesto que les aporta sabiduría y experiencia, los hace menos idóneos para la misión que me espera dentro de poco.

Dos pajes entran en la estancia, uno de ellos sostiene una bandeja con pasteles y dulces, el otro una con dos copas y una jarra de vino tinto. Mientras les sirven pasteles y vino, el príncipe sigue hablando:

-Como sabréis, el emperador Carlos lleva ya años en guerra con Turquía y Francia para defender las fronteras de su imperio. Pues bien, ahora está a punto de declararse una nueva guerra contra Francia. El emperador me ha nombrado comandante del ejército germánico neerlandés y me ha encargado que haga retroceder a los franceses.

Andries asiente en señal de que está al corriente de la cuestión.

-Por supuesto esperamos que haya la menor cantidad posible de víctimas; sin embargo, los soldados no solo mueren en el campo de batalla. También pueden enfermar. Los campamentos son muy sensibles a las epidemias. Hemos menester médicos que no padezcan gota y asma. Hombres con aguante y que no necesiten tratamiento para el resfriado a la que caigan las primeras lluvias. - Guillermo se reclina en el sillón y juguetea con el anillo de sello que tiene alrededor del dedo-. Vuestro nombre se ha mencionado en repetidas ocasiones, señor Griffioen. Y ahora que os he conocido, estoy plenamente convencido de que sabríais soportar las incomodidades del campamento del ejército. Ni que decir tiene que os recompensaré bien por vuestros servicios. ¿Qué me decís?

Andries siente todo un torrente de emociones. La sorpresa y el orgullo que le provoca la petición del príncipe compiten con la duda y el disgusto ante la perspectiva de tener que pasar una larga temporada en un campamento lleno de barro. Por no hablar del tiempo que estaría separado de Lidewej.

-No tenéis que responderme de inmediato -le dice Guillermo amablemente-. Me figuro que habréis de reflexionar sobre esta propuesta.

-Gracias, monseñor. Me imagino que requeriréis mis servicios durante un periodo largo. ¿Tenéis alguna idea de cuánto se puede prolongar?

Guillermo se encoge de hombros.

-Pueden ser semanas, pero también muchos meses. No hay nada tan imprevisible como una guerra -dice observando a su invitado que, a todas luces, es víctima de una intensa duda-. ¿Hay algún problema, doctor? Tenía entendido que eráis soltero y sin hijos. Dejáis atrás vuestro trabajo, mas no una familia. Precisamente eso os convertía en un candidato tan idóneo.

-Es cierto -dice Andries tras un breve silencio-. No tengo esposa ni hijos. Aún no.

-¡Ajá! -exclama Guillermo esbozando una sonrisa que devuelve la juventud a su rostro-. Lo entiendo. Bien, quizá os tranquilice saber que existe la posibilidad de mantener correspondencia desde el campamento. Hay mensajeros que viajan a Bruselas, desde donde las cartas se reparten a otras ciudades.

Las dudas de Andries todavía no se han despejado, aunque es demasiado educado para decirlo abiertamente.

-Puedo ofrecer un magnífico salario -le dice Guillermo.

El importe que menciona a continuación pone fin a la lucha interior de Andries.

7

Leiden, septiembre de 1552

Lidewej espera a que Andries vuelva o le escriba. Sin embargo, las semanas transcurren sin que lleguen noticias. El verano está a punto de dar paso al otoño, y ella todavía no ha recibido ni una sola palabra de Andries.

Se pregunta con inquietud si la habrá olvidado. Envía varias veces a Mijntje al taller de imprenta de Gilles, pero la criada regresa siempre con las manos vacías.

Hasta que un día llega la primera carta de forma inesperada. Lidewej está haciendo la compra con Mijntje en el mercado de trigo cuando se topa con Josine, la mujer de Gilles.

En un primer momento, Lidewej no reconoce a la pálida y frágil joven, y mira asombrada los rollos de papel que le tiende.

Y de repente comprende.

Josine se ha plantado justo delante de ella y no parece dispuesta a moverse, por lo que a Lidewej le resulta imposible marcharse apresurada con las cartas. Entonces advierte el gesto de Mijntje, que se frota el pulgar y el índice para dejar claro que la mujer espera una recompensa.

Lidewej busca en la cesta, saca la bolsa y le entrega algunas monedas a Josine.

-Gracias, señora -le dice esta apretando las monedas en la mano antes de desaparecer entre la muchedumbre de amas de casa y criadas que miran y regatean.

-Ni una palabra de esto a mi padre, Mijntje -advierte Lidewej metiendo las cartas en la cesta.

-Claro que no, señora -le dice Mijntje con sinceridad-. Me imagino que querréis volver enseguida a casa.

-En realidad sí, pero aún no hemos acabado del todo. Démonos prisa.

Se ponen en la cola del puesto de acelgas. Muchas mujeres dejan que la criada haga las compras diarias, pero Lidewej no quiere quedarse todo el santo día encerrada en casa. El tiempo se eterniza sin otra cosa que hacer que bordar y tocar el clavicémbalo. Ella prefiere pasearse por la ciudad, cruzar el puente y recorrer los muelles del Nieuwe Rijn, donde se celebran mercados y donde siempre reina una agradable animación. Hacer la compra o ir a la iglesia es la única excusa que tiene una mujer de cierto prestigio para salir a la calle, por lo que ella suele disfrutar sin prisas de estas salidas.

Sin embargo, a partir del momento en que Josine le ha entregado las cartas, Lidewej no hace más que exasperarse por la agitación que la rodea. El mercado ha perdido todo interés para ella, los rollos de vitela queman en el fondo de la cesta de mimbre y lo único que quiere es devorar su contenido en la calma de su cuarto.

Se percata con gratitud de que Mijntje se cuela sin ser vista y se hace cargo del regateo sobre el precio. En cuanto han llenado sus cestas, ambas se apresuran a volver al canal Rapenburg.

En casa, tiene el reino para ella sola. Su padre pasa gran parte del día fuera. Cuando no está en el taller donde se cardan las telas que ha comprado, se da una vuelta por la tintorería para supervisar el uso de los tintes adecuados o por la lonja, donde los inspectores controlan los paños acabados. Ninguna tela sale de allí sin llevar el preciado sello de calidad del paño de Leiden.

Mientras Mijntje recoge la compra, Lidewej se queda leyendo en la sala de estar.

Una carta ha tardado algo más que las otras, por lo que ahora ha recibido tres a la vez. En la primera se explica el porqué: Andries ha sido contratado como médico del ejército del príncipe de Orange.

Esa noticia le arrebató a Lidewej la pizca de esperanza que le quedaba. Es de sobra conocido que Guillermo de Orange ha sido educado como luterano por sus padres. Su gran familia al completo se ha adherido a la nueva doctrina. La educación de Guillermo en los Países Bajos es la responsable de que ahora el príncipe tome asiento en los bancos de la iglesia como un buen católico, aunque cabe preguntarse si realmente se ha convertido.

Lideweij lee las cartas con ansia, sus ojos vuelan sobre las líneas. Andries le declara sin cesar su amor, pero también le habla del contexto político. Ella lee con atención lo que escribe, pues la situación en el frente es lo que determinará si Andries se queda allí o regresa pronto a Leiden.

Como soberano del Imperio de los Habsburgo -que abarca los Países Bajos, España, Italia, el imperio alemán y las colonias en el Nuevo Mundo- el emperador Carlos es el monarca más poderoso del mundo. Demasiado poderoso para el gusto del rey Enrique II de Francia, que ha buscado y encontrado aliados en el Imperio otomano para limitar el poder de Carlos.

En respuesta a la amenaza procedente de Francia, la gobernadora María de Hungría, en representación de su hermano Carlos, ha nombrado a su pupilo Guillermo de Orange teniente general. Ahora, la misión de Guillermo es vigilar las fronteras nacionales con una compañía de soldados holandeses.

«Por ahora no ha habido enfrentamientos», escribe Andries. «Permanecemos aquí a la espera de que suceda algo, mas en el momento en que escribo estas líneas, todo está tranquilo. Paso los días curando resfriados y pequeñas lesiones, y manteniendo largas conversaciones con el príncipe. Es un joven inteligente con amplias inquietudes. No sé si es por aburrimiento o por interés, pero quiere saberlo todo sobre medicina. Podemos pasarnos horas hablando de enfermedades, de su origen y de los remedios. He de decir que hemos congeniado y que, a pesar de la diferencia de posición social de la que soy consciente en todo momento, ha surgido entre nosotros una relación de amistad. Esto, sumado al buen salario que gano, es lo único que merece la pena de esta empresa, pues me asegura tener algo que ofrecerte más adelante. ¡Si supieras cuánto preferiría estar ahora contigo en Leiden! Aunque solo hemos podido disfrutar brevemente de la compañía del otro, es como si te conociera desde hace años. Estábamos predestinados a encontrarnos, como también estamos predestinados a estar juntos algún día. Espero de todo corazón que ese día no sea muy lejano.»

Eso espera también Lideweij, pero llega el otoño y luego el invierno, y en sus cartas Andries no dice ni una palabra de volver.

Ella le responde y entrega las cartas en una oficina de la ciudad. Desde ese punto, parten postillones a caballo hacia diversas ciudades y zonas de estacionamiento. El correo se clasifica y se despacha en las villas circundantes, por lo que pueden pasar varios días antes de que una carta

alcance su destino.

Los asaltos o el mal tiempo hacen que, con regularidad, el correo se pierda o se retrase de tal forma que el destinatario recibe dos o tres cartas a la vez.

Sin embargo, por lo visto, las cartas de Lideweij acaban llegando, pues Andries las contesta loco de alegría.

Dado que el hombre al que ama se siente atraído por la nueva doctrina, Lideweij también se interesa por ella. Antes prestaba poca atención al tumulto en torno a la ideología luterana. Los asuntos de la Iglesia nunca despertaron su interés. Cree en Dios, sin por ello dar demasiada importancia a las prohibiciones y a los mandamientos. Todos los viernes, encarga a Mijntje que vaya a buscar pescado, para seguir las normas de ayuno, pero más porque es lo que se espera de ella que por convicción religiosa.

Sabe que en Leiden hay muchos seguidores de la nueva fe, aunque no tienen lugar tantas ejecuciones de herejes como en otras ciudades. Cuando vuelven a surgir anabaptistas, las autoridades intervienen y arden de nuevo las llamas en la Piedra Azul del centro de la villa, aunque suelen dejar en paz a los luteranos. Las autoridades municipales de Leiden no tienen ganas de actuar con mano dura. Su principal objetivo es comerciar, y eso exige un clima tolerante que aporte seguridad a los clientes alemanes e ingleses. El protestantismo goza de mucha popularidad en el Sacro Imperio Romano Germánico y en Inglaterra, y, por consiguiente, los patricios de Leiden toleran la nueva doctrina. Muchos notables de la villa se han convertido al luteranismo o al calvinismo y, aunque no lo anuncian a bombo y platillo, es un secreto a voces.

Durante una de sus visitas al taller de imprenta de la Breestraat, Lideweij le pide a Gilles una biblia luterana. En la librería las venden bajo mano y basta con pedir las discretamente, para que el librero saque una. Sin embargo, ella conoce a Gilles y le parece más seguro acudir a él que confiar en la discreción de un desconocido.

Un decreto imperial dicta que se quemen todos los libros y escritos herejes. Pero quemarlos tiene poco sentido puesto que se reimprimen con igual rapidez y los vendedores ambulantes y los barqueros traen a diario nuevos ejemplares de Amberes.

Lideweij vuelve a casa con el libro prohibido escondido debajo de las ropas y solo lo abre cuando está segura de encontrarse a solas.

Al principio se siente culpable de abrir algo distinto del familiar libro de oraciones, pero a medida que avanza con la lectura se va sumergiendo en él.

Lo que lee le gusta. Volver al origen, a los principios que predicó Jesucristo a sus discípulos, no le suena a herejía.

Comprende las emociones y las preguntas que suscita este texto en muchas personas. Ella misma siente surgir cierta duda en su corazón. Hasta entonces no se había parado a pensar en ello, pero en efecto, la riqueza de las iglesias y conventos ofrece un duro contraste con la pobreza del pueblo llano. Si los diez mandamientos dicen que no hay que adorar a imágenes e ídolos, resulta extraño que no pase un solo día sin que se venera a uno u otro santo.

Lidewej está sentada con la biblia en el regazo y no logra decidirse. ¿Quién tiene razón, la vieja Iglesia o la nueva? Y ¿le importará a Dios que se elija una u otra creencia?

No tiene a nadie a quien formular estas preguntas.

8

Frontera entre los Países Bajos y Francia,
noviembre de 1552

Andries se pregunta varias veces al día qué diablos está haciendo en este campamento militar. Cuando el príncipe le pidió que sirviera como médico, se hizo una idea bien distinta de cómo transcurrirían sus días. Se suponía que iba a estar ocupado salvando vidas. Que sería un eslabón indispensable, el encargado de mantener en pie a los soldados para que pudieran llevar a cabo su misión. De esa forma contribuiría a su manera a la defensa de los Países Bajos, algo de lo que podría enorgullecerse por el resto de su vida.

La cruda realidad es que tiene muy poco trabajo. Todavía no ha lidiado con casos más dramáticos que un resfriado o una indigestión, aparte de alguna que otra fractura tras una mala caída. A ello hay que añadir que no es el único médico del campamento y, por consiguiente, tiene que esperar su turno para atender a los pocos accidentes o enfermos que se presentan.

Si no fuera porque le pagan bien y porque ha asumido este compromiso, apenas podría resistirse a la tentación de pedir al príncipe que le eximiera de su tarea.

Por muy estimulantes y valiosas que sean las conversaciones con el príncipe, y por mucho que se enorgullezca de la amistad que ha surgido entre ellos, daría cualquier cosa por poder viajar enseguida a Leiden.

Al principio sentía una profunda preocupación. Tardó tanto en recibir respuesta de Lideweij que temía que su amor por él se hubiera enfriado. Lo habría comprendido. Era impensable que una joven tan hermosa y llena de vida como ella aceptara esperarle durante meses. Seguro que no le faltaban

pretendientes; jóvenes de su misma religión, que no le complicarían tanto la vida.

Cuando por fin llegó su carta, Andries respiró aliviado y sus dudas se desvanecieron. Sin embargo, desde entonces se arrepiente de su decisión de acompañar al príncipe al campo de batalla.

Se marchó de Leiden en mayo y ahora es el mes de noviembre. ¿Cuánto tiempo tendrá que seguir aquí, sin que se produzcan actos de guerra? ¿Cuánto tiempo lo esperará Lideweij?

Andries avanza con dificultad por el barro en dirección al hospital de campaña para ver cómo está el paciente que ha sufrido una fractura.

El soldado, un joven de unos diecisiete años, duerme. Sin despertarlo, Andries examina el lugar de la fractura. Le ha entablillado la pierna y ha tratado la herida con una compresa de leche y aceite de linaza. La herida parece estar cicatrizando bien, no obstante, Melis Vinck tendrá que permanecer muchas semanas tumbado en el jergón antes de que la fractura se haya curado del todo.

Andries sale del hospital sin hacer ruido. Las gotas de lluvia que formaban ondas en los grandes charcos han dado paso a un aguacero, que le obliga a cobijarse debajo del chorreante alero de la tienda de campaña. Exhala un profundo suspiro cuando, detrás de él, suena de repente un fuerte quejido. Se da media vuelta y se apresura a entrar de nuevo.

Melis se ha despertado y gime en el jergón. En un primer momento, Andries cree que le duele la fractura, lo cual no sería de extrañar, pero cuando se acerca y le pregunta qué le pasa, Melis se señala la ingle.

Asombrado, Andries desata el cordón de las calzas de Melis y aparta la tela. ¿Habrá pasado algo por alto?

Con los ojos explora la piel del joven hasta que le llama la atención un gran bulto oscuro. Se inclina hacia él con creciente desazón y retrocede de inmediato. Vuelve a mirarlo horrorizado, sin percatarse de que Melis observa su reacción con actitud tensa.

-¿Qué pasa, doctor? ¿Qué tengo allí?

Andries no le contesta enseguida. En su vida ha aprendido muchas cosas, pero no cómo debe anunciar una de las mayores desgracias que pueden golpear a un ser humano.

La guerra se ha tornado en una decepción. No es que Guillermo soñara con gloriosas hazañas -al fin y al cabo, carece de experiencia militar- mas esta despiadada espera no es lo que él había imaginado de su primera campaña militar.

Su benefactora, o madre adoptiva, como algunos llaman a María de Hungría burlonamente, le ha encargado la misión de detener el avance de un regimiento de infantería francés. Lo ha logrado sin necesidad de hacer gran cosa. Su compañía cuenta con doscientos jinetes y por lo visto eso ha sido advertencia suficiente para que el regimiento francés se replegara sin pérdida de tiempo hacia la frontera flamenca. Para cuando Guillermo hubo colocado al ejército en posición de combate, los franceses ya habían emprendido la huida. Se sintió casi defraudado.

Para guardar las formas inició una persecución y permitió que sus hombres saquearan la campiña francesa, pero como acción militar no valía gran cosa.

Ahora, su ejército se desplaza a lo largo de la frontera, a la espera de ataques que no llegan. Guillermo es consciente de que esta misión del emperador constituye un increíble honor. Al nombrarlo a él teniente general ha ignorado a destacados nobles, entre ellos muchos con experiencia, como el conde Lamoral de Egmont. Guillermo se repite que tiene una misión que cumplir y que poco importa que no haya resultado ser como él esperaba. Se quedará en su puesto hasta que el emperador tenga a bien hacerlo regresar. El ascenso implica ciertos sacrificios como tener que estar separado de su esposa Ana, a la que solo ha visto unas dos semanas desde que contrajeron matrimonio el año pasado.

Godfried van Erpt entra en el pabellón privado de Guillermo y se inclina ante él.

-La comida está lista, monseñor.

Guillermo asiente y sigue al mayordomo hacia el gran pabellón rectangular donde le han preparado una larga mesa sobre caballetes, cubierta con un valioso mantel de damasco sobre el que hay colocados platos de plata y copas de cristal. Guillermo no ve la necesidad de sufrir privaciones inútiles y por ello ordenó cargar los carromatos con todo lo necesario para contribuir al confort. Bien es cierto que es un incordio recogerlo y transportarlo todo cada vez que el ejército se desplaza, pero vale la pena. Al menos, las copiosas comidas, el pabellón lujosamente amueblado, las partidas de tablas reales con

sus gentilhombres y sobre todo las interesantes conversaciones con su médico Andries Griffioen hacen soportable la monotonía de los días en el campamento.

Por cierto que el tal Griffioen ha resultado ser un tipo simpático e inteligente. Está dotado de una extraordinaria memoria. A menudo, se permite recordarle a él, Guillermo, pequeños detalles que había olvidado, como el nombre de alguien o asuntos que hay que tratar. Sin embargo, lo hace siempre con la delicadeza y la educada distancia de quien teme propasarse.

En realidad, a Guillermo le trae sin cuidado que alguien se propase o no con él. Acaso se lo debe a la educación informal que le dieron en el castillo de Dillenburg, lejos de la rígida vida en la corte de Bruselas. Sus padres no eran unos aristócratas arrogantes y a él tampoco lo educaron así. Al contrario, tanto su padre como su madre se interesaban ante todo por las personas, independientemente de su procedencia o de sus convicciones religiosas.

Justo cuando los comensales se disponen a sentarse a la mesa, un paje anuncia la llegada de Andries Griffioen.

-¿No puede esperar? -pregunta Guillermo.

El paje hace una reverencia.

-Lo siento, monseñor, pero el doctor Griffioen ha recalcado que es un asunto de máxima urgencia.

-Bien, hazlo pasar.

En ausencia de una antecámara como la que hay en el castillo, Guillermo recibe al doctor en el pabellón comedor. Andries Griffioen, vestido con un sencillo jubón negro sin adornos y calzas y zapatos también negros, se detiene a unos metros de distancia.

Ligeramente irritado por tener que aplazar el almuerzo, Guillermo saluda al médico con un ligero movimiento de la cabeza.

-Decidme. ¿Qué puede haber tan urgente como para que deseéis hablarme de inmediato?

-No os traigo buenas noticias, monseñor. Os ruego que os mantengáis a distancia. He detectado un bulto en la ingle de Melis Vinck, el soldado que se encuentra en estos momentos en el hospital con una fractura. Por desgracia, he constatado que se trata de un bubón morado.

En el pabellón principesco, se hace de pronto un silencio. Todas las miradas están puestas en Andries. Por unos instantes, también Guillermo está

desconcertado.

-¿Es la peste? -le pregunta tras una breve pausa.

Andries agacha la cabeza.

-La enfermedad se encuentra en la primera fase. Si tomamos medidas con rapidez, podremos evitar que se propague, monseñor.

-¿Qué tipo de medidas son necesarias?

La serenidad y el pragmatismo que pone de manifiesto el príncipe consiguen que los presentes mantengan la calma y, aunque se levanta un murmullo y muchos de los nobles parecen haber perdido el apetito, no cunde el pánico.

De manera clara y concisa, Andries le explica al príncipe que el aire contiene partículas contaminadas que propagan la peste, y que es preciso quemar incienso en el hospital para purificar el ambiente. Por el mismo motivo hay que colocar barriles de brea en el campamento. Mientras tanto, él y solo él se encargará de cuidar al desgraciado soldado para evitar más contagios.

-Todo el mundo sabe que la peste se propaga a través del contacto humano. Un médico que ha cuidado a un paciente con peste puede transmitir la enfermedad a personas sanas. Por ello, nadie puede acercarse a mí en un radio de cinco metros mientras esté tratando a ese desdichado joven -dice Andries.

-¿Lo ha oído todo el mundo? -pregunta el príncipe dirigiéndose a sus gentilhombres y pajes, que parecen sin excepción asustados.

Ninguno de ellos parece tener ningún deseo de acercarse a Andries.

-¿Qué más podemos hacer para protegernos, doctor? -pregunta Guillaume de Barchon.

Andries se vuelve hacia el noble.

-Masticar clavo puede servir. No realicéis esfuerzos excesivos, puesto que un cuerpo cansado no tiene defensas contra la peste. Comed lo que tenéis por costumbre, mas evitad los excesos. Mantened el cuerpo en forma y sobre todo limpio, pues la suciedad atrae la peste.

-He oído decir que no conviene comer fruta y acelgas, porque alteran el equilibrio de los humores -advierte el noble Anthonie d'Aubermont.

-Eso es una estupidez -dice Andries con rotundidad-. De ser cierto, todos estaríamos continuamente enfermos. Salvo las plantas y las setas venenosas,

todo lo que nos da la naturaleza es bueno, siempre y cuando se tome en la proporción adecuada. Es decir, hay que comer porciones normales, ni mucho ni poco. Lo importante es el equilibrio, señores. El equilibrio es la mejor arma contra las enfermedades.

Por orden de Andries se desmontan y queman todas las tiendas de campaña que rodean el hospital. También las miserables pertenencias de Melis, hasta su última vestimenta, acaban siendo pasto de las llamas. Su plato, su cuenco y su cuchillo también van a parar al fuego.

En cuanto entra en la tienda de campaña donde se encuentra el enfermo, Andries se queda aislado del resto del mundo. Todos evitan el hospital con un rodeo, y le dejan comida y bebida en una bandeja delante de la entrada.

Él apenas se concede un momento para comer o beber, y rebusca en su memoria lo que sabe de la peste. La hay de tres tipos: la neumónica, que es incurable, la bubónica, que es menos grave y, por último, un tipo que prácticamente no da síntomas salvo la fiebre muy alta: una persona puede despertarse por la mañana estando sana, presentar los primeros síntomas al mediodía y morir una hora más tarde. Por lo general, se asume que este tipo de peste se propaga por debajo de la piel, seguramente en la sangre, por lo que la temperatura corporal alcanza cotas desconocidas. El paciente entra en un estado de confusión, empieza a delirar, pierde la conciencia y fallece.

Sin embargo, lo que Andries aprecia en Melis es un típico caso de peste bubónica. Eso le da esperanzas, aunque hay pocas probabilidades de que el muchacho sobreviva.

-He contraído la peste, ¿verdad? Tengo un bubón, lo noto. ¡Voy a morir! - dice Melis, jadeando de miedo cuando Andries se inclina sobre él.

-No es más que una pequeña buba. Voy a abrirla, para que puedan salir las impurezas. Te subirá la fiebre, pero eso no significa que vayas a morir -le dice Andries intentando tranquilizarlo-. Todo el mundo cree que la peste implica una sentencia de muerte, pero casi la mitad de las personas sobrevive.

No es del todo cierto, pues solo tres de cada diez se recuperan de la peste, pero él quiere infundirle esperanza a Melis. Como prueba de lo que acaba de decir añade:

-Yo mismo tuve la peste, y aquí me tienes.

Melis lo mira con unos ojos en los que ya se aprecia el brillo de la fiebre.

-¿De verdad tuvisteis la peste? -susurra-. ¿Cómo lograsteis sobrevivir?

-Rezando -responde Andries-. Recé mucho y Dios me escuchó.

Para sus adentros se maldice por haber soltado la respuesta de rigor. Sus padres y sus hermanos, Maartje, Hilleken, Jan y Corneel, también rezaron. Igual de fervorosos y temerosos que él, sin embargo, Dios no los escuchó.

-Eso es porque vos teníais una misión: ser médico. Nuestro Señor os tenía reservado un futuro, por ello sobrevivisteis a la peste -dice Melis tragando con dificultad-. Pero yo no soy más que un pobre diablo. ¿Quién me echaría de menos si muriera?

-Las cosas no funcionan de ese modo. Todos los hombres en la tierra son importantes y Dios quiere a todos y cada uno de nosotros.

Se trata de nuevo de un tópico, pero ¿qué más podría decirle?

-Mi padre no quería que me alistara en el ejército -prosigue Melis tensando el gesto-. Me necesitaba en casa, en la granja. Mi madre tampoco estaba contenta de que me fuera. El día que me marché, ella lloró, decía que tenía un mal presentimiento. Yo me eché a reír.

Cierra los ojos y hace una mueca de dolor.

Andries escucha, mientras prepara una cataplasma de ajo, a la que añade romero, tomillo y lavanda. Todos estos ingredientes tienen poderes curativos, aunque los del ajo son los más potentes. Su tío le enseñó que los curtidores y las personas que llevan guantes son menos sensibles a la peste. Quizá porque limpian el cuero con una mezcla de romero, tomillo y lavanda. El ajo siempre es bueno, gracias a su profunda acción desintoxicante. Él tiene por costumbre tratar los forúnculos con una cataplasma de ajo, y siempre surte efecto. No obstante, un bubón pestífero no es un forúnculo, y este se encuentra en un estadio avanzado. Carece de sentido aplicarle la mezcla, pues el bubón está a punto de reventar.

Lo que sí puede hacer es abrirlo y después cubrir la herida con la mezcla de ajo para que la sangre pueda absorber los componentes.

De improviso, Melis lo agarra del brazo con la fuerza que da la agonía.

-Ayudadme, doctor -dice jadeando-. No quiero morir. ¡Quiero irme a casa!

Andries posa la mano sobre la del muchacho y asiente para calmarlo.

-Voy a ayudarte -le dice-. No temas, no te dejaré solo.

-Los hay que hacen eso, ¿no? Huyen y dejan solas a las víctimas de la

peste. Sin ayuda, sin agua, sin...

El joven se echa a llorar.

-No temas, te aseguro que no te dejaré solo. Vamos a luchar juntos contra la enfermedad -le dice Andries en un tono rotundo.

Melis asiente y, mientras Andries sigue examinándolo, echa la cabeza a un lado y llora en silencio.

A pesar de lo mucho que le cuesta, Andries intenta dejar de lado la compasión y concentrarse únicamente en su tarea. Sabe a la perfección cómo evoluciona la peste. Se han producido muchas epidemias y él ha tenido la oportunidad de seguir la evolución de la enfermedad desde el principio hasta el amargo final.

Andries no se aparta del costado de Melis. No solo para poder dispensarle los mejores cuidados, sino también para interrogarlo mientras aún conserve la lucidez. Su prioridad es salvarle la vida, pero asimismo quiere saber cómo ha contraído la peste.

Le pregunta lo que ha comido, si ha hecho algo distinto que sus compañeros, si ha tocado un animal muerto, si ha comido fruta o carne en mal estado, lo que sea. Anota con precisión todo lo que Melis consigue recordar y ordena a un soldado que pregunte por el campamento si alguien ha visto en los últimos días a Melis haciendo o tocando algo que pueda explicar el ataque de la peste.

-Quiero saberlo todo: lo que ha comido, si ha tocado algo, cualquier cosa -dice-. Y averigua quiénes eran sus amigos. Pregúntales si se sienten mal.

Todo gira en torno al equilibrio. Se trata de una antiquísima sabiduría que se remonta a los grandes eruditos de la época grecorromana. Por qué el cuerpo pierde su equilibrio con tanta frecuencia es una pregunta a la cual los hombres sabios han aportado explicaciones que no satisfacen a Andries.

En cualquier caso, no comparte sus teorías sobre la posición de los cuerpos celestes o los cambios en la atmósfera, pues, de ser ciertas, debería declararse una epidemia cada tres meses, lo cual no sucede. En ocasiones, pasan años sin que se produzcan epidemias, mientras que hay periodos en los que estas asolan repetidas veces. La enfermedad surge debido a la perturbación de los cuatro humores corporales: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. Lo que debe hacer él es recuperar el equilibrio extrayendo la sangre enferma y abriendo el bubón pestífero, para que pueda salir el pus. Es

un momento sumamente doloroso para el paciente, mas no hay otra alternativa.

Con mano firme, Andries realiza una incisión en la piel tensa y morada del bubón que segrega de inmediato un pus amarillo y maloliente. El grito de Melis debe de oírse mucho más allá de la tienda de campaña.

Andries empieza a limpiar con cuidado la herida, pero eso le provoca tanto dolor al enfermo que decide dejarlo. La sangre que fluye arrastrará consigo los últimos restos de pus.

Después, le da a Melis una infusión de nepeta para que baje la fiebre y el chico acaba durmiéndose poco a poco. Más tarde llegan las primeras respuestas a sus preguntas.

Por desgracia no son las que había esperado. La comida de los soldados se prepara en grandes calderos y después se reparte entre los hombres echándola en las escudillas. Nadie ha visto a Melis con un animal muerto ni hacer algo que pueda explicar este repentino brote de peste. Y sus amigos tampoco se sienten del todo bien.

Andries recomienda al príncipe que aisle del resto a los soldados del regimiento de Melis, que queme sus ropas y les ordene bañarse en las heladas aguas del río. Su propuesta se pone en práctica de forma inmediata.

Al final del día, Melis se queja de dolor en la axila y Andries descubre otro bubón allí. Lo abre, recoge la sangre y el pus en un cuenco que luego aparta después de cubrirlo con un pedazo de vejiga de cerdo.

En realidad habría que destruirlo, pero si echa el contenido al fuego o en un barril de brea, las partículas infecciosas se propagarán por el aire. Finalmente se le ocurre la idea de cavar un hoyo lejos del campamento donde verter las hediondas secreciones.

Al amanecer ha llenado otro cuenco con pus. Los bubones abiertos y sanguinolentos desfiguran el rostro de Melis y le deforman las piernas y los brazos.

Andries observa con profunda compasión cómo el estado del joven soldado se deteriora cada vez más rápido. La fiebre le quema la piel y un nuevo ataque de hemorragias nasales lo debilita a ojos vistas. Los calambres atormentan su cuerpo, el hedor a diarrea se mezcla con el olor del pus, la sangre y el vómito.

-¿Doctor?

La pregunta hace sobresaltar a Andries, que está inclinado sobre un cuenco

machacando unas hierbas en un mortero. En la entrada de la tienda de campaña ve a un soldado, también joven, con un rostro febril y pálido. Mantiene la mano debajo de la axila.

-Me llamo Floris Dirckszoon. Tengo un bulto -se limita a decir el soldado.

Andries corre hacia él y lo acompaña hasta un jergón, lo más alejado posible de Melis. Procede a examinar al joven palpándole el cuerpo con movimientos rápidos hasta que detecta un enorme bubón negro azulado en la axila. Floris grita tan pronto se lo toca.

-¿Cuánto hace que lo tienes? -le pregunta Andries.

-No lo sé. Lo tenía esta mañana al despertarme. Me duele muchísimo.

Floris se seca el sudor de la frente, un sudor causado por el miedo o por la fiebre, o acaso por una combinación de ambos.

-¿Voy a morir? -pregunta con un hilo de voz.

-Primero abriré ese bubón y luego veremos.

-¿Cómo está él? -pregunta Floris señalando a su camarada que delira en el rincón sin dejar de mover la cabeza.

-Todavía está vivo.

-Sin embargo, no por mucho tiempo, ¿verdad que no? Hay más enfermos en el campamento, doctor. No se atreven a venir, pero esta noche he oído a algunos gemir.

Andries cierra los ojos por un instante. Ha acontecido lo que temía. Ha intentado evitar un brote de peste aislándose con el paciente, pero no lo ha conseguido. ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido propagarse la enfermedad a pesar de todas sus precauciones?

-¿Te pusiste enfermo anoche? -le pregunta.

-Sí, aunque hacía días que no me sentía del todo bien. Pensé que se me pasaría, pero de repente me salió ese bubón.

-¿Hacía tiempo que Melis se sentía mal?

-No lo sé, apenas trato con él. Estaba algo callado y no comía mucho, aunque eso nos pasa a todos alguna vez. Pero ahora todos sus amigos están tosiendo y sudando.

Así pues, en el momento en que se manifestó el primer bubón, el paciente ya llevaba unos días enfermo. ¿Es posible que la peste se propagara durante ese periodo? Pero ¿cómo? ¿Qué ha transmitido él a los demás? Si el aire

contuviera vapores perniciosos, todo el mundo debería contagiarse al mismo tiempo. Y lo mismo sucedería si la peste se transmitiera a través de la comida. ¿Cuál es el origen, el principio de todo que hace que alguien se infecte?

Por muchas vueltas que le dé a la cabeza, no consigue encontrar una explicación lógica.

Andries sigue reflexionando, mientras está sentado junto al lecho de Melis. Debe haber algo que ha pasado por alto, algo aparentemente insignificante. Ya no puede interrogar a Melis.

Debajo de la piel le empiezan a aparecer manchas negras y moradas, una señal de que se acerca el final. El joven yace en el lecho de paja con el rostro lívido y demacrado, ardiendo de fiebre y asaltado por accesos de tos tan agotadores que solo consigue respirar superficialmente cuando menguan.

Andries limpia las flemas sanguinolentas de la barbilla de Melis y le humedece la frente con un paño mojado. Flemas. Saliva. ¿Es posible que alguien propagara las partículas contaminadas al toser? ¿Tal vez aun antes de enfermar? ¿Son los fluidos corporales la respuesta a la aparición de la peste? Aunque merece la pena recordar ese dato, en sí no explica cómo se contagia alguien.

Hacia el mediodía, Floris Dirckszoon delira a causa de la fiebre y llegan doce nuevos enfermos. Melis Vinck muere a media tarde, cubierto de bubones negros y ulcerosos. Es enterrado rápidamente a gran distancia del campamento, con jergón y todo. Al suyo le siguen pronto más entierros, entre ellos el de Floris Dirckszoon. Dos de los soldados enfermos se curan, aunque Andries administra el mismo tratamiento a todos. Él ha dejado de darle vueltas a la cabeza, pues tiene mucho trabajo entre manos.

Una vez que se ha dado sepultura al último soldado, en una tumba cavada a duras penas debido a la llegada de las heladas, la calma regresa al hospital. Sin embargo, ahora son la nieve y el hielo los que dificultan la vida en el acantonamiento.

A pesar del intenso frío, Andries se baña en el río cercano para quitarse de encima los vapores pestíferos y, al verlo, el príncipe Guillermo ordena a sus soldados que hagan lo mismo. Todos, incluido el príncipe, se sumergen en las gélidas aguas fluviales.

Mientras la nieve deposita un manto blanco sobre el campamento, Andries pasa una larga velada en compañía del príncipe, que le agradece la

intervención con la que se ha evitado un nuevo brote de peste.

-Se cree que, en una guerra, el enemigo representa el mayor peligro -dice Guillermo mientras hace una señal al paje para que vuelva a llenar su copa y la de su invitado-, cuando, en realidad, la mayoría de los ejércitos quedan diezmados o devastados por las enfermedades. La disentería, el tifus y la peste son las razones por las que se ganan o se pierden las guerras. Por un momento temí perder a todos mis hombres sin haber librado una sola batalla.

-¿Hemos de pasar todo el invierno aquí? -pregunta Andries.

Después toma un sorbo de vino y escucha el ruido que hacen fuera los mozos al barrer la nieve del tejado de la tienda de campaña.

-Si he de seros sincero espero que no. Confío que no sea así. En invierno no se emprenden acciones bélicas y ambos bandos suelen iniciar la retirada. Es posible que el emperador nos deje acantonados aquí por prevención, mas la gobernadora me ha dado a entender que hay muchas probabilidades de que regresemos a casa en Navidad.

Guillermo mira absorto al frente, como si la palabra «casa» evocara imágenes que no se ha permitido desde hace tiempo. Luego se vuelve hacia Andries y esboza una sonrisa.

-Supongo que preferiréis el abrazo de una mujer a un campamento azotado por el viento.

Andries le devuelve la sonrisa.

-Primero tendré que conquistar a la mujer que amo, monseñor. Y si eso sucede, seré el hombre más feliz de la tierra.

-¡Ahora comprendo vuestra inquietud! Hay una mujer en juego -dice el príncipe riendo.

-¿Acaso no se trata siempre de eso, monseñor? ¿De una mujer?

-En eso tenéis razón -admite el príncipe-. Os diré una cosa, doctor, hace ya medio año que estoy casado, pero os conozco mejor que a mi esposa. Sé más de mis gentilhombres, de mis pajes, de todo el mundo que de mi esposa. Y, si así le place al emperador, así será por algún tiempo. Al fin y al cabo, en la vida no todo gira en torno a nuestra felicidad personal, ¿verdad, doctor?

Sonríe, pero por un instante una expresión de tristeza le ensombrece el rostro y, de forma inesperada, permite a Andries vislumbrar el alma del príncipe. No lo envidia.

9

Leiden, febrero de 1553

Lideweyj abre de par en par las contraventanas del dormitorio y la luz del sol inunda la estancia. Su habitación da al profundo jardín trasero, donde los crocos empiezan a brotar de la tierra negra. Febrero está a punto de acabar y tras el largo invierno la primavera flota en el aire.

Lideweyj respira hondo, contenta por el buen tiempo. La puerta se abre detrás de ella y alguien entra.

-Ha vuelto -dice Mijntje.

Lideweyj se gira de golpe.

-¿Quién ha vuelto? -pregunta, mientras aumenta el ritmo de su corazón.

-Andries Griffioen. Lo acabo de hacer pasar. Está hablando con vuestro padre.

Enseguida, Lideweyj se recoge un poco las faldas y corre hacia el descansillo, desde donde puede ver el zaguán.

Andries ya ha tomado asiento en el pequeño despacho que su padre tiene en la parte delantera de la casa. Mientras baja por la escalera sin hacer ruido, Lideweyj capta su voz cálida, educada y firme. Luego oye a su padre, que lo interrumpe con igual o mayor firmeza. Se diría que están discutiendo.

En realidad, Lideweyj querría apoyar la oreja en la puerta, pues aunque le llega el sonido de las voces, la gruesa madera le impide captar el contenido de la conversación. Sin embargo, decide volver arriba y esperar en su habitación.

No sabe si es un buen presagio, pero la entrevista acaba pronto. Andries sale poco después, seguido de Boudewijn, que lo acompaña hasta la puerta con cara larga.

Antes de que Boudewijn pueda echarlo, Lideweij baja por la escalera y carraspea. Andries se detiene en medio del zaguán y alza la vista. La ve de pie en la escalera, con la mano apoyada en la barandilla.

Boudewijn, que está en la puerta de su despacho, sigue la mirada de Andries hacia arriba.

-¡Lideweij! ¡Vuelve a tu cuarto!

Algo en su voz la obliga a obedecerlo sin rechistar, mas no sin antes mirar a Andries durante unos cuantos latidos.

Él le sonríe, con una leve pregunta en los ojos. Ella le devuelve la sonrisa, amplia y cálida.

Para no provocar la cólera de su padre, da media vuelta y sube lentamente las escaleras. En la estancia de la primera planta, se esconde junto a la ventana y espía la calle a través de un resquicio de la cortina de terciopelo.

Allí está Andries. Lo ve alzar la mirada y acercarse los dedos a los labios, el gesto es tan fugaz que ella duda de haberlo visto bien. Luego, le da la espalda y se aleja lentamente.

Antes de que su padre pueda explicarle cómo ha transcurrido la conversación, Mijntje ya la ha informado.

-El doctor Griffioen parecía decidido a convencer a vuestro padre. Pude oír sus últimas palabras cuando abandonó su despacho. «Lideweij es mayor de edad», dijo. «Si me quiere, me casaré con ella.»

-¿Ha dicho eso de verdad? ¡Oh, eso no le gustará a mi padre! Lo conozco, una actitud así es contraproducente.

Lideweij recorre su habitación con paso agitado.

-El doctor tiene razón. Sois mayor de edad, podéis hacer lo que os plazca.

-¡Pero quiero que mi padre me dé su consentimiento! ¡Quiero que me apoye!

Lideweij sigue yendo y viniendo, nerviosa y con lágrimas de frustración en los ojos.

-Las cosas no siempre salen como una querría. -Mijntje agarra con decisión a Lideweij por los brazos y la sienta en una silla-. Primero, calmaos. Empolvaos un poco, para disimular ese rubor de excitación que tenéis en la cara. Vuestro padre no tardará en llamaros y entonces no tiene que encontrarse frente a una hija histérica. Mantened la calma y el control, nada de arrebatos

dramáticos. Eso no les gusta a los hombres, y menos a vuestro padre.

En eso lleva razón. Lideweij hace un par de inspiraciones profundas y recupera la serenidad. Sin embargo, cuando oye la voz de su padre al pie de la escalera, pega un brinco y mira atemorizada a Mijntje.

-Tranquila -le dice esta-. No iniciéis una discusión con él, dejadle hablar y luego planteadle vuestros argumentos con cautela.

Haciendo acopio de valor, Lideweij baja las escaleras y entra en el despacho del padre.

Lo encuentra sentado en el escritorio, con los codos en la mesa y el mentón en las manos. Se queda de pie delante de él y ambos permanecen un buen rato mirándose sin pronunciar palabra.

Entonces, Boudewijn suspira y se restriega la frente.

-Ha venido a pedir tu mano.

Lideweij permanece en silencio. Escruta discretamente el rostro de su padre para adivinar sus pensamientos y averiguar si aún hay esperanzas. Él parece estar confuso, como si no supiera qué hacer con la situación.

-Le he dicho que no le doy mi consentimiento para casarse contigo.

Haciendo un esfuerzo para dominarse, Lideweij logra reaccionar con la mayor calma posible.

-¿Por sus creencias?

Boudewijn extiende los brazos y los deja descansar sobre la mesa. Después junta las manos como si quisiera que se ofrecieran apoyo.

-Por sus creencias, sí -dice con voz cansada-. Me ha prometido permanecer fiel a la Iglesia de Roma si le doy tu mano. ¿Has oído nunca algo semejante? ¿Qué manera de creer es esa? La religión no es algo que se rechace o se aplique según convenga. Es una manera de ser, un estado, una convicción que nada ni nadie puede socavar. Al menos, así debería ser.

-Pero padre, la nueva doctrina tampoco se desvía tanto de nuestra fe, ¿no creéis? Los luteranos solo quieren regresar a los fundamentos de la Biblia. ¿Qué tiene eso de malo?

Boudewijn la mira con atención y, por un instante, Lideweij cree que reflexiona sobre su pregunta y que tal vez puedan hablar del tema.

Un rayo de esperanza se cuela en su corazón. Siente la enorme tentación de seguir hablando, pero no comete ese error. Cualquier palabra que pronuncie

ahora puede estar de más. Lo que acaba de decir ya es arriesgado.

En el tenso silencio que inunda el despacho, los sonidos procedentes del exterior resultan agresivos e insistentes. El golpeteo de los cascos y el traqueteo de las ruedas, el lloro de un niño, el repiqueteo de las campanas en la lejanía, dos barqueros que se saludan alegremente al cruzarse en el canal.

La luz del sol entra filtrada por las pequeñas vidrieras y calienta las frías manos de Lidewej. Ella mira expectante a su padre, cuyo rostro tiene más arrugas y líneas de expresión que jamás ha visto. Cuando por fin habla, su voz suena grave:

-Habéis mantenido contacto.

No es una acusación, sino más bien la constatación de un hecho. Un hecho que no le gusta, pero contra el cual nada puede hacer.

-De una u otra manera habéis mantenido contacto. ¿Ha venido a verte, Lidewej? ¿Os habéis encontrado a escondidas en algún lugar de la ciudad? ¿O te ha escrito y te ha enviado sus cartas a otra dirección?

Boudewijn se presiona las cuencas de los ojos con los pulgares, como para reprimir un incipiente dolor de cabeza.

Lidewej calla, consciente de que su silencio equivale a una confesión. Sin embargo, ella nunca le ha mentado y no tiene intención de empezar ahora. Prefiere luchar a rostro descubierto por lo que quiere.

-Ya ha ejercido influencia sobre ti. ¿Por qué si no proferirías ese tipo de herejías? Y encima se presenta aquí para hablarme y prometerme que seguirá siendo fiel a la Iglesia de Roma.

Boudewijn suelta una risotada desdeñosa.

-La simiente de la herejía ya se ha instalado en su corazón y germinará algún día.

Pese a que todo parece perdido, Lidewej no se rinde. No puede rendirse, pues esta conversación es decisiva para su futuro.

-¿Y qué pasa si lo decía en serio? ¿Y si para él no hay tanta diferencia entre una religión y otra, porque la idea que subyace a ambas es la misma? ¿Si su amor por mí le ha hecho elegir nuestra fe?

Boudewijn se levanta exhalando un profundo suspiro, se acerca y posa las manos sobre los hombros de su hija.

-Entiendo tu forma de pensar, pequeña. Estás enamorada y no usas la

razón. Yo sí y veo con total claridad qué futuro os espera. Ponte por un momento en mi lugar. ¿Qué clase de padre sería yo si entregara mi hija a un hombre que la sumirá en la desgracia?

-Poneos vos en mi lugar, padre -le dice Lideweij en voz baja.

-Lo hago, créeme. También yo he sido joven y he estado enamorado, sé cómo te sientes, y también sé que la neblina del enamoramiento se levantará un día y que entonces lo verás más claro y lamentarás tu paso en falso. Sin embargo, ya será demasiado tarde. Quiero evitar que cometas ese error, Lideweij. Ese es el motivo por el cual los padres eligen la pareja de sus hijos. Los jóvenes carecen del discernimiento y de la experiencia necesaria para poder tomar una decisión equilibrada. Hacen elecciones cuyas consecuencias no pueden ni imaginar.

-Tengo veintiún años, padre. Ya no soy una niña. Y sé muy bien lo que quiero. En una ocasión me dijisteis que me dejaríais elegir esposo. ¿Vais a romper vuestra promesa?

-Te prometí no buscarte un esposo. Eso es muy distinto. Yo nunca te obligaría a contraer matrimonio en contra de tu voluntad, mas es mi deber como padre protegerte de una unión que no es buena para ti.

Lideweij siente la presión de las manos de su padre en los hombros, en el corazón, en todo el cuerpo.

-Lo amo -susurra-. Pero también os quiero a vos y ahora me obligáis a elegir entre ambos.

Él aparta las manos.

-¿Qué quieres decir con elegir? ¿Serías capaz de irte con ese joven en contra de mi voluntad? ¿Estarías dispuesta a renunciar a todo por un capricho? ¿A tu vida y a la salvación de tu alma? Sé que tienes veintiún años y que puedes casarte con quien quieras, pero reflexiona, Lideweij. ¡Reflexiona! Piensa en tu madre, en tu educación, en todo lo que representamos como familia. Reflexiona antes de quemar tus naves.

Ella percibe la desesperación en la voz de Boudewijn, que es al menos tan grande como la suya y que nace del amor. Se echa a llorar en silencio, sin hacer ruido.

Él toma las manos de su hija entre las suyas.

-Lo siento -susurra-. Lo siento más de lo que puedo expresar. Pero algún día me lo agradecerás, hija mía.

Por la forma en la que mira, Lideweij comprende que su pesar es sincero. Sin embargo, su respuesta es no, y en ese momento ella sabe que ya no hay esperanza.

10

Cuando se es joven se sueña con un futuro despreocupado, colmado de amor y de prosperidad, pero no se tarda en descubrir que la vida no es tan sencilla. La primera adversidad se presenta pronto y obliga a volver a mezclar la baraja y a echar las cartas.

Lideweij mira por la ventana en silencio y cansada de llorar. Ha agotado todos sus argumentos y ha derramado todas sus lágrimas. Una y otra vez ha intentado ablandarlo con súplicas y furiosa desesperación, pero no ha logrado ningún resultado.

El día que conoció a Andries, el mundo se convirtió en un lugar más cálido y luminoso. Ver transcurrir su vida sin él, en la sombra, sería un desperdicio insoportable.

Mijntje le ha entregado la nota que le deslizó en la mano Andries cuando lo acompañó hasta la puerta. Incluso sin esas cuatro líneas, Lideweij habría sabido dónde encontrarlo.

Aprovecha el momento en que su padre se marcha a la lonja del paño.

La lluvia que ha caído poco antes ha convertido la calle en un barrizal por el que Lideweij avanza resbalando con sus galochas mientras se dirige hacia El Cisne Blanco. Cuando llega, observa cómo la luz del sol baña la posada, mientras la fachada de madera y el tejado de paja aún están mojados por el chaparrón.

Está nerviosa. Diez meses son mucho tiempo, aunque se hayan escrito tan a menudo. A través de sus cartas han ido conociéndose mejor, sin embargo, las letras escritas en el papel no son lo mismo que las palabras pronunciadas en presencia del otro. Ambos tendrán que redescubrirse.

Lideweij empuja la puerta de la posada y se dirige hacia la barra. En

cuanto menciona el nombre de Andries, el mesonero le señala la escalera.

Mientras sube, siente que los ojos del hombre la siguen. Sabe lo que piensa, pero no le importa.

Arriba, se detiene un instante para recuperar el aliento. Examina con la mirada el oscuro descansillo, donde flota un aire viciado de sudor rancio y ropa de cama trasnochada.

Avanza hasta la última puerta del pasillo y, aun antes de llamar, esta se abre y Andries aparece en el vano. Durante unos segundos permanecen inmóviles, mirándose.

¿Cómo se salvan diez meses en los que solo has oído la voz del otro en tu cabeza y los besos se intercambiaban sobre el papel?

Se abrazan con cautela, casi titubeando y se quedan así, deleitándose del calor del otro, antes de fundirse en un beso que empieza siendo tímido y cauteloso, y que se torna cada vez más impaciente. De improviso, salta la chispa y ya no pueden parar.

Sin apenas darse cuenta, han dejado de estar delante de la puerta entreabierta para encontrarse tumbados sobre la cama y con la puerta cerrada.

Lidweij rodea a Andries con los brazos. Lo hace con tal pesadez y lentitud de movimientos, que se diría que tiene fiebre. Eso es: debe de tener fiebre. Si no, no comprende por qué la sangre fluye con tal rapidez por su cuerpo y por qué le oprime tanto la banda que le rodea el pecho. Todo su ser palpita, pide, desea.

Esta habitación oscura y húmeda donde tiene lugar su encuentro resulta ser un sitio excelente para conocerse a fondo. Después, permanecen tumbados, abrazándose, riendo y besándose.

-Mañana volveré a hablar con tu padre -le dice Andries-. Le hablaré hasta que nos dé su autorización para casarnos.

Lidweij se tumba de espaldas y mira las telarañas que se han formado en las vigas del techo.

-No servirá de nada. He intentado convencerlo una y otra vez, pero se niega a dar su consentimiento.

Andries se incorpora apoyándose en el codo y desde esa posición mira a Lidweij.

-¿Conoces a Abelardo y Eloísa?

-No, ¿quiénes son?

Andries se echa a reír.

-Dos franceses que vivieron hace quinientos años. Su historia de amor ha llegado hasta nuestros días. ¿Quieres oírla?

Lideweij asiente en silencio. En realidad, esos dos desconocidos le interesan bien poco, pero es agradable estar así, tumbada y escuchando la voz de Andries.

-Pedro Abelardo nació en 1079 -le dice-. Era un brillante profesor de la universidad de París, donde impartía Teología. Jóvenes y viejos acudían allí para asistir a sus clases magistrales. Era encantador y apuesto, y un hombre con talento que se rebelaba siempre contra el orden establecido. Gozaba de mucha popularidad, sobre todo entre las mujeres, porque en sus escritos las defendía con pasión. En contra de todas las convenciones, criticaba la Biblia y tomaba partido por Eva.

-¿Por Eva?

Andries asiente.

-Tuvo el valor de afirmar que no existía diferencia entre el hombre y la mujer, y que Adán era tan culpable como Eva de haber sido expulsados del Paraíso. Esas palabras le granjearon la simpatía de las mujeres. Y de Eloísa.

-¿Quién era Eloísa?

-Eloísa era alumna suya. Había perdido a sus padres siendo niña y vivía con su tío, el canónigo Fulberto. Este le propuso a Pedro Abelardo que diera clases privadas a su sobrina a cambio de alojamiento y comida. Abelardo aceptó la propuesta. Por supuesto, Eloísa conocía a Abelardo de nombre. Era una muchacha inteligente y muy culta, y se sentía halagada de que un hombre tan famoso como Abelardo se tomara la molestia de impartirle clases privadas.

-Y, por supuesto, se enamoró de él.

-Sí, y él de ella. Abelardo tenía treinta y siete años y Eloísa diecisiete; sin embargo, en cuanto se vieron, el resto del mundo dejó de existir para ellos. Abelardo escribió más tarde a este respecto: «El amor por Eloísa se propagó como el fuego por todo mi cuerpo. Con el pretexto de la ciencia nos entregábamos por completo a nuestro amor. Abríamos los libros, pero entre nosotros había más palabras de amor que de filosofía; había más besos que palabras eruditas. Mis manos buscaban más sus pechos que los libros».

Lideweij se echa a reír y Andries la imita.

-¿Y el tío de Eloísa? ¿No se enteraba de nada? -pregunta.

-Al final sí, acabó enterándose, pero consiguieron mantener en secreto su amor durante meses. Fulberto solo se dio cuenta de que su sobrina recibía otras lecciones que las que él había encargado cuando los sorprendió en la cama. Su cólera fue terrible. Cuando se calmó, exigió que ambos se casaran. Sin embargo, eso no era lo que quería Eloísa, pues Abelardo era clérigo. Bien es cierto que era clérigo secular, pero había hecho votos eclesiásticos. Un matrimonio pondría fin a su fama y a su prestigio, y ella no quería eso. Le traía sin cuidado vivir en pecado como la amante de Abelardo y perder su buen nombre. «¡Sabed pues que prefiero ser meretriz de Abelardo que emperatriz de Augusto!», le espetó a su tío. Abelardo sí estaba dispuesto a contraer matrimonio, ya que no podía imaginarse vivir sin Eloísa. La consideraba mucho más importante que su brillante carrera como profesor y filósofo. Eloísa no quería que él hiciera un sacrificio tan grande solo por ella. No obstante, comprendió que no volvería a ver a Abelardo si no se casaban, por consiguiente contrajeron matrimonio en secreto.

Lideweij se acurruca contra Andries.

-¡Un matrimonio secreto! ¡Qué romántico! ¿Cómo les fue a Eloísa y Abelardo? ¿Consiguieron mantener en secreto su matrimonio?

-No, acabó por saberse -le dice Andries.

-¿Y entonces?

La respuesta resulta tan evidente como suponía Lideweij. El rostro de Andries está muy cerca, su mirada es intensa.

-Huyeron -dice.

Las campanas de la iglesia de San Pedro empiezan a sonar, invadiendo con su pesado redoble el mundo protegido en el que se encontraban. Lideweij querría taparse los oídos para amortiguar el irritante tañido de campanas, pero es demasiado tarde. El mundo exterior ha logrado colarse, su padre ya está en sus pensamientos, y con él la pregunta de qué debe hacer.

-Huyeron -repite.

Tarde o temprano, en la vida llega un momento en que hay que elegir. Lideweij sabe que lo está viviendo ahora. Puede aplazar la decisión por un tiempo, pero eso no hará más que complicar las cosas.

Permanecen abrazados en medio de un opresor silencio.

-Puedo cuidar de ti -le dice Andries-. Tengo un buen salario, sobre todo ahora que el príncipe quiere seguir recurriendo a mis servicios.

-¿Te ha nombrado médico de la corte? -le pregunta Lideweij asombrada.

-No, eso no. Guillermo de Orange no tiene un médico fijo en la corte. No obstante, le gusta rodearse de médicos en los que ha depositado su confianza. Por ello me ha pedido que me establezca en Breda.

-¡En Breda!

-¿Supondría eso un problema? -Andries vuelve a incorporarse y la mira.

-¿Es una ciudad bonita?

-¡Bah! No es más que una ciudad de provincias. Pero tendríamos casa propia, allí podría abrir una consulta y servir al príncipe cuando me necesitara. ¿Qué te parece?

Lideweij lo mira sonriente.

-Me parece el paraíso. Ceder a una necesidad es una cosa, pero organizar la vida en torno a ella es algo bien distinto. En realidad, Lideweij no tiene opciones, pues los muchos acontecimientos y las emociones suscitadas por estos marcaron tiempo atrás la senda que debía seguir. Lo único que puede hacer ahora es mantenerse en el camino que emprendió entonces titubeante.

Cuando llega a casa, su padre acaba de regresar. Todavía no ha tenido ocasión de quitarse el tabardo y se dispone a entrar en el despacho, pero tan pronto Lideweij aparece en el zaguán, él paraliza sus movimientos y se queda mirándola.

Lideweij no pierde el tiempo en explicar su decisión. No tiene que contarle dónde ha estado ni con quién, pues lo lleva escrito en la frente. Podría haber entrado con la cabeza gacha, dominada por un sentimiento de culpa y de penitencia, dispuesta a recibir la cólera que se desatará sobre su cabeza. En lugar de ello, alza la barbilla y yergue la espalda, lista para el enfrentamiento.

Padre e hija se mantienen la mirada sin decir ni una palabra, enzarzados en una lucha en la que miden su fortaleza de espíritu. Lideweij es la primera en hablar, y sus palabras son concisas e incuestionables:

-Lo quiero.

Boudewijn la observa de pies a cabeza. La tormenta de ira que había esperado Lideweij no estalla.

-No siempre se puede tener lo que se quiere -se limita a decirle él.

-En este caso sí -replica Lideweij-. No voy a dejarlo marchar por segunda vez.

Una vena empieza batir con preocupante velocidad en el cuello de Boudewijn.

-Te lo prohíbo -le dice.

Sin embargo, sus palabras parecen más bien un último intento estéril de imponer su voluntad.

-Lo sé -le contesta Lideweij, como si él no hubiese hecho otra cosa que dar su opinión sobre la decisión que ha tomado su hija.

Mientras tanto, desea con tal intensidad que no surja una discusión y que su padre capitule, que casi le duele el corazón agitado.

-Estás dispuesta a casarte con ese hombre haciendo caso omiso de mi prohibición -le espeta Boudewijn mirándola fijamente.

Es una conclusión, no una pregunta, pero aun así Lideweij le da una respuesta.

-Sí -dice.

Entre ellos vuelve a instalarse un silencio en el que miden fuerzas con la mirada.

-Me voy a la lonja de paños -dice finalmente Boudewijn-. Si aún sigues aquí cuando regrese, no quiero que se hable más del tema. Si no estás, sabré cuál ha sido tu decisión y no hace falta que vuelvas. Nunca más.

Aunque esperaba un ultimátum, Lideweij no puede evitar parpadear. Acto seguido, él se pone el sombrero, pasa delante de ella y sale de casa sin terciar palabra. La pesada puerta se cierra de golpe.

Lideweij se queda paralizada en medio del vestíbulo. Siente el corazón palpar como un poseso, hasta el punto de que tiene dificultad para respirar. Para sosegar, se sienta en el último peldaño de la escalera.

Permanece allí quieta y solo mueve los ojos: siguen a una mosca que revolotea zumbando por el zaguán y que se posa sobre una mesita. Consciente de que este instante le quedará grabado por el resto de su vida, Lideweij deja vagar la mirada por el vestíbulo. Registra cada detalle, la mosca sobre el retrato de su madre, las grandes baldosas negras y blancas que adornan el suelo y el hermoso enmaderado de la escalera sobre la que está sentada. Durante toda su vida se ha paseado entre estas cuatro paredes con la

naturalidad de una persona que se sabe protegida y amada. Ahora, ese mundo seguro ha quedado reducido a una pompa de jabón que le explota en la cara tan pronto intenta comprobar su solidez.

Lideweij se levanta fatigosamente, como una anciana, y sube al dormitorio. Por muy difícil que sea este momento, en lo más profundo de su corazón se alegra de que su padre le haya dado un ultimátum, pues no sabe si tendría el valor de irse si tuviera más tiempo para pensárselo.

En su cuarto, recoge sus pertenencias con rapidez y eficacia. Mijntje se ha ido al mercado, así que Lideweij está completamente sola en casa. Aunque no deja de llorar, su determinación no se tambalea en ningún momento. Cuando está lista, recorre una vez más las silenciosas habitaciones. En la planta baja, deja una nota sobre la mesa con un «Te quiero» para su padre y en el zaguán permanece durante largo rato delante del retrato de su madre.

-Adiós, mamá -dice en voz baja.

Luego coge las maletas y los bolsos, sale a la calle y cierra la puerta detrás de sí.

Andries la está esperando en la posada. Es evidente que ha aguardado en vilo a ver si venía, pues cuando se abre la puerta, exhala un suspiro de alivio.

Le basta con ver la cara lívida de Lideweij para comprender lo difícil que le resulta dar ese paso. Sin decir nada, la atrae hacia sí y la abraza.

-Todo saldrá bien -le dice hundiendo la boca en su cabello-. Todo saldrá bien, te lo prometo.

Lideweij se apoya en él, presa de un repentino cansancio.

-¿Cómo acabó la historia de Abelardo y Eloísa?

Asombrado, Andries la aparta un poco para poder mirarla a los ojos.

-¿Qué más da?

-Quiero saber cómo acaba la historia.

-Huyeron juntos y contrajeron matrimonio en secreto.

-¿Y luego?

-Y luego nada. Vivieron felices por mucho tiempo. Hasta tuvieron un hijo.

-¿En serio? ¿No sufrieron una existencia repleta de adversidades?

-No. Su amor perduró toda una vida.

Andries le da un beso en la coronilla.

-Entonces, lo nuestro puede acabar bien -dice Lidewej.

-¿Por qué no? ¿Por qué tendría que haber una maldición sobre algo tan bonito como el amor?

-No lo sé. Sucede en todas las historias.

Andries le besa la boca, las mejillas y la punta de la nariz.

-No en la nuestra -le dice.

11

Breda, julio de 1553

La añoranza puede apoderarse de él de pronto y sin previo aviso. No es más que una ráfaga, el fugaz recuerdo de una vieja herida que surge como un dolor fantasma. Entonces se imagina que está de nuevo en Dillenburg, el castillo de su familia que se alza en lo alto de una colina dominando un paisaje suavemente ondulado. Cuando cierra los ojos, ve correr el río Dill por el pueblo de casas con entramados de madera y, a veces, la imagen es tan nítida que hasta le parece poder oír el murmullo del agua. En esas ocasiones, vuelve a encontrarse con sus hermanos, con los que aprende a cazar, a jugar a la pelota y a tirar con arco. Y con sus padres.

Sin esfuerzo alguno, ve a su madre, el fino rostro enmarcado por una cofia blanca. Una mujer amable y gentil que, no obstante, sabe dirigir con mano firme al personal de cocina. La imagina caminando mientras inspecciona el huerto de plantas aromáticas, casi siempre en compañía de alguno de sus diez hijos, que eligen ese momento para exigirle que les preste atención. Una atención que ella les concede a ellos y a todo el que la necesita. Juliana es cariñosa con las personas que la rodean, y a su vez es correspondida con amor. Guillermo ha estado siempre muy unido a su madre, y aunque lo apartaron de ella a una tierna edad, la relación de ambos sigue siendo excelente.

También la relación con su padre es buena, si bien Guillermo sospecha que su progenitor ha tenido que acostumbrarse a ver cómo su hijo crecía hasta convertirse en un hombre hecho y derecho, mucho más rico y poderoso que él.

Aunque no le han dado muchas opciones matrimoniales, Guillermo ha de admitir que la unión con Ana ha sido muy acertada. En el fondo, él hubiese

querido esperar más antes de casarse, pero comprendió que un matrimonio con una rica heredera reforzaría considerablemente su posición en el mundo de la nobleza.

Siendo niño, había coincidido en diversas ocasiones con Ana de Egmont, condesa de Buren, aunque entonces ella no dejó huella en él.

Ana nació en el castillo de Buren y fue criada por su madre y por su abuela. En todos aquellos años, apenas vio a su padre, Maximiliano de Egmont, conde de Buren, debido a la ajetreada vida que llevaba él atendiendo a sus obligaciones para con el emperador. Su condición de caballero de la orden del Toisón de Oro, la máxima distinción que pueda recibir un noble, le obligaba a pasar más tiempo en la corte de Bruselas y de Madrid que con su familia en Buren.

Guillermo mantuvo con él diversas reuniones que dieron pie a una relación de mutuo respeto.

Cuando Maximiliano sintió que se acercaba su fin, incluyó en su testamento el deseo de que su hija Ana se casara con el príncipe Guillermo de Orange. Poco importaba lo que el propio Guillermo opinara al respecto: su educador Jérôme Perrenot de Granvela dictaminó que sería una unión favorable y la cuestión quedó zanjada.

Ana, que a la sazón tenía diecisiete años, no solo era rica, sino también amable y hermosa. Con su modestia, su preciosa cabellera castaña y su dulce mirada no tardó en ganarse el corazón de Guillermo. Además, tienen la misma edad, lo que les permite alternar la estricta etiqueta y el cumplimiento de las obligaciones con un comportamiento que quizá no sea acorde a su posición, pero sí a su juventud. El castillo de Breda, situado a las afueras de la villa y con vistas a la campiña, le da suficiente libertad para vivir como a él le gusta. En la corte rígida y formal de Bruselas, Guillermo es el príncipe, el favorito del emperador, el báculo de la gobernadora, pero en Breda, es el joven que persigue a Ana por los pasillos y le hace cosquillas en la cama hasta que ella le suplica clemencia.

La observa a través de la ventana. Como de costumbre, su esposa se encuentra en el patio del castillo, donde supervisa la remodelación de las galerías abiertas.

Él ha encargado que le hicieran un retrato en el que Ana posa con un vestido de terciopelo negro, con botones dorados provistos de una perla. Unas

valiosas joyas embellecen su escote y una tiara de oro y piedras preciosas rojas y verdes adorna su melena castaña recogida. Todo esplendor, como obliga su posición, sin embargo, las joyas no pueden compararse con el brillo de sus ojos marrones y la dulzura de su sonrisa.

En el fondo, Guillermo prefiere verla como ahora: vestida con faldas sencillas pero bonitas y un pañuelo en la cabeza, mientras habla del avance de las obras con los albañiles.

El príncipe observa el vientre ligeramente abultado que se adivina debajo de las capas de satén de Ana. Lleva ya unos meses de embarazo y en diciembre nacerá su primer hijo. Hasta ahora, no han surgido problemas y él espera de todo corazón que el parto se produzca sin complicaciones. Ha oído demasiadas historias de mujeres que mueren al dar a luz como para no preocuparse por el día del nacimiento.

Ana alza la vista, como si notara que la están observando. Lo ve y le sonrío. Él le devuelve la sonrisa abochornado y esboza un torpe saludo. Con la mirada sigue a su esposa mientras camina hacia el castillo sujetándose la falda. «Se va a cambiar», piensa él. Esta tarde irán a visitarlos sus padres, y Ana, como mujer de la nobleza, no puede presentarse ante sus suegros con este sencillo atuendo.

Guillermo da media vuelta y se dirige hacia el escritorio. Aunque tiene mucho trabajo, le cuesta concentrarse. Hace más de dos años que vio a sus padres por última vez, y las horas que preceden a su llegada le parecen más largas que todo el periodo anterior.

El emperador y la gobernadora María se hicieron cargo de la educación de Guillermo desde su adolescencia hasta que alcanzó la edad adulta, y se aseguraron de mantener a sus padres al margen de su formación. Ya al principio, su padre le explicó el porqué: su juventud brindaba al emperador y a su hermana la oportunidad de amoldarlo a sus deseos, convertirlo en un fiel seguidor y, sobre todo, en un católico.

Guillermo no tardó en descubrir que Maximiliano estaba en lo cierto. El emperador hubiese preferido que olvidara por completo a su familia, no obstante, puesto que no podía exigirle eso, limitó al mínimo el contacto de Guillermo con sus seres queridos. Así pues, se le podía ver más a menudo en el palacio imperial de Bruselas que en su propio castillo de Breda, y, siempre que podía, María de Hungría se lo llevaba consigo en sus viajes por los Países

Bajos. Por el camino, le explicaba la historia de este país llano, que le era extraño, pese a que muchas de sus posesiones se encontraran allí.

Aunque el príncipe conocía los motivos del emperador y de su hermana, el vínculo entre ellos acabó estrechándose. Lo trataban con tanta amabilidad y afecto que era difícil no encariñarse con ellos, pues esa afectuosidad era sincera. Renato de Châlon, el primo cuya fortuna había heredado Guillermo, era un buen amigo de Carlos, y el emperador acogió con los brazos abiertos en su corte al niño de once años que Renato había nombrado heredero.

Por alguna razón, el emperador parecía preferirlo a él, Guillermo, antes incluso que a su hijo Felipe. Como paje del emperador, Guillermo portaba los escudos de armas de Carlos, lo servía en la mesa y por las mañanas le pasaba la ropa cuando el emperador se levantaba de la cama. Carlos lo educó, lo involucró en los asuntos de Estado y depositó en él su confianza.

Sin embargo, ahora Guillermo es un hombre casado y ha establecido su residencia en Breda. Aunque el deber lo llama a Bruselas con más frecuencia de la que él desearía, su hogar se encuentra en Breda. Los pocos meses al año que está aquí disfruta plenamente de la compañía de Ana y, además, puede recibir libremente a su familia, algo que para él es por lo menos igual de importante. Aunque no ha visto crecer a sus hermanos pequeños, su madre le ha escrito puntualmente para mantenerlo al corriente de todo lo que sucedía en sus vidas. Dentro de unas horas, sus padres estarán aquí para ponerle al día y estrechar los lazos familiares.

Con un profundo suspiro, Guillermo moja la pluma en el tintero y se pone manos a la obra. El tiempo no avanzará más rápido si permanece de brazos cruzados, sino más bien todo lo contrario.

Al final de la tarde por fin llegan: la condesa Juliana de Stolberg y el conde Guillermo de Nassau acompañados de su séquito. El ujier anuncia su llegada y poco después se oye el estrépito de los cascos sobre el puente levadizo de madera.

Guillermo sale al patio a saludar a sus padres. Ana espera a unos pasos de distancia y observa con una sonrisa el abrazo y los besos que intercambian su esposo y sus padres.

-¡Qué alegría volveros a ver! ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Dos años? En cualquier caso, mucho tiempo -dice Guillermo, que a duras penas logra

esconder su emoción.

Su madre le acaricia la mejilla amorosamente, como si siguiera siendo el niño de once años que tiempo atrás vio partir hacia los Países Bajos.

-Y aquí tenemos a Ana -dice con calidez cuando esta da un paso adelante-. Querida niña, estás radiante. ¿Os encontráis bien tú y el pequeño?

-Nos encontramos bien -asegura Ana a su suegra besándola en ambas mejillas-. Me alegro de que hayáis llegado. Guillermo ha estado inquieto durante todo el día.

Hablando y riendo entran en el salón privado, donde los sirvientes han dejado bebidas y canapés.

-Decidme, ¿cómo va todo en casa? -Guillermo se sienta y mira expectante a sus padres.

Tiene un buen vínculo con sus hermanos y se mantiene al corriente de sus idas y venidas a través de la correspondencia, pero no hay nada como una conversación sobre las trivialidades que suelen omitirse en las cartas.

Su madre tenía apenas diecinueve años cuando se casó con su padre, que entonces ya había cumplido cuarenta y cuatro y tenía hijos de un anterior matrimonio. Con Juliana tuvo otros diez. Él, Guillermo, fue el primogénito y le siguieron Juan, Luis, María, Adolfo, Ana, Isabel, Catalina, Juliana, Magdalena y Enrique.

-¿Cómo están las niñas? ¿Han crecido mucho? -pregunta Guillermo, delatando en la voz el pesar que siente por todo lo que se ha perdido-. ¿Ya hay planes de matrimonio para María?

Juliana sacude la cabeza con energía.

-Es demasiado joven para eso. Solo tiene catorce años. Claro que hemos pensado en algunos nombres para el futuro, pero no tenemos prisa. María es todavía muy niña para su edad.

-¿Y Ana e Isabel? ¿Y la pequeña Magdalena? Ya habrá cumplido seis años. ¿Están bien? ¿Son felices? Si precisan de algo, decídmelo -insiste Guillermo.

El príncipe disfruta de una situación económica mucho más desahogada que la de sus padres y considera su deber echarles una mano. De este modo, paga los estudios de sus hermanos Adolfo y Luis, de trece y quince años, que asisten a la escuela en Estrasburgo. En cambio, no tiene que responsabilizarse de Juan, su hermano de dieciocho, puesto que reside en la corte del duque de

Cléveris.

-Quisiéramos hablarte de un asunto -le dice Juliana-. Se trata de Luis.

Dicho esto, Juliana se vuelve hacia su esposo y lanza una mirada de aliento; él se yergue un poco en la silla y se aclara la voz.

-Sí, Luis. Casi ha acabado su formación y ha manifestado que le gustaría vivir contigo en la corte. No tiene el más mínimo interés en seguir estudios de Teología ni en aprender idiomas. A decir verdad, tampoco tiene mucho talento para eso.

-¿Qué quiere hacer entonces? -pregunta Guillermo.

-Alistarse en el ejército y acompañarte. No habla de otra cosa.

-Aunque tal vez se le pase con la edad -puntualiza Juliana-. Para un muchacho de quince años, la vida que llevas resulta muy atractiva.

El rostro de Guillermo se ensombrece.

-Le decepcionará. Por ahora he experimentado poca gloria durante mis campañas. Lodo, lluvia, disentería y peste, eso es lo que le espera a uno en el ejército. Y que Dios nos ayude si llegamos a librar algún día una batalla. Tampoco es algo de lo que ilusionarse.

-No hay forma de quitárselo de la cabeza -le dice su padre-. Francamente, creo que el ejército podría encajar muy bien con él. Siempre está manejando espadas y arcabuces. Y es un excelente jinete.

Guillermo reflexiona sobre la posibilidad de que Luis lo acompañe en la corte y se encuentre a su lado durante las largas y aburridas campañas. De todas formas, nunca hay combates, así que no correría peligro. La idea de volver a tener a su hermano en su vida lo atrae mucho.

-Si aún lo quiere dentro de dos años -dice- entonces será bienvenido.

12

Breda, julio de 1553 Querido padre:

Os escribo esta carta sentada a la sombra en un banco del jardín trasero. Aquí, en Breda, tenemos unos días de intenso calor. Me imagino que debe de suceder lo mismo en Leiden. ¿Podéis soportarlo? Sé lo poco que aguantáis el tiempo caluroso. Esta ola de calor debe de ser un auténtico calvario para vos.

Espero que hayáis recibido mis anteriores dos cartas. Quizá os lleguen todas de golpe. Nunca se puede confiar del todo en el correo, pero estoy segura de que al final una de mis cartas os llegará.

Estamos bien. El príncipe de Orange nos ha adjudicado a Andries y a mí una hermosa casa de ladrillos con fachada escalonada. Se encuentra en una agradable plaza triangular, la Havermarkt, donde cada día se celebra un mercado. Por ello no tengo que ir muy lejos para hacer la compra, aunque en ocasiones hay mucho jaleo delante de la puerta.

No somos los únicos ciudadanos al servicio del príncipe. Esta villa vive de la corte. Eclesiásticos, mercaderes y nobles, todos vienen a Breda para beneficiarse de la presencia del príncipe. O debería decir de la princesa, puesto que Guillermo de Orange no pasa mucho tiempo en la villa.

Ahora mismo se encuentra en el castillo, pero dentro de poco volverá a partir hacia sus ejércitos en la frontera. En esta ocasión, Andries no lo acompañará, puesto que el príncipe le ha pedido que permanezca en Breda para cuidar de la princesa Ana. Andries ha aceptado su petición, pues pasar gran parte del año en un acantonamiento no es lo que se había imaginado de nuestra vida en

común.

Siento compasión por la princesa Ana, que pasa tanto tiempo sin su marido, y precisamente en su estado. La princesa tiene mal aspecto, está pálida y cansada. Andries va a verla todos los días para comprobar su salud. Es una importante tarea y supone una gran responsabilidad, pero el príncipe sabe lo que se hace. Andries tiene un nombre excelente como médico y los notables del lugar lo consultan a menudo.

Yo lo ayudo preparando pócimas y píldoras, que luego vendo en la botica que tenemos en la parte delantera de nuestra casa. Me complace poder serle útil de esta manera y además me ha ayudado a integrarme rápidamente.

Querido padre, en mis anteriores cartas ya os he pedido perdón por mi decisión y os he explicado por qué no podía hacer otra cosa. Confío en que entretanto seáis más comprensivo y que me contestéis pronto. Espero que gocéis de buena salud y os deseo lo mejor.

Vuestra hija que os quiere,
Lideweij

La esperanza es una emoción traicionera. Nos impulsa a buscar justificaciones cada vez que no se cumplen nuestras expectativas, a fin de no tener que enfrentarnos con la realidad.

Lideweij no puede creer que su padre no conteste adrede a sus cartas. Se repite a sí misma que eso es imposible dado lo unidos que estaban. Que seguirá una temporada ignorándola para castigarla, pero que acabará admitiéndola de nuevo en su vida si ella le pide perdón durante suficiente tiempo. Mientras tanto, a ella no le quedará más remedio que arrastrarse, un año o quizá más, pero al final se reconciliarán.

No obstante, es una decepción que hayan pasado ya tres meses sin que haya recibido una respuesta a sus cartas.

Lideweij se pone una mano sobre el vientre ligeramente hinchado. Tal vez debería haberle dado la noticia en la carta que le acaba de escribir. Eso sin duda aceleraría la reconciliación, pero prefiere esperar hasta que haya pasado la fase crítica de los primeros tres meses. Todavía pueden surgir complicaciones, y en realidad sería mejor que él la perdonara porque sí y no

porque vaya a tener un nieto. Siempre está a tiempo de echar mano de ese recurso si él persevera en su tozudez.

Llegaron a Breda en primavera, cuando la villa está en su época de máximo esplendor y las ramas de los árboles empiezan a dar brotes y el sol adquiere fuerza día tras día. Al igual que en Leiden, se había acabado la tenebrosidad del invierno, los últimos copos de nieve se habían fundido en los oscuros callejones y el hielo de los canales había cedido y se había transformado de nuevo en agua ondulante. En los árboles brotaban las primeras hojas verdes y los abundantes aguaceros primaverales barrían la suciedad de las calles, sin convertir la ciudad en un lodazal.

Ahora que ha llegado el verano y que todo el mundo suspira bajo el asfixiante manto de calor que hace que la basura y los canales de Breda apesten como un pozo negro, Lideweij comprende que, al igual que en Leiden, la estación más agradable cuando se vive en la ciudad es la primavera. Y, aunque no se ha arrepentido en ningún momento de su partida, Leiden sigue siendo para ella su casa.

Hace muy poco que vive en Breda. Tres meses no son nada para quien ha vivido toda su vida en el mismo sitio. Puede que todo le resulte más fácil cuando recupere el contacto con su padre. O cuando haya nacido su bebé y lo vea crecer. Las heridas que se ha infligido a sí misma al marcharse no se curarán por sí solas. Para eso hace falta tiempo. Tiempo y perdón.

Lideweij deja la carta sobre el banco y contempla el pequeño patio con parterres donde crecen las hierbas aromáticas y las flores de verano y por entre los cuales discurre un estrecho sendero. Los últimos rayos de sol, que iluminan el muro cubierto de hiedra, desaparecerán pronto llevándose la luz y el calor, y dejando el patio sumido en las sombras.

Lideweij se levanta antes de que la sorprenda el atardecer y entra en la casa para preparar la cena. Dentro de un rato llegará Andries, cansado de la larga jornada de trabajo, y querrá sentarse a cenar.

En el cuarto interior, la única habitación de la parte trasera de la casa, Lideweij abre la mesa colocada junto al hogar. Coge una cesta de zanahorias que ha comprado al mediodía en el mercado y empieza a rasparlas.

La casa en la que vive es grande e incluso cuenta con una pieza independiente con una chimenea para cocinar. Es cierto que también hay una en la casa paterna, pero allí es normal pues se trata de la residencia de un

patricio. Las casas de la clase media suelen tener solo dos cuartos: el delantero, donde trabajan sus ocupantes y el trasero, donde cocinan, comen y duermen. La segunda planta suele servir de desván o de cuarto donde poner más armarios con cama. Esta casa también brinda esta posibilidad, lo que es práctico para el futuro, cuando se amplíe la familia.

Lideweij aviva el fuego, cuelga la olla del gancho y vierte algo de aceite dentro. Cuando el aceite se ha repartido, echa dos trozos de pescado y les da la vuelta. Luego prepara la salsa.

Una vez ha acabado, oye llegar a Andries, que ha visitado a la princesa de Orange en su residencia. Poco después, su marido entra en la cocina.

-¿Y bien? ¿Cómo te ha ido con la princesa? -Lideweij le da un beso y coloca una campana sobre el fuego para apagar las llamas.

-No muy bien -dice Andries olfateando el olor que sale de la olla-. ¿Qué bien huele! ¿Qué estás preparando?

-Pescado y zanahorias con salsa. Háblame de la princesa. ¿Qué le pasa?

-Sufre las molestias usuales del embarazo, como náuseas y mareos. Todas las embarazadas las tienen, pero la princesa Ana es delicada. Siente más náuseas, más cansancio y más mareos que otra. El príncipe se preocupa por ella y ella, a su vez, por el bebé.

Andries se quita el birrete y se dirige al cuarto interior.

Lideweij lo sigue con la olla de pescado que coloca sobre una tabla de madera en la mesa.

-Lo siento por ella -dice mientras toman asiento.

Todavía no conoce personalmente al príncipe ni a la princesa, pero ha podido vislumbrar a Ana cuando esta se paseaba por la ciudad en carroza o a caballo. Lo que vio era una muchacha frágil con una cabellera espesa y oscura, que no hacía sino recalcar su palidez.

-Lo peor es que el príncipe Guillermo apenas está en casa -dice Andries mientras se sirve unos cuantos cucharones de pescado con salsa.

Espera a que el líquido haya impregnado la rebanada de pan que tiene en el plato, antes de cortar un trozo y tomar un bocado.

-¿Se ha vuelto a marchar el príncipe? Creía que seguía estando en el castillo.

-Todavía no se ha ido, lo hará pasado mañana. El emperador lo requiere

en Bruselas-. Andries toma otro bocado de pan con pescado y luego un sorbo de cerveza-. Me ha pedido que vayas a hacer compañía a Ana a ratos.

Lideweij deja el cuchillo, muda de asombro.

-¿Yo? No lo dirás en serio.

-Sí. Le conté al príncipe que también estabas embarazada y que las dos salís de cuentas en torno a la misma fecha. Enseguida se mostró interesado. Me preguntó si tenías los mismos problemas que Ana y si también te preocupaban tanto. Le dije que no, que eres fuerte y estás sana y que sabes que el embarazo conlleva algunas molestias. Entonces se le ocurrió la idea de que visitaras a Ana mientras él estuviera ausente. Por supuesto cuenta con la compañía de sus damas de honor, pero ninguna de ellas sabe lo que es estar preñada. Le haría mucho bien poder intercambiar experiencias contigo.

-Yo lo haría con mucho gusto -dice Lideweij-, pero ¿no preferiría hablar con alguien de su misma condición?

-Tú eres de la nobleza -le contesta Andries-. Bueno, ya sé a qué te refieres, perteneces a la baja nobleza, pero eso no importa. El príncipe no es alguien que se preocupe por las diferencias de clase.

-Pero la princesa Ana quizá sí.

-No lo creo. Ya verás que en verdad no es más que una joven rica y solitaria que dispone de mucho tiempo para darle vueltas a la cabeza. Le he dicho que estarás encantada de hacerle compañía.

-Veo que ya lo has organizado todo -dice Lideweij sonriendo.

¿Por qué iba ella a oponerse a aliviar la soledad de Ana? Pensándolo bien, podrían ayudarse mutuamente.

Eso no impide que al día siguiente, cuando se dirige con Andries hacia el castillo, esté hecha un manojo de nervios. No tienen que caminar mucho, pues Breda no es grande. El lado norte de la villa está dominado por el castillo con sus extensos jardines, por el puerto y por la iglesia de Nuestra Señora. El convento de Santa Catalina limita al sur y en medio se extiende una modesta red de callejuelas que confluyen en la plaza Mayor y el ayuntamiento.

La casa de Lideweij y Andries se encuentra a tiro de piedra del castillo. Desde la plaza del mercado solo tienen que recorrer la Schoolstraat hasta llegar a la Kasteelplein, la plaza del Castillo.

El castillo de Breda es un imponente edificio renacentista oculto detrás de una fachada de aspecto sobrio y severo. Cruzan un puente de madera tendido

sobre el foso y llegan a un impresionante portalón. Tras un rígido control, se les permite pasar y se les da acceso a la siguiente puerta, y finalmente al patio. Allí les espera el mayordomo, Godfried van Erpt, que los recibe con un saludo formal no exento de cordialidad.

El enorme patio tiene galerías de columnas y en torno a él se alzan las cuatro alas del castillo, con ventanales de cristales emplomados.

-Los aposentos privados del príncipe se encuentran allí -dice Andries apuntando a la torre con un leve movimiento de la cabeza-. La princesa Ana prefiere quedarse en el pabellón más que en el castillo.

Godfried van Erpt, que les precede y ha captado sus palabras, se vuelve y dice:

-Así es, señor. Por ello os conduzco directamente al pabellón. Allí os espera también monseñor el príncipe para saludaros.

El pabellón es una edificación cuadrada de aspecto inexpugnable. Forma parte de las defensas, pero es independiente del castillo.

En cuanto entra en el zaguán con suelo de baldosas blancas y negras, Lideweij comprende por qué la princesa Ana prefiere vivir allí. La entrada es espaciosa, pero resulta acogedora gracias al techo bajo, al modesto vestíbulo y a los retratos de miembros de la familia que les dan la bienvenida sonriendo desde las paredes.

Van Erpt se despide de ellos y los confía al chambelán.

-¿Esperáis aquí? -les pregunta este, aunque suena como una orden.

El chambelán sale de la estancia y cierra la puerta detrás de sí. Poco después regresa y con un gesto indica a Andries y Lideweij que pueden entrar.

El príncipe Guillermo de Orange y la princesa Ana de Buren se encuentran en el centro de la estancia y sonrían amablemente a sus invitados. Puesto que ya conocen bien a Andries, concentran toda su atención en Lideweij.

-Señora -dice el príncipe en tono cordial-, es un placer conocerlos. Vuestro esposo me ha hablado mucho de vos.

-El honor y el placer son míos, monseñor.

Lideweij hace una reverencia y, a continuación, otra para la princesa.

La princesa Ana ha sido agraciada con un hermoso rostro y un aspecto dulce y casi tímido. Luce un vestido sencillo pero impecable, de color azul oscuro, mangas abombadas y puños de encaje. Su frágil complexión no le

permite engalanarse en exceso, aunque las perlas en la cofia de encaje y el collar de relucientes piedras preciosas que luce deben de haber costado una fortuna.

Ana desliza la mirada hacia la ligera protuberancia debajo del corpiño de Lideweij, mientras que los ojos de esta se dirigen involuntariamente hacia la cintura de Ana. Cuando ambas se percatan de lo que están haciendo, se echan a reír y de este modo se rompe el hielo.

-He sabido que lleváis tanto tiempo como yo de embarazo -dice Ana-. ¿Os encontráis bien?

El tono formal con el que habla apenas logra ocultar la curiosidad de la princesa, y eso se sale un poco de lo que dictan las normas de conducta. Lo habitual cuando se está en compañía de varones es referirse al embarazo de forma velada. Y cuando están a solas, las mujeres solo hablan de la preñez cuando se conocen mejor. Sin embargo, por la forma en que Ana desvía una y otra vez la mirada hacia su vientre, Lideweij sospecha que la princesa no tiene previsto atenerse a las convenciones.

Le contesta amablemente que se encuentra muy bien y que espera lo mismo de ella. Sin embargo, basta con mirarla para darse cuenta de que no es así. Es evidente que Ana, con su aspecto delicado y casi infantil, no tiene una constitución robusta.

Antes incluso de haber mantenido una sola conversación con la princesa, un sentimiento de preocupación se apodera a Lideweij. Hay mujeres que gestan y paren hijos como si nada, mientras que otras no deberían ni intentarlo para no poner en peligro su vida. Resulta evidente a qué categoría pertenece Ana.

La entrevista es breve. El príncipe se dispone a partir hacia Bruselas y tiene prisa. Así que Andries y Lideweij se despiden tras prometerle que cuidarán bien de Ana y que vendrán a hacerle compañía con frecuencia. El príncipe estrecha la mano del médico, besa la de Lideweij y les expresa su agradecimiento.

Ana sonríe a Lideweij y su mirada contiene una invitación.

Después de la despedida formal, Andries y Lideweij son conducidos hasta el portalón junto al foso. Cuando se encuentran de nuevo a solas, Andries le pregunta qué le ha parecido la audiencia.

-El príncipe ha sido muy amable -le dice Lideweij-. Se ha mostrado

cordial e interesado por nosotros. La princesa también. Es una joven dulce. Algo retraída e infantil, no tiene en absoluto el aspecto majestuoso que había esperado de ella.

-Esa es una de las razones por las que el príncipe ya no se la lleva a la corte real de Bruselas. Allí, Ana se sentía totalmente perdida. Para ella es mejor quedarse en Breda. La corte de Bruselas es demasiado grande y mundana.

-En tal caso me pregunto si es la esposa más adecuada para el príncipe Guillermo -replica Lideweij frunciendo el ceño.

-Ese matrimonio le ha aportado una fortuna al príncipe -dice Andries-. Y se quieren. Es decir, se aprecian mucho y les gusta estar juntos. No se si se le puede llamar amor, pero es más de lo que consigue la mayoría de las personas que contrae un matrimonio de conveniencia.

-Sin duda alguna. No está al alcance de todo el mundo casarse por amor.

En medio de la Kasteelplein, Andries hace parar a su esposa.

-¿Te he dicho alguna vez lo feliz que me haces y lo mucho que te quiero?

Lideweij lo mira sonriendo.

-Unas cuantas veces. Más o menos cinco al día.

Andries se echa a reír y la besa.

-El día de nuestra boda, por muy austero que fuera, fue el más feliz de mi vida. No puedo imaginarme vivir sin ti.

-Ni falta que hace.

-¿Me lo prometes?

Lideweij mira a su esposo, asombrada por la gravedad de su voz.

-¿Por qué me preguntas eso? ¿Acaso dudas de mis sentimientos?

Andries niega con la cabeza.

-Por supuesto que no.

-¿Qué te preocupa entonces? ¿Te he dado algún motivo?

-Tú no -le contesta Andries-. Pero otros hombres sí.

Lideweij se queda boquiabierta.

-¿Otros hombres? Andries, ¿de qué demonios estás hablando?

-Creo que no te das cuenta de cómo te miran los hombres. Incluso el príncipe.

-¿El príncipe?

-Debes de haberlo notado. No te quitaba los ojos de encima.

Lideweij no se ha percatado de nada. Se ha concentrado en Ana y no ha advertido que el príncipe la estuviera observando. Sin embargo, ahora que Andries lo menciona, recuerda un momento en que, al levantar la vista, vio los ojos del príncipe clavados en ella. No pensó que la mirara con deseo. Al contrario, la hizo sentirse insegura, temerosa de que la evaluara y considerara que no daba la talla como dama de compañía para la princesa.

-Creo que estás exagerando -le dice con rotundidad-. Son imaginaciones tuyas.

-En absoluto.

El tono de voz de Andries es claramente desabrido. Él sigue avanzando, pero Lideweij lo retiene riendo.

-¡Estás celoso! ¡Un hombre me ha mirado más de lo debido y tú te pones loco de celos!

-No es un hombre cualquiera, es el príncipe de Orange.

Lideweij se echa a reír de nuevo.

-¿Lo ves? Admítelo: estás celoso.

Sin pensárselo dos veces, rodea el cuello de Andries con los brazos.

-Te amo -le dice-. Solo a ti. Nadie cambiará eso, ni siquiera el príncipe de Orange.

De pie frente a la ventana del pabellón, la princesa Ana mira alejarse al médico y a su esposa. Forman una pareja simpática, cordial y amable sin la actitud servil que suelen tener otras personas. En un primer momento no supo qué pensar de la propuesta de Guillermo de presentarle a Lideweij Griffioen. No le gustan los extraños, siempre tarda en acostumbrarse a ellos. Pero esta joven mujer, apenas algo mayor que ella, le ha resultado simpática desde el primer momento. Algunas personas tienen esa cualidad, un no sé qué que hace que todos se sientan atraídos hacia ellas.

A Ana no se le ha escapado que ni siquiera Guillermo era inmune a los encantos de Lideweij. No podía quitarle los ojos de encima. Es una mujer hermosa, nadie puede negarlo. Curiosamente, eso no despertó en ella la envidia que cabría esperar. El hecho de que Lideweij parecía no ser en absoluto consciente de su belleza y por consiguiente no coqueteara con ella,

forma parte de su atractivo.

Ana está segura de que entablar amistad con esta mujer puede resultarle muy beneficioso y por ello tiene intención de invitarla al castillo. No obstante, su intuición le dice que es preferible hacerlo cuando no esté presente su esposo.

13

No debería haber dicho nada. Por supuesto que no duda de Lideweij, no tiene ningún motivo para hacerlo. Al contrario, tendría que estar orgulloso de que ella atraiga tantas miradas. Al fin y al cabo, es su esposa y él está seguro de su amor. La duda que lo asalta de cuando en cuando procede de su incertidumbre sobre si podrá hacerla feliz a la larga. Ella ha tenido que hacer un gran sacrificio por él. ¿Qué pasará si no se reconcilia con su padre? ¿Serán sus sentimientos por él, Andries, suficiente para soportar esa pérdida?

Es una pregunta que no logra ahuyentar de la mente y que casi le impide disfrutar de todo lo que tiene: este delicioso verano, la ausencia de peste y su situación desahogada, y el estar casado con el amor de su vida y saber que este año será padre por primera vez.

Suficiente para ser feliz. Pero la vida le enseñó ya a temprana edad a recelar de la felicidad.

Se ha convertido en un médico apreciado en la villa de Breda. Oficialmente, no es médico municipal, pero la posición que le otorga estar al servicio del príncipe de Orange actúa como un imán en los ciudadanos de Breda. Después de unos meses ya puede permitirse ser más selectivo con los pacientes que acepta. No por tener un título universitario se ha negado nunca a realizar tratamientos como las sangrías o los vendajes. Estrictamente hablando, es trabajo de barberos-cirujanos, mientras que la tarea del médico consiste en examinar al paciente y hacer un diagnóstico. No obstante, ahora que los notables de Breda requieren sus servicios para que les cure los achaques y las enfermedades, él puede permitirse rechazar el trabajo manual sencillo. Y puesto que un médico que se precie no puede pasearse por la calle en un sencillo jubón, ha acabado vistiendo el elegante tabardo acorde a su posición.

-Menos mal que no te conocí vestido así -le dice Lideweij para provocarlo mientras él se pone el holgado tabardo-. Solo te falta la perilla y el bastón para parecerte a mi abuelo.

Andries se ríe, la besa y sale a la calle.

El largo y cálido verano da paso a un otoño húmedo y suave. Andries sabe que son circunstancias ideales para las enfermedades. Sin embargo, justo cuando se declaran los primeros casos de peste, se produce un cambio en el tiempo. La temperatura baja en picado, empieza a helar y en noviembre caen las primeras nieves, lo que pone fin a la amenaza de una plaga antes de que la gente se haya percatado de su llegada.

Después de pasearse durante todo el verano por los jardines de palacio, Lideweij y Ana, ya en un avanzado estado de gestación, se recluyen en los caldeados aposentos privados de la princesa. Durante meses enteros han compartido su embarazo, se han escuchado y tranquilizado la una a la otra. Ahora sus vientres han crecido tanto que ambas se levantan con dificultad de la cama o de la silla, y se mueven con el característico andar tambaleante de las preñadas.

Lideweij se siente como en casa en el pabellón, cuyas amplias estancias están tapizadas de damasco verde con flores rojas. En los aparadores hay estatuillas de mármol y fuentes de plata llenas de fruta y dulces. Pero lo que más le gusta es la atmósfera hogareña de las habitaciones. Por doquier hay flores, fruslerías y pequeños retratos de familiares. La princesa tiene un perrito blanco que la sigue a todas partes y que se tumba a sus pies cuando ella se sienta. Pensándolo bien, podría tratarse de la vivienda de un patricio, y eso hace que Lideweij se sienta cómoda.

Lo que también le llama la atención son los libros de Ana. Los hay por doquier, sobre las mesitas auxiliares y también en una librería. La sorpresa de Lideweij es enorme cuando ve el libro Abelardo y Eloísa.

-¿Conoces la historia? -le pregunta Ana, cuando la ve coger el libro.

-He oído hablar de ella.

-Es una historia real -le dice Ana-. Una hermosa historia de amor.

-Lo sé. Habla de un famoso erudito que se enamoró de su alumna y contrajo matrimonio en secreto con ella. Lo único que no sé es cómo acaba.

-Como siempre acaban este tipo de historias: mal. Abelardo y Eloísa se

casaron en secreto porque un matrimonio abierto habría significado el final del prestigio de Abelardo como clérigo erudito -le explica Ana-. Así que siguieron haciendo vidas separadas; Abelardo se compró una casa y Eloísa se quedó a vivir con su tío. Sin embargo, las continuas visitas de Abelardo empezaron a llamar la atención. Los rumores se propagaron por la villa como una ola y la gente empezó a culpar a Fulberto, el tío de Eloísa, de no proteger suficientemente el honor de su sobrina. Fulberto era un hombre orgulloso, celoso de su buen nombre, y soportaba mal las murmuraciones y miradas acusadoras. Un buen día, mientras atendía a visitas importantes en su casa, no pudo seguir ocultando la verdad y confesó que su sobrina estaba casada como Dios manda y que Abelardo tenía todo el derecho del mundo de visitarla. Aquello se convirtió en el escándalo del año en París y Abelardo tuvo que elegir entre su esposa y sus ambiciones como profesor y escritor. A fin de acallar el escándalo, convenció a Eloísa de que era mejor que se recluyera durante un tiempo en un convento. Ella no quería separarse de su amado y se resistió, pero al final no le quedó más remedio que obedecer a su esposo. Aceptó y se encerró en el convento de Argenteuil. Su tío estaba furioso. Creía que Abelardo quería deshacerse de Eloísa y urdió una venganza. Un día, sobornó al criado de Abelardo y entró en su casa con unos cuantos compinches.

-¿Lo asesinaron? -pregunta Lideweij asustada.

-No. Ojalá lo hubiesen asesinado. Hicieron lo peor que se le puede hacer a un varón: le quitaron su hombría.

Ana lanza una mirada significativa a su amiga, que se tapa la boca con la mano.

-Los autores fueron apresados y recibieron el mismo trato que le habían dado a Abelardo -prosigue Ana-. Ahora que ya no podía ofrecerle nada a su esposa, Abelardo se retiró definitivamente en el monasterio de Saint Denis y se hizo consagrar sacerdote. A petición suya, Eloísa tomó el velo en el convento de Argenteuil. Él le prometió que solo tendría que quedarse allí unas cuantas semanas, pero acabaron siendo cuarenta años.

-Pobre Eloísa. ¿Volvieron a verse alguna vez?

-Una sola vez. -Ana se acerca la copa de hipocrás a los labios y toma un sorbito-. Qué curioso que conocieras la historia, pero no el final.

-No me lo contaron -dice Lideweij-. Y ahora comprendo por qué.

En la tercera semana de noviembre, Andries es llamado con urgencia al castillo: Ana ha roto aguas. El parto es complicado y se prolonga durante un día y una noche, hasta que por fin, el 22 de noviembre, da a luz a una niña de aspecto frágil.

El miedo invade a Andries cuando la comadrona le entrega al bebé para que lo examine. Aunque la pequeña tiene el pulso débil y su respiración es superficial, acaba emitiendo un lloro liberador.

-Está sana -sentencia Andries mientras vuelve a guardar el estetoscopio en el maletín-. Todavía está débil por el parto, pero respira con suficiente fuerza.

Acto seguido, felicita a una radiante Ana y al príncipe, que ha vuelto a casa una semana antes.

-Gracias por tus buenos cuidados -le dice Guillermo-. Y dale también las gracias a tu esposa. A Ana le agradó mucho su compañía. ¿Para cuándo esperaréis a vuestro bebé?

-Para dentro de una semana.

-¡Y tan pronto después del nuestro! Es mucha casualidad, ¿no crees? Espero que todo salga bien -le dice el príncipe cordialmente.

Eso espera también Andries. Por primera vez es consciente del calvario que puede suponer para una mujer dar a luz, y lo que es peor, el peligro que corre de morir durante el parto.

Por la noche no pega ojo.

Sin embargo, su preocupación resulta ser injustificada, pues Lidewejj pare con la misma naturalidad con la que ha llevado su embarazo. Tras algunas horas da a luz a una niña a la que pone los nombres de sus dos abuelas, Isabella Wendela.

Andries no se cansa de observar, extasiado y sin habla, a su hija. Y por mucho que la examina, no encuentra nada preocupante. Isabella es un bebé robusto que enseguida empieza a mamar con ganas y que llora con fuerza cuando algo no le gusta.

-Lo has hecho maravillosamente bien -dice Andries besando a su esposa.

-Ha salido por si sola -le dice Lidewejj riéndose-. Se oyen tantas historias terribles sobre el parto, que en el fondo de mi corazón empezaba a preocuparme, pero todo ha ido sin esfuerzo. ¿Verdad que es preciosa? -dice

mirando con ternura a su hijita-. Se parece a ti, ¿no crees?

Aunque Andries considera que es demasiado pronto para encontrar parecidos, también se inclina a pensar que Isabella tiene algo de él. Sus ojos no son azules como los de su madre, sino grises, como los suyos, y tiene el pelo oscuro.

-Eso aún puede cambiar -dice.

-No lo creo -opina Lideweij-. Es igualita a su padre.

Unos días más tarde, y a pesar de su predilección por la nueva doctrina, Andries y Lideweij bautizan a su hija en la iglesia. Ninguno de los dos ha optado claramente por un bando en la guerra religiosa que desgarró los Países Bajos y, pese a sus dudas sobre los dogmas de la Iglesia católica, no quieren privar a Isabella de la protección divina.

Guillermo y Ana parecen pensar lo mismo, puesto que, el 12 de diciembre, su hija María recibe el bautismo en la iglesia de Nuestra Señora de Breda. Es una ceremonia a la que acude toda la nobleza holandesa y que causa días enteros de revuelo en la ciudad. Los habitantes de Breda se maravillan viendo pasar el cortejo multicolor de nobles que cruzan las puertas de la villa en dirección al castillo, a caballo y en coche, cargados de pertenencias suyas y de regalos para la pequeña princesa.

Andries y Lideweij se quedan asombrados y se sienten honrados cuando reciben una invitación para asistir a las celebraciones en el castillo después del bautizo. Y el príncipe y la princesa aun encuentran un momento para intercambiar unas palabras con ellos.

-Es increíble que haga tan poco tiempo que haya nacido vuestra hija. Estáis radiante -le dice el príncipe gentilmente a Lideweij.

Él mismo resplandece y cuando Lideweij le informa sobre su salud y la de Isabella, Guillermo la escucha sonriendo.

-Espero que os haya gustado el obsequio que os envié -le dice.

La taza de plata que recibieron justo después del nacimiento de Isabella es preciosa, pero Lideweij considera que es un regalo excesivo. Guillermo no opina lo mismo.

-No subestiméis lo que habéis hecho por Ana. Tiene tendencia a preocuparse en demasía y, como es sabido, eso perjudica la salud. Se dice que incluso podría provocar abortos y partos prematuros -dice Guillermo, para

luego pasar con agilidad a un tema más ligero-. ¿Os encontráis a gusto en Breda? ¿Os habéis habituado ya al ritmo de la ciudad?

-Oh sí, Breda es una villa agradable -le contesta Lideweij-. Y la casa es preciosa. Somos afortunados.

-Procedéis de Leiden, ¿no es cierto? ¿Conozco a vuestros padres?

-No lo creo. Mi padre es pañero y mi madre murió cuando yo aún era una niña. Tal vez conozcáis su apellido de soltera: Bensenbroeck.

El príncipe responde con un asentimiento de cabeza.

-La familia Bensenbroeck es en efecto un antiguo y noble linaje. Siento mucho que vuestra madre muriera tan joven. Sé lo que es crecer sin padres. Yo tenía once años cuando abandoné mi casa paterna.

-Eso es muy joven.

-Sí, en efecto. Demasiado joven.

Siguen hablando, en tono confidencial, pero sin abordar el problema que tiene Lideweij con su padre. Ella sabe que el príncipe está al corriente de las susceptibilidades en torno a su partida de Leiden, pero la caballerosidad le impide hablar de ello. Siguen evitando el tema, conscientes del dolor que comparten.

Solo después de un rato, Lideweij se percató de que nadie les molesta y que ni siquiera Andries o Ana están cerca. Es como si se hallaran en una isla en medio de la muchedumbre y una frontera invisible mantuviera a distancia a los demás invitados.

Lideweij escruta la sala en busca de Andries. Tarda un poco en verlo, de pie, enredado en una animada conversación con una hermosa joven ataviada con un vestido con un gran escote. Como si sintiera los ojos de su esposa sobre él, Andries mira hacia un lado y encuentra su mirada. Le sonríe y prosigue con la conversación.

El breve contacto visual no ha pasado inadvertido al príncipe.

-Debéis de querer mucho a vuestro esposo si habéis renunciado a todo por él -le dice.

-Sí, monseñor. Muchísimo. Pero aunque volvería a hacerlo, he de admitir que el sacrificio fue grande.

-Los sacrificios que hacemos por amor siempre son grandes.

-Al principio pensé que mi padre me perdonaría, pero ahora ya no estoy

tan segura. Ni siquiera ha respondido a la noticia del nacimiento de Isabella.

Lideweij lo dice con un hilo de voz y expresión triste.

La mirada del príncipe se suaviza.

-Quizá algún día se presente de improviso ante vuestra puerta.

-Sería el día más hermoso de mi vida -le contesta Lideweij en voz baja.

Esas palabras llegan directo al corazón de Guillermo. Sacan a la luz una tristeza que él reconoce.

Con los dedos, acaricia fugazmente la mejilla de Lideweij, un gesto totalmente inapropiado que no la asusta, aunque sí la sorprende. Cuando mira al príncipe a los ojos, descubre en ellos una calidez y un afecto que le provocan una ligera turbación.

Con Andries no habla nunca de su padre. No le dice nada de las cartas que le envía ni del creciente vacío que siente en su interior al no recibir respuesta. No se lo cuenta porque no quiere que se sienta culpable, pero la compasión del príncipe la hace comprender lo mucho que echa de menos el consuelo de su marido.

Lideweij exhala un leve suspiro. La cercanía del príncipe la reconforta y ahuyenta por unos momentos el sentimiento de soledad que la invade desde hace un tiempo.

Guillermo sigue mirándola con gesto atento y pensativo.

-Mi padre nunca me ha perdonado que yo heredara lo que él consideraba legítimamente suyo. Jamás me lo ha dicho con tantas palabras, a fin de cuentas yo tampoco podía hacer nada al respecto, pero de niño sentí claramente cómo se alteraba nuestra relación. Ninguno de los dos quería un padre que tuviera que pedir limosna a su hijo. Sin embargo, esta es la situación. El hecho de que nos viésemos poco no hizo más que empeorar las cosas. Cuando nos volvíamos a ver después de un tiempo, yo había crecido en edad y en sabiduría, era cada vez más el príncipe de Orange y cada vez menos su hijo. La herencia me cambió la vida para bien, pero también para mal. No se puede tener todo, a veces hay que tomar decisiones que excluyen otras cosas que consideramos valiosas.

El príncipe hace una seña a un librea que se pasea con una bandeja llena de copas y coge dos. Le da una a Lideweij y la observa con una cálida sonrisa en los ojos.

-Por nuestras elecciones -le dice-. Que nos den una vida larga y feliz.

Desde el otro lado de la sala de columnas, Ana de Orange Nassau observa discreta pero atentamente a su marido que lleva ya largo rato hablando con Lidewey Feelinck-Griffioen. Tan largo que resulta indecoroso. Si no pone pronto fin a la conversación, empezarán a llamar la atención de los presentes.

Cuando mira a Guillermo, el corazón casi le estalla en el pecho de orgullo y amor, pero por primera vez se mezclan también los celos. Su esposo es apuesto, luce un cuerpo alto y erguido, una tupida cabellera rubia y una refinada perilla. Desde el día de su boda se pregunta qué le atrae de ella. Qué hace él, un hombre de mundo, casado con una muchacha timorata e insegura como ella. Por supuesto, ella sabe que su principal atractivo era su dote, que convirtió a Guillermo en un hombre más rico de lo que ya era, sin embargo, no tardaron en descubrir que se caían bien. Un sentimiento que, en el caso de Ana, se transformó en un desenfrenado enamoramiento.

Duda mucho que Guillermo la quiera tanto como ella a él, pero se contenta con el afecto que le da. Ya es mucho más de lo que espera.

En la vida ha tenido poca atención masculina. De niña, apenas conoció a su padre, Maximiliano de Egmont, conde de Buren, pero lo suficiente como para saber que su esposo es un tipo de hombre totalmente distinto. Mientras que Maximiliano era malhablado y desmesurado en el comer y en el beber, Guillermo es civilizado, moderado y atento.

Lo que ambos tienen en común es el interés por otras mujeres. Se pueden decir muchas cosas de su padre, pero no que no fuera un hombre atractivo. Y un hombre atractivo nunca está solo, le inculcó su madre. Durante las negociaciones sobre su boda con Guillermo, Ana recordó esas sabias palabras.

«Habrás otras mujeres en tu vida, hija mía. No se lo reproches, acéptalo. Dale un hogar, un lugar en el que pueda reponerse y donde se sienta más a gusto que en cualquier otro sitio. Así no lo perderás. Las mujeres gruñonas y malhumoradas empujan a sus maridos a los brazos de sus rivales. Recuérdalo.»

Aunque hace tan solo un año que Guillermo y ella contrajeron matrimonio, Ana lo ha recordado. Hasta que conoció a Lidewey, no pensó que pudiera necesitar el consejo materno. Se alegra de haber aceptado las visitas de Lidewey. Desde que conoce la historia de la ruptura con su padre y su decisión de seguir a Andries, ya no cree que suponga una amenaza para ella.

Es posible que Guillermo se sienta atraído por ella, pero no cree que el sentimiento sea recíproco.

No obstante, lo que ve ahora hace que su confianza en sí misma se evapore de golpe. Aunque había empezado a trabar amistad con Lideweyj, ahora comprende que es mejor mantenerla a distancia. Una decisión que hará más largos y solitarios los interminables meses durante la ausencia de Guillermo.

14

Bruselas, 25 de octubre de 1555

El aula magna del palacio imperial de Coudenberg en Bruselas está abarrotada. Todos los altos dignatarios -nobles, miembros de los Estados Generales, obispos, magistrados y caballeros del Toisón de Oro- han acudido allí en traje de gala para presenciar la abdicación del emperador Carlos. Nunca antes, un rey vivo se había distanciado voluntariamente del trono, pero Carlos no tiene alternativa. Está enfermo. Hace tiempo que padece dolores articulares y gota, y a sus cincuenta y cinco años de edad se mueve como un anciano. El dolor y su incapacidad para viajar y celebrar largas reuniones le han obligado finalmente a ceder la corona a su hijo Felipe.

El emperador entra en el aula, cojeando y apoyándose en el hombro de Guillermo de Orange, su vasallo más fiel y más querido. Justo detrás de ellos caminan su hijo Felipe y su hermana, María de Hungría, seguidos de un séquito de cortesanos.

En medio de un silencio sepulcral Carlos avanza lentamente con el báculo y de repente se detiene para contemplar los estandartes colgados de las paredes. Si bien aún llevan su escudo y su nombre, dentro de una hora todo el mundo se inclinará ante su hijo Felipe.

¿Cuántos rememorarán entonces todo lo que él logró hace mucho tiempo, cuando todavía era joven y fuerte? ¿Quién recordará que fue él quien juntó este inmenso imperio? En los últimos años de vida, las posesiones y las conquistas ya no cuentan. Lo que queda son recuerdos, y la esperanza de perdurar en la memoria.

Tras exhalar un suspiro de cansancio, el emperador deja que Guillermo de

Orange le ayude a subirse al estrado y a sentarse en el trono. Felipe y María toman asiento en las sillas bellamente talladas que flanquean al emperador.

Guillermo se retira discretamente y entonces llega el momento de que el emperador haga uso de la palabra.

Él se lo toma con calma, carraspea y busca las gafas, consulta las anotaciones como si fuera un maestro ante una clase de alumnos y no el más grande emperador de su época.

El discurso que pronuncia tampoco es el de un monarca todopoderoso, más bien el de un abuelo deseoso de transmitirles algo a sus descendientes. Mil hombres, jóvenes y viejos, lo escuchan y tienen la sensación de estar sentados junto a la lumbre, oyendo historias sobre tiempos pasados.

El emperador evoca viejos recuerdos de sus padres y rememora su juventud que llegó a su fin de forma abrupta cuando empezó a gobernar con tan solo catorce años de edad. Pasa revista a sus victorias y a sus derrotas, habla de las mujeres que amó y que la muerte le arrebató prematuramente, y de sus sueños y sus temores.

Su discurso es tan sincero y tan personal, que conmueve a todos los presentes. El emperador era amado y nadie en la sala quiere verlo partir.

Cuando llega el momento, Carlos se levanta, llama a su hijo Felipe y le cede oficialmente sus tierras y sus títulos. Todos los presentes están conmovidos y algunos se secan abiertamente las lágrimas. El emperador vuelve a sentarse en el trono: ha cumplido su misión y está agotado. Amorosamente, tiende la mano a su hijo, que se arrodilla ante él y la besa.

Felipe, de veintiocho años de edad, rubio y de baja estatura, es menos imponente que su padre. Ha viajado desde España especialmente para este momento largo tiempo esperado, después de haber hecho escala en Inglaterra para contraer matrimonio con María Tudor.

En un vacilante francés, el único idioma que habla aparte del español, promete mantener los derechos y privilegios de la nobleza.

Una vez que los presentes le han jurado lealtad, le llega el turno a la gobernadora María de Hungría. También ella abdica hoy, y en el patio la esperan su carroza y los carruajes cargados con sus posesiones, prestos para partir. Cuando pronuncia las palabras de despedida tiene el rostro crispado por la emoción reprimida.

Ana de Orange Nassau sigue la ceremonia desde su asiento en la primera fila. Todavía no se ha repuesto de la sorpresa de que fuera precisamente su esposo Guillermo en cuyo hombro se apoyaba el emperador cuando entró en el aula magna. Su corazón rebosa de orgullo cuando se da cuenta del increíble honor que ello significa. Ahora comprende por qué Guillermo insistió tanto en que ella estuviera presente en la ceremonia de abdicación. Sin duda sabía que le sería concedido ese honor y que el emperador Carlos recalcaría de esta manera su predilección por el príncipe de Orange.

Ana contempla con devoción a su esposo, que la saluda posando fugazmente los ojos en ella. La relación entre ambos sigue siendo buena, aunque no es del todo lo que Ana esperaba. En ocasiones tiene la sensación de que Guillermo la considera como una hermana pequeña o como una amiga íntima. Nunca se ha mostrado efusivamente enamorado y tras la muerte de su hijita se ha vuelto aún más retraído.

Gracias a Dios que Guillermo estaba en Breda cuando la pequeña María enfermó. Ana no sabe si habría podido soportar el miedo y la tensión, y la tristeza que se apoderó de ella después, si hubiese estado sola. Ni siquiera Andries Griffioen, el médico en quien por algún motivo Guillermo tiene depositada una confianza ilimitada, pudo salvar a su pequeña.

Entre los primeros síntomas de fiebre y su muerte solo transcurrieron un día y una noche. Mientras trasladaban a la pequeña María, de un año de edad, a su última morada en la iglesia de Nuestra Señora de Breda, Ana sintió las contracciones que anunciaban el nacimiento de su segundo hijo. En esa ocasión fue un varón al que llamaron Felipe Guillermo. Pese al fallecimiento de su hija, Guillermo consiguió sentir una alegría inenarrable por el nacimiento de un heredero. Por supuesto que ella también está contenta con su hijo, aunque solo sea por el vacío que colma, pero su corazón sigue llorando la muerte de su hija. Apenas tiene ya contacto con Lideweyj, y menos ahora que sabe que la hija de esta crece sana y fuerte. Aunque se alegra de que la hija de Lideweyj esté bien, Ana siente un dolor insoportable al pensar que la suerte se ha cebado tanto con ella.

La abdicación se ha producido antes de lo que Guillermo esperaba. Se encontraba en su acantonamiento cuando un heraldo del emperador le transmitió la petición de que fuera a Bruselas. Aun antes de que el hombre

pronunciara una palabra, supo que venía a anunciarle que el monarca renunciaría a su corona. Viajó inmediatamente a Bruselas, donde el emperador Carlos le informó de los detalles de la ceremonia: entraría en el aula magna acompañado por Guillermo y por nadie más. Ni siquiera su hijo.

-Tengo depositada mi confianza en ti, muchacho -le dijo el emperador-. Y el mundo entero puede saberlo. Auguro que te espera un gran porvenir.

Enseguida, Guillermo mandó llamar a Ana. Aunque sabía que la ajetreada vida de la corte de Bruselas no era del agrado de su esposa, él quería que estuviera presente durante la ceremonia. En los últimos tiempos, se habían ido distanciando, y él necesitaba tener a su esposa a su lado.

Ahora que la ve tan radiante de felicidad, sabe que tomó la decisión acertada. Dada su condición de primera dama de los Países Bajos ha ocupado el asiento en primera fila.

Aunque resulta evidente que muchas de las nobles presentes la envidian por su posición, Ana no parece advertirlo. Solo tiene ojos para él y, sonrojada de orgullo, parece una muchacha que se muestra por primera vez en público con su amante. Es una de las razones por las que la ama. Ella siempre consigue enternecerlo. La timidez de su esposa despierta en él un instinto de protección, le hace sentirse fuerte y viril. Sin embargo, echa en falta algo en su relación. Aunque las mujeres estén al servicio de sus esposos, Guillermo sabe por el ejemplo de sus padres que la relación entre los cónyuges puede ser distinta. Pese a la diferencia de edad entre ambos, ellos se consultan para todo. Y en numerosas ocasiones, su padre hace caso de los consejos de su esposa, porque Juliana, a pesar de ser más joven y mujer, está dotada de una mente despierta.

Guillermo habría querido tener eso: una esposa que no temiera al mundo, sino que le apoyara en su vida.

-¡Qué ceremonia tan preciosa! -exclama Ana durante las celebraciones posteriores. Miles de velas iluminan la sala donde se han instalado largas mesas llenas de fuentes. Los sirvientes se pasean por la sala llevando bandejas con bebidas-. El emperador debe de tener mucha confianza en ti para concederte un honor tan grande. ¡Me he sentido tan orgullosa!

El fino rostro de Ana resplandece y Guillermo le acaricia la mejilla.

-Por ese motivo quería que estuvieras presente, amor mío.

-Pero tú no pareces muy contento. ¿Pasa algo?

Sensible como siempre por el estado de ánimo de su esposo, Ana advierte de inmediato su melancolía.

-Carlos era un buen monarca, no solo para la nobleza, sino también para el pueblo. Me pregunto qué nos espera con Felipe. No sé qué pensar de él, resulta difícil adivinar sus intenciones. Por algún motivo, tengo la sensación de que lleva una máscara que se quitará el día menos pensado.

Ana desvía la mirada hacia el nuevo rey. Felipe no puede llamarse «emperador», porque su padre ha cedido ese título a su hermano Fernando, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Ella estudia el alargado rostro de Felipe, que casi nunca sonríe y que no delata nada de sus sentimientos.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Ana, es la manifestación inesperada de un presentimiento que apenas puede expresar con palabras.

-Podrías estar en lo cierto -dice.

No tienen mucho tiempo para disfrutar el uno del otro, pues justo después de las celebraciones, Guillermo debe volver a su puesto en el frente. Ana regresa a Breda, escoltada por una compañía de soldados.

Normalmente, los combates se interrumpen desde finales de otoño hasta principios de primavera; sin embargo, Guillermo permanece durante todo el invierno en el campamento. La noticia del tercer embarazo de Ana le llega por carta, y de igual manera se entera de sus problemas de salud, sus temores y sus dolores; no ve crecer su vientre ni tampoco siente las primeras pataditas del bebé.

Guillermo le escribe a diario, le da consejos e intenta tranquilizarla. Perderse el embarazo no le parece tan grave, pero le duele no estar presente cuando Felipe Guillermo cumple su primer año de vida. Sabe que a su hijo le da igual, pues está acostumbrado a no ver a su padre: en un año apenas ha estado con él un par de semanas.

El rey Felipe ha mantenido todas las decisiones del emperador Carlos y, a mayor abundamiento, ha nombrado a Guillermo caballero del Toisón de Oro, la máxima distinción que puede percibir un noble.

Sin embargo, los honores que ha recibido Guillermo en los últimos meses no solo le aportan dinero y prestigio, sino que también conllevan grandes sacrificios. Carece de vida familiar y, pese a la riqueza y la influencia de que goza, a sus veintidós años es un joven solitario.

Los miembros de la alta nobleza, entre quienes se encuentra Lamoral de Egmont, el primo de Ana, se sienten agraviados y evitan a Guillermo. Él sospecha que, en otras circunstancias, Lamoral y él se habrían caído bien.

El 7 de febrero de 1556, Ana da a luz a una niña, a la que vuelven a llamar María. Guillermo aprovecha un momento libre para darle la enhorabuena por carta. La guerra con Francia, que se hallaba en un punto muerto, ha vuelto a intensificarse y en ese momento se libra una batalla cerca de San Quintín.

Guillermo consigue salir vivo de allí gracias a la experiencia y el valor de su primo político. En varias ocasiones, Lamoral consigue detener un ataque contra el príncipe y derribar al enemigo del caballo. Hasta que, en un momento de descuido, Lamoral no ve venir el golpe de una espada y Guillermo es quien se interpone entre ambos con su caballo encabritado.

Al final del día, cuando se pone el sol, las tropas francesas caen derrotadas. En el campamento, Guillermo y Lamoral se buscan, cubiertos con su propia sangre y la del enemigo, y se funden en un abrazo. Sin necesidad de hablar saben que ha surgido una amistad para toda la vida.

15

Breda, abril de 1555

En la vida llega un día en que hemos de enfrentarnos a la realidad. Un día en que dejamos de esperar y admitimos, muy a nuestro pesar, la idea de que eso que estábamos esperando, que creíamos casi tener, no va a suceder nunca.

La mañana en que Lideweij siente por primera vez a su bebé moverse en su vientre, deja de soñar. Es su segundo embarazo. El primero se lo ha descrito extensamente a su padre, al igual que el primer año de vida de Isabella. Entretanto, la pequeña ya tiene casi dos años. Hay muy pocas probabilidades de que Boudewijn conteste algún día a sus cartas.

Tendría que haber sabido que una disculpa por escrito no sería suficiente para él. Lo que quiere él es tenerla delante, suplicando comprensión y perdón.

Por la noche, cuando Isabella está durmiendo en la camita y Lideweij está con Andries junto al hogar, le explica que tiene pensado ir a Leiden.

Andries la mira asombrado.

-Es un viaje muy largo para una embarazada.

-Lo sé, pero será igual de largo cuando haya parido y tenga dos niños pequeños. Por eso quiero ir ahora, o dentro de poco. ¿Cuánto hace que no tengo contacto con mi padre? ¡El tiempo pasa tan rápido! No puedo seguir así, ¿no crees?

Andries atiza el fuego. No le agrada la idea de que Lideweij emprenda camino hacia Leiden, pero comprende que él es el causante de que acabara en esta situación. Queda descartado que su mujer embarazada y su hija viajen solas, así que tendrá que acompañarlas.

Desea de todo corazón que padre e hija se reconcilien. Eso le quitaría un

peso de encima no solo a Lideweij sino también a él. Aunque no hablan mucho del padre, en realidad nada en absoluto, él sabe que la situación le corroe las entrañas. Cada vez que escribe a su padre, Lideweij se queda unos cuantos días aguardando esperanzada la llegada del postillón. Cuando regresa con las manos vacías después de acudir a la pequeña oficina donde se entregan las cartas, su decepción es visible.

No habla de ello, ni le dice que va a ver si hay correo para ella, pero él lo sabe. Por lo visto no siente menester de compartir este dolor con él. Él tampoco sabría qué decirle. No es muy hablador y en estos casos es fácil pronunciar una palabra equivocada.

Mientras Lideweij no saque el tema, él prefiere no mentarlo.

Para él, este no es un buen momento para viajar a Leiden, pero prefiere perder todos sus pacientes por la competencia que defraudar a su esposa.

Una semana más tarde emprenden el viaje. Después de derivar unos cuantos pacientes a otro médico, Andries ha conseguido plaza para su familia a bordo de un barco con destino a Haarlem que hace escala en Leiden.

En los días previos a la partida, Lideweij está nerviosa. Por fortuna está muy ajetreada haciendo el equipaje, pero mientras mantiene las manos ocupadas, no puede evitar perderse en sus pensamientos. ¿Cómo reaccionará su padre cuando la tenga delante? Se lo imagina aferrándose tenazmente a su enfado y a su orgullo herido, luchando contra el deseo de hacer las paces. Sueña con que finalmente acabe cediendo al deseo de abrazarla primero a ella y luego a su nieta.

Lo que no tiene tan claro es qué hará con Andries.

-Creo que será mejor que Isabella y yo vayamos primero juntas a ver a mi padre. Si todo sale bien, puedes venir después -le dice el día que emprenden el viaje, mientras se dirigen al puerto.

Es una mañana brumosa y se han tenido que abrigar. Isabella duerme en brazos de su padre, con la carita enmarcada por una pequeña cofia de encaje, apoyada sobre su hombro.

-Esa era mi intención -le responde Andries-. Me refiero a que me mantendré en segundo plano. Quizá sea mejor que la primera vez no te lleses a Isa.

Lideweij mira pensativa a su hija, que duerme.

-¿Tú crees? No lo sé. Su presencia también podría facilitar todo.

-No lo creo. Isa se parece a mí.

Como si quisiera recalcar la afirmación de su padre, Isabella abre lánguidamente los ojos, que muestran el misterioso azul grisáceo que ha heredado de él.

Lideweij suspira y cede.

-De acuerdo, iré sola.

Lideweij confiaba en que Isabella enterneciera a Boudewijn, y ahora que tiene que entrar sola en la boca del lobo, no sabe si podrá soportar la confrontación.

Suben a bordo, pagan al barquero y buscan un lugar donde sentarse entre el cargamento. La pequeña se ha despertado y mira alrededor con el ceño fruncido. Cuando se percató de que se van a quedar sentados en la fría niebla, empieza a lloriquear, pero se detiene en cuanto el barco se pone en marcha. Observa con interés cómo dejan atrás el puerto, cómo las murallas de la ciudad se hacen más pequeñas y el mundo de ladrillos y casas desaparece en la niebla para dejar paso a un amplio paisaje de polders.

Una hora más tarde, se despeja la niebla y el sol adquiere cada vez mayor intensidad. La radiante luz hace saltar chispas en el agua y aclara el verde de los prados.

Las vacas que los observan desde la orilla provocan el regocijo de Isabella. La pequeña solo conoce el patio trasero de su casa y el mercado donde su madre hace las compras, y está extasiada al ver el mundo que se abre ante sus ojos.

Sin embargo, eso cambia a medida que avanza el día. Si la falta de espacio y de libertad de movimiento ya es difícil de soportar para Lideweij y Andries, es inaceptable para Isabella, que se resiste con todas sus fuerzas a que la agarren cuando lo que quiere ella es pasearse o colgarse de la barandilla.

Viajar por el agua es más barato que por tierra en carromato, y además tiene la ventaja de que no le zarandean a uno sin piedad; el inconveniente es que se tarda mucho más. Al final del día amarran en el puerto de Róterdam, donde buscan alojamiento. A la mañana siguiente, vuelven a zarpar al amanecer y por la noche llegan a Delft, donde pernoctan en una posada. Al atardecer del tercer día entran por fin en Leiden.

A pesar del cansancio, Lideweij siente que la invade la emoción cuando el barco pasa por debajo de la puerta de la ciudad. Las familiares murallas

parecen haber permanecido allí esperando su regreso; las aspas de los molinos giran con fuerza, como si la saludaran.

-Hemos llegado -susurra-. Por fin.

En lugar de ir a descansar en la posada El Cisne Blanco, como propone Andries, ella quiere ir directa a la casa paterna en el canal Rapenburg. Andries logra convencerla no sin esfuerzo de que primero tome una buena comida y luego se asee en la habitación. Pero en cuanto Lideweij se ha puesto una falda sin manchas ni arrugas, se ha vuelto a trenzar el pelo y lo ha recogido debajo de la cofia, es imposible detenerla. Antes de salir, Andries la toma en sus brazos.

-Suerte. Espero que todo salga como quieres.

-Yo también.

Lideweij le sonríe fugazmente y responde a su beso.

-Hasta luego -dice.

Antes de salir, lanza una mirada a Isabella, que duerme en la gran cama.

Después de tres años se le hace extraño volver a caminar por las calles de la ciudad en la que ha crecido. La razón le dice que la vida ha seguido su curso mientras ella rehacía la suya en Breda, pero, aun así, la experiencia le resulta extraña. Durante todo el trayecto hasta la casa paterna, Lideweij avanza con pasos casi ansiosos, pero cuando llega al Rapenburg, los ralentiza. Pierde algo de aplomo, el pulso se le acelera y una vez frente a la puerta de la casa está sin aliento. Se toma el tiempo para recuperarse antes de dejar caer la aldaba de bronce sobre la puerta y espera en tensión a que la abran. Oye el golpeteo de las zapatillas de madera de Mijntje sobre las baldosas negras y blancas del zaguán. Cuando se abre la puerta ve que no es Mijntje la que tiene frente a sí. Esta sirvienta es mayor y la mira con hosquedad. Su cara adquiere una expresión algo más benevolente cuando se percata de que tiene delante a una joven bien vestida, y no al afilador o al alfombrero de turno. Lideweij se presenta y pregunta por su padre.

La sirvienta le pide que espere, sin dejarla entrar, y cierra la puerta.

Desconcertada, Lideweij da un paso hacia atrás: no había contado con que Boudewijn tuviese otra sirvienta. Si hubiese abierto Mijntje, seguro que la habría hecho pasar al zaguán en lugar de dejarla esperar en la calle como una mendiga.

Mira alrededor sintiéndose incómoda, pero por fortuna no ve a ningún

conocido. Pasado un rato, vuelve a oír las pisadas de la sirvienta y la puerta se abre.

-Lo siento, señora. El señor Feelinck no desea recibir visitas.

Lideweij, que se disponía a dar un paso hacia delante para entrar, la mira incrédula.

-¿Visitas? ¡Soy su hija! ¿Le habéis dicho bien mi nombre? Soy Lideweij Feelinck.

-Se lo he dicho, señora. Hasta dos veces, y en ambas ocasiones el señor me contestó que no deseaba recibir visitas.

La voz de la sirvienta suena monótona, su rostro permanece impassible, pero en sus ojos advierte el brillo de la curiosidad.

Lideweij comprende que antes de que llegue a la posada, medio Leiden estará al corriente de la negativa de su padre a recibirla. Su orgullo le prohíbe insistir, pero el deseo de verlo es más fuerte.

-¿Y si vuelvo más tarde? ¿Quizá esta noche?

-Siempre podéis intentarlo, por supuesto. -La sirvienta se inclina ligeramente hacia ella y en tono confidencial añade -: Pero si he de seros sincera no creo que sirva de mucho. Vuestro padre es muy claro sobre su... eh, su relación con vos.

Lideweij sabe que no tiene sentido seguir insistiendo. Tampoco quiere montar un espectáculo en plena calle. La miran, la gente la reconoce.

-Si cambia de opinión, me encontrará en la posada El Cisne Blanco -dice procurando mantener la calma.

Con sumo dominio de sí misma, da media vuelta y se aleja, pero por dentro crece algo que es demasiado grande para contenerlo. Se hincha en su interior, le presiona los párpados e intenta salir por la garganta.

Se detiene en el puente sobre el canal e intenta controlar sus emociones. Esto no puede estar sucediendo, es imposible que su padre sea capaz de negarse a verla. Lo que ha debido pasar es que se ha asustado, está abrumado. Una vez se haya recuperado de la conmoción, se pondrá en contacto con ella.

Esa idea la hace sentirse algo mejor. Respira profundamente, deja escapar el aire de los pulmones y lanza una mirada a la casa paterna, que se alza, un poco más lejos, a orillas del canal.

Ve a alguien acercarse apresuradamente, un joven que la mira y que la

saluda con la mano.

Lideweyj espera con una mezcla de asombro y de recelo a que el hombre la haya alcanzado. Solo lo reconoce cuando llega al puente. Es Folkert, el hijo del hermano de su padre. Lo vio por última vez cuando era un adolescente que no paraba de rascarse los granos, pero en los últimos años se ha convertido en un atractivo joven, que se acerca a ella con una amplia sonrisa.

-¡Lideweyj! ¡Eres tú de verdad!

-Pues claro que soy yo de verdad -le dice ella besándolo en la mejilla-. ¿Qué haces tú en Leiden?

-Vivo aquí -le dice Folkert-. ¿Cómo estás? Hace tiempo que no nos vemos.

-Estoy bien. ¿Y tú? -Lideweyj observa atentamente a su primo.

El jubón verde y el birrete marrón armonizan con sus rizos castaños y sus ojos verdes. De niños solían jugar juntos en las visitas familiares y ahora le complace ver de nuevo a Folkert, aunque no acaba de comprender del todo qué hace él aquí. Hasta donde ella sabía, él vivía en Haarlem.

Antes de que pueda hacerle preguntas, Folkert la toma del codo.

-¿Adónde vas? Te acompaño.

-En realidad acabo de volver de ver a mi padre -le dice Lideweyj mirando la puerta cerrada por encima del hombro-. O, al menos, esa era mi intención.

-No ha querido verte, ¿verdad?

Lideweyj lo mira asombrada.

-¿Cómo lo sabes?

-Se lo oí decir a la criada. Me explicó que habías llamado a la puerta y que tu padre se había negado a recibirte. Por supuesto, me indignó que no me hubiese avisado a mí, puesto que yo sí quería verte. Es la razón por la que salí corriendo detrás de ti.

Lideweyj se lo queda mirando boquiabierta.

-¿Vives con mi padre?

-Sí, desde hace medio año. Me ofreció un puesto de aprendiz en la empresa cuando se enteró de que me interesaba el comercio de paños.

-Ahora lo entiendo.

Mientras sigue caminando junto a su primo, Lideweyj siente sobre todo confusión. Que ella sepa, Folkert nunca había mostrado interés en la empresa de su tío. Siempre supuso que sucedería a su propio padre en la fábrica de

vidrio.

-¿Por qué no me dejó entrar? -le pregunta, consternada-. Comprendo que esté enfadado, pero ¿tanto como para no querer verme más? No lo entiendo, Folkert. Creía que me quería.

-Y te quiere, pero tu padre es un hombre orgulloso. Desde su punto de vista, él siempre te dio lo que necesitabas, organizó todo su mundo en torno a ti y tú le clavaste un puñal en la espalda. Lo siente así, como una traición.

-Mi único crimen fue casarme con el hombre al que amo. Soy una mujer adulta, tengo todo el derecho del mundo de decidir sobre mi propia vida.

-Así es. Lo comprendo plenamente, en serio. He intentado hablar con tu padre, pero no acepta que me inmiscuya en sus asuntos, como dice él. Le he animado a leer tus cartas, pero se niega en redondo.

-¿No lee mis cartas?

-Dijo que las lanzaba al fuego sin abrirlas siquiera.

Folkert rodea a Lideweij con el brazo.

-Lo siento, habría sido mejor no contártelo.

Lideweij niega con la cabeza y reprime las lágrimas.

-No, está bien. Va siendo hora de que me enfrente a la realidad. Nunca ha contestado a mis cartas, así que tendría que haberlo imaginado.

Durante un rato, siguen caminando en silencio y Lideweij recupera poco a poco el control de sus emociones.

-Aun así, me extraña que mi padre no me pusiera al corriente cuando empezaste a trabajar en la empresa. Por supuesto, es libre de hacer lo que quiera, es su empresa, pero algún día será mía. Siempre me ha implicado en sus asuntos.

Folkert se muerde el labio y aparta la vista.

-Las cosas han cambiado, Lideweij. Creía que lo sabías.

-¿Que sabía el qué?

Una sospecha empieza a aflorar, algo que parece inconcebible, pero adquiere verosimilitud a medida que se prolonga el silencio.

-¿Qué creías que sabía? -insiste-. ¡Dímelo!

Folkert se vuelve hacia ella con el rostro atormentado.

-Lo siento muchísimo, Lideweij. Tu padre me lo contó hace poco. Pensé que te había escrito y que esa era la razón de que vinieras a Leiden. No es

poca cosa.

-¡El qué no es poca cosa! -chilla ella.

Folkert la mira con compasión.

-Tu padre te ha desheredado -le dice en voz baja.

Su habitación en la posada está vacía. Sobre la cama encuentra una nota en la que Andries le dice que se ha llevado a Isabella a casa de Gilles y Josine. Eso es bueno, pues le dará a ella ocasión de asimilar con serenidad las palabras de Folkert. De descargar su rabia lanzando cosas y de llorar tumbada en la cama.

La ha desheredado. Resulta increíble, pero lo ha hecho. Ahora ya no puede seguir evadiéndose de la realidad. Esto no tiene arreglo, la ruptura es completa.

Cuando regresa con Isabella, a Andries le basta ver la cara de Lideweij para comprender que todo ha salido de forma muy distinta de lo que ella esperaba.

Lideweij no le da muchas explicaciones. En pocas palabras, le resume lo que ha sucedido -o más bien, lo que no ha sucedido- y luego le repite la conversación con su primo Folkert.

-¿Ni siquiera te dejó entrar? -Andries está tan desconcertado como ella-. No esperaba que fuera a ser fácil, pero nunca imaginé que tu padre no quisiera verte...

-Yo tampoco lo pensé, pero es lo que ha sucedido. Ha incluido a Folkert en la empresa familiar y yo he dejado de existir para él -dice Lideweij con amargura.

-Me resulta difícil de imaginar. ¿Por qué no esperas a tu padre cuando salga de casa y le abordas en ese momento?

-¿En plena calle? ¿Con el riesgo de que pase de largo y me ignore por completo? No, gracias. Le he escrito todo este tiempo sin que él se dignara responderme una sola palabra. El mensaje es claro, se ha acabado. Me ha borrado de su vida y va siendo hora de que yo haga lo mismo con él. Mañana volvemos a casa.

Suena decidida, aunque Andries sabe perfectamente que no es tan sencillo. Está a punto de decir algo, pero se lo piensa y se limita a asentir.

El resto de la tarde, Lideweij se queda tumbada en la cama de la habitación, mirando el canal al otro lado de la ventana. Andries vuelve a irse con Isabella a casa de Gilles y Josine, donde la pequeña juega con los hijos de estos y se entretiene viendo las ilustraciones de animales en el libro que le han regalado.

Por la noche, Lideweij apenas cena y después no logra conciliar el sueño. En las pocas horas que duerme, sus sueños se llenan de imágenes del pasado. De un tiempo en el que su madre aún vivía y ella era una niña que contaba con el amor incondicional de sus padres.

A la mañana siguiente, está levantada antes de que se despierte Isabella y aprovecha para hacer el equipaje. Salen temprano, esta vez realizarán el viaje por tierra. Lideweij está impaciente por llegar a su casa en Breda y Andries también tiene prisa por volver al trabajo.

Por el camino, Andries intenta hablar con ella sobre su padre, pero Lideweij corta cualquier inicio de conversación. Durante todo el trayecto de vuelta a Breda se niega a hablar de él y, una vez llegan a casa, lo convierte en un tema de conversación prohibido. Simplemente, lo destierra de su vida, tal como hizo él con ella. No obstante, tarda semanas en poder decir unas cuantas frases seguidas, y más tiempo en recuperar la sonrisa.

16

Breda, marzo de 1556

-¡Papá, pillá, pillá! -grita el pequeño Felipe Guillermo en tono desafiante asomándose por detrás del tronco de un árbol que ha elegido como escondite.

Guillermo y Ana están dando un paseo por los jardines de palacio del castillo de Breda con la pequeña María, que tiene un mes de vida y a la que llaman cariñosamente Maaiken. A una respetuosa distancia les siguen las damas de honor de Ana, listas para realizar una tarea o cogerle a Maaiken de los brazos. Pero Ana no entrega a su hija. Esta niña tan sana y fuerte es como un regalo de Dios y Ana disfruta todos los días de ella.

-¿Qué dices? ¿Que tengo que pillarte?

Aunque el jubón bordado con hilo de oro no es el mejor atuendo para jugar, Guillermo inicia sin pensárselo dos veces la persecución de su hijo.

El niño corre todo lo que se lo permiten sus piernecillas. Riéndose a carcajadas de gozo y de emoción, mientras mira por encima del hombro si su padre lo alcanza, por lo que tropieza con la raíz de un árbol y acaba tumbado de bruces sobre la hierba.

-¡Te tengo! -exclama Guillermo mientras levanta al pequeño del suelo y lo sostiene en lo alto por encima de su cabeza-. ¿Puedes volar? ¿Tú qué dices: sí o no?

Finge unas cuantas veces que va a dejarlo caer, provocando las carcajadas de Felipe Guillermo.

-¡Cuidado, Guillermo! -le advierte Ana, medio preocupada y medio riéndose.

-¡Volar! ¡Quiero volar! -ordena Felipe Guillermo.

El príncipe vuelve a coger al pequeño en volandas. Y, por si no tuviera suficiente, le hace cosquillas después de dejarlo sobre sus pies, por lo que este se cae al suelo. El niño se queda tumbado de espaldas en la hierba, con una amplia sonrisa en la cara y las mejillas sonrojadas por la excitación, mirando radiante a su padre.

-¡Guillermo! Piensa en su ropa. Ese jubón se lo regaló mi madre. Ella misma bordó las perlas y, bah... qué más da.

Ana mira con resignación a su hijo que da vueltas en la hierba.

-Deja que se divierta a gusto. No tiene muchas ocasiones de hacerlo - replica Guillermo acercándose a su esposa y pasándole el brazo por los hombros-. ¿Cómo crees que me he criado con mis hermanos? Recuerdo que mi padre siempre jugaba al pillapilla con nosotros. Nos daba espadas de madera y nos retaba a vencerle. Son los mejores recuerdos de mi infancia.

Ana sonríe con nostalgia. Su niñez fue bien distinta. Al ser hija única estaba siempre en la compañía de su severa madre y de su abuela. Ella no tenía hermanos ni hermanas con los que divertirse, sus únicos compañeros de juego eran un mono, unos pájaros y un perro. A menudo ponía un vestido al mono y hacía como si fuera su hermana pequeña, para consternación de su abuela. Se echa a reír al recordarlo y se lo explica a Guillermo. Juntos ríen, mientras siguen recorriendo los senderos cogidos del brazo.

Desde que acabó la guerra han cambiado muchas cosas en su vida. Guillermo pasa más tiempo en casa y eso le permite ejercer de padre con sus dos hijos.

También la relación entre ellos dos tiene por fin la oportunidad de crecer. Al principio, Guillermo disfrutaba de su plácida vida familiar. Sin embargo, últimamente, Ana tiene la sensación de que tanta tranquilidad empieza a aburrirle. Y eso que viaja a menudo, pues siempre hay asuntos urgentes que exigen la presencia de Guillermo en Bruselas.

Ella no siente la más mínima necesidad de ir a la corte de Bruselas o, como propuso en una ocasión Guillermo, establecerse en el palacio de los Nassau en Coudenberg. La vida inquieta y frívola de la corte no es nada para ella. Guillermo lo sabe, puesto que no ha vuelto a abordar la cuestión.

Un poco más lejos, junto al portalón, suenan las trompetas en señal de que ha llegado un visitante. Guillermo y Ana se miran y exclaman al unísono:

-¡Luis!

Se apresuran a dejar a los niños con las damas de honor que los han seguido a cierta distancia y ellos dos se dirigen al patio del castillo. Allí ven a Luis que acaba de llegar montado a caballo, puesto que no le gusta viajar encerrado en un carruaje. Lo acompaña un pequeño séquito de caballeros y sirvientes, y un coche que transporta su equipaje.

Antes de que Guillermo o Ana puedan decir algo, el conde de dieciocho años salta del caballo y se les acerca con los brazos abiertos.

-¡Ya estoy aquí! ¡He tardado un poco, pero ya podéis dejar de contar los días que faltan! -les dice en tono alegre a su hermano y a su cuñada.

Hace una reverencia más graciosa que elegante ante Ana y le besa la mano. Acto seguido abraza tan fuerte a su hermano mayor que se diría que quiere medir fuerzas con él.

-Hermanito, qué bien volver a verte -dice Guillermo, emocionado, dándole unas palmaditas en la espalda.

De todos sus hermanos, Luis es el que más ha echado de menos por su humor y su espontaneidad.

-A juzgar por tu aspecto, ha sido un duro viaje -le dice señalando con la cabeza las botas y las calzas de Luis manchadas de barro hasta las rodillas. Y luego, volviéndose hacia Ana, añade-: Creo que la única vez que lo has visto con ropa limpia fue el día de nuestra boda, ¿no es cierto, Ana?

Luis se ríe entre dientes. Para regocijo de Guillermo parece avergonzado.

-No lo molestes -le riñe Ana mientras besa a su cuñado en la mejilla-. Si yo fuera un hombre, también preferiría ir a caballo para no tener que aguantar el tambaleo de un coche. Qué bien que estés aquí, Luis. Estoy encantada de que vengas a vivir con nosotros en la corte.

-Gracias a vosotros por acogerme -dice Luis, con una serenidad impropia de él.

En unos pocos años, su hermano Guillermo se ha convertido en el noble más importante de los Países Bajos. Tiene una corte tanto en Breda como en Bruselas, y recibe un abrumador número de peticiones para que coloque en esas cortes a hijos, sobrinos y conocidos. Para Luis, tener un papel en la vida de su hermano significa una oportunidad enorme de progresar.

Los dos hermanos entran en el castillo cogidos por los hombros, felices de estar reunidos, dispuestos a comer, a beber y, sobre todo, a ponerse al día.

Tienen mucho de qué hablar. No solo de las cuestiones familiares, que son

las primeras que abordan, sino también del clima político. Aunque la guerra con Francia haya acabado, eso no significa que hayan desaparecido todos los problemas.

Toman asiento a ambos lados de la lumbre, pues aunque sea verano, los gruesos muros del castillo impiden que entre el calor.

-Felipe está decidido a combatir con dureza la herejía en los Países Bajos -dice Guillermo-. Mucho me temo que dé rienda suelta a la Inquisición española. Y si eso sucede, nos esperan tiempos realmente espantosos.

Luis asiente con gesto sombrío. En su caso, la educación luterana que han recibido en casa no se ha visto interrumpida durante su niñez como le sucedió a Guillermo, y por ello su preferencia por el protestantismo es más marcada. Ambos creen firmemente que todo hombre es libre de creer y pensar lo que le plazca. Es la idea que les han inculcado desde pequeños sus progenitores, con sus tendencias humanísticas.

-Por lo pronto todavía no hemos llegado a ese extremo -dice Luis.

-No -admite Guillermo-. Lo que más me preocupa en estos momentos son los soldados españoles que permanecen en los Países Bajos del sur. ¡Son cuatro mil hombres, Luis! Cuatro mil hombres que llevan meses sin recibir soldada, que ya no tienen nada que hacer ahora que se ha pactado la paz con Francia, pero que siguen merodeando por aquí. ¿Y qué crees que harán esos hombres?

-Es fácil de adivinar. -Luis toma un sorbo de vino de la copa adornada con zarcillos de vid-. Saquear, robar y violar. ¿A qué espera Felipe para devolver a esos españoles a su tierra? Aquí ya no hacen falta, ¿no?

-A Felipe le gusta rodearse de su gente. No habla holandés, no le gustan ni el país ni sus habitantes, y tampoco tiene intención de poner remedio a esta situación. Si no nos andamos con cuidado, colocará a nobles españoles en las posiciones de gobierno. -Guillermo remueve el vino en la copa. Su rostro tiene una expresión atormentada-. Puede que me equivoque, pero tengo la impresión de que el cardenal Granvela alienta al rey a hacerlo.

Luis toma un buen sorbo y suelta un eructo.

-Granvela es un intrigante y un sanguinario cuando se trata de luchar contra los herejes. Nos esperan tiempos difíciles.

-Sí -dice Guillermo sombrío-. Eso me temo yo también.

17

De momento, la situación en el país se mantiene en calma. En el castillo de Breda, el ambiente es agradable y relajado, debido en gran medida a los chistes, el eterno buen humor y entusiasmo de Luis, que no tarda en convertirse en una persona imprescindible como secretario de Guillermo. Se ocupa de llevar toda su correspondencia y con asiduidad parte de viaje para realizar misiones que exigen cualidades diplomáticas.

En enero de 1557 llega la noticia de que los franceses han violado el acuerdo de paz. Para desesperación de Ana, Guillermo es llamado de nuevo al frente, esta vez en compañía de Luis.

Luis demuestra haber hecho bien en elegir una carrera militar, pues da prueba de ser un excelente comandante. Mientras que Guillermo ha tardado años en ser aceptado por oficiales del ejército como Lamoral de Egmont, Antonio de Lalaing, conde de Hoogstraten y Felipe de Montmorency, Luis consigue pronto su confianza. Su sentido estratégico es excelente y en el campo de batalla hace gala de tal valentía y habilidad que los oficiales lo consideran pronto una valiosa adquisición.

Durante un año, Guillermo y Ana se ven obligados a mantener de nuevo un contacto puramente epistolar. Eso desmoraliza un poco a la joven princesa, que se siente sola. Por ello vuelve a buscar la compañía de Lideweyj, que se muestra disponible de inmediato.

-Cómo no vamos a tener un buen matrimonio -le dice Ana con amargura mientras están sentadas en el agradable salón del pabellón-, si ni siquiera tenemos ocasión de pelearnos. Felipe Guillermo empieza a olvidar a su padre. Y Maaiken era tan solo un bebé cuando se marchó y ahora cumplirá un año. Cuando él regrese, ella no tendrá ni idea de quién es.

-Ya recuperarán el tiempo perdido -la tranquiliza Lideweyj-. La guerra no

va a durar para siempre. Y, de todas formas, los niños no guardan muchos recuerdos de sus primeros años. Cuando sean mayores, ni siquiera se acordarán de que su padre no estaba nunca. ¿Por qué no pasáis una temporada en el palacio de Bruselas? Está mucho más cerca del lugar donde se encuentra la guarnición del príncipe. Eso le permitiría visitaros a vos y a los niños.

Ana niega con la cabeza, no tiene ganas de establecerse en Bruselas.

-Esperaré a que vuelva -dice-. Al final, siempre vuelve.

Cambia de postura en la silla y se lleva la mano a la espalda. La breve mueca de dolor que le cruza el rostro no pasa desapercibida a Lideweij.

-¿No os sentís bien? -le pregunta, inquieta.

Ana resta importancia a su preocupación.

-Es un dolor de espalda. Me pasa a menudo últimamente.

-¿A qué se debe?

-No lo sé. Antes cogía a Maaiken en brazos, pero he dejado de hacerlo, sencillamente porque me veo incapaz, y el dolor no hace más que empeorar.

Lideweij se queda mirando a su amiga.

-¿Le pido a Andries que venga a examinaros?

-No es necesario. Me preocupo en exceso, eso es todo. Todo el mundo sabe que preocuparse es malo para la salud. Si lograra dormir bien, en vez de quedarme tumbada pensando en Guillermo, me sentiría mucho mejor.

-Andries también tiene algún remedio para eso. Existen todo tipo de hierbas que pueden ayudaros a dormir.

Ana le sonríe.

-De acuerdo. Si no mejoro pronto, le pediré que venga. Dos días más tarde, Andries es llamado a altas horas de la noche por un heraldo procedente del castillo.

-La princesa se encuentra mal. Venid urgentemente -es su breve notificación.

Sin hacer preguntas, Andries se pone la camisa y el jubón, las calzas y los zapatos.

Lideweij se incorpora medio dormida en la cama.

-¿Qué está pasando?

-Ana está enferma. Voy de inmediato a verla.

-¿Qué tiene?

-Fiebre y un dolor insoportable en la espalda. ¿Has notado algo últimamente?

Lidewej se levanta preocupada. Solo lleva puesto el camisón y el gorro de dormir y se echa un chal sobre los hombros.

-Sí, hace dos días se quejó de dolor de espalda. No es nada grave, ¿verdad?

-No tiene por qué serlo, pero en combinación con la fiebre...

Andries coge el maletín y comprueba que tiene todo lo que pueda necesitar.

-Voy contigo -dice Lidewej.

-No puede ser, alguien tiene que quedarse con las niñas. Vuelve a la cama, te haré saber cómo está.

Lidewej asiente con resignación. Aunque querría haberlo acompañado para ver a Ana, tampoco puede permitirse prescindir de unas horas más de sueño. Ahora tienen dos hijas, pero a diferencia de Isabella, Susanna, la menor, duerme mal. El inesperado alboroto la ha despertado y ya está llorando otra vez.

Lidewej se levanta y saca a la pequeña de su cuna. Con ella en brazos, acompaña a Andries hasta la puerta y después vuelve a echar el cerrojo.

Andries sigue lo más rápido que puede al ujier hasta la entrada del castillo. Desde allí, saltándose las lentas formalidades de rigor, cruzan diversas puertas hasta llegar al dormitorio de la princesa Ana.

La encuentra jadeando en la gran cama con dosel. Lo primero que hace Andries es abrir las pesadas cortinas de terciopelo y ordenar que el enorme séquito de cortesanos salga de la habitación. Cuando se queda a solas con dos de las damas de honor de Ana y unos cuantos lacayos que esperan junto a la puerta, toma asiento en el borde de la cama para examinar a Ana.

La princesa está tumbada en posición fetal. No responde cuando Andries la saluda y no deja de rodar de un lado a otro para ahuyentar el dolor. Andries le toma el pulso, que es rápido y agitado, le hace abrir la boca y sacar la lengua para examinarle la garganta. Le palpa la piel, que arde debido a la fiebre.

-Majestad, ¿dónde os duele exactamente? ¿Podéis indicármelo? -le

pregunta.

Sin abrir los ojos, Ana apunta a un lugar por encima de la cintura.

-¿Solo allí? ¿A un lado? -pregunta Andries.

Ana asiente y lanza un quejido provocado por la ola de dolor que la sacude. Una de las damas de honor se acerca y carraspea para llamar la atención de Andries.

-La princesa también ha tenido durante unos días dificultades para orinar - le dice-. Le dolía y apenas salía nada. Hemos conservado la orina.

-Muy bien.

Andries hace que le traigan el orinal, vierte la orina en una botella que mantiene contra la luz de un candelabro con velas. Está turbia, tiene un color anómalo y el olor que desprende es más intenso de lo habitual. Debe de tratarse de algún problema de vejiga y seguramente también de riñones.

Vuelve a acercarse a la cama y le pide a Ana autorización para seguir examinándola. Ella asiente y se tumba de espaldas. Andries aparta la sábana y presiona con cuidado el lugar donde se encuentran la vejiga y los riñones. Al más mínimo roce, Ana profiere un grito de dolor.

Andries vuelve a cubrirla con la sábana y le seca el sudor de la frente. Esta vez, ella no mantiene los ojos cerrados, sino que los abre como platos.

-¿Qué me pasa? -susurra-. ¿Es grave?

-Sospecho que tiene que ver con vuestros riñones. Voy a prescribiros algo que bajará la fiebre y os será beneficioso.

-Me pondré mejor, ¿verdad? -pregunta Ana con temor.

-Haré todo lo que esté en mis manos para que así sea, señora. Es importante que toméis vuestros medicamentos a tiempo y que descanséis mucho.

Ana asiente en silencio y cierra los ojos.

-¿Podéis darme algo para el dolor? -pregunta de forma casi inaudible.

-Por supuesto. Ahora mismo os recetaré algo.

En realidad, poco puede hacer contra un dolor tan intenso. El extracto de gayuba, vara de oro y enebro tiene propiedades antiinflamatorias y emolientes, pero no elimina por completo el dolor.

A cierta distancia de la cama, donde Ana no puede oírlos, Andries habla en privado con la dama de honor.

-La princesa está gravemente enferma. Haced saber al príncipe que debe volver cuanto antes.

-El príncipe está en el Sacro Imperio Romano, señor -le dice la dama de honor consternada-. Tardará días en llegar.

-Cuanto antes -le repite Andries con énfasis y después vuelve a acercarse al lecho donde yace la princesa.

En enero, el príncipe Guillermo ha viajado a Fráncfort, a petición de Carlos V, para entregarle la corona imperial al hermano del antiguo emperador, pues Felipe no ha heredado todo el imperio. Para alzarse con la victoria frente a los franceses, Carlos se ha visto obligado a cerrar una alianza con el Imperio Romano, con el que también estaba en guerra. Su hermano Fernando es ahora el legítimo soberano de este territorio, y necesita la corona imperial para la ceremonia que sellará este hecho.

Cuando le llega la alarmante noticia sobre la enfermedad de Ana, Guillermo ya ha entregado la corona y se encuentra en casa de sus padres, en el castillo de Dillenburg.

Terriblemente preocupado, recoge sus cosas y viaja a los Países Bajos. No se concede ni un minuto de descanso. Solo cuando cae la noche y es demasiado oscuro para viajar, busca una posada para él y su séquito a lo largo de la ruta. Al amanecer emprenden de nuevo el camino y avanzan a toda velocidad durante el día entero.

Llega a Breda agotado, sucio y sudado del viaje, lanza las riendas del caballo al mozo de cuadra y, cuando entra en el castillo, se encuentra con una atmósfera desoladora. Todos, desde la cocinera al mayordomo, avanzan por los pasillos procurando hacer el menor ruido posible. No hablan sino que susurran, nadie ríe ni silba.

En cuanto Guillermo entra en el dormitorio de Ana, le golpea el olor de la enfermedad y la muerte cercana. Andries está sentado en una silla a la altura de la almohada de la princesa y le está tomando el pulso. Alza la vista al oír que entra alguien y se levanta.

-Monseñor...

-¿Cómo está, Andries? -pregunta Guillermo mientras se acerca a su esposa y la mira desde lo alto.

Ana duerme, pero no es un sueño reparador. Sacude con fuerza la cabeza;

una capa de sudor le cubre el rostro enmarcado por la oscura melena.

-Por desgracia, monseñor, la princesa no está bien. Me temo que tiene una infección renal.

-¿Y tú qué haces para tratarla? Dímelo, ¡habrá algo que puedas hacer! - grita volviéndose de golpe hacia Andries, que le sostiene la mirada sin bajar la vista.

-He hecho lo que podía. Ahora está en manos de Dios -dice en voz baja.

Guillermo contempla consternado a su esposa. Al parecer, ella ha captado su voz muy lejos en sus sueños febriles, pues sus labios reseco murmuran su nombre.

Guillermo se inclina hacia ella, le aparta unos mechones húmedos de la cara y la besa en la mejilla.

-Estoy aquí, amor mío. No temas, estoy contigo.

Ana esboza una débil sonrisa. Abre los ojos y mira a su esposo.

-Guillermo...

Él posa la mano sobre la de su esposa, que agarra la sábana con gesto agitado.

-Todo saldrá bien, cariño. Estás enferma, pero todo saldrá bien.

Ana vuelve a sonreír. Intenta mantener los ojos abiertos, pero ya no tiene fuerzas. Sus párpados se cierran y ella se sumerge en un mundo febril, del que lucha por salir en vano.

Unos días más tarde, el 24 de marzo de 1558, la princesa fallece a los veinticinco años de edad, sin haber recuperado el conocimiento.

Roto de dolor, Guillermo la vela en su lecho de muerte. Y, después de una larga noche sin comer ni beber, también él se siente enfermo. Con un palpitante dolor de cabeza, se pasea por el castillo, sin ninguna intención de ceder a sus doloridos músculos ni a los escalofríos que le provoca la fiebre antes de haber organizado todos los detalles en torno al funeral de Ana.

Andries le ofrece su ayuda, pero el príncipe le lanza una gélida mirada.

-He perdido a mi hija y a mi esposa por hacer caso de los consejos de un medicastro. Podéis iros.

Andries regresa a casa, profundamente consternado. Sentado junto a la ventana escucha el toque de difuntos de las campanas cuyo sonido retumba,

pesado y tenebroso, sobre Breda.

-No es culpa tuya -le dice Lideweij abrazándolo-. El príncipe está fuera de sí de dolor, no sabe lo que dice. Estoy segura de que dentro de un tiempo vendrá a buscarte y se retractará de sus palabras.

-Tiene razón, no he podido salvarla. ¿Qué clase de médico soy si, cuando llega la hora de la verdad, no puedo ofrecer ninguna solución? Debería haberme limitado a ser barbero-cirujano. Al menos, ellos saben qué hacer: entablillar huesos, vendar las hemorragias y dar a las personas falsas esperanzas. Yo solo puedo intentar adivinar lo que sucede dentro del cuerpo humano, por qué surgen las enfermedades y lo que se puede hacer para evitarlas. He estudiado durante años y aún no sé nada. ¡No sé nada en absoluto! -Oculta el rostro entre las manos y sacude la cabeza con impotencia.

Lideweij le pasa la mano por el oscuro pelo.

-Solo Dios lo sabe todo, solo Él conoce nuestro cuerpo. ¿Cómo podrías saberlo todo? No puedes atravesar la piel y la carne de alguien con tu mirada, no puedes abrirle para ver qué le pasa. Andries, te exiges algo imposible. No puedes hacer más de lo que está en tus manos.

-Y es bien poco -replica Andries con amargura.

Lideweij suspira. La muerte de Ana, a la que consideraba su amiga, la ha afectado sobremanera. Sin embargo, aunque Lideweij ponía todo de su parte para acercarse más a Ana, siempre tenía la sensación de que la princesa la mantenía a cierta distancia, tal vez por la diferencia de posición social. Lideweij nunca se lo tomó a mal, lo comprendía y ello no impedía que sintiera un cálido afecto por Ana. Cuando vivía con su padre tenía una existencia bastante apartada en la que no había espacio para las amigas. Ahora que la muerte le ha arrebatado a la única que ha tenido nunca, Lideweij comprende lo valiosa que puede ser una amistad.

Unos días más tarde reciben la invitación para asistir al funeral, pero puesto que la iglesia de Nuestra Señora está repleta, tienen que quedarse de pie, como muchos otros.

Lideweij siente compasión por el príncipe que, claramente enfermo, avanza por el pasillo central detrás del féretro de su esposa. Mantiene los hombros erguidos, la barbilla alzada, pero los ojos delatan una tristeza insondable.

El castillo se queda sumido en el silencio hasta mucho después de las exequias de Ana, que es enterrada junto a su primera hija en la iglesia de Nuestra Señora. Las banderas ondean a media asta y unos estandartes negros cubren las puertas.

A pesar de que está enfermo, el príncipe de Orange no deja que Andries lo visite. En su lugar, otros médicos se apretujan en torno a la cama de Guillermo. Su enfermedad no es grave y una semana después del funeral vuelve a estar repuesto.

Para Andries, el tiempo transcurre en medio de una gran incertidumbre. Los habitantes de Breda se han percatado de que ha caído en desgracia, y empiezan a evitarlo. No le llegan nuevos pacientes y los ingresos disminuyen.

-Tal vez deberíamos irnos de aquí y empezar de nuevo en otro lugar - propone Andries.

Lideweyj está delante de la ventana y observa a través de los cristales emplomados la febril actividad en la plaza Havermarkt.

-No lo entiendo -le dice-. Siempre has estado ahí para el príncipe y te has esforzado por servirle lo mejor posible. No te merecías esto.

Se vuelve hacia él, pero Andries no reacciona, es como si no hubiera oído sus palabras. Con la mirada sigue a Isabella, que trepa a su regazo y le acaricia la mejilla. A sus cuatro años ya es una verdadera señorita, muy sensible al estado de ánimo que se respira en casa. Susanna todavía se mueve tambaleándose, aferrándose a todo lo que encuentra a su paso y derribando todo tipo de cosas.

Lideweyj se pone una mano sobre el vientre en el que crece su tercer bebé. El plan que ha surgido titubeante en su interior empieza a cobrar forma.

Cuando Andries se marcha a visitar a uno de los pocos pacientes que le quedan, Lideweyj ordena a la criada que cuide de las niñas y también ella sale de casa.

El príncipe todavía está en el castillo, pero no tardará mucho en partir hacia Bruselas. Con un poco de suerte, conseguirá hablarle antes de que se marche.

Recorre a paso apresurado la Schoolstraat hacia la Kasteelplein. Una vez delante del portalón dice su nombre y pide una audiencia ante el príncipe. Los centinelas la escoltan hasta el vestíbulo del castillo, donde le piden que espere.

Durante la larga espera, Lideweij mira alrededor con creciente nerviosismo.

Por fin, el mayordomo Godfried van Erpt aparece en el vestíbulo.

-El príncipe os recibirá ahora, señora. Os ruego que me acompañéis.

-Gracias.

Lideweij sigue a Van Erpt, que abre las puertas de la sala de audiencias y la deja pasar con una reverencia. Luego cierra las puertas detrás de ella.

El príncipe Guillermo se encuentra en el centro de una estancia de impresionante belleza. Los suelos de madera relucen, las arañas de luces que cuelgan del techo centellean y el sol que entra a través de las vidrieras inunda la sala con una luz cálida.

Cuando Lideweij entra en la sala, una fugaz sonrisa despeja el rostro grave del príncipe. Cuando ella hace la reverencia, él la ayuda a levantarse con gesto galante.

El príncipe y ella están a solas, aunque, al ver los cuadros de la familia Nassau que adornan las paredes, Lideweij tiene la sensación de ser observada por los familiares muertos tiempo atrás.

Con su atuendo y estilo, Guillermo no tiene nada que envidiar a sus antepasados, pues el jubón verde claro bordado con hilo de oro le otorga un aspecto imperial.

-Es un verdadero placer volver a veros -le dice él con voz cálida.

Se inclina sobre la mano de Lideweij, y en contra de lo que dicta la etiqueta, le roza la piel con los labios.

Lideweij no retira la mano.

-Monseñor, mi más sentido pésame. Estoy profundamente afectada por el fallecimiento de Ana y la echo mucho de menos.

-Yo también la echo de menos -le dice el príncipe en voz baja.

Tiene la mirada triste, el rostro pálido y ensombrecido, pero algo en la actitud de Guillermo le dice a Lideweij que su duelo va acompañado de esperanza.

Durante el silencio que se hace a continuación, Guillermo observa a Lideweij, mientras ella evita su mirada.

-¿Cómo estáis? ¿Y cómo está vuestra familia? -le pregunta el príncipe.

-Estamos muy bien, monseñor. Las niñas crecen rápido y espero un tercer

hijo dentro de siete meses.

Guillermo desliza los ojos hacia la cintura de Lideweij, que todavía no delata su embarazo.

-Esa es una buena noticia. Enhorabuena.

-Gracias.

Resulta imposible sustraerse al atractivo del príncipe. No cabe duda de que es apuesto, pero el mayor peligro es su encanto. La franqueza de su sonrisa, la calidez de sus ojos y el interés con el que observa cada uno de los movimientos de Lideweij delatan sentimientos reprimidos con dificultad y provocan en ella algo cuya existencia desconocía, pero que ahora se manifiesta con toda su fuerza.

En un intento por escapar de la atracción del príncipe, Lideweij retrocede un poco, pero, como si pudiera leer sus pensamientos, él le coge la mano y la mantiene con fuerza.

-Queríais hablarme -dice.

-Sí... Quería hablaros sobre... -Lideweij suspira-. Es una cuestión difícil.

-Podéis hablar con total libertad.

Eso no le resulta nada sencillo con su mano en la del príncipe.

-Se trata de mi esposo -dice Lideweij-. Está muy deprimido desde la muerte de la princesa. Se siente culpable porque no pudo hacer nada por ella.

El príncipe calla.

-Hizo lo que pudo, monseñor, pero a veces, incluso los médicos más sabios se ven impotentes. Si es la voluntad de Dios que alguien muera, nosotros, los mortales, no tenemos nada que decir.

Ya está, ya ha dicho lo que pensaba. Ahora él se enfadará, le soltará la mano y le ordenará que se vaya. Está tan segura de lo que va a pasar que la respuesta del príncipe la pilla por sorpresa.

-Vuestro esposo no tiene culpa alguna. Me desahogué a costa suya y eso fue un error. Le presentaré personalmente mis excusas -dice en tono pausado.

-¿Lo decís en serio? -Lideweij lo mira complacida-. Es un verdadero alivio. Pensábamos que tendríamos que marcharnos de Breda.

-¿Marcharos de Breda? -Guillermo la atrae hacia sí con suavidad-. ¿Cómo iba yo a permitir eso? Habéis hecho bien en acudir a mí, pues hay algo que quiero pedir os desde hace mucho tiempo.

Ella sabe lo que va a suceder, pero le resulta imposible resistirse. Es incapaz de negar con la cabeza, de usar su voz, y menos aún de liberarse del abrazo. Lo único que puede hacer es alzar la vista y perderse por completo en los ojos que la miran con tanto amor.

Abre un poco la boca en un intento de protestar. Por lo visto, él interpreta su gesto como una invitación, puesto que se inclina hacia ella y sus labios rozan los de Lidewej. Primero con cuidado, como tanteando, hasta que pierde el dominio de sí mismo y la besa con una pasión contra la cual ella es incapaz de ofrecer ninguna resistencia.

SEGUNDA PARTE

18

Breda, julio de 1565

-Esta tarde van a quemar a alguien. ¿Vienes a verlo? -le pregunta Dirck.

Isabella se encoge de hombros. Se aburre un poco, pero asistir a una ejecución no se encuentra entre sus diversiones. Hay ajusticiamientos casi a diario y ella ha captado algo de pasada, pero sus padres se encargan de que no sea mucho. A ella no le importa. De hecho, todas las ejecuciones son iguales. Los condenados rezan y lloran, a veces maldicen e insultan, pero siempre acaban decapitados por un golpe de espada o con el cuello roto en la horca.

Las muertes en la hoguera son diferentes, no son tan habituales, pero quien ha visto alguna no la olvida.

Isabella suele ir con su amigo Dirck al puerto, donde siempre hay algo que ver. Es divertido mirar entrar los barcos de línea con su cargamento. Unas veces, todo el muelle huele a pescado, mientras que otras se llena de misteriosos sacos.

De vez en cuando, Isabella se percata de que el cargamento procede de Leiden. Se fija en ello desde que su madre le mostró las dos llaves cruzadas que forman el escudo de la villa.

-Mi madre es de Leiden -le dijo en una ocasión a Dirck-. Es una ciudad muy grande, mucho más grande que Breda. Allí fabrican paños para confeccionar ropa. Mi abuelo tiene una empresa allí. Es el hombre más rico de la ciudad.

-¿Y entonces por qué no vivís en Leiden? -le preguntó Dirck.

Pero Isabella no lo sabía y algo le impedía preguntarlo en casa.

-Creo que no es un hombre amable -le confió a Dirck.

Él asintió comprensivo, pues le parecía un buen motivo para irse a vivir a otro lugar.

En aquel momento estaban sentados mirando la grúa municipal con la que los trabajadores del puerto cargaban y descargaban los pesados sacos, fardos y cestas. La grúa era una enorme estructura de madera, instalada junto a las puertas de la villa y casi tan alta como ellas. Se mantenía en movimiento mediante una rueda de escalones, accionada por doce hombres, llamados «los rapaces de la grúa».

De pequeña, Isabella creía que los que hacían ese trabajo eran realmente niños. Siempre miraba alrededor para ver si los veía, hasta que su padre le explicó que no era más que un nombre.

-Quizá en algún momento utilizaran realmente a niños para hacer girar la rueda, pero a decir verdad me cuesta creerlo -le dijo-. Es un trabajo demasiado pesado, ni siquiera habrían logrado ponerla en movimiento.

Aquello supuso un alivio, pero también una decepción, puesto que para Isabella, los rapaces de la grúa habían sido hasta entonces unas criaturas apasionantes, casi mágicas. Los musculosos adultos que hacían girar la rueda despertaban mucho menos su imaginación.

Hoy, Dirck e Isabella no irán al puerto, porque él está empeñado en ver la quema en la hoguera.

-Van a quemar a Margriet Ghysen -dice-. La conoces, ¿verdad?

-No -le responde Isabella-. Solo de vista.

-Entonces la conoces -insiste Dirck-. La van a quemar porque se negó a comulgar en la misa del domingo. Dijo que la hostia no era más que un trozo de pan y que no tenía nada que ver con el cuerpo de Jesucristo.

-¿Y la van a quemar por eso?

-Pues claro -le contesta Dirck-. Esas cosas no se dicen.

En realidad, a Isabella no le apetece presenciar la quema de Margriet Ghysen, pero tampoco tiene nada mejor que hacer. En casa, su madre no hace más que abrumarla dándole tareas en cuanto la ve, así que es mejor irse con Dirck.

Cruzan corriendo la calle Vismarktstraat hacia la plaza Mayor, donde ya se ha congregado bastante gente. En medio de la plaza se alza una hoguera hecha con bloques de madera y ramas, en medio de la cual hay clavada una estaca.

La plaza se va llenando a medida que se acerca la hora de ir a buscar a la condenada a las mazmorras del ayuntamiento.

A Isabella le llama la atención que el ambiente es diferente al que impera en las ejecuciones que suelen llevarse a cabo aquí. Lo habitual es esperar a tener varios condenados antes de proceder a las ejecuciones para así aprovechar la presencia del verdugo. Con un poco de suerte, en una sola mañana se puede ver a un reo ahogado en un tonel, a otro morir entre convulsiones en la horca y a un tercero perecer desmembrado. El público acoge con aplausos y silbidos este tipo de espectáculos, mientras insulta al condenado y le lanza fruta podrida.

Sin embargo, las quemas en la hoguera, que en los últimos años se practican en creciente medida, provocan una atmósfera muy distinta. Cada vez más a menudo, Isabella ve cómo los presentes se santiguan o rezan por el condenado. Los oye murmurar enfadados y apartar la vista cuando el fuego alcanza al infeliz.

En una ocasión, su padre le explicó a qué se debía.

-Nadie se compadece de un ladrón o de un asesino -le dijo-. Pero los que mueren en la hoguera son conciudadanos. Es el panadero de la esquina, el vecino, el maestro de la escuela. En definitiva, personas que todos conocemos.

Luego le contó una larga historia sobre la fe, los herejes, los calvinistas y los protestantes, que ella escuchó con suma atención.

De pronto, oye a Dirck pronunciar la misma palabra: hereje.

-¿Qué has dicho? -le pregunta.

-He dicho que no puede haber clemencia para los herejes -le contesta Dirck-. Eso dice siempre mi padre y tiene razón.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque los herejes han sido enviados por Satanás. Parecen piadosos, pero no lo son -dice él, satisfecho de sus conocimientos.

Isabella observa la torre del ayuntamiento, donde empieza a sonar la campana de los pobres pecadores en señal de que la ejecución está a punto de empezar. El murmullo en la plaza aumenta hasta que se abren las puertas de la casa de la villa.

Entonces se hace un silencio sepulcral. En el vano de la puerta se ve a una muchacha, casi una niña, que se protege los ojos de la intensa luz del sol estival tapándose la frente con la mano, mientras mira a la muchedumbre que

se ha congregado para verla morir. Por única vestimenta lleva puesto un sambenito, un simple escapulario con franjas rojas. En torno a ella se encuentran los soldados y los jueces, con las bandas carmesíes cruzadas sobre el pecho.

Hasta ahora, Isabella solo había visto ejecuciones de hombres y mujeres mayores y enmudece al ver a esta muchacha.

¿Qué estará pensando allí de pie, viendo por última vez el cielo azul? Isabella se pone en su lugar y tiembla. Dirige la mirada a la hoguera y se le seca la boca.

En una ocasión sufrió una quemadura cuando jugaba con sus hermanas en el cuarto interior. Recuerda que tropezó mientras corría y cayó junto a la lumbre. Dio con el brazo de lleno en el fuego solo durante un breve momento, pero lo suficiente para provocarle un dolor insoportable. Su padre le introdujo el brazo en un cubo de agua, donde tuvo que mantenerlo largo rato, y después le aplicó una pomada. Durante semanas enteras sintió dolor y apenas pudo mover el brazo. Entretanto, su piel se ha recuperado casi por completo y solo si se mira bien, se advierte una cicatriz. Lo que no se ha curado es su miedo por el fuego. La idea de lo que le aguarda a esa muchacha, que sigue esperando en las escaleras del ayuntamiento, es demasiado aterradora para asimilarla. Isabella desea que se acabe pronto, que el viento no cambie de dirección cuando se haya prendido el fuego y que la leña no esté húmeda.

Dirck le da un golpecito y le señala a la muchacha, que en ese momento es conducida hacia la escalera. Isabella sigue cada uno de sus movimientos conteniendo la respiración. La gente que los rodea empieza a quejarse. El murmullo aumenta cuando la muchacha sube a la pira. Está de pie junto a la estaca y tiene las manos atadas con una cadena alrededor del palo. Después de atarle los pies, el verdugo da media vuelta y se baja de la hoguera.

Dirck le da un codazo a Isabella.

-Ahora va a arder.

Sin decirle nada, Isabella se separa un poco de él. ¿Cómo debe sentirse la muchacha allí sola viendo el verdugo con la antorcha? ¿Sabiendo que dentro de unos instantes ese fuego la consumirá y ella morirá sufriendo un atroz suplicio?

Isabella querría marcharse, pero le es imposible hacerlo debido a la multitud que la rodea. Se encuentra casi en primera fila, atrapada entre adultos

que son más altos que ella y que no tienen intención de perderse nada de este espectáculo. Sin embargo, no parecen estar disfrutando como suele ocurrir con las ejecuciones. La mayoría de los rostros tienen una expresión triste, crispada o sencillamente compasiva.

Un sacerdote da un paso al frente, se coloca delante de Margriet y alza un crucifijo de madera atado a un largo palo para darle algo en que concentrar la mirada e infundirle valor durante la agonía. Margriet reacciona como si le presentaran al mismísimo demonio.

-¡Llevaos esto de aquí! -grita-. ¡No es más que un pedazo de madera! ¡Lanzadlo a la hoguera!

Una oleada de agitación barre la plaza. El sacerdote, que tenía buena intención, mira con desconcierto a la condenada, pero sigue enarbolando la cruz.

-¡Lleváoslo! -grita Margriet-. ¡Debemos venerar a Dios, solo a Él, y no a figuras, crucifijos o imágenes de madera! ¿No comprendéis que lo que tenéis en vuestras manos es un falso ídolo? ¡Lleváoslo de aquí!

Con voz aguda entona un salmo cuyos sonidos se propagan hasta el rincón más apartado de la plaza. Viéndola así, cantando y con la mirada dirigida al cielo, se diría que van a quemar a una santa.

En torno a Isabella, la gente se mira y murmura.

-Lo mismo decía en la iglesia. Y que el óleo sagrado es aceite normal y corriente, para freír el pescado. ¿Acaso no es cierto? ¿Por qué iba a ser sagrado?

-Tiene razón. No nos está permitido adorar a las imágenes.

-¿Qué ha dicho de malo? ¿Acaso no dice eso mismo la Biblia?

La voz aguda y penetrante de Margriet sigue oyéndose por encima del murmullo de protestas de los presentes. No deja de cantar ni siquiera cuando el verdugo inicia su ronda en torno a la pira para encender la leña en diversos lugares.

Las llamas ascienden titubeantes, se encuentran y forman un círculo. Inesperadamente, algunas de ellas saltan más alto, atrapan la leña más fina metida entre los bloques para prender el fuego y se abren camino hacia arriba. Mientras que el fuego se aviva en la parte inferior de la pira, unas llamas pequeñas bailan en torno a los pies de Margriet y a ella le flaquea la voz.

Durante un momento es como si todo fuera a parar allí, hasta que el humo

se intensifica. Las llamas se propagan cada vez más rápido, suben y lamen la leña amontonada alrededor de Margriet. Cuando salta la primera lengua de fuego y le quema la piel de la pierna, su canto se convierte en un escalofriante chillido. El fuego salta por encima de sus pies, se eleva hacia el dobladillo de su escapulario. Los espectadores empiezan a gritar.

-¡Es inocente! ¡Dejadla marchar!

-¡Rezad por ella, rezad por ella!

Isabella se tapa los oídos en un intento por aislarse de los chillidos de Margriet, que se están transformando en aullidos. Pero es en vano, pues sigue oyéndola. El crujido de las llamas y el griterío de la gente no logran tapar la voz de la condenada, que llega hasta los rincones de la plaza y resuena en la cabeza de Isabella.

Se tapa los oídos mientras suplica que los alargados chillidos acaben pronto. Pero Margriet sigue chillando e Isabella tiene la sensación de que todo dura una eternidad. De tanto en tanto, el viento cambia de dirección, se lleva consigo el humo ascendente y pone al descubierto la lucha impotente de Margriet, que se retuerce en las llamas.

Dirck le dice algo y, aunque Isabella no lo entiende, mira a lo que apunta su dedo y comprende a qué se refiere. Están tan cerca de la pira que pueden ver lo que le sucede a un cuerpo que se quema lentamente. Hasta ahora, ella se la imaginaba como una muerte rápida y hermosa, en la que el cuerpo se encoge hasta deshacerse en ceniza.

Nada la ha preparado para el hedor de la carne quemada y el sonido de la sangre que cae silbando en las llamas. Ve el cuerpo de Margriet derrumbarse en el infierno anaranjado, siente cómo el calor acaricia sus propias mejillas y aparta la cara.

Ahora seguro que todo pasará rápido. Ya solo se oye el crepitar del fuego y hace tiempo que los enervantes chillidos se han apagado.

Las llamas se van sofocando y la gente que está más alejada del lugar de la ejecución empieza a dispersarse.

De Margriet queda poco más que una carcasa carbonizada que cuelga de la estaca en una pose grotesca. Una ráfaga de viento propaga la ceniza sobre la muchedumbre, que se separa tosiendo.

Aliviada de tener más espacio en torno a ella, Isabella da media vuelta y se abre paso entre la gente. Dirck le pisa los talones. En la esquina de la calle

Korte Brugstraat, él la coge del brazo y ella ve que tiene la cara colorada de la excitación.

-¡Menudo fuego! ¿Has visto sus manos? -Dirck sigue disfrutando al recordar el espectáculo, aunque la diversión se acaba pronto y enseguida mira alrededor con gesto intranquilo, en busca de otra diversión-. ¿Volvemos para ver la hoguera? Todo el mundo se va, ahora podremos acercarnos más.

Isabella niega con la cabeza. Sin decir nada, aparta a Dirck y echa a correr por la Korte Brugstraat, hacia casa.

19

-¿Qué has estado haciendo? ¿Qué ha pasado? -pregunta Lideweij agarrando a Isabella por el brazo en cuanto esta entra corriendo.

Le pasa un dedo por la cara y después lo mira con espanto.

-¡Esto es ceniza! Dime que no has ido a ver la quema.

La única respuesta que recibe es un torpe asentimiento de la cabeza. Lideweij suspira.

-Pero, chiquilla, ¿qué te tengo dicho? Mantente alejada de eso. Es un espectáculo horrendo y yendo ahí haces justo lo que quiere el ayuntamiento: mirar. Las autoridades quieren dar una lección y cuanta más gente mire, mejor. En realidad, nadie debería ir.

Esas palabras recuerdan a Isabella algo que le ha llamado la atención durante la quema.

-La gente que había en la plaza no estaba de acuerdo -le explica-. Decían que Margriet tenía razón y cuando el verdugo encendió la hoguera empezaron a gritar. ¿Es eso cierto, mamá? ¿Tenía razón Margriet?

Lideweij mira los ojos grises e interrogantes de su hija de once años y evita darle una respuesta directa.

-No es tan sencillo -le dice-. Ve a lavarte la cara y las manos con agua, porque así no entrarás en casa. Y sacúdete bien la ropa. ¡Chiquilla, estás cubierta de ceniza!

Envía a Isabella al patio, donde hay un surtidor. Por fortuna, su hija no le pregunta nada más. Son tiempos difíciles para criar a los hijos. Pasan de estar tirándole a una de la falda, mientras se chupan el pulgar, a observar el mundo que les rodea y empezar a formular preguntas incómodas y a las cuales no siempre se tiene una respuesta clara.

Lideweij rechaza con todo su ser las quemadas de herejes, que se han multiplicado en los últimos años. Su simpatía por la nueva doctrina ha aumentado, pero ni Andries ni ella se atreven a practicarla en público. Al igual que muchos conciudadanos, participan en la misa católica y viven conforme a los mandamientos de la Iglesia, pero en casa les leen a menudo a sus hijas la biblia protestante. Si una de las niñas cometiera una indiscreción delante de los vecinos, no pasaría nada. Media ciudad es protestante en secreto y la otra mitad no tiene motivo para llevar a nadie a la hoguera.

Es cada vez más frecuente que la misa se vea interrumpida por voces críticas con los ritos católicos, como la comunión, la bendición y la confesión. Hasta hace poco, las autoridades municipales castigaban a esos alborotadores con una multa o con azotes. Mientras uno se guarda para sí sus críticas hacia la Iglesia católica y no desacredite a otras personas con su opinión, los concejales opinan que no es necesario actuar. Es más, el ayuntamiento también cuenta en su seno con bastantes seguidores de la nueva religión.

A pesar de la presión que ejerce el rey Felipe para descubrir y quemar a los herejes, no hay una sola villa en los Países Bajos que los persiga seriamente. Si no fuera porque el monarca ha contratado a inquisidores que viajan de una ciudad a otra para asegurarse de que se cumple la orden real, no se condenaría a nadie. El problema es que nunca se sabe si hay alguien de la Inquisición cerca.

Margriet Ghysen tuvo la mala suerte de proferir sus críticas contra la Iglesia en el momento equivocado.

Durante la cena, Isabella vuelve a hablar de la ejecución. Andries frunce el ceño cuando oye que su primogénita estuvo presente.

-Creía que habíamos acordado que no presenciaríamos las ejecuciones de personas perseguidas por sus creencias -dice.

-Es que Dirck quería ir -se defiende Isabella.

-¿Y tú no eres capaz de pensar por ti misma?

-Lo siento, papá. No lo pensé. Dirck dijo que Margriet era una hereje. ¿Es eso cierto?

-¡Un hereje es alguien que adora a Satanás en lugar de a Dios! -exclama Susanna. Mira alrededor con orgullo, y luego añade insegura-: ¿Verdad?

Andries deja el cuchillo sobre la mesa al tiempo que exhala un suspiro.

Habría preferido aplazar un poco más esta conversación, pero comprende que la época en la que crecen sus hijas lo impide. Están expuestas a experiencias de todo tipo y podrían proclamar en público cosas que tendrían que haberse callado.

Utilizando palabras lo más sencillas posibles, empieza a explicarles lo que sucede en la sociedad. Que hay personas que creen realmente en Dios, pero que quieren hacerlo de manera distinta, y que se llama herejes a quienes rechazan determinados dogmas de la fe cristiana.

-Es un insulto -dice-. Un insulto que puede costarte la vida.

Alida, que con seis años es la más joven de la familia, mira a su padre con preocupación.

-Nosotros no somos herejes, ¿verdad? -le dice.

A uno y otro lado de la mesa, Andries y Lideweyj intercambian una mirada. Justo cuando él se dispone a tranquilizar a su hija, interviene Isabella.

-Pues claro que sí -le dice entre dos cucharadas-. ¿Por qué crees sino que tenemos dos biblias distintas?

Se hace un profundo silencio en el que Lideweyj lanza una mirada de desesperación a su marido. Este le indica con un breve asentimiento que tomará la palabra.

-Es cierto, leemos dos biblias -dice con calma como si este hecho careciera de importancia-. No porque rechazemos la una o la otra, sino porque intentamos saber cuál de las dos creencias se ajusta mejor a nosotros. Si os preguntan cuál es vuestra religión, entonces decidles que sois católicas.

Alida asiente, pero Susanna lo mira con gesto serio.

-¿Por qué hemos de decir eso? Los buenos católicos solo leen su propia biblia, ¿no?

-Tenemos que decirlo porque de lo contrario pensarán que somos herejes, boba -le contesta su hermana mayor-. Y luego nos quemarán.

Esa observación asusta tanto a Susanna y a Alida que palidecen. Alida se echa a llorar diciendo que no quiere ir a la hoguera y Susanna aparta el plato.

-Niñas, no pasa nada -les dice Lideweyj intentando calmarlas-. No quemar a nadie por leer de vez en cuando una biblia protestante. Margriet Ghysen se paseó por la iglesia gritando cosas raras y eso no se debe hacer. Pero si vives plácidamente y no incitas a otras personas, puedes creer lo que quieras. Papá

solo quería decir que es mejor no hablar del tema. En casa sí, pero no con otras personas. Por si acaso, ¿lo comprendéis?

Las niñas asienten, pero Alida lleva el desconcierto dibujado en la cara y Susanna ha perdido el apetito. Isabella mira a sus hermanas con cierto desdén cuando se levantan de la mesa.

-No se enteran de nada -sentencia.

-Y tú sabes demasiado -replica Lideweij-. Pero debes aprender qué puedes decir y qué no.

-Yo no digo nada en absoluto. Sé perfectamente que somos protestantes en secreto y que vamos a la iglesia porque vosotros no queréis meteros en problemas.

Lideweij mira preocupada a su hija.

-¡Mucho ojo con no contárselo a nadie!

-No soy estúpida -espetea Isabella apartando la silla y levantándose-. Por supuesto que no se lo contaré a nadie.

Una vez que se ha marchado, sus padres permanecen un rato sentados en silencio frente a frente.

-¿Y ahora qué hacemos? -pregunta por fin Andries-. Llegará un día en que tendremos que elegir.

-Creo que hace tiempo que elegimos -le contesta Lideweij con dulzura-. La cuestión es cuándo nos atreveremos a decirlo abiertamente.

No son los únicos que abordan la situación de esta manera. Según su vecino Jan de Scheerder, toda Breda profesa en secreto la religión protestante. De Scheerder admite en público que se ha convertido y visita a sus conciudadanos para convencerles de que sigan su ejemplo. Casualmente, esa misma noche, cuando las niñas duermen y Andries y Lideweij conversan junto a la lumbre, él se presenta en su casa.

-Buenas noches, vecinos -les dice, con el sombrero en la mano.

Lideweij le señala un taburete cerca del fuego y él toma asiento.

-He venido a contaros que está a punto de suceder algo grandioso -dice Jan sin rodeos-. Voy pasando por todas las casas para poner al corriente a la gente.

-¿De qué, Jan? -pregunta Lideweij mientras le ofrece un tazón de aguamiel. Él acepta con un gesto de agradecimiento.

-Se va a organizar un servicio para calvinistas, menonitas y luteranos -les anuncia-. Digamos que será un sermón para protestantes.

-¿Y qué iglesia abrirá sus puertas para acogerlo? -pregunta Andries asombrado.

-Ninguna, por supuesto -dice Jan-. Se celebrará fuera de las murallas de Breda. En Flandes ya es habitual, allí se organizan con regularidad servicios en el campo. Los que tienen lugar en las inmediaciones de Ypres, Hondschoote, Brujas y Gante atraen a miles de personas, y se van desplazando poco a poco hacia el norte. La semana que viene vendrá a Breda uno de los predicadores más conocidos y respetados para dar una prédica al aire libre.

-¿A qué te refieres? -pregunta Lideweij.

-Un sermón prohibido o ilegal -le explica Jan-. ¿Puedo contar con vuestra presencia?

Andries y Lideweij intercambian una mirada.

-Nos lo pensaremos -dice Andries.

Jan asiente, vacía el tazón y se pone el sombrero.

-Venid, os lo ruego -insiste-. Va siendo hora de que actuemos con fuerza y hagamos oír nuestra voz. Seguimos siendo cristianos, tenemos derecho a celebrar nuestro propio servicio religioso. Aunque se celebre en campo abierto.

Andries se levanta asintiendo y acompaña a su visitante hasta la puerta.

-No te falta razón, Jan, pero tengo tres hijas. ¿Qué haremos si durante el servicio nos detienen y nos matan a todos?

Jan de Scheerder permanece en el umbral y lanza una mirada penetrante a Andries.

-Ve armado -le dice-. En Flandes también lo hacen.

20

Breda piensa, sopesa y duda. Junto a la fuente pública de la villa, la gente susurra y delibera, y en los mesones se expresan duras críticas y se toman decisiones valientes.

La cosecha del año anterior ha sido mala, el miedo que provocan el hambre y la Inquisición pone a la gente entre la espada y la pared. La noticia de que se celebrará un servicio protestante -¡y encima al aire libre!- despierta la curiosidad, pero también la esperanza de que la nueva religión se implante en la sociedad. Los protestantes ya no son un pequeño grupo de disidentes; los calvinistas, menonitas y luteranos se han unido para formar una corriente que hay que tener en cuenta.

Eso se pone de manifiesto la mañana del 17 de septiembre de 1565, cuando los prados en torno al pueblo de Ginniken se van llenando poco a poco de personas. En su mayoría son defensores de la fe, protestantes que están dispuestos a luchar si es preciso, aunque también hay curiosos que han acudido para echar un vistazo y tienen intención de volver a marcharse enseguida. No obstante, optan por quedarse cuando sienten la energía que desprenden todas esas personas que se dan ánimos y se encienden unas a otras, y cuando se encuentran con vecinos y conocidos. Familias enteras llegan a pie o en carromatos que colocan estratégicamente para subirse a ellos y así ver bien al predicador.

El predicador hablará al mediodía y, mientras esperan su llegada, cientos de personas se sientan en la hierba con cestas repletas de comida y bebida.

-Parece una excursión -dice Lideweij maravillada cuando llegan.

Las niñas están en la escuela, pero la mayoría de las personas ha traído a sus hijos.

-La feria no es nada comparada con esto -dice Andries, mirando a los juglares y a los vendedores de tortas que se pasean entre la gente.

Hace un día soleado. La hierba desprende un olor delicioso, las flores adornan el arcén y los pájaros cantan en los árboles. Se respira un ambiente de expectación, de diversión y de euforia, aunque también de nerviosismo. Los carros con los que han venido muchas personas se colocan en círculo y las familias que se habían subido a ellos tienen que apearse y son conducidas al centro del prado. Unas brigadas fuertemente armadas ocupan su lugar en los carrromatos y en las sendas y caminos de tierra que llevan al lugar del servicio.

-¿Te arrepientes de haber venido? ¿Quieres volver? -pregunta Andries en voz baja cuando ve la expresión con la que su esposa mira alrededor.

Lideweij no sabe qué contestarle. ¿Qué quiere? ¿Regresar a la seguridad de su casa, a su tranquila existencia? Sí, en realidad, sí, pero su cuerpo se niega a dar media vuelta, sus pies permanecen clavados donde están. Hace años, se enfrentó a su padre para exigir su libertad, y ahora se apodera de ella la misma obstinación que entonces. Tal vez dentro de unas horas se arrepienta terriblemente de esto y llegue a la conclusión de que el sacrificio por la libertad fue excesivo, pero ya no puede dar marcha atrás. Ya no puede seguir como hasta ahora, leyendo de noche a escondidas la biblia prohibida, imponiendo el silencio a sus hijas y obligándolas a mentir, e ignorando los edictos de sangre y las quemaduras en la hoguera.

Sacude la cabeza en respuesta a la pregunta de Andries.

-¿No tienes miedo? -le pregunta él.

-Sí -contesta ella-. Pero también siento curiosidad. Y somos muchísimos.

Andries lanza un rápido vistazo a la brigada más cercana.

-Por lo visto han aprendido algo de las prédicas al aire libre que se han celebrado en Flandes. Al parecer, allí enviaron a las tropas reales.

Un poco más lejos se desata cierto alboroto y ellos alargan el cuello para ver lo que sucede. En el prado aparece una figura enjuta, vestida de negro, rodeada de jinetes fuertemente armados. Es Jaak de Buyzere, un antiguo monje convertido ahora en uno de los más encarnizados defensores del calvinismo. Su nombre se difunde con suma rapidez entre la muchedumbre. Por doquier, la gente se levanta para verlo mejor y suena un tímido aplauso que no tarda en aumentar de intensidad y a propagarse por todo el prado.

En una pequeña elevación se ha improvisado una cátedra de madera en la

que Jaak de Buyzere toma asiento mientras es vigilado en todo momento por sus jinetes. Sus guardias a caballo se sitúan detrás de él y no pierden de vista los alrededores.

Entonces inicia libremente su prédica. Es llamativo el volumen de voz que tiene un hombre tan flaco como De Buyzere, lo lejos que llega y la pasión que desprende. De vez en cuando, alguien repite sus palabras para que los más apartados puedan enterarse de lo que dice, pero la mayoría de los oyentes contiene la respiración como un solo hombre.

Todo el mundo sabe hablar, pero pocos tienen el don de la palabra. Es un arte que Jaak de Buyzere domina a la perfección. Empieza de forma serena, compartiendo su vida, sus errores y sus nuevas comprensiones; sin embargo, su relato no tarda en cambiar de tono, y se carga de una mezcla de indignación e incompreensión, que aumenta hasta convertirse en cólera cuando aborda la corrupción dentro de la Iglesia católica. Pasa revista a todas las cuestiones: el tráfico de indulgencias, los monjes adinerados, que prefieren ocuparse de sus posesiones en lugar de cuidar de la comunidad de creyentes, y las injerencias del papa, que se mezcla en asuntos que solo atañen a Dios.

Admite que generaliza, pues también hay clérigos que predicán su fe como es debido, pero se trata de una minoría. Es preciso hacer limpieza a fondo, revisar las interpretaciones humanas de la Biblia, y regresar a los principios que predicó Jesucristo. Hay que empezar de nuevo y ocuparse realmente de los más pobres, mientras que los ricos pueden alcanzar el cielo demostrando amor al prójimo y haciendo el bien, en lugar de asegurarse la salvación eterna mediante donaciones a la Iglesia.

Sus palabras son tan innovadoras, tan acertadas y tan apasionadas que embelesan a la multitud.

Lideweij no es la única que siente su corazón colmarse de esperanza por el futuro, que mira con lágrimas en los ojos a ese pequeño predicador que habla de sus grandes planes. Su temor por la oposición de las autoridades ha desaparecido y no piensa seguir leyendo en secreto su biblia protestante.

La emoción de quienes la rodean es palpable. Todos los rostros alzados tienen la misma expresión de esperanza y determinación. Tienen ante sí un nuevo futuro, al alcance de la mano y basta con que se atrevan a creer que es posible.

¿Y quién podría detenerlos?

-¡Uníos! -grita Jaak de Buyzere-. Apoyaos unos a otros en esta lucha, proteged a los perseguidos, liberad a los presos. Formad un bloque, para tener fuerza, y creed. Del mismo modo en que el cristianismo no pudo ser exterminado hace quinientos años, tampoco lograrán taparnos la boca ahora. Nos perseguirán y nos quemarán en la hoguera, pero somos muchos. ¡Resistíos y la nueva doctrina se convertirá en la primera religión!

Unos atronadores vítores se elevan, todo el mundo aplaude y sigue haciéndolo durante minutos enteros. A lo lejos se acerca una compañía de jinetes, seguidos de lansquenets armados. En total pueden ser unos trescientos hombres, enviados por el baile de Brabante, que cabalga al frente de la compañía. Cuando se acerca al prado donde se celebra el servicio, frena el caballo.

Alrededor del prado se ha formado un círculo de carruajes, carromatos, vallas de madera y hombres armados, que los reciben con una mirada sombría.

De entre la arboleda salen más hombres, armados con horcas, arcabuces y porras, que rodean a las tropas del baile.

Este lanza una mirada a sus adversarios, sopesa sus posibilidades y llega a la conclusión de que un ataque acabaría en una masacre. Creía poder alterar fácilmente la concentración, dispersar a los herejes y regresar a su cómoda casa en Bolduque. No obstante, lo que se encuentra aquí se asemeja más a un ejército preparándose para la batalla que a un evento religioso.

Ni el rey ni sus sangrientos decretos son del agrado del baile. Tampoco lo son los protestantes, pero a él le gusta decidir por sí mismo cómo se enfrenta a ellos. Queda descartado arrastrar a la mitad de la región hacia la hoguera o atacar a mujeres y niños indefensos en pleno campo.

Además, todo parece indicar que están listos para un ataque. Podría decir que llegó demasiado tarde, o que puso fin al sermón. De todas formas, Jaak de Buyzere ya ha recibido los aplausos y ahora parece dispuesto a iniciar la retirada acompañado por su escolta.

Con un único gesto, el baile ordena dar media vuelta. Espolea el caballo, las tropas se ponen en movimiento y poco después desaparecen en medio de una gran nube de polvo.

21

Breda, noviembre de 1565

Guillermo ha aprendido que las decisiones precipitadas pueden lamentarse durante toda una vida. Es noviembre y él se dirige a su castillo de Breda, atravesando vastos campos y bosques que mudan de color.

A diferencia de su primera esposa, la segunda, que también se llama Ana, adora la vida de la corte y no se cansa nunca de ella ni de sus excesos. Le encantaría mudarse al palacio de Coudenberg, que los Nassau tienen en Bruselas, para poder participar todas las noches en las fiestas y los bailes que organizan los nobles bruseleses.

Por su parte, Guillermo no quiere ni imaginarse tener a su esposa continuamente en torno a él. Casarse con Ana de Sajonia, hija del príncipe elector Mauricio de Sajonia, le pareció una gran jugada, pero ahora no pasa un día sin que lamente esa decisión.

Al principio, su compromiso parecía muy afortunado. Ana solo tenía dieciséis años cuando contrajeron matrimonio y su amor por él la hacía parecer casi hermosa. Él nunca la consideró realmente atractiva, pero sí divertida gracias a su carácter temperamental y a sus impulsivas ocurrencias. Cuando lo miraba con aquellos ojos oscuros y aquellos rizos indomables, imposibles de mantener bajo la cofia adornada de perlas, él descubría en ella una belleza que le habría permitido quererla. Ahora comprende que las negociaciones de matrimonio con la familia luterana de Ana fueron tan fluidas, a pesar de que él siguiera mostrándose fiel al catolicismo, porque sus padres se alegraban de librarse de ella.

Después de una estancia de muchos meses en Bruselas, Guillermo vuelve a

casa y con cada milla que le acerca a ella, aumenta su abatimiento. Sabe que no le espera una calurosa bienvenida y se contenta con que los reproches y los comentarios desabridos no degeneren en una atronadora pelea.

Qué distinto era todo antes, cuando todavía vivía Ana, su primera Ana. Aunque permaneciera un año fuera, siempre podía contar con un recibimiento cálido y cariñoso. Un año después de morir Ana, también falleció el padre de Guillermo. La pérdida tanto de su padre como de su esposa sigue pesándole en el corazón.

Seguido por los sirvientes y los guardias, Guillermo atraviesa a trote tranquilo el bosque que llega casi hasta las puertas de Breda. El parque de Valkenberg, el jardín del palacio, forma parte del bosque, por lo que el príncipe tiene la sensación de haber llegado a casa.

Al atardecer, el bosque empieza a despejarse. Aparecen claros, campos y prados, y poco después surgen las murallas y las torres de Breda ante sus ojos. Detrás de una curva en el sendero, ve el castillo, y Guillermo detiene al caballo durante unos instantes para contemplar la belleza de los muros rectos e imponentes. De pronto le invaden el orgullo y el deseo de regresar a casa, hasta que recuerda quién lo espera. Ya no tan alegre, espolea al caballo y galopa en dirección a la puerta de la villa.

-Vaya, ya has llegado -exclama Ana sin apenas mirarlo cuando entra en la estancia donde ella está leyendo.

Guillermo se inclina para besarla, pero ella aparta el rostro. Para no irritarla y provocar enseguida una pelea, hace caso omiso de su hostilidad.

-Buenos días, amor mío. ¿Estás bien?

Por toda respuesta, ella le dirige una mirada de desprecio.

-Pues claro que sí, ¿por qué no iba a estar bien? -dice burlona-. Respiro, así que por lo visto, aún vivo. Algo increíble considerando que llevo la existencia de una anciana. Quizá la próxima vez, cuando vuelvas, habré muerto de aburrimiento.

Guillermo se sienta a su lado, conmovido a pesar de todo por la tristeza que destila su voz.

-¿Tan mal estás? Creía que te encontrabas a gusto aquí. La primera vez que viniste al castillo te pareció bonito y lujoso.

-¿De qué sirve el lujo si no tienes a nadie con quien compartirlo y si te

pasas todo el día sola, mientras tu marido se divierte con sus orgías? -le contesta Ana con amargura.

-Ana, por favor. Ya hemos hablado de eso.

-Sí, sí, ya sé que eres un santo. -Ana se ríe, pero su mirada es dura-. Eres el noble príncipe de Orange, el preferido de todos. El que se dedica al juego de la persuasión y la intriga en Bruselas. El que les dice a todos lo que quieren oír y mientras tanto se acuesta con todas las mujeres que se cruzan en su camino. ¿O crees que soy tonta? ¿Crees que no sé lo que sucede?

Es cierto que, desde que contrajo matrimonio con Ana, Guillermo ha tenido varias amantes, pero no piensa admitirlo. Todos los nobles tienen amantes, se considera normal, como también que las esposas hagan la vista gorda. Su primera Ana conocía ese arte.

-Sabes muy bien que es necesario que vaya a menudo a Bruselas -le dice-. Siento de verdad tener que dejarte sola con tanta frecuencia, pero allí me necesitan. Son tiempos convulsos, y...

-Llévame contigo -lo interrumpe Ana-. Te prometo que me comportaré y que no me propararé con la bebida. ¡Aquí me muero, Guillermo! ¡Por favor, llévame contigo a Bruselas!

La última vez que Ana permaneció en el palacio de Coudenberg, coqueteó con sus amigos, se emborrachó y se peleó con Sabina, la esposa de Lamoral.

-Ya veremos -le dice Guillermo mientras se levanta-. Voy a refrescarme. ¿Les dirás a los cocineros que esta noche tenemos invitados?

-¿Ah sí? ¿Quiénes son? -pregunta Ana ilusionada.

-Lamoral, Felipe y Antonio de Lalaing, conde de Hoogstraten -le contesta Guillermo.

-¿Y sus esposas?

-Se quedan en sus casas. Tenemos una reunión.

-¿Sobre qué? -le pregunta Ana.

Guillermo titubea, no porque opine que las mujeres tienen que mantenerse al margen de los asuntos políticos, sino porque no está seguro de poder confiar en la discreción de Ana. Cuando ha bebido, suelta lo primero que se le pasa por la cabeza. Por otra parte, es inteligente y le interesa la política. Además, de todas formas, dentro de poco se enterará de lo que van a debatir esta noche.

-Ha llegado la respuesta del rey -le dice.

Ana se levanta de un salto.

-¿Te refieres a la petición de Lamoral?

En enero, el conde de Egmont partió como enviado a España para pedirle a Felipe que moderara las persecuciones de herejes. Fue recibido con mucha consideración, el rey lo escuchó, se mostró benévolo e interesado, y le prometió reflexionar sobre la cuestión. Lamoral regresó a Bruselas cargado de optimismo, sin embargo, durante un tiempo no tuvo noticias del monarca. Ahora por fin ha llegado la respuesta de Felipe: los duros decretos contra los herejes seguirán en vigor. Y no solo eso, pues según la gobernadora Margarita de Parma, la media hermana de Felipe que gobierna los Países Bajos en su nombre, el rey tiene intención de apretarles aún más las tuercas. Margarita se ha enterado de que su hermanastro tiene previsto enviar a los Países Bajos a nobles españoles, entre ellos al duque de Alba, para que pongan orden.

Guillermo se lo cuenta todo a Ana, que comprende de inmediato lo que eso significa para ellos.

-Va a poner a sus nobles en vuestro lugar -le dice-. Os reemplazará por personas que cumplan sus órdenes al pie de la letra.

-Exacto -le dice Guillermo-. Nos está arrinconando poco a poco, aunque no todo el mundo se percate de ello. Lamoral, Felipe y yo sí lo vemos. Va siendo hora de que les contemos lo que está pasando a los demás y pensemos qué hacer.

-No podéis hacer gran cosa -señala Ana-. Él es el rey.

Antes de refrescarse, Guillermo va en busca de sus hijos. Hace meses que no los ve y no soporta estar separado de ellos ni un segundo más.

Ya tiene cinco hijos. Encuentra a los más pequeños -Ana de dos años y Mauricio de uno- en el cuarto de juegos con la institutriz que cuida de ellos. Los pequeños se le acercan a darle un beso, desconcertados y a regañadientes, pues a lo largo de su breve vida, apenas han visto a su padre.

Los mayores están jugando al aro en la sala de armas. Maaiken ya ha cumplido nueve años y Felipe Guillermo, once. Ellos sí lo reconocen y corren a echarle los brazos al cuello en cuanto lo ven entrar. Justino, el hermanastro de ambos, espera indeciso como si se preguntara si le está permitido saludar a su padre con tanta efusividad. Al igual que Maaiken y Felipe Guillermo no tiene a su madre en este castillo, pero a sus seis años comprende muy bien por

qué la relación que tiene con su progenitor es diferente a la de los demás. Su madrastra Ana se lo ha explicado con toda claridad: los pequeños Ana y Mauricio son hijos suyos y, por consiguiente, están en lo más alto de la jerarquía; Maaiken y Felipe Guillermo son huérfanos de madre; y él, Justino, es un pobre bastardo. El engendro de la hija de un mesonero a la que su padre dejó embarazada.

Al verlo allí de pie, nervioso e incómodo, Guillermo le tiende los brazos. Justino se acerca titubeante y le echa los brazos a la cintura. El cálido abrazo que le devuelve su padre hace que se relaje. Después alza la vista y lo mira radiante de felicidad.

-Decidme, ¿cómo estáis? -les pregunta Guillermo y, pese a que no dispone de mucho tiempo, escucha pacientemente las historias que se apresuran a contarle sus hijos.

Tras asegurarse de que les ha concedido la misma atención a los tres, abandona la sala de armas para asearse.

En su habitación, le espera una tina llena de agua caliente y perfumada, y junto a ella, dos sirvientes dispuestos a ayudarlo.

Sumergido en el agua, Guillermo empieza a liberarse de la tensión. Le ha hecho bien ver a sus hijos, sobre todo a los mayores, que ya no lo consideran un extraño; sin embargo, se ha quedado perplejo al ver lo grandes que están. El tiempo pasa volando. Él tiene treinta y dos años y hace ya siete que murió Ana.

Apenas logra recordar cómo ha podido superar ese difícil periodo. Trabajando duramente y sin respiro para no pensar en el dolor. Buscando consuelo en los brazos de mujeres, sin importar cuáles.

Durante un tiempo abrigó la esperanza de poder tomar como amante a Lidewej Griffioen. Ella podría haber marcado la diferencia. Está seguro de contar con su amor y con su simpatía; pero, tal como le dio a entender ella misma con claridad, amaba más a su marido que a él y no tenía intención de serle infiel. Así pues, todo quedó en aquel ardiente beso que intercambiaron, en el que ambos se perdieron por un instante y que podría haber ido a más.

No obstante, cuando la situación amenazaba con írseles de las manos, Lidewej se retiró, y la caballerosidad le impidió a él insistir. Después no volvió a verla. Pensó que sería mejor para ambos evitarse en la medida de lo posible. Más tarde se apiadó de Andries. Tampoco tenía pensado apartarlo de

su lado, puesto que, al fin y al cabo, aquel hombre era un excelente médico. Ahora ha tratado con éxito todas las grandes y pequeñas enfermedades de sus hijos. Gracias a sus cuidados, Guillermo puede irse tranquilo de casa dejando atrás a su familia.

En Bruselas conoció a Eva Elinx, una belleza de cabellera rubia y el vivo retrato de Lidewej. Le bastó una sola mirada para quedarse prendado de ella. Aunque no era más que una muchacha sencilla, hija de un mesonero, Guillermo mantuvo con ella una relación intensa y cálida. Cuando se quedó embarazada, él mandó que le prepararan dos habitaciones en el palacio de Coudenberg y reconoció como suyo a Justino, el hijo que ella le dio. Tras su matrimonio con Ana, Eva ya no pudo permanecer por más tiempo en Coudenberg, sin embargo, la relación entre ambos se prolongó hasta que ella se casó.

Según lo acordado, Justino vivió con Eva hasta que cumplió seis años y después lo trajeron a la corte con su padre para que recibiera una buena educación. Separarse de su madre no fue fácil para el niño, pero Eva estaba decidida a dejarlo marchar: sabía que ella no podía ofrecerle nada y aquella era su gran oportunidad en la vida.

Guillermo apenas ha acabado de bañarse y de enfundarse el valioso traje de terciopelo italiano, cuando oye llegar a sus invitados con gran estruendo. Son Felipe de Montmorency, conde de Hornes, y Antonio de Lalaing. El último en llegar es Lamoral de Egmont montado sobre su caballo justo cuando los demás entran en el castillo.

Luis no está presente. Desde el verano permanece en Spa, en las Ardenas, para mantener conversaciones con otros miembros de la nobleza que opinan que merece la pena luchar por la libertad religiosa.

Guillermo recibe a sus amigos en el comedor del castillo, donde les han preparado un generoso banquete. Ana también está presente y disfruta del revuelo y de la vitalidad que han traído consigo los hombres.

Comen, hablan, beben y ríen, y no dicen ni una sola palabra de política mientras Ana se encuentra con ellos. Después de la cena, Guillermo le lanza varias miradas elocuentes, que ella ignora. Finalmente, cuando carraspea y le dice «Ana...» a modo de advertencia, ella alza la barbilla y lo mira desafiante.

-¿A qué viene ahora eso de «Ana»? ¿Quieres que me vaya? Ya me he dado

cuenta de que me mirabas todo el rato. Ana puede pudrirse sola durante meses enteros y cuando por fin sucede algo interesante, la echan. Pero, eso sí, esta noche, Ana tendrá que mostrarse dispuesta cuando su esposo, su alteza el noble príncipe, desee tomarla.

-Ana, cállate. Retírate a tus aposentos y no montes una escena -le ruega Guillermo.

-No, imagínate lo que podría pasar si monto una escena. Figúrate lo que sucedería si todos oyeran la verdad y se enteraran de que eres un bastardo insensible y egoísta que desatiende a su esposa. ¡No podemos permitirnos eso! -le espeta Ana.

Guillermo se levanta, la agarra del brazo y se la lleva a rastras hacia la puerta. Ana se resiste chillando, intenta darle una patada y un mordisco en el brazo.

Él pone fin a su resistencia con un sonoro bofetón. Ambos se miran sin aliento. A Ana se le ha soltado la cofia y unos largos rizos negros caen sobre su rostro. No parece muy impresionada por la bofetada: sus ojos brillan como si disfrutara de haber conseguido por fin la atención de su marido.

-Compórtate -le dice Guillermo en voz baja-. Nos estás avergonzando a los dos. Ve a tus habitaciones y cálmate.

Hace una seña a los centinelas apostados junto a la puerta, que toman a Ana del brazo y se la llevan con gesto amable, pero firme.

Durante una eternidad, Guillermo oye resonar sus maldiciones mientras atraviesa los cavernosos pasillos. Exhalando un profundo suspiro cierra la puerta y se vuelve hacia sus amigos.

-Os ruego me disculpéis -dice avergonzado.

Los hombres siguen sentados en torno a la mesa, sin saber qué actitud adoptar.

-Empecemos -dice entonces Guillermo al tiempo que se une a ellos y toma asiento en la cabecera de la mesa-. Os he pedido que vinierais porque estoy sumamente preocupado. Ya hemos hablado a menudo de lo mucho que nos indignan las persecuciones religiosas y los crueles castigos a los que son sometidos los disidentes, y que continúan pese a nuestros intentos de ablandar al rey. Es más, se van intensificando y todo parece indicar que nos esperan medidas aún más rigurosas.

Se vuelve hacia Lamoral, que ha escuchado sus palabras con evidente

preocupación, y con un leve gesto le anima a tomar la palabra.

-Durante mi visita, el rey fingió tomarse en serio nuestras objeciones. Incluso me dio a entender que moderaría las persecuciones. Pero a estas alturas es evidente que no tiene la menor intención de hacerlo. Su petición al papa de poder aumentar el número de obispados en los Países Bajos no augura nada bueno.

-¿Más obispados? -pregunta Antonio de Lalaing sin entender-. ¿Por qué?

-Más obispados significa que habrá que nombrar más obispos que pueden ayudar al rey a encontrar herejes -le explica Lamoral-. Y lo preocupante es que esos obispos tendrán derecho a arrestar y quemar en la hoguera a todos los sospechosos de herejía sin ningún tipo de proceso. No son ellos los que deben demostrar que alguien es un hereje, sino el sospechoso que debe probar su inocencia.

-Pero ¿cómo puede demostrarse eso? ¿Llamando a Dios a testificar? - exclama ofendido Felipe de Montmorency, con su habitual rotundidad.

-No es lo único -prosigue Guillermo-. Algunas personas cercanas a la gobernadora me han contado que Felipe se dispone a dar plena libertad a la Inquisición española en los Países Bajos. Y por si no fuera suficiente, quiere colocar a nobles españoles en importantes puestos gubernamentales. Si esto sigue así, caballeros, muy pronto ya no desempeñaremos ningún papel destacado en los Países Bajos.

Por unos instantes reina el silencio.

-¿Qué podemos hacer para evitarlo? -pregunta Antonio de Lalaing por fin.

-La baja nobleza también ha mantenido deliberaciones -dice Guillermo-. Los condes de Brederode, Culemborg, Lumey, Mansfeld, Felipe y Juan de Marnix y muchos otros nobles se están organizando. Mi hermano Luis se ha unido a ellos y me mantiene al tanto de sus actividades. Están redactando una petición en la que formulan al rey sus exigencias. Luis me ha transmitido su propuesta de unirnos a ellos.

-No creo que sea sensato -replica Lamoral-. Una reunión como la que mantenemos ahora ya es de por sí peligrosa, pero sellar una alianza con nobles que presentan exigencias al rey y que consideran la posibilidad de iniciar una resistencia armada es alta traición. He hecho un juramento de lealtad al rey, y tanto si estoy de acuerdo con sus decisiones como si no, en tanto que Caballero de la orden del Toisón de Oro mantendré mi palabra.

Guillermo asiente.

-Eso te honra, amigo mío, pero como conde de Flandes también tienes responsabilidades para con la población flamenca que confía en que la protejas.

-No a costa de mi juramento de lealtad al rey -insiste Lamoral-. Felipe reina y yo cumplo sus órdenes.

-No del todo -le recuerda Antonio de Lalaing con delicadeza-. Según tengo entendido, la resistencia de las ciudades flamencas contra las persecuciones de herejes es más tenaz que en cualquier otro lugar de los Países Bajos. Me imagino que el conde de Flandes habrá instruido en este sentido a sus magistrados, ¿no es así?

Lamoral está acorralado y opta por guardar silencio y acercarse la jarra de metal a los labios.

-Como Caballeros de la orden del Toisón de Oro tenemos derecho a inmiscuirnos en los asuntos de Estado -sentencia Felipe-. Eso es lo que nos distingue de otros nobles. Si el rey no está dispuesto a tolerar nuestra injerencia y nuestra protesta, no debería habernos concedido tal derecho.

Estas palabras son recibidas con un aplauso.

-¿Y puede saberse qué es lo que pretendéis hacer exactamente? -pregunta Lamoral con altivez.

-Iremos a hablar con los demás nobles -le contesta Guillermo-. Presentar una petición es una buena idea, pero solo si moderan el tono. Por consiguiente, no se pueden formular exigencias, sino solo expresar deseos. Y menos aún amenazar con tomar las armas, puesto que eso no conduce a ninguna parte. La furia del rey nos traerá a todos la ruina. Conozco a Felipe, no tendrá piedad. Además, una rebelión, por pequeña que sea, le dará un motivo para perseguirnos, decapitarnos y colocar en nuestro sitio a nobles españoles. Y eso, señores míos, ha de evitarse a toda costa.

La baja nobleza, liderada por Luis de Nassau y Enrique de Brederode, se resiste a suavizar el tono. A principios de diciembre de 1565, los caballeros se reúnen en el palacio del conde de Culemborg en Bruselas. Allí redactan una declaración en la que establecen que, si no se pone fin a la Inquisición, ellos tomarán las armas para defender su derecho a la libertad de culto.

Luis y Brederode recorren todo el país para convencer a los nobles, así

como a los magistrados y a los poderosos mercaderes que firmen el Compromiso. Tienen éxito y consiguen que más de quinientos hombres suscriban la declaración.

Aunque Guillermo apenas ve a Luis, los hermanos mantienen un estrecho contacto por escrito. Es a través de Luis que Guillermo se entera de lo que sucede en el país. El llamamiento a la lucha armada cobra cada día más fuerza, mientras aumenta la presión sobre la alta nobleza para que conceda su apoyo.

Sin embargo, Guillermo duda. Tanto Lamoral como él tienen reparos en romper su juramento de lealtad al rey y tomar las armas contra él. No pasa un solo día sin que los dos hombres se reúnan en el castillo de Breda para debatir la situación.

-La gente exige nuestro apoyo -dice Guillermo desesperado-. Si nos mantenemos al margen, la rebelión fracasará.

-Me niego a sublevarme contra el rey -dice Lamoral en tono abrupto-. Prefiero apuñalarme a estampar mi firma en ese Compromiso.

Guillermo se pasea de un lado a otro de la estancia. Aunque él tampoco lo ha firmado, su hermano Luis sí lo ha hecho, y ello es considerado por muchos como la señal de conformidad de ambos. El príncipe respalda de todo corazón las reivindicaciones de los rebeldes, pero una guerra que llevará al país al borde del precipicio no le parece una buena idea. Es impensable que un grupo de nobles consentidos e indignados, apoyados únicamente por mercaderes y trabajadores, consiga derrotar a los experimentados tercios de Felipe. Tiene que haber otra manera de alcanzar un acuerdo.

En las semanas que siguen, Guillermo recurre a toda su influencia para hacer entrar en razón a la impulsiva baja nobleza. Le resulta especialmente difícil discutir con su hermano y con el irascible Brederode, pero finalmente logra que ambos renuncien de momento a la lucha armada. También corrige el contenido del Compromiso, para darle el tono más amable de una petición.

-Ofrecedle este Compromiso a la gobernadora -le dice a Brederode durante una entrevista en su palacio de Bruselas-. Se le ha prestado tanta atención en el país que no podrá ignorarlo. Y también el rey estará obligado a estudiarlo. Esperemos que ayude a solucionar los problemas.

La baja nobleza no tiene mucha fe en el plan, pero está dispuesta a intentarlo. De todas formas, saben que sus posibilidades de éxito son escasas

si sus ejércitos no cuentan con el respaldo de Guillermo de Orange y Lamoral de Egmont. Así que no les queda otra alternative.

22

Con grandes dificultades, Guillermo consigue impedir que la gobernadora Margarita de Parma abandone Bruselas.

El hecho de que toda la nobleza holandesa esté dispuesta a rebelarse es una gran noticia. Circulan caricaturas y panfletos incendiarios que se reimprimen sin cesar y las paredes del palacio de Margarita están cubiertas de amenazas. La gobernadora entra en pánico cuando se entera de que cientos de nobles, procedentes de todos los rincones de los Países Bajos, han puesto rumbo hacia su palacio. Con voz quebrada da la orden de que se recojan sus principales pertenencias y se prepare un carruaje.

-No es necesario, señora -le dice Guillermo para tranquilizarla-. Será una manifestación pacífica, cuyo único objetivo es presentaros una petición. Recibid a la delegación, escuchad lo que quieren decir y estudiad sus peticiones. Os aseguro que no tienen malas intenciones y que vuestra seguridad está garantizada.

Margarita acepta de mala gana. Pese al hecho de que Guillermo forma parte del grupo de nobles rebeldes, tiene depositada su confianza en él. Sabe que el príncipe nunca le ha mentado y se muestra tan atento y comprensivo que confía en su palabra.

-Así que debo recibirlos -dice más para sus adentros que a Guillermo-. Bien, lo haré, pero exijo que todos vayan desarmados. Si veo un solo puñal, cancelaré la audiencia.

-Eso no será un problema -le asegura Guillermo-. Nadie tiene intención de usar un arma, así que irán desarmados. Ya veréis, señora, que todo transcurrirá de forma pacífica.

A pesar de ello, Margarita sigue estando asustada. Tiene cuarenta y cuatro

años, es una mujer robusta y de apariencia masculina, pero su aspecto intrépido no es sino pura fachada. Ha carecido siempre de verdadero poder y no tiene un alto concepto de sí misma. Es fruto de un breve escarceo de su padre, el antiguo emperador Carlos, con una sirvienta. Aunque él la reconoció como hija, eso no significa que todo el mundo la aceptara. Los bastardos no son nada raros en el mundo de la aristocracia, están integrados en él y pueden llegar a desempeñar altos cargos, pero nunca consiguen un pleno reconocimiento. A pesar de su posición de gobernadora, Margarita no es más que eso: la hija ilegítima del emperador, la hermanastra de Felipe, y sobre todo, una mujer atemorizada y solitaria que se siente amenazada y abandonada por la clase social a la que nunca perteneció del todo.

A principios de abril de 1566, Bruselas se llena de nobles y curiosos que quieren ver la manifestación con sus propios ojos.

Desde su ventana, Margarita observa preocupada. Se arrepiente de haber dado su consentimiento de recibir a los nobles y solo el hecho de que Guillermo de Orange esté continuamente cerca para calmar sus nervios a flor de piel evita que huya. Se le pasa por la cabeza la idea de que tal vez el príncipe esté allí en calidad de guardián, para vigilarla, pero prefiere no darle crédito.

El 5 de abril sucede por fin. En torno al mediodía, una comitiva de quinientos nobles recorre las estrechas calles de Bruselas bajo un cielo gris. A su paso, la población los aclama y los sigue. La impresionante hilera de nobles, que van de dos en dos, acaba congregándose en la plaza de palacio. Los centinelas abren las verjas y dejan entrar a la delegación que tomará la palabra.

Una Margarita visiblemente alterada los espera en su trono tapizado de brocado de oro. Detrás de ella se encuentran algunos caballeros de la orden del Toisón de Oro, entre ellos Guillermo de Orange, que mantiene la espalda recta y el mentón altivo.

Margarita exhala un suspiro largo y tembloroso. Uno de los asesores que están a su espalda, el caballero Carlos de Berlaymont, se inclina hacia ella.

-Quoi Madame, peur de ces gueux? -le susurra en francés, la lengua de la corte.

«¿Qué pasa, señora, acaso teméis a estos mendigos?» Viéndolos de esa manera, Margarita logra reunir el valor que necesita para asumir que supera en

rango y prestigio a los nobles postrados a sus pies.

De forma sumamente ceremoniosa, Enrique de Brederode le ofrece la petición firmada por cientos de nobles y la gobernadora se tranquiliza. El príncipe de Orange estaba en lo cierto, los miembros de la delegación no abrigan intenciones hostiles. Lo único que quieren es pedirle que estudie sus peticiones, que constituyen una repetición de lo que ya habían solicitado antes: el derecho a creer lo que quieran sin por ello ser perseguidos, y a mantener sus derechos sin la intromisión de la nobleza española.

Margarita se queda mirando el documento durante largo rato. Eso le da tiempo para recomponerse y pensar una respuesta adecuada. Los deseos de la nobleza le parecen razonables, pero no es ella quien debe pronunciarse. Ella no es más que una intermediaria y su hermano es quien decide.

Eso también lo saben los nobles, que asienten cuando Margarita les asegura en tono solemne que estudiará la petición y se la enviará lo antes posible al rey, para que reciban pronto una respuesta.

Enrique de Brederode da un paso al frente.

-Mientras tanto, señora, querríamos pedirnos que aplacéis las ejecuciones previstas hasta nueva orden del rey.

Su actitud es educada sin resultar humilde y no evita mirarla a los ojos. Un murmullo de aprobación se levanta entre los nobles que no le quitan el ojo de encima, pendientes de su respuesta.

El corazón de Margarita empieza a latir intranquilo. De ningún modo puede prometerles lo que le piden, pero con cientos de personas esperando delante de la puerta, listas para asaltar el palacio si no se salen con la suya, ella carece del valor para desafiar su voluntad. Y, no obstante, no tiene alternativa.

Con aparente impasibilidad, mira a los nobles y les dice que reflexionará y les dará una respuesta a muy corto plazo.

Estas palabras ponen fin a la entrevista, y los nobles abandonan la sala de audiencias después de las preceptivas reverencias y frases de despedida.

En el palacio del conde Floris de Culemborg en Bruselas se celebra una fiesta. Casi todos los miembros de la baja nobleza, los padres fundadores de la petición, se hallan en la sala, sentados o tumbados. En las largas mesas de caballetes hay bandejas llenas de comida y barriles de cerveza y de vino de

los que pueden servirse libremente.

-¡Brindemos! -propone Enrique de Brederode subiéndose a una mesa y alzando la jarra. Tiene la cara enrojecida por la excitación y el alcohol, y en su barba hay espuma de cerveza-. ¡Brindo por el éxito y por el rey!

Las jarras se elevan al grito de: «¡Por el rey!»

-¡Y bebo a la salud de los protestantes! ¡Para que cuelguen del árbol más grande a todos los papistas que encuentren!

Casi todos consideran que eso es propasarse, pero están tan borrachos que no dudan en brindar con él.

-¡Y por Carlos de Berlaymont! -exclama Luis mirando sonriente a Enrique.

-Sí, por Carlos de Berlaymont, que se atrevió a llamarnos mendigos -grita Enrique-. ¡Pues bien, mendigos seremos, amigos míos! Mendigos, granujas, chusma, sea lo que sea llevaremos ese nombre con honor. Vivent les gueux! ¡Vivan los mendigos!

Entre los presentes estalla un atronador griterío de júbilo, al tiempo que todos alzan las jarras de estaño derramando la cerveza.

-¡Vivan los mendigos! ¡Mendigos seremos!

En cuestión de segundos, lo que debía ser un insulto se ha elevado a la categoría de título honorífico y se ha convertido en un nombre de guerra. Por lo visto, Enrique y Luis lo tenían pensado de antemano, pues de debajo de las mesas sacan unos cuencos de mendigo que han ido a buscar a los asilos de pobres. Todos dejan de lado sus jarras y vierten cerveza en los cuencos, que vacían a carcajadas mientras intentan brindar con ellos.

En el momento en que la fiesta amenaza con salirse de madre, llegan Guillermo, Lamoral y Felipe de Montmorency en busca de Antonio de Lalaing para celebrar una reunión urgente. Los presentes los acogen con aplausos y los obligan a subir a una mesa donde se les entrega un cuenco de mendigo. No hay escapatoria, tienen que beber y brindar.

-¡Ahora vosotros también sois oficialmente mendigos! -exclama Enrique loco de excitación-. ¡Beberemos como mendigos, nos vestiremos como mendigos y lucharemos como mendigos! ¡Salud, hombres!

Guillermo intercambia una mirada con Lamoral y Felipe de Montmorency. Nada más entrar se ha percatado de que en la sala reina un ambiente alegre y entusiasta, pero el tono de fondo es serio. Distanciarse ahora supondría un grave error de cálculo.

Se quedan unos instantes, vacían los cuencos y se declaran mendigos. Acto seguido, se vuelven a marchar, llevándose consigo a Antonio de Lalaing.

Una oleada de entusiasmo recorre el país. La palabra mendigo se convierte en un nexo de unión que elimina, como por arte de magia, las diferencias entre la baja nobleza y el pueblo llano. Pescadores, agricultores, artesanos y mendigos ven de repente que comparten destino con una clase social que siempre ha estado por encima de ellos. Ahora, en lugar de emperifollarse con satén y terciopelo, los nobles salen a la calle vestidos con telas grises.

Surge un floreciente comercio de pendientes, cadenas y broches en forma de cuencos de mendigo. Todo el que se siente implicado con la rebelión lo demuestra luciendo una joya en forma de cuenco, de oro, plata y estaño para los más pudientes, de madera para los más pobres. Los minúsculos cuencos de mendigo adornan los lóbulos de las damas de la aristocracia y de las lavanderas, los jubones de los condes y los gorros de los campesinos. Las muchachas los llevan como anillo al dedo, los portadores y los marineros adornan su ropa de trabajo con ellos.

En Amberes, Enrique de Brederode se asoma a la ventana de su residencia y habla ante la muchedumbre que se ha congregado allí. Con el dinamismo y la audacia que tanto lo caracterizan, promete a los presentes que luchará contra la Inquisición, sea cual sea la respuesta del rey. Es aclamado y alabado, pero en secreto, la gente mira hacia el otro lado. Hacia Bruselas, donde el príncipe de Orange se ha encerrado en su palacio y no se muestra en público. Es a él a quien esperan, en quien confían para asumir el mando. El príncipe de Orange, el hombre más importante de los Países Bajos, el único que tiene suficiente peso político. Ellos lo aclaman a través de las verjas del palacio de Nassau.

A lo largo del día entero se oyen gritos de esperanza: «¡Viva el príncipe! ¡Viva el mendigo!».

Guillermo permanece encerrado en sus habitaciones, escucha los gritos y mira fijamente el retrato del rey, incapaz de tomar una decisión.

23

Breda, agosto de 1566

El invierno de 1565 fue largo y gélido. Cuando empezó, Isabella aún disfrutaba del frío. En noviembre celebró su duodécimo cumpleaños y su regalo fue una gruesa capa de nieve. Salió a la calle con Susanna y Alida para jugar, ir en trineo y lanzarse bolas de nieve. A principios de diciembre, las heladas se intensificaron. El hielo bloqueaba los canales y el puerto, y, por mucho que lo rompieran una y otra vez para mantener abierto el paso, los huecos se cerraban rápidamente. En torno a los estanques y los lagos fueron apareciendo puestos de vendedores de castañas asadas, gofres con azúcar y anís caliente. La superficie helada no tardó en llenarse de patinadores que competían en velocidad, de parejas que trazaban elegantes círculos, de gente con trineos y de niños que avanzaban lentamente sobre el hielo sujetándose a taburetes y sillas. Isabella y sus hermanas también se divertían de esta manera, ayudadas y alentadas por sus padres.

No obstante, el duro invierno también tenía inconvenientes.

Por las mañanas resultaba cada vez más difícil salir de la cama para ir a la escuela. La turba estaba racionada, por lo que no podían encender el fuego todo el día y, para no helarse, Isabella se veía obligada a ponerse cada vez más capas de ropa. Siempre tenía los pies fríos y húmedos, y estaba a menudo enferma. Por fortuna había un médico en casa y ella se reponía pronto gracias a los cuidados de su padre.

Diciembre seguía siendo un mes entrañable con la fiesta de San Nicolás y su mercado. Y, aunque muchos de sus conocidos ya no eran católicos de corazón y aunque algunos calvinistas criticaban la fiesta del santo, esta se celebraba de todas formas.

En ocasiones, cuando salía de la ciudad, junto a los rastros dejados por los carromatos, Isabella veía extraños montones de nieve en los que reconocía formas humanas. Los ahorcados fuera de las puertas de la villa, que de costumbre no tardaban en pudrirse con rapidez o en ser picoteados por los pájaros, permanecían meses enteros colgados de la horca en la misma posición rígida.

El invierno parecía no tener fin. En el mes en que se suponía debían brotar los primeros crocos, la tierra seguía cubierta de una capa de nieve helada.

Solo a mediados de abril se inició el deshielo, pero en los callejones y los rincones donde no llegaba el sol, los montones de nieve se mantuvieron aún dos semanas más.

Mayo fue un mes frío y en junio, Isabella se atrevió por fin a creer que no había llegado el invierno eterno. Podía volver a salir a la calle sin abrigo ni mantón, sentir el calor del sol sobre su piel e ir a la ciudad con Dirck y Susanna, a la que consideraba lo bastante mayor para acompañarlos.

Ahora ha llegado agosto y algo se cuece en Breda. En el sur pasan cosas, pero las noticias son tan inverosímiles que no se les puede dar crédito. Dicen que una marea compuesta por cientos -no, miles- de personas va de ciudad en ciudad saqueando y destrozando iglesias. Tampoco se libran los pueblos que encuentran a su paso y allí donde llegan, se les une más gente. Desde hace unos días corre el rumor de que la multitud se dirige a Breda, pero nadie sabe si es cierto. Al fin y al cabo, se han saltado Bruselas y también se han librado otras villas.

«Ese tipo de furia popular se enciende de repente y vuelve a apagarse con la misma rapidez», le ha oído decir a su padre. No obstante, durante los primeros días, Isabella tuvo que quedarse en casa y solo la dejaron salir a la calle cuando vieron que no pasaba nada.

Hoy, 22 de agosto, el ambiente en la ciudad es más inquieto que de costumbre. Isabella se percata de ello mientras ella y Susanna se dirigen a casa de Dirck. Grandes grupos de gente armada con palancas, rodillos de cuerdas y martillos, enfilan con paso firme la Kerkstraat, en dirección a la iglesia de Nuestra Señora.

-¡Vacíad esta casa de apestados! -gritan.

El sacerdote se apresura a cerrar las puertas, pero lo arrastran afuera y la muchedumbre invade el templo. De todas partes afluyen vecinos curiosos.

Algunos se quedan mirando desde una prudente distancia, pero muchos optan por echar una mano y vuelven a casa en busca de herramientas.

Y entonces empiezan a derribar la iglesia. A través de las puertas abiertas, Isabella observa espantada cómo los rebeldes fuerzan el tabernáculo, vacían los cálices de oro en los que se guardan las hostias y pisotean el pan consagrado.

-Ven, vámonos a casa -le dice Susanna asustada, agarrando el brazo de su hermana mayor.

Pero Isabella se suelta y se abre paso entre la gente agolpada hasta entrar en la iglesia. Susanna la sigue y ambas se quedan en un rincón observando.

-¡Fíjate! ¡Lo están destrozando todo!

Ambas observan boquiabiertas cómo la gente saca las imágenes de los nichos con ayuda de cuerdas y luego las hace añicos. Los afilados cuchillos acaban con los ornamentos del altar, los cuadros y los misales.

La gente se echa a reír cuando unas mujeres se hacen con los Santos Óleos y con las vestiduras y, entre carcajadas, se lustran los zapatos con el óleo y se despojan de las miserables faldas para vestirse con casullas y túnicas de encaje blanco. En las estancias privadas detrás de la iglesia encuentran mazapán y otros dulces que lanzan a la muchedumbre, por lo que se inicia una pelea entre los que quieren hacerse con un pedazo de golosina.

De un escondite sacan monedas y reliquias de oro y plata, objetos de valor que meten sin pérdida de tiempo en mandiles y sacos. La frustración acumulada y reprimida durante años alcanza el paroxismo.

Mientras tanto, los hombres destrozan el altar a hachazos y lanzan los pedazos a la calle. La imagen de María, venerada durante siglos, va a parar al montón, desprovista de nariz y de extremidades.

Pero aún no es suficiente. Mientras corean consignas como «¡Vivan los mendigos!» y «¡Muerte a los papistas!», los asaltantes trepan por las molduras y los arcos hasta los transeptos, donde pueden acceder a las imágenes más altas. Entre vítores, los santos van cayendo uno tras otro haciéndose añicos contra las baldosas.

La iglesia se sacude sobre sus cimientos, tiembla, cruje, retumba y, cuando todo está en ruinas y no queda nada más por destruir o robar, los asaltantes salen a la luz del sol, donde los espectadores se apartan para dejarles paso. Nadie los detiene, y hasta se oyen algunos aplausos y gritos de «¡Vivan los

mendigós!»).

Sin embargo, el ansia de destrucción de los asaltantes todavía no está saciada. El cortejo pone rumbo al convento de Santa Catalina y después de destrozarlo por completo, se dirige a las demás capillas de Breda. Las monjas del beaterio son las únicas que consiguen cerrar las puertas a tiempo y huir de la furia popular.

Isabella regresa a casa con su hermana; en sus manos sostienen monedas, mazapán y un candelabro de plata. Allí las espera Lideweij muerta de preocupación.

-¡Vuestro padre ha salido a buscaros! ¿Por qué no habéis vuelto de inmediato a casa? Podrían haberos herido. ¿Qué traes aquí? -dice mirando el candelabro con incredulidad, para luego señalar la calle con gesto decidido y exclamar-: ¡Devuélvelo! ¡Déjalo donde sea, me trae sin cuidado, pero no quiero objetos robados en mi casa!

Las niñas vuelven de mala gana a la iglesia. Las nubes de polvo ya se han posado y algunos vecinos miran estupefactos los restos de lo que otrora fue una iglesia ricamente adornada. No se puede dar ni un solo paso sin pisar pedazos de piedra, cristales rotos, madera astillada o tapices desgarrados. El brillo del candelabro que Isabella deposita en un rincón casi resulta indecente entre tanto escombros.

Las niñas salen de la iglesia, procurando que nadie advierta lo que acaban de hacer, pero se guardan las monedas y los dulces.

Todo empezó en los Países Bajos meridionales, donde Sebastiaan Matte, un gorrero de treinta años, se metió a predicador. Sus sermones al aire libre empezaron atrayendo a cinco mil, después a diez mil y finalmente a veinticinco mil interesados. Las prédicas de simpatizantes como Pieter Daltenus, Ambrosius Wille, Guy de Bres y Jaak de Buyzere también consiguen una gran audiencia. Margarita de Parma prohíbe las reuniones, pero eso no hace sino despertar la curiosidad. Cuando los magistrados de las ciudades cierran las puertas por orden de la gobernadora, la gente se lanza al foso desde la muralla, para poder presenciar el sermón. A partir de ese momento, el movimiento es irrefrenable y los sermones se transforman en eventos multitudinarios. Veinte mil personas se congregan bajo las murallas de Gante,

treinta mil al pie de las de Amberes.

La gobernadora no se atreve a enviar a las tropas, pues muchos de los soldados son protestantes. Serían capaces de volverse contra ella y provocar un levantamiento popular en señal de protesta por los atrasos de la soldada. Margarita escribe cartas desesperadas a Felipe, mientras intenta obtener el apoyo del príncipe de Orange. Sin embargo, este se ha refugiado en el castillo de Breda, incapaz de decidir qué bando debe elegir.

El 10 de agosto se produce la catástrofe. Durante un sermón sobre el pecado de idolatría, Jaak de Buyzere consigue enardecer tanto a sus oyentes que estos se abalanzan en masa sobre un monasterio cercano y lo destrozan por completo.

Al día siguiente, después de un sermón en Poperinge, sucede lo mismo en una iglesia y a partir de ahí el ansia de destrucción se propaga como el fuego. La furia iconoclasta asola Flandes con la velocidad y el efecto devastador de un incendio, y se extiende hacia el norte del país.

También allí se desata la tormenta iconoclasta con una fuerza destructiva mayor que en el sur. En septiembre, la furia alcanza Groninga y desde allí se desplaza hacia abajo, a Elburg, Harderwijk y Ámsterdam, para desembocar en Maastricht.

-Esto no acabará bien -dice Andries preocupado.

En Breda se está celebrando el mercado de agricultores, por lo que la villa está desbordada. Gran parte del mercado se ha desplazado fuera de las murallas y aun así el gentío es enorme.

Lideweyj y él han salido a pasear con las niñas, puesto que, como cada año, además del mercado se celebra una feria. Es mediados de octubre, hace calor para esta época del año, y se han sentado a descansar en un merendero que ha instalado mesas y bancos en el jardín.

En torno a ellos, hay vecinos de Breda y mercaderes procedentes de todos los rincones del país. La gente habla del mercado y de todo lo que se puede vender y comprar, pero en varias ocasiones, Andries también capta retazos de conversaciones sobre la destrucción de iglesias.

-¿Lo has oído? -dice apuntando con la cabeza a un pañero que expresa su inquietud sobre la reacción del rey-. Tiene razón. Esto no puede acabar bien. Es una suerte que el rey se encuentre lejos y no pueda reaccionar como es

debido, pues de lo contrario ya se habría armado la gorda.

-Vuestra merced lo ha dicho -se inmiscuye alguien que está sentado cerca de ellos-. Corre el rumor de que Felipe tiene previsto enviarnos a los tercios españoles. Que quede entre nosotros, pero podría ser cierto, puesto que no se va a quedar de brazos cruzados.

Andries se limita a asentir: aunque ha sido él quien ha abordado el tema, no le apetece seguir hablando de ello en público. No se le ha escapado que su hija mayor lo observa con atención y también Susanna arruga la nariz con un gesto que denota preocupación. Solo Alida es demasiado joven para saber exactamente de qué están hablando, aunque percibe la amenaza.

-Si el rey nos envía al ejército español, el príncipe Guillermo nos protegerá -dice Susanna, y acto seguido toma un bocado de empanadilla.

-Eso crees tú -le contesta Isabella-. Hasta ahora no ha movido ni un dedo. Y ha mandado ahorcar a los destructores de imágenes delante de las puertas de la ciudad. ¿O lo habías olvidado?

-¿Dónde está España? -pregunta Alida, desmenuzando la empanadilla.

-Muy lejos -le contesta Lideweij-. Muy muy lejos.

-¿Y esos soldados tendrán que venir aquí caminando?

-Sí -dice Isabella-. Tardarán semanas.

-Cuando por fin lleguen, estarán demasiado cansados para hacernos nada -dice Alida con espíritu práctico.

Alrededor se oyen risas, todos miran a la hermosa niña de pelo oscuro que ha dado con la solución.

-Así es, pequeña -le dice un campesino-. Y nosotros los volveremos a enviar con la misma rapidez a España. ¡Ya verás!

Sin embargo, no todo el mundo comparte ese optimismo. En los últimos días de diciembre de 1566 llega la confirmación de que las tropas españolas se han movilizadas, y en los Países Bajos cunde el pánico. El miedo salta de una villa a otra, desde Cambrai en el extremo sur hasta Groninga en el lejano norte.

Los defensores de la nueva doctrina y los instigadores de la destrucción de iglesias huyen al este y a Inglaterra, mientras que los nobles, en señal de lealtad al rey, ordenan ahorcar a los agitadores que consiguen apresarse y luego

se retiran a sus castillos donde esperan con inquietud el desarrollo de los acontecimientos.

Guillermo está consternado por la furia iconoclasta, que ha destruido tantos tesoros de la Iglesia. Por primera vez comprende lo que han iniciado los nobles con su petición y sus himnos de mendigos. Es consciente de que la enconada reacción de la plebe no se deriva únicamente de su deseo de libertad religiosa y que también es una desesperada manifestación de su pobreza y de sus carencias. El pueblo quiere un cambio radical, no solo en el ámbito religioso, sino también en el social. Su cólera es lo suficientemente intensa como para derrotar ejércitos. Bastaría con que se pusiera a la cabeza de la tropa de mendigos para que ellos lo siguieran a ciegas.

No obstante, su profunda lealtad al rey y el temor que siente por lo que desencadenaría le impiden hacerlo. Tiene mucho que perder: su reputación, sus posesiones, su vida. Perder el favor del rey supondría poner fin a todo lo que ha construido desde que cumplió once años. El príncipe duda, sigue mediando y temporizando con el pueblo y la gobernadora, que le piden su apoyo.

Luis parte hacia el Sacro Imperio Romano Germánico para reclutar tropas, mientras que su amigo Enrique de Brederode conquista Amberes con su ejército de mendigos.

Por muy valiente y entregado que sea Brederode, carece de dotes de comandante. Prefiere recibir órdenes que darlas, y también él mira al príncipe.

Margarita suplica a Guillermo que recupere la ciudad y él obedece, temeroso de la rebelión popular que se está gestando y que le hará caer en desgracia ante el rey.

Lamoral lo apoya. Juntos ostentan el mando supremo de las tropas holandesas. El pueblo les suplica que destaquen las tropas y conquisten las ciudades, pero ellos se mantienen firmes e intentan apartar la amenaza de revolución.

En febrero de 1567, Margarita propone, a petición del rey, un nuevo juramento de lealtad a los nobles. Casi todos lo firman. Solo Guillermo se niega.

«Ya presté juramento en una ocasión», declara. «Volver a hacerlo invalidaría el primero.»

Un mes más tarde, Guillermo invita a sus dos mejores amigos, Lamoral de

Egmont y Felipe de Montmorency, al castillo de Breda para debatir la situación. Ambos tienen mal aspecto, están pálidos y demacrados. Lamoral apenas come y casi no duerme, mientras que Felipe vive retirado en su castillo de Weert y tiene los nervios destrozados. Intentan estimar si el rey será indulgente y si mostrará clemencia.

-Con ese juramento, el rey quiere asegurarse de nuestro apoyo. No es de extrañar, dadas las circunstancias -dice Felipe.

-A mi entender, es una mala señal que el rey lo considere necesario. Al parecer no se fía de nosotros, y eso me preocupa. -Guillermo se inclina apoyándose en la mesa y mira con insistencia a sus amigos-. ¿Por qué nos envía al duque de Alba si sabe que cuenta con nuestro apoyo? ¿Qué instrucciones le ha dado al duque? En España, Alba tiene fama de ser despiadado. ¿Sabéis cómo lo llaman allí? El Duque de Hierro, porque no conoce la clemencia. Y el rey, amigos míos, piensa soltar a ese caballero contra nosotros. Tal es el valor que le merece nuestra promesa de lealtad y nuestros esfuerzos por evitar la rebelión. Escuchad lo que os digo: cuando llegue el duque de Alba, tendremos las horas contadas.

-Me he negado desde el principio a tomar las armas contra Felipe, he ordenado ahorcar a los iconoclastas y he firmado el nuevo juramento de lealtad al rey. En verdad no sabría qué más podría hacer para demostrar mi buena voluntad -gruñe Lamoral.

-Has tolerado los oficios al aire libre, has dado permiso para construir capillas protestantes fuera de las murallas de la ciudad y te has proclamado mendigo. El rey duda, Lamoral, y sabes lo que hacen los monarcas que ven tambalearse su trono y no están seguros de con quién pueden contar -insiste Guillermo.

Se hace un tenso silencio.

-Nos aconsejas que huyamos -dice Felipe por fin.

-Sí -le contesta Guillermo-. Eso es lo que voy a hacer yo. El rey Felipe nunca se ha fiado del todo de mí y de mi educación luterana. En los Países Bajos se establecerá un tribunal de la Inquisición según el modelo español y no pienso esperar a que pronuncie su veredicto. Os recomiendo encarecidamente que sigáis mi ejemplo.

-Ambos hemos sido siempre fieles a la Iglesia católica -le recuerda Lamoral.

-Habéis tolerado la herejía -repite Guillermo-. El rey cuestiona vuestra lealtad. ¡Huid! Si el problema es el lugar donde permanecer, seréis bienvenidos en Dillenburg.

Tanto Lamoral como Felipe asienten sin convicción y Guillermo sabe que ha perdido la batalla. Le invade una sensación de intenso cansancio.

Cuando sus amigos se marchan, se acerca a la ventana y los observa alejarse, con la certeza de que nunca volverá a verlos.

Abatido, da media vuelta, avanza unos pasos y se queda parado en medio de la estancia. ¿Cómo es posible que el futuro, que se anunciaba tan prometedor, esté de repente tan cargado de amenazas? Su carrera política se ha convertido en una ruina, su vida personal es un desastre. Su matrimonio con Ana ya era malo, pero tras la muerte de su hijo Mauricio ha tocado fondo. Él tuvo muy poca relación con el pequeño como para sentir profundamente su pérdida, y es justo eso lo que le reprocha Ana. Hasta llegó a acusarle de querer más a Maaiken y a Felipe Guillermo, lo cual es una estupidez.

No obstante, su esposa estaba tan convencida de que tenía razón, que ya no dejaba vivir en paz a los dos hijos mayores de Guillermo, por lo que este tuvo que llevárselos lejos del castillo de Breda. Maaiken ha acabado en la corte de Margarita de Parma, donde es dama de honor, mientras que Felipe Guillermo estudia como interno en la universidad de Lovaina, a la que se puede acceder a temprana edad.

Quizá debería hacerlos regresar. El plan de huir a Dillenburg, al que lleva algunas semanas dando vueltas, va adquiriendo una forma cada vez más nítida, en parte, gracias al empeño de su madre. Sabe que, después, ya no podrá regresar a los Países Bajos; sin embargo, Guillermo desconfía demasiado de Felipe y del duque de Alba como para encomendarse a su merced.

Con andar pesado y cansado se dirige hacia a puerta y sale al pasillo para buscar a Ana y explicarle que debe prepararse para la marcha.

24

La noticia de la huida del príncipe Guillermo causa conmoción en Breda. Aunque él la disfrace de visita familiar en el Sacro Imperio Romano Germánico, todo el mundo comprende cuál es el verdadero motivo de su partida. El príncipe ha sido sincero con el personal que ha dejado atrás, y también habla en privado con Andries para explicarle que no regresará.

-Te aconsejo que te lleves a tu familia lejos de aquí -le dice durante una breve conversación-. Breda se halla justo en la línea de fuego. Es una ciudad de guarnición y la Inquisición vigilará de cerca a todos los ciudadanos.

¡Irse de Breda! A Andries se le hiela la sangre solo de pensarlo. ¿Adónde puede ir con su mujer y sus tres hijas, sin perspectivas de trabajo y sin los ingresos garantizados con los que siempre ha contado?

El príncipe advierte su preocupación y le pone una mano en el hombro.

-Ve al norte, a una ciudad donde no se hayan destruido iglesias. Es probable que esos lugares resulten menos castigados. Te adelantaré unos cuantos salarios para que puedas aguantar una temporada. Por desgracia, no puedo hacer mucho más por ti.

-Es más que suficiente. Os lo agradezco de todo corazón, monseñor. Siempre habéis sido bueno con nosotros. Que Dios os dé suerte en vuestro exilio.

-Y yo os deseo mucha suerte a los que quedáis atrás -dice el príncipe con gesto grave, sin apartar la mano del hombro de Andries-. Puedes estar seguro de que no dejaré a los Países Bajos en la estacada. Desde el Imperio Romano Germánico haré todo lo que esté en mis manos para acabar con la ocupación española. Saluda de mi parte a tu esposa.

Para asombro de Andries, el príncipe le estrecha la mano como a un viejo

amigo y cuando sus ojos se cruzan, advierte que está emocionado. Comprende que también él deja atrás todas sus posesiones a cambio de un futuro incierto. No obstante, saber que no es el único que pasará penalidades no hace que sea más fácil aceptarlo.

En cuanto llega a casa, le cuenta a Lideweij lo que le ha aconsejado el príncipe.

-¿Irnos de Breda? -pregunta ella sobresaltada-. Pero ¿adónde vamos a ir?

-Eso no importa. Al norte, a algún lugar donde no se haya declarado la furia iconoclasta. El príncipe tiene razón, no es sensato permanecer en la ciudad. Aquí siempre hemos gozado de su protección, pero ahora Breda se va a convertir en una de las ciudades más peligrosas de los Países Bajos. El castillo será confiscado por el duque de Alba y las tropas españolas ocuparán la villa. Tenemos que irnos, Lideweij.

Ella desliza la mirada por la estancia invadida por un profundo abatimiento. Durante trece años, este ha sido su hogar. En Breda rehízo su vida y fundó una familia. La idea de tener que marcharse, verse de nuevo arrancada de lo que le resulta familiar y querido, le provoca una pena indecible.

Andries la toma en brazos.

-Podríamos volver a Leiden...

Lideweij se separa de inmediato de él y da un paso atrás.

-No, a Leiden no. Llévame adonde quieras, pero no a Leiden. No podría soportar pasearme allí y...

Se interrumpe, pero no es necesario que siga. Andries pensaba en su primo Gilles, y lo agradable que sería vivir cerca de él. No obstante, ese placer no compensa la tensión que provocaría toparse en la calle con su suegro. Lideweij tiene razón, Leiden no es una alternativa.

A lo largo de los siguientes días, Andries intenta averiguar dónde le convendría más establecerse como médico. Ámsterdam podría ser un buen refugio, pero según un compañero de trabajo al que escribe, la ciudad tiene más médicos de los que necesita y está repleta de gente venida de fuera.

«En cambio, Naarden, que se considera como un suburbio de Ámsterdam, podría ser un buen destino», le escribe su compañero. «Es una ciudad pequeña y agradable que precisamente necesita un barbero-cirujano.»

Andries escribe una carta a las autoridades municipales, que le contestan expresando su satisfacción de poder contar con un médico con tantos años de

experiencia al servicio del príncipe de Orange, y acto seguido le preguntan cuándo podría empezar. Andries les responde «de inmediato» y la cuestión queda zanjada.

El 22 de abril, el príncipe y su familia abandonan Breda, con carros llenos de enseres y objetos de valor. Un día más tarde, parte la familia Griffioen.

Para poder realizar el largo viaje hacia el norte, Andries ha comprado un coche con caballo. Es una adquisición costosa, pero constituye la única posibilidad de trasladar a su familia con todas sus posesiones hasta Naarden. Confía poder vender el caballo y el carromato cuando lleguen.

En contra de lo que esperaban Lidewej y Andries, sus hijas no tienen demasiados reparos en irse de Breda. La más emocionada por la mudanza es Isabella. Aparte del viaje que realizaron a Leiden y del que no recuerda gran cosa, nunca ha salido de Breda. El largo camino en carro hacia el norte equivale para ella a ver mundo. Está sentada en la parte trasera, con las piernas dobladas debajo de las faldas y los brazos descansando sobre las rodillas, entre los baúles y las cestas de enseres domésticos. Solo siente algo parecido a la tristeza cuando cruzan las puertas de la villa y, dando tumbos sobre el camino de tierra, ve desaparecer lentamente la ciudad en la que ha nacido.

Sin embargo, ese sentimiento se desvanece pronto pues por el camino abundan las distracciones. No son los únicos que huyen, aunque se encuentran entre los pocos que pueden permitirse un medio de transporte. De tanto en tanto, Andries deja que alguien viaje con ellos durante un trecho.

El viaje hasta Naarden les exigirá dos días enteros. Se paran a pasar la noche en una posada que encuentran junto al camino, para volver a salir temprano a la mañana siguiente. Cuando están a punto de partir, ven a un joven que sale apresurado de la posada.

-¡Señor! -exclama.

Andries tira de las riendas para detener al caballo y mira extrañado por encima del hombro. El muchacho se le acerca corriendo y se queda parado junto al pescante.

-El mesonero me ha dicho que os dirigís a Naarden. ¿Podría llevarme? Tengo dinero, puedo pagaros.

Andries adopta una expresión indecisa.

-No se trata de eso, joven. A veces llevo a alguien, pero vamos muy

cargados y todavía falta mucho para llegar a Naarden. No sé si el caballo aguantará.

-No quiero ir siempre en el carro, también puedo caminar -se apresura a replicar el joven-. Os lo pido para no viajar solo, por seguridad, ¿comprendéis?

De pronto, recibe la inesperada ayuda de Lidewej.

-Me parece buena idea contar con la protección de otro hombre -dice-. No sabemos lo que nos podemos encontrar por el camino. Podríamos andar por turnos. De todas formas, no aguanto estar todo el santo día sentada en un coche que no para de dar tumbos.

Andries asiente.

-De acuerdo, subid. El caballo aguantará el primer tramo.

No se arrepienten de haber aceptado a Joris, como se llama el chico, pues ameniza el viaje con sus chistes, sus historias y su carácter alegre, gracias a lo cual el día transcurre con rapidez. Además no tarda en ganarse la confianza de las niñas. Las entretiene con trucos de magia y sonidos de animales, a los que imita con asombrosa destreza. Las niñas están pendientes de sus palabras y, cuando le toca a Joris bajarse del carro, ellas no quieren quedarse sentadas sino caminar a su lado.

A Andries y a Lidewej les explica que estudia derecho en Lovaina y que se dirige a Ámsterdam para pasar allí las vacaciones de verano.

-Mis padres prefieren que esté en casa cuando llegue el duque de Alba -les dice-. Si todo sale bien, en septiembre volveré a Lovaina, de lo contrario me quedaré en Ámsterdam. De todas formas puedo trabajar en el negocio familiar, aunque no haya completado mis estudios. No obstante, espero poder reanudarlos más adelante.

A Andries le suena el apellido Valckenier.

-Es una familia rica -le dice a Lidewej, mientras Joris camina con Isabella junto al carromato-. Han hecho fortuna con el comercio de merluza, que importan de Noruega. A menudo, los ricos burgueses envían a sus hijos a estudiar derecho, pues siempre resulta útil tener un jurista en la familia.

-Pero ahora prefieren tenerlo en casa -dice Lidewej comprensiva.

Observa a la gente que adelantan, familias enteras que avanzan a pie, cargando con sus principales posesiones mientras huyen del duque de Alba.

¿Será tan grave como dicen? Tal vez no sea para tanto, tal vez vuelva el príncipe y ellos también puedan regresar a su vieja casa de Breda. No obstante, algo le dice que eso no sucederá, puesto que han pasado demasiadas cosas en los Países Bajos.

La vivienda que ponen a disposición de Andries como médico de la ciudad es una casa alta y ancha situada en la calle Sint Annastraat. Con su fachada de adobe y entramado de madera y su tejado en punta resulta menos elegante que la casa de ladrillos que ocupaban en Breda, pero no tiene nada que envidiarle en espaciosidad. Dispone de una parte delantera luminosa donde Andries puede instalar su consulta, y una gran estancia trasera que hace las veces de sala de estar. Al lado hay una habitación con las mismas dimensiones que incluye un armario con cama y un hogar donde preparar la comida. Arriba hay dos cuartos más pequeños con camas empotradas en armarios, y una buhardilla que puede utilizarse de almacén. A pesar de que el desván está vacío, el aire está viciado y huele a turba.

Las niñas corren por la casa para explorar cada rincón, mientras Lidewej, Andries y Joris se apresuran a descargar el equipaje.

El joven estudiante tenía previsto pasar la noche en un albergue, pero Andries y Lidewej no se lo permiten.

-Por supuesto que te alojarás en nuestra casa -le dice Andries, en un tono que no admite discusión.

Y así pues, Joris se queda y los ayuda a cargar con los enseres. Les han entregado la casa con algunos muebles, lo cual les viene de perlas porque han tenido que dejar los armarios, las mesas y las sillas en Breda.

Todos en la calle salen de sus casas para ver de cerca al nuevo médico. El caballo y el carro obstruyen la estrecha calle, pero unos atentos vecinos indican a Andries unas caballerizas donde puede dejarlos.

Cuando regresa, se encuentra con una mujer de unos treinta y cinco años delante de la puerta. Lleva una cofia blanca y el pelo castaño recogido en una trenza y lo observa con expresión dulce. En las manos sostiene una bandeja de humeantes empanadas.

-Me llamo Willemijn, vivo en la casa de enfrente. Lammert, mi marido, es zapatero. Pensé que estaríais hambrientos después de un viaje tan largo, así que he preparado algunas empanadas. Hay más mujeres de esta calle que os

han cocinado algo. Digamos que como regalo de bienvenida. Estamos muy contentas de que Naarden vuelva a tener un médico municipal.

Andries acepta las empanadas que le tiende Willemijn y le da las gracias. En efecto, al poco llegan más vecinas con comida. Por la noche, los seis se sientan a la mesa, conmovidos por tanta amabilidad.

-¿Sigues añorando Breda? -le pregunta Andries sonriendo a su esposa.

-Creo que podré acostumbrarme a esta ciudad -le contesta Lideweij riendo-. En cualquier caso ha sido un buen comienzo.

-Y las empanadas están deliciosas -añade Joris con la boca llena-. Quizá yo también me quede.

25

No tardan en acostumbrarse a Naarden. Se trata de una ciudad compacta con una pequeña plaza central dominada por la iglesia. Unos cincuenta años antes, los habitantes aún se ganaban bien la vida con la industria del paño, pero hoy en día ya no pueden competir con Leiden. Por suerte, la villa goza de una buena ubicación a orillas del Zuiderzee, el mar del Sur, lo que permite a los ciudadanos vivir de la pesca. La cercanía con el rico Ámsterdam también permite prosperar a esta pequeña villa, pues Naarden es, por así decirlo, el granero de la gran ciudad comercial.

Andries adecua la amplia parte delantera de la casa como consulta médica. Después de haber trabajado durante años para el príncipe, este nombramiento como médico municipal supone, en realidad, un descenso, pero eso no le preocupa. Nunca ha desdeñado la labor del barbero-cirujano. Es más, disfruta poniendo en práctica sus conocimientos en todos los frentes. Abre una botica propia donde vende hierbas y pócmas que prepara él mismo, y cuando empieza a tener un exceso de trabajo, inicia primero a Lidewej y luego a Isabella en los secretos de la fitoterapia.

Para su sorpresa, su hija mayor demuestra tener mucho interés por las hierbas medicinales.

-No comprendo cómo la gente ha averiguado todo lo que pueden hacer por nosotros las plantas -le dice un día, mientras lo está ayudando a destilar hierbas.

-A menudo, esas cosas suceden por casualidad -le explica su padre-. Por ejemplo, Ambroise Paré, un médico francés, descubrió hace veinte años cómo tratar las heridas causadas por arcabuces. Antes de él, echaban aceite hirviendo en las heridas de los pobres soldados para restañar la sangre. Un buen día, Paré se quedó sin aceite y en su lugar utilizó una mezcla de yema de

huevo, aceite de rosas y trementina.

-¿Por qué precisamente eso? -le pregunta Isabella asombrada.

-Quién sabe. Puede que lo hiciera porque no tenía otra cosa a mano, puede que hubiera leído u oído algo y decidiera probarlo. Sea como fuere, surtió efecto; las heridas que había tratado con ese mejunje curaron pronto. Cuando lo oí durante mi formación, consulté los escritos de los antiguos griegos.

-¿Y? -pregunta Isabella con curiosidad.

-Resultó que, en su época, los griegos ya conocían un método parecido. Entonces empecé a estudiar y a poner a prueba esas viejas sabidurías. Muchos de nuestros conocimientos médicos resultan tener su base en la antigüedad. Pero son conocimientos olvidados, a los que apenas se presta atención.

-¿Por ello estáis siempre leyendo y escribiendo?

Andries asiente.

-Estoy trabajando en un libro en el que combino la vieja medicina con los conocimientos actuales. -Durante un instante permanece en silencio y luego añade:- Un día espero poder encontrar un remedio contra la peste. Ese es mi objetivo, la razón por la que estudié medicina. Para ayudar a erradicar una de las mayores plagas que ha conocido la humanidad.

Isabella observa impresionada la enorme pila de papeles que hay sobre el escritorio de su padre. De todas las desgracias que pueden pasarle a una persona, la que más la asusta es la peste. En sus catorce años de vida, ha sido testigo de varios brotes de muerte negra. Por fortuna, no fueron grandes epidemias, pues debido a la llegada cada vez más temprana de los inviernos, solían extinguirse antes de alcanzar su punto máximo; sin embargo, al igual que todos, Isabella tiene miedo de que la enfermedad vuelva a resurgir.

-¿Creéis que lo lograréis? -pregunta esperanzada a su padre-. ¿Podéis desarrollar un medicamento contra la peste?

Andries sonrío y posa la mano sobre la de su hija.

-¡Ojalá fuera tan sencillo! Los antiguos árabes también conocieron la muerte negra. Lo sabemos por las descripciones y las imágenes que nos dejaron. A pesar de ello, no he podido descubrir jamás un tratamiento claro. Mucho me temo que se encontraban tan indefensos como nosotros ante la peste.

-Pero entonces ¿de qué tratan vuestros escritos? -pregunta Isabella mientras se acerca al montón de papeles y empieza a hojearlos.

-De muchas otras cosas aparte de la peste. He encontrado algunos remedios que me gustaría probar algún día.

-¿Como qué?

Andries toma los papeles que le tiende su hija y los revisa hasta dar con la hoja que buscaba.

-Mira, se han encontrado escritos árabes de hace tres mil años que indican que allí utilizaban pan mohoso para curar las inflamaciones. Le añadían mucho ajo fresco y con ello hacían una cataplasma con la que cubrían las úlceras y los bubones. Se sabe que el ajo tiene una acción desintoxicante, pero no sé qué contiene el pan enmohecido.

-Quienes lo comen enferman, pero también debe de contener sustancias que son buenas para el cuerpo -dice Isabella-. Eso sucede con frecuencia con los medicamentos, ¿no es cierto?

-Así es, en efecto -le confirma él-. Por ejemplo, la pulmonaria puede matar a un hombre adulto, pero en la dosis adecuada puede curarle de una enfermedad cardíaca. En medicina, la vida y la muerte están siempre muy cerca la una de la otra.

Isabella mira a su padre fascinada.

-¿Vais a probar esa hierba cuando se declare la peste?

-Sin duda alguna -dice Andries-. Gracias a Dios, en los últimos años, la peste no ha causado tantos estragos.

-¿A qué se debe?

-Creo que es por los rigurosos inviernos. Por algún motivo, la peste no los resiste.

-Eso es que no le gusta el frío -sentencia Isabella-. A mí tampoco.

-En efecto -dice él, dándole un empujoncito cariñoso-. Así que piénsalo la próxima vez que te quejes de la nieve y del hielo.

Sin ninguna duda, Isabella es la más curiosa de las tres. En vista de que queda muy poco para las vacaciones de verano, Lidewej ha decidido que, en lugar de ir a la escuela, sus hijas pasen las últimas semanas del curso en casa. Aquí todavía hay mucho que hacer y le vendrá bien contar con su ayuda. Isabella es la única que se rebela contra el plan. En noviembre, cuando cumplió los doce años, empezó a acudir a la Escuela de Latinidad de Breda y

según su profesor era una alumna excelente. Por ello, Andries no se extraña de que, una vez se han instalado en Naarden, su hija empiece a hablar de la nueva escuela.

-La Escuela de Latinidad está en el convento de Santa María -dice Isabella durante la cena-. Ya he ido a visitarla con Jette.

-¿Quién es Jette? -pregunta Lideweij.

-Es una niña que vive aquí enfrente -dice Isabella-. Su padre es comerciante de sal. Tienen cuatro hijos, y Jette es la única chica. Como todos sus hermanos van a la escuela, ella también. Así que a partir de ahora iremos juntas.

-Estupendo -dice Andries-. Mañana pasaremos por allí.

Alida y Susanna van a la escuela infantil, donde no hacen mucho más que recitar el alfabeto y aprenderse las oraciones de memoria. Por eso prefieren quedarse en casa, pero Isabella empieza al día siguiente. Andries la acompaña, y después de hablar con el sacerdote y rector, Lambertus Hortensius, deja a su hija en la escuela.

El aula se halla en un ala independiente del convento de Santa María, donde el alboroto de los niños no puede molestar a las monjas. Con sus cuarenta alumnos, la clase está abarrotada, y aunque no pueda decirse que sea silenciosa, sí reina una cierta disciplina. Los alumnos trabajan de forma independiente en largas mesas de madera, se consultan, bromean, van de aquí para allá y se entrometen unos con otros, pero cuando amenaza el caos, el maestro Hortensius interviene con mano dura.

Los que quieren formularle una pregunta, deben acercarse al escritorio donde él les ofrece la explicación. Cuando Isabella acude a él con una tarea de aritmética, Hortensius se la queda mirando sonriente.

-Así que tu padre servía al príncipe de Orange -le dice-. ¿Has visto alguna vez al príncipe?

-Sí, varias veces. Cuando nací, me trajo un regalo: una taza de plata -dice Isabella con orgullo-. La guardamos en el aparador. Mis hermanas también tienen una.

Todo lo que cuenta atrae el interés de los demás niños de la clase. Durante el recreo se apiñan en torno a ella para saber qué aspecto tiene el príncipe y si Isabella ha estado alguna vez en el castillo y cómo es por dentro.

Isabella estuvo en una ocasión en el interior del castillo con su padre,

cuando era muy pequeña. No recuerda gran cosa, pero gracias a lo que le han contado sus padres, consigue describirlo bastante bien.

-Es fabuloso que hayas conocido al príncipe -le dice Jette con respeto-. ¿Es amable?

-¡Guillermo de Orange es un cobarde! -exclama Arend-. Ha huido al Sacro Imperio Romano y nos ha abandonado.

Isabella se vuelve hacia el muchacho.

-Volverá -le dice-. Le ha dicho a mi padre que volverá con un ejército y que echará a los españoles de nuestro país.

Los presentes lanzan un grito de entusiasmo, sin embargo, al poco se desvanece el interés por el príncipe y todos salen a jugar a la pelota en el patio del convento.

A sus sesenta años, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, duque de Alba, es demasiado viejo para comandar un ejército. Está aquejado de gota, se cansa con más facilidad que antes y hubiera preferido pasar su vejez plácidamente en su finca castellana. En lugar de ello, el rey Felipe le ha ordenado viajar a las gélidas tierras del norte y sofocar la rebelión de los herejes. No tiene elección, como tampoco la tuvo el rey a la hora de elegir un general. Ninguno tiene tanta experiencia como el duque de Alba y nadie le gana en firmeza, en resumidas cuentas, no existe un mejor candidato para una misión como esta.

Así pues, el duque de Alba deja España y embarca rumbo a Génova a finales de abril, en torno a la época en que Guillermo de Orange huye al Imperio Romano Germánico.

En el norte de Italia, donde también gobierna Felipe, el duque de Alba congrega un ejército de mercenarios italianos y españoles, integrado por fervientes católicos, aunque también aventureros y muertos de hambre que se alistan para combatir a los herejes en los Países Bajos. A mediados de mayo se ponen en camino.

Vestidos con túnicas de terciopelo rojo, cascos y sombreros adornados con plumas rojas y lanza en mano, los tercios españoles integrados por diez mil soldados -infantes, piqueros y mosqueteros- atraviesan Suiza. En diez días cruzan, en perfecto orden, los pasos de montaña de los Alpes y entran en Francia. El ejército serpentea cual cinta interminable por bosques y prados del

Franco Condado. Los soldados tienen prohibido saquear. Y solo se les permite entregarse al pillaje en el principado de Orange, que pertenece a la Casa de Orange-Nassau. Tras un día de saqueo, siguen avanzando a través de Lorena y Borgoña, camino de Luxemburgo.

El duque de Alba tarda dos meses en conducir a su ejército hasta su destino, y por fin, a finales de agosto, hace su entrada en Bruselas.

Allí les espera un gran recibimiento. La ciudad ha sido adornada con arcos de triunfo y las fachadas de las casas se han engalanado con estandartes y guirnaldas. A su paso les lanzan flores, pero también se oyen los golpes de contraventanas al cerrarse, y a lo largo del camino se escuchan pocas ovaciones.

Los condes de Egmont y de Hornes salen a recibir al duque de Alba a caballo. Allí está el duque, altanero en su montura, tieso y erguido debido a la armadura y llevando alrededor del hombro una capa carmesí con una cruz de plata bordada en ella.

Impresionados por su majestuosa presencia, Egmont y Hornes lo saludan rindiéndole pleitesía y agasajándolo con obsequios.

En el palacio de la regente Margarita, el festivo banquete ya está dispuesto. Los comensales intercambian sonrisas, reverencias y relatos sobre el largo viaje. El duque de Alba se muestra gentil y encantador, como si estuviera realizando una visita de cortesía. No se dice ni una palabra sobre el propósito de su llegada.

Durante unos días, todo el mundo en los Países Bajos contiene la respiración. ¿Qué tiene previsto el duque de Alba? ¿Qué pasará cuando acaben las fiestas y los banquetes? ¿Sucederá algo realmente o todo quedará en un susto?

Lamoral de Egmont y Felipe de Montmorency tienen confianza en que todo acabará bien. Nada parece indicar que el duque de Alba tenga intenciones hostiles. Sin duda hará frente a la población rebelde, habrá ahorcamientos y quemas, pero cuando vuelva la calma, los tercios españoles abandonarán los Países Bajos.

Aliviados, toman asiento alrededor de la mesa para saborear la cena, en la que les sirven los platos más exquisitos y los mejores caldos. El ambiente es agradable y alegre. Al final de la velada, mientras los comensales se retiran

achispados, el conde de Egmont recibe la orden de quedarse un poco más. Lamoral hace lo que le ordenan. Está asombrado, pero no preocupado. Cuando decenas de soldados irrumpen en el comedor, comprende por fin que lo que le espera no es una condecoración por su lealtad, ni unas palabras de agradecimiento o un cumplido del duque de Alba. La recompensa que recibe es el confinamiento solitario, sin ni siquiera poder ver al duque. Nadie responde a sus protestas, a sus gritos ni a sus golpes en la puerta. Más allá oye la voz de Felipe de Montmorency que clama con la misma intensidad que él sin que nadie más lo escuche.

Aterrorizado, Lamoral de Egmont se desploma en el suelo.

Ese día, el 9 de septiembre de 1567, el duque de Alba se quita la máscara de una vez por todas. Ordena el arresto de todos los nobles que firmaron la petición. La mayoría de ellos no han esperado a que llegara ese momento y han huido o se encuentran a punto de hacerlo. También Enrique de Brederode, Antonio de Lalaing de Hoogstraten y Floris de Pallandt, conde de Culemborg, alcanzan la frontera a tiempo. Como represalia, el duque de Alba ordena derribar hasta la última piedra del palacio de Floris en Bruselas, mientras que utiliza el de Guillermo de Orange para albergar a sus tercios.

Entretanto, instituye el tribunal de la Inquisición, el llamado Tribunal de los Tumultos, pero que el pueblo no tarda en bautizar como Tribunal de la Sangre. La absolución no existe para quien comparece ante el Tribunal de la Sangre, la defensa se considera embuste y engaño, y el que se niega a reconocer su culpa acaba confesando ayudado por el potro de tormento. En muchos casos, los jueces ni siquiera se toman esa molestia y una acusación implica de forma inmediata una sentencia de muerte.

En Oudenaarde se juzga a una niña de doce años por llevar encima una biblia protestante en el momento en que la Inquisición asaltó su casa. Es condenada a muerte por ahogamiento. La sentencia se ejecuta en un barril de agua en la plaza del mercado de su localidad. Una mujer de setenta años es detenida por proferir en público insultos y blasfemias contra la Iglesia católica mientras veía morir a su hijo en la hoguera.

Los destructores de imágenes, los ediles que actuaron con indulgencia contra los protestantes, los ciudadanos que ayudaron a sus vecinos a huir a Inglaterra, los artesanos que construyeron capillas calvinistas, los muchachos

que en el ardor de la furia iconoclasta rompieron el cristal de una iglesia, todos ellos son arrestados. Y todos comparecen ante el Tribunal de la Sangre, que los condena a muerte.

Sus sentencias son anunciadas y ejecutadas en público. El que se atreve a criticar, aunque sea en voz baja, corre el peligro de sufrir la misma suerte al día siguiente. Atemorizada e intimidada, la gente sigue su camino, mira hacia otro lado y calla.

Después de algunas semanas, las cárceles están llenas a rebosar y resulta imposible ejecutar uno por uno a los condenados. Entonces tienen lugar las primeras ejecuciones masivas. En las grandes ciudades, las decapitaciones y los ahorcamientos se suceden a lo largo del día -la muerte en la hoguera exige demasiado tiempo- y las alcantarillas se obstruyen debido a la incesante corriente de sangre.

En Naarden todo está bastante tranquilo. Aunque la Inquisición también investiga a sus moradores, la villa tiene fama de ser católica y monárquica, por lo que el Tribunal de la Sangre acaba pronto. Nadie menciona que la familia del nuevo médico tenía vínculos con el príncipe.

No obstante, el monarquismo de los vecinos de Naarden se desvanece cuando empiezan a llegar a la villa las terribles noticias. Sin hacer preguntas, acogen entre las protectoras murallas de la ciudad a refugiados de todas las creencias.

En la segunda mitad de abril de 1568, Joris llega con buenas noticias. Aunque vive en Ámsterdam, mantiene el contacto con Andries y Lideweyj, a quienes visita con regularidad. En una ciudad comercial con tanta actividad como Ámsterdam, donde los extranjeros vienen y van, las grandes noticias no permanecen mucho tiempo en secreto.

-Un cliente de Colonia nos dijo que el príncipe de Orange está preparando una invasión -informa con la mirada radiante-. ¡Todo está en marcha!

Mientras habla, observa a Isabella, que está sentada frente a él al otro lado de la mesa y que le devuelve una mirada esperanzada. Ya ha cumplido catorce años y en cada visita, él la nota más mujer y menos niña. Sus padres ya no la excluyen de sus conversaciones sobre lo que sucede en el país, como sí hacen con Susanna y Alida.

-A mi juicio se lo toma con mucha calma. Hace tiempo que circulan

rumores sobre una invasión, pero no sucede nada -observa Lideweij mientras deja unas jarras de cerveza sobre la mesa.

-Hacer la guerra cuesta dinero -dice Andries-. No debe de ser fácil reunir y financiar un ejército.

-¿Tiene el príncipe un ejército grande? -pregunta Isabella.

-¡Ay! Has puesto el dedo en la llaga -dice Joris riendo-. No, no es un ejército grande, pero puede bastar. No para expulsar al duque de Alba, pero sí para reconquistar una villa tras otra. Al menos si consigue pagar durante suficiente tiempo un salario a sus soldados. Según tengo entendido, Luis de Nassau está manteniendo contactos con los insurgentes, para poder aunar fuerzas.

Lideweij permanece algo ausente y mira por la ventana. Todos los días da gracias a Dios por haber dejado atrás Breda. Allí, todo el mundo estaba enterado de que ella y su esposo eran protestantes de corazón, que asistieron a los oficios al aire libre y que tenían biblias prohibidas en casa. En Naarden, la gente no sabe mucho sobre ellos y, en los tiempos que corren, es lo mejor. No obstante, eso no significa que no le preocupe el futuro.

A menudo se pregunta cómo estará su padre, si piensa en ella o si le preocupa su suerte. No le ha vuelto a escribir desde el nefasto día en que le negó el acceso a su casa. Después de eso, él ha tenido durante años la oportunidad de ponerse en contacto con ella, pero ahora ya no, ahora el vínculo se ha roto de manera definitiva. Aunque quisiera, no sabría dónde buscarla. Y ese es un dolor que se suma a todas las preocupaciones que ya tiene Lideweij. Sin embargo, ese sentimiento no la agobia. La esperanza que no se alimenta muere lentamente y, en cierto sentido, eso le aporta paz.

26

Dillenburg, septiembre de 1567

La noticia del encarcelamiento de Lamoral de Egmont y Felipe de Montmorency conmociona a Guillermo. Aunque había advertido en repetidas ocasiones a sus amigos sobre el peligro que acechaba, no logra liberarse del sentimiento de culpa al pensar que tendría que haber insistido más.

Enrique de Brederode ha fallecido y, aunque fue por muerte natural en su castillo de Horneburg en Recklinghausen, eso no hace que el príncipe sienta menos su pérdida.

Cuando le llega la noticia de que los soldados del duque de Alba han ido a buscar a su hijo Felipe Guillermo a la universidad de Lovaina y se lo han llevado a España, algo se rompe en su interior. Durante días se encierra en sus aposentos, apenas come ni bebe nada. Los sirvientes declaran que la luz de las velas permanece encendida durante la mayor parte de la noche en la habitación del príncipe.

Cuando por fin reaparece unos días más tarde, el joven y enérgico treintañero se ha convertido en un hombre ensimismado con ojeras y aspecto cansado.

La condesa Juliana se apresura a ponerle solución. Ordena a su primogénito que tome un baño, llama al barbero para que lo afeite y le prepara ropa limpia.

-Quizá no vuelvas a ver nunca más a Felipe Guillermo -le dice, en tono resuelto y haciendo gala de su carácter práctico-, pero no olvides a tus otros hijos, ellos tienen derecho a sus posesiones y a su buen nombre. Todos tenemos derecho a ello. No hemos hecho nada malo, y no voy a permitir que el

rey destruya la Casa de Nassau. Vístete, Guillermo. Va siendo hora de que celebremos una reunión familiar.

Sus hijos se alojan a menudo en el castillo de Dillenburg. Aunque todos estén casados y se hayan ido de casa, siempre hay algunos que permanecen con su familia en el nido paterno. El resto vive cerca, por lo que la reunión familiar se organiza pronto.

El conde Juan, que tiene dos años menos que Guillermo y que, al igual que él, está empeñado en mantener bien alto el nombre de la familia, es el primero en llegar al castillo de Dillenburg con su esposa Isabel. Asimismo han acudido Luis y el cuarto hermano, Adolfo, que estudia en Lovaina, pero que ha conseguido huir a tiempo y refugiarse en el castillo de su padre. También él está dispuesto a tomar las armas, al igual que Enrique, el hermano menor de dieciocho años, cuyo carácter apasionado y temerario se parece mucho al de Luis.

De las hermanas de Guillermo María es la única que no ha venido, porque su esposo ha elegido el bando del rey Felipe. Las otras -Ana, Isabel, Catalina, Juliana y Magdalena- están presentes con sus cónyuges.

-No será fácil -dice la condesa Juliana mirando el gran círculo de hijos, nueras y yernos-, pero sé que en el Imperio Romano Germánico contamos con suficientes aliados dispuestos a ayudarnos. Aunque sin duda se nos exigirá también un sacrificio personal.

De eso no cabe duda. El emperador Maximiliano y la nobleza alemana no están impacientes por inmiscuirse en una guerra contra un rey tan poderoso como Felipe.

Finalmente, el príncipe elector calvinista Federico III del Palatinado y el landgrave Guillermo de Hessen están dispuestos a ofrecer apoyo financiero a los Nassau. También ponen a disposición parte de su fortuna diversos nobles ricos que, al igual que Guillermo, viven en el exilio, entre ellos su buen amigo Antonio de Lalaing, conde de Hoogstraten. No obstante, la familia Nassau tendrá que financiar el grueso de la guerra con sus propios recursos.

Y así lo hace. Las mujeres reúnen sus joyas, la vajilla y los cubiertos de plata, entregan baúles llenos de ropa de satén y brocado, y se desprenden de los valiosos tapices y de las estatuas de mármol que adornan sus castillos. Salvo María, ninguno de los miembros de la familia elude sus obligaciones. Después, solo queda una tensa espera. Ahora que han invertido su dinero y sus

bienes en la guerra, todos desean que la suerte les sea propicia.

Pese a los esfuerzos y a la cooperación de la familia Nassau, la guerra no se desarrolla satisfactoriamente. El plan es invadir tres diferentes puntos de los Países Bajos en la primavera de 1568: Luis en el norte y el conde de Hoogstraten en el sur, mientras que Guillermo mantiene estacionadas las tropas en Cléveris para intervenir tan pronto sea necesario.

Debido a los problemas de organización y acaso también a la falta de experiencia, la empresa se estanca y da lugar a una serie de acciones inconexas que no desembocan en el éxito.

El joven conde Luis lanza un ataque contra la villa de Groninga junto con su hermano Adolfo de veintisiete años. Sin embargo, se ven obligados a retirarse hacia la frontera alemana, donde se encuentran con una unidad española, que no esperaba que el ejército de los Nassau estacionara junto a la frontera.

Luis finge huir atravesando el bosque, pero él y sus hombres se esconden detrás de los árboles y la maleza, listos para tender una emboscada. Los tercios españoles caen en la trampa y los soldados de los Nassau inician la persecución entre gritos. En la línea del bosque les disparan, mientras que por el otro lado las tropas de Adolfo inician el ataque. Solo unos pocos españoles consiguen escapar a la masacre que provocan ambos hermanos; los demás mueren abatidos por los disparos o los sables.

El botín para los mendigos es grande: seis cañones, cuatrocientos carros cargados de munición, el cofre de guerra con el salario de los soldados españoles y otros siete carros cargados de vino y objetos valiosos robados. Los hombres abren exultantes los barriles de vino y beben hasta emborracharse.

Luis no les presta atención, pues ha perdido de vista a Adolfo y empieza a buscar a su hermano con creciente desazón.

Por fin lo encuentra tirado en el campo de batalla. Un disparo en la cabeza le ha arrebatado la vida en un segundo.

A pesar de la enorme tristeza por la muerte de su hijo, Juliana persevera tenazmente en la lucha. Como consumada armera, convierte una parte del castillo en taller donde el personal fabrica munición.

La única que se distancia de la empresa familiar es Ana, la esposa de Guillermo. Su marcha de los Países Bajos no ha mejorado su humor. Se queja de que el castillo de Dillenburg le resulta demasiado provinciano, no es lo bastante lujoso y está repleto de familiares de su marido que además no le muestran el respeto que se merece en su condición de princesa de Orange.

La única ventaja de su estancia en el castillo de Dillenburg es que puede pasar más tiempo con su esposo. Para tener la fiesta en paz, Guillermo apacigua las peleas entre su familia y su esposa haciendo gala de una paciencia casi sobrehumana, y es tan indulgente y atento con Ana que la relación entre ellos mejora algo. Fruto de esa tregua, a mediados de noviembre, nace un hijo al que también ponen por nombre Mauricio.

Maaiken está contenta con su hermano pequeño, aunque solo se atreve a acercarse a él cuando su madrastra no está presente.

-¿Sabrá Felipe Guillermo que tenemos un hermanito? -pregunta, mientras coge a Mauricio en brazos y lo colma de besos.

Guillermo siente una punzada de dolor antes de mirar a su primogénita.

-Creo que sí -dice por fin-. Se lo he escrito. Tú también podrías hacerlo.

-Pero ¿recibe las cartas? -se pregunta Maaiken.

Es una pregunta que Guillermo se hace a menudo. Desde que sabe que su hijo permanece en España, le ha escrito en varias ocasiones, pero nunca ha obtenido respuesta. Duda mucho que le hayan entregado sus cartas a su hijo. El rey no hará ningún daño al joven, pues se lo impide su pundonor, pero no alentará el contacto entre padre e hijo. Lo más probable es que quiera alejar a Felipe Guillermo de su familia y educarlo como un noble leal a España.

Guillermo sufre mucho por la situación. No pasa ni un solo día en que no sienta un nauseabundo remordimiento por no haberse llevado consigo a su hijo. Gracias a Dios que no ha dejado a Maaiken en Bruselas con la gobernadora, pues de lo contrario habría corrido la misma suerte.

El príncipe mira conmovido los arrumacos que su hija le dedica a su hermanito. Es la única que le aporta algo de alegría, se ha convertido en la viva imagen de su madre y en el único recuerdo que tiene de su querida primera Ana.

En respuesta a la humillación que le ha infligido Luis de Nassau en Heiligerlee, el duque de Alba hace construir un cadalso en la Plaza Mayor de

Bruselas. En los días siguientes, los calabozos se vacían y las alcantarillas de la plaza se llenan de sangre. Las ejecuciones masivas vuelven a iniciarse no solo en Bruselas, sino también en todas las grandes ciudades, donde se alzan plataformas que hacen las veces de degolladeros.

Transcurre el mes de abril, después mayo y en la mañana del 5 de junio, el patíbulo de la Plaza Mayor de Bruselas es adornado con telas negras. Tres mil soldados españoles forman un cordón alrededor, un bosque de picas apunta al cielo.

A las once, Lamoral de Egmont es sacado de la prisión y conducido hasta el cadalso. Al salir, parpadea deslumbrado por la luz del sol y su rostro delata que no acaba de comprender lo que le está pasando. Sin haberle brindado la oportunidad de despedirse de su esposa y de sus hijas, le administran los últimos sacramentos y lo conducen hacia un almohadón de terciopelo rojo.

Lamoral se despoja del manto adornado con pasamanería de oro y se cubre la cabeza con un gorro de lino. Con las manos juntas se arrodilla sobre el almohadón, alza la mirada al cielo y musita las últimas oraciones.

El verdugo se coloca detrás de él y levanta la espada que, durante unos instantes, centellea en el aire antes de cortar de un sablazo el cuello de Lamoral.

Un estremecimiento recorre la plaza. Sumida en un sobrecogedor silencio y conteniendo la respiración, la muchedumbre contempla la sangre que corre sobre el entarimado. El verdugo cubre el cadáver con un paño negro.

Después le llega el turno a Felipe de Montmorency, que dirige de inmediato los ojos a la figura inmóvil que yace debajo del paño.

-¿Es Egmont? -pregunta angustiado.

Sin demora se arrodilla sobre el almohadón donde unos minutos antes estaba su amigo y mantiene la mirada fija al frente. Felipe reza, la espada del verdugo destella de nuevo y la cabeza del conde rueda sobre el entarimado. La sangre gotea del cadalso y el pueblo, al que ya no contienen los soldados, se acerca al entablado para mojar pañuelos, sombreros y gorros en la sangre derramada.

En lugar de disuadir a la población, el duque de Alba solo logra avivar la resistencia con la ejecución de los dos condes. Poco a poco van quedando menos protestantes que apresar. Los culpables ya han sido ejecutados y el

resto ha huido. En Flandes, se esconden en los bosques donde forman grupos de partisanos haraposos y desplazados que se hacen llamar mendigos del bosque. Asaltan los transportes españoles que van camino de Bruselas cargados de armas y alimentos para el duque de Alba y sus tropas. Abren los calabozos y liberan a los presos. Incluso organizan un fallido atentado contra el duque de Alba.

Más hacia el norte, un pequeño grupo de huidos secuestra un buque con el que navegan a lo largo de la costa y atraen cada vez más exiliados. Un poco más tarde se hacen con un barco mercante inglés, dejan marchar a la tripulación y se apropian del buque y de su carga. Después consiguen apoderarse de otro navío, y otro más, y de este modo consiguen reunir la flota de los mendigos del mar. Recorren a vela la costa de las provincias de Frisia y de Holanda. Allí atacan y saquean pequeñas plazas portuarias y consiguen adeptos y nuevos tripulantes.

Con los buques mercantes capturados están al acecho en los puertos para abordar a otros barcos mercantes, preferiblemente españoles. La flota de mendigos crece sin parar. Navegan a vela hacia las aguas al norte de Groninga, adonde se dirige el duque de Alba con parte de su ejército para ahuyentar a Luis de Nassau. No obstante, llegan demasiado tarde para poder ofrecerle ayuda.

Luis de Nassau, un hombre con talento pero sin experiencia, no es rival para el avezado duque de Alba. Bajo el rugido de los cañones españoles, el duque hace retroceder al ejército del joven Luis hasta la orilla del río Eems.

Los atemorizados soldados saltan al agua, se hunden debido al peso de sus armaduras y cientos de ellos mueren ahogados.

Escondido en las zonas boscosas a lo largo del río, Luis se desviste a toda prisa y se sumerge en las aguas del ancho río. Protegido por una nube de pólvora, nada con fuertes brazadas hasta alcanzar la otra orilla y sale agarrándose de los juncos. Desde allí huye en cueros vivos hacia los campos de cultivo.

En Emden, los alabarderos le cierran la puerta de la ciudad, por miedo a que el duque de Alba ponga cerco a la villa para poder capturar a su presa.

Sin embargo, los centinelas le consiguen ropas. No son más que andrajos, pero Luis se apresura a vestirse con ellos y emprende la huida a pie hacia el

Imperio Romano Germánico.

Cuanto más tarda en crecer la determinación, más tenaz se hace. A Guillermo le ha costado mucho alcanzar este punto, pero una vez que lo ha logrado, todas sus dudas y reservas se desvanecen.

La noticia sobre la ejecución de Lamoral y de Felipe, la muerte de su hermano y la clamorosa injusticia de la que ha sido objeto despiertan en Guillermo una cólera que es incapaz ya de reprimir. Decide jugarse el todo por el todo: mientras no sucumba el último representante de la casa de Nassau, seguirán luchando por la justicia, la libertad y todos los valores que defienden.

Ha llegado la hora de actuar. Se acabaron las provocaciones, los intrincados planes de ataque en diferentes lugares, a partir de ahora se emprenderá un enérgico avance hacia el interior del país.

No sin dificultades, Guillermo logra reunir un ejército considerable: una mezcla de mercenarios del Imperio Romano Germánico, refugiados procedentes de los Países Bajos, marginados y aventureros. Se une a ellos el conde Guillermo de La Marck, señor de Lumey, apodado el Jabalí de las Ardenas. Es primo de Enrique de Brederode, y tan fiero y vehemente como él.

En septiembre de 1568, pasan la frontera cerca de Lieja y bajan por el Rin hacia el Mosa. Pronto se dan cuenta de que no es posible cruzar hasta la otra margen del río, porque el duque de Alba ha hecho colocar abrojos y cepos a lo largo de toda la línea.

Guillermo ordena sondear el lecho fluvial hasta encontrar un lugar seguro para vadearlo. Al amparo de la noche, los hombres cruzan por fin el río Mosa cerca de Stokkem cargando con los sacos de pólvora sobre la cabeza y arrastrando los cañones y los carros. El camino hacia el centro de los Países Bajos se abre ante ellos.

Una comitiva de kilómetros de longitud formada por caballeros, arqueros, mosqueteros e infantes recorre Brabante pidiendo ayuda a la población. Pero allí donde llegan, las ciudades les cierran sus puertas apresuradamente. Nadie tiene intención de permitir que se acerque un ejército de treinta mil hombres, en su mayoría gentuza. Los campesinos se agrupan en pandillas y expulsan de sus tierras a la tropa de invasores y saqueadores, los magistrados de las ciudades dejan claro al príncipe que prefieren tener dentro de las murallas a los disciplinados españoles que a este ejército de malhechores interesados

únicamente en el pillaje.

Guillermo sabe que tienen razón. Él hubiese preferido ponerse en camino con soldados bien adiestrados en lugar de con esta banda indisciplinada, pero no tiene otra alternativa. Conoce el ansia de sus hombres de provocar incendios y saquear, y se ve obligado a exhortarles con vehemencia para conseguir que se contengan. Por desgracia, no tiene nada que ofrecerles a cambio.

Mientras tanto, el duque de Alba evita entablar un combate. Para frenar el avance de Guillermo, lo rodea con un amplio círculo, impidiendo una confrontación. Como una araña en su tela, controla de cerca todas las maniobras del príncipe, sin pensar ni un instante en librar una batalla.

Supone acertadamente que el príncipe de Orange no podrá pagar durante mucho tiempo a los soldados y que pronto habrá agotado todas sus reservas.

El tiempo le da la razón. Después de algunas semanas de jugar al gato y al ratón, Guillermo se queda sin blanca. Sus hombres empiezan a refunfuñar. ¿Por qué habrían de quedarse si no pueden asaltar pueblos ni ciudades y encima no reciben la soldada? Grupos enteros desertan a la vez, mientras el resto se entrega al pillaje por cuenta propia.

Con un ejército muy diezmado que hace caso omiso de sus órdenes, Guillermo no se atreve a enfrentarse al duque de Alba. Le parece más oportuno emprender una cauta retirada. Justo cuando el ejército da media vuelta y empieza a cruzar un estrecho río, el Duque de Hierro ataca.

En el último momento, Guillermo consigue ponerse a salvo a sí mismo y a gran parte de la artillería, pero no puede evitar perder a dos mil hombres. Uno de ellos es su buen amigo Antonio de Lalaing, conde de Hoogstraten, que se hiere en el pie al disparársele la pistola. Muere un mes más tarde a consecuencia de la lesión.

Para entonces ya queda bien poco del ejército de liberación. Guillermo no tiene más remedio que retirarse, lamerse las heridas y elaborar un nuevo plan de campaña.

En casa le esperan más malas noticias. Ana se ha hartado de la vida en el castillo de Dillenburg y se ha marchado a Colonia donde vive su familia, llevándose consigo a Ana, a Mauricio y a la pequeña Emilia, para gran tristeza de Maaiken.

-¡Ahora ya no me queda nadie aparte de Justino! -le dice llorando a su padre.

-Me tienes a mí, cariño. Me tienes a mí -la consuela Guillermo.

-Pero si tú nunca estás -solloza Maaiken.

Él no puede negarlo. Y mientras tiene a su hija en brazos, privado de sus mejores amigos y de su hermano y despojado de todas sus posesiones, Guillermo se pregunta cómo es posible que su vida se haya malogrado de tal manera.

TERCERA PARTE

27

Naarden, mayo de 1572

Isabella no recuerda cuándo empezó exactamente. Puede que la relación especial que tienen Joris y ella haya existido desde siempre. Se trata de una amistad que, en parte debido a la diferencia de edad, empezó con suma cautela y ahora, cuatro años más tarde, se ha convertido en algo que Isabella no logra definir.

El alegre estudiante de rizos castaños se ha convertido en un hombre hecho y derecho, que no ha perdido jovialidad, aunque se ha vuelto más precavido. Muchas cosas han cambiado en su actitud y su aspecto, sobre todo después de la muerte de su padre, hace un año, a raíz de la cual Joris se puso al frente de la empresa familiar.

Se ha cortado los rizos y ahora viste ropa elegante, negra y discreta, conforme a los dictados de la moda conservadora.

Isabella nunca ha estado en la casa de la Warmoesstraat de Ámsterdam, pero conoce la vivienda, su decoración y sus moradores por lo que le cuenta Joris. Sabe que él es hijo único, que ha sido siempre la esperanza y el orgullo de sus progenitores y que, desde que falleció su padre, comparte la casa de ladrillos con su madre y algunos sirvientes.

El trabajo le obliga a viajar con regularidad a otras ciudades, para controlar el comercio y mantener los contactos con clientes y proveedores. Casi siempre va a Leiden y a Dordrecht, pero a veces también a Naarden. Y de lo contrario da un rodeo, para poder pasar a verlos.

Se supone que va a visitar a Lideweij y Andries, con quienes le une una estrecha amistad, pero Isabella sabe que eso no es del todo cierto, y a estas

alturas también lo saben sus padres.

-No estaría nada mal -le dijo su padre después de una visita de Joris.

Isabella y él se encontraban en la botica mezclando hierbas para preparar medicamentos y ella lo miró con el rabillo del ojo.

-¿El qué no estaría mal? -le preguntó, más para asegurarse de que él había advertido lo mismo que ella, que porque no lo comprendiera.

-Joris y tú -le contestó él-. Haríais buena pareja. ¿Te ha insinuado algo al respecto?

Joris no se le había declarado e Isabella, con sus diecisiete años, no tenía la menor intención de admitir que lo estaba deseando.

-No, claro que no -le contestó con sequedad-. ¿De dónde sacas eso? Simplemente somos amigos.

-Pues claro que sí. Y si ese chico quiere hablar conmigo, ya me lo dirá - replicó Andries con una sonrisa burlona.

En las últimas semanas, Isabella no ha vuelto a ver a Joris. Son malos tiempos para viajar. La última vez que se hablaron, él le dijo que solo salía de Ámsterdam en caso de necesidad.

El duque de Alba sigue gobernando con mano firme, aunque las invasiones del príncipe Guillermo y las acciones de los mendigos del mar, que saquean las costas, siembran mucha inquietud.

El 1 de abril, los mendigos tomaron Den Briel, por lo que ahora disponen de un puerto seguro y no se ven obligados a recorrer los mares sin cesar.

Entretanto, el príncipe de Orange intenta ganarse a los franceses para su causa. Francia también está sumida en una intensa lucha religiosa. Allí, los protestantes se llaman hugonotes, pero pugnan por el mismo objetivo: la libertad religiosa. El apoyo de los hugonotes podría poner fin a la hegemonía del duque de Alba.

A finales de mayo, Joris vuelve a presentarse de forma inesperada y trae buenas noticias. La villa de Enkhuizen ha dejado entrar de forma voluntaria a los mendigos. Se produjeron algunas escaramuzas con los habitantes españolistas de la ciudad portuaria, pero la gran mayoría de los vecinos ha elegido el bando de los mendigos. En los molinos de la muralla, en las torres de las iglesias y en las casas de los patricios ondean las banderas con las

franjas naranja, blanco y azul, los colores del escudo de armas del príncipe.

-Después pusieron rumbo a Medemblik y Hornes -explica Joris-. Y ahora estas ciudades también se han pasado al bando del príncipe. ¡Los mendigos están conquistando toda Holanda!

Se encuentran en la parte delantera de la casa, con la puerta principal entreabierta, por lo que la noticia es oída tanto por los transeúntes como por los pacientes que esperan en la consulta. En cuestión de segundos, el joven y elegante mercader de Ámsterdam ha reunido a un nutrido público en torno a él.

A diario les llegan noticias a través de los vendedores ambulantes, pero con frecuencia estos no captan más que rumores. Este joven procede del efervescente Ámsterdam, es alguien cuyas palabras son dignas de crédito.

-¿Y Ámsterdam? -quiere saber Andries-. ¿Qué hace Ámsterdam?

-Por lo pronto permanece leal al rey -le contesta Joris-. Y, si he de seros sincero, yo no dejaría entrar sin más a esos mendigos en nuestro puerto. Aunque nunca puede saberse, claro está. Pero parece ser que los mendigos prefieren saltarse Ámsterdam y concentrarse en las ciudades más pequeñas.

-¡Si esa chusma de mendigos se atreve a atracar aquí, los ahogaré con mis propias manos en el puerto! -exclama un transeúnte.

Consigue algunos aplausos entre los presentes, aunque también los hay que profieren protestas en voz baja.

-Como en todas partes, hay división de opiniones -les dice Joris más tarde, mientras beben algo juntos en el soleado patio-. ¿Naarden es leal al rey?

-Bastante -le contesta Andries-. Por lo menos, lo era hace cuatro años, cuando nos instalamos aquí. Entretanto, el duque de Alba ha calentado los ánimos con sus impuestos y su Tribunal de la Sangre. La gente quiere ser leal al rey, pero protesta contra la actuación del duque.

-Pero si ambos son lo mismo -observa Isabella-. El duque de Alba tiene carta blanca. Actúa en nombre del rey.

-Solo que el duque se excede un poco -dice Joris-. Se está tomando todo este asunto cada vez más como una venganza personal. He oído decir que el rey Felipe quiere decretar un perdón general, pero que el duque de Alba hace caso omiso de esa orden.

-Las personas como él son las más peligrosas -dice Lideweyj-. El duque de Alba no comprende que está arrastrando al país a la catástrofe, algo que, al parecer, sí empieza a ver Felipe.

-Cuando venía hacia aquí, un vendedor ambulante me entregó esto -dice Joris sacándose del bolsillo un arrugado panfleto que luego despliega y les entrega.

-¿Qué es? ¿Un poema? -Isabella mira por encima del hombro de su madre y lee con ella-. ¡Qué largo es!

-Es un acróstico -dice Joris-. Una oda al príncipe. Fijaos, las letras iniciales forman su nombre y su apellido. Los mendigos la cantaban en las calles de Enkhuizen, Hornes y Medemblik. Ahora se oye por doquier.

Isabella coge el poema que le tiende su madre y lee en voz alta la primera estrofa:

Guillermo de Nassau
soy, de sangre alemana,
a mi patria fiel seré
hasta la muerte.
Un príncipe de Orange
soy, libre y valiente
al Rey de España
he honrado siempre.

Siempre he intentado
vivir temeroso de Dios.
Por ello me han desterrado
lejos de mi tierra y de mi gente.
Pero Dios me guiará
como buen instrumento,
entonces regresaré
a mi regimiento.

Cuando pronuncia estas últimas palabras, se hace un silencio.

-Qué hermoso -dice Lidewey en voz baja.

-Sí -opina Joris-. Y puede que sea justo lo que necesita el príncipe.

Después de la cena, cuando el sol todavía brilla proyectando una cálida

luz sobre la ciudad, Isabella y Joris dan un paseo por las murallas, acompañados de Susanna.

Desde allí tienen magníficas vistas sobre los numerosos mástiles del pequeño puerto y sobre el mar del Sur, que brilla en la lejanía como un cristal azul.

Al otro lado de la villa, más allá de los brezales, pueden ver los pueblos vecinos, como Laren y Blaricum, y los huertos en torno a las murallas de la ciudad.

-Viéndolo así, cuesta imaginarse que hay una guerra -dice Isabella, con el rostro alzado al sol-. Espero que no llegue hasta aquí.

-Los mendigos también intentarán entrar en Naarden -le dice Joris apoyándose en el parapeto y sin dejar de mirarla.

-Eso espero. Quiero que entonces, la ciudad elija el bando del príncipe. - Isabella aparta el rostro del sol y se recoge un mechón debajo de la cofia.

-Los mendigos no atacan las ciudades, ¿verdad que no? -pregunta Susanna con preocupación.

-Si tienen oportunidad de hacerlo, sí -le contesta Isabella.

-Eso no pasará -las tranquiliza Joris-. Los mendigos carecen de experiencia y de medios para asaltar ciudades. Lo que hacen es convencer a las autoridades locales para que los apoyen, nada más. Siento curiosidad por ver qué hará Naarden.

A Isabella también le gustaría saberlo, pero Susanna ya ha perdido todo interés en la conversación.

-Allí viene Marritgen -señala, mientras se apoya en el muro para saludar con la mano a su amiga-. Voy a verla -les dice, antes de bajar las escaleras corriendo.

De repente se hace el silencio en la muralla, solo interrumpido por el viento y el rumor amortiguado de la villa. Isabella no sabe qué actitud adoptar. Es la primera vez que está a solas con Joris, o incluso que está a solas con un hombre, y carece de astucia para aprovechar la situación.

Joris no tiene tanto reparo. Da un paso hacia ella, por lo que la espalda de Isabella queda pegada al parapeto. Después se la queda mirando durante tanto rato que ella no tiene más remedio que devolverle la mirada.

-¡Oh, Isa! -le dice Joris con dulzura-. Cuando estoy en Ámsterdam, deseo

estar contigo, pero cuando estoy contigo, intento alejarme de ti.

-¿Por qué? -pregunta ella asombrada.

Joris apoya la mano en el muro, por lo que Isabella tiene la sensación de estar atrapada. Su corazón empieza a palpar más rápido. Lo único que tendría que hacer para escabullirse es deslizarse por debajo del brazo de Joris, pero en el semicírculo que forman sus brazos se siente más protegida que amenazada. A pesar de ello, el corazón le late con tanta violencia que se diría que quiere advertirla de un peligro.

-Porque no respondo de mí cuando estamos juntos.

Nunca antes se había referido a ellos dos de esa manera, nunca antes había sugerido que existía algo especial entre ellos y, sin embargo, ella siempre lo ha presentado. Una conexión tácita, un «nosotros» invisible, que no precisaba palabras para crecer y estrecharse.

Y en ese momento sabe que lo desea, que está enamorada de él, que no quiere que vuelva a desaparecer de su vida. Necesita oír su voz dulce y amable, ver los ojos marrones que la miran con tanta atención y oír esa risa capaz de sonar en el momento más insospechado y de la que siempre se contagia, porque entonces el mundo parece menos inquietante de lo que es.

-No quiero que vuelvas a irte. De lo contrario me marcharé contigo.

Su voz es suave, en ella se adivina el tono indefenso de alguien a quien no le gusta ponerse al descubierto, pero que tampoco quiere correr el riesgo de perder lo que ama.

Antes de que él haga el menor movimiento, Isabella sabe que la besará. Lo ve en sus ojos, en el deseo que expresan. Joris se inclina lentamente hacia ella y la besa en la boca. No de forma fugaz y apresurada, sino tan lenta y prolongada que a Isabella le da vueltas la cabeza.

Le parece estar pisando una fina capa de hielo que podría romperse al menor movimiento. Acepta el beso inmóvil, solo consciente de la suavidad de los labios de Joris y la calidez de su aliento.

Cuando se separan, se miran y ríen. Mejor dicho, Isabella ríe, mientras Joris le devuelve una sonrisa, pero es evidente que está preocupado.

-¿Qué pasa? -pregunta ella, que lo advierte de inmediato-. ¿Lamentas haberme besado? ¿Temes que mis padres se enfaden? Te aseguro que no se enfadarán.

-Lo sé, me lo han dado a entender. Es solo que... eres aún tan joven.

Mucho más joven que yo.

-Ya envejeceré -le contesta Isabella.

Él se echa a reír.

-Eso es cierto -le dice Joris besándola de nuevo-. No creas que me arrepiento. Te amo, estoy enamorado de ti desde hace años. Pero no quería abrumarte demasiado pronto con mis sentimientos, hubiese preferido esperar un poco más.

-¿Cuánto más? ¿Hasta que fuera una vieja solterona? -pregunta Isabella y él se echa a reír de nuevo.

Susanna vuelve a acercarse corriendo al parapeto y ellos se separan un poco.

-No digamos nada por ahora.

Hay algo suplicante en la mirada de Joris que Isabella no comprende del todo, pero hace un gesto de asentimiento. ¿Por qué no? Con tal de saber que cuenta con su amor, ella puede callar y esperar, si él así lo prefiere.

28

La desintegración de su ejército obliga a Guillermo a tratar con individuos con los que, en su fuero interno, preferiría no tener nada que ver. Por lo general, los hombres que se suman al ejército de mendigos no son buenos padres de familia ni pobres mercaderes, sino borrachines y escoria cuya crueldad es comparable a la de los soldados del duque de Alba. Sin embargo, el príncipe no tiene otra alternativa. Si quiere ganar esta guerra, tendrá que recurrir a un arma nada desdeñable: la furia del pueblo.

Así pues, Guillermo contrata a hombres como Lancelot de Brederode, hermano bastardo de Enrique de Brederode y, con menos entusiasmo, a Guillermo de La Marck, señor de Lumey.

El príncipe les entrega patentes de corso, puesto que está autorizado a emitirlas como estatúder, y les da la orden de proceder al abordaje de todos los buques que puedan asaltar.

Él mismo va siempre de un lado a otro: hacia el castillo de Dillenburg o hacia los Países Bajos, unas veces atacando, otras huyendo. Se halla en continuo movimiento y siempre alerta, porque el duque de Alba envía sicarios para matarlo.

Su vida privada es igual de complicada. Hace cuatro años que no ve a su esposa Ana, desde que esta se marchara a Colonia con su familia. Tampoco ha vuelto a ver a Emilia, su hija pequeña, nacida poco antes de la partida de Ana.

Al principio escribía largas cartas a su esposa, intentando persuadirla de que volviera. No porque la echara de menos, sino por la deshonra que le provocaba. Ana nunca se dignó contestar a sus misivas. Ya hace un tiempo que encontró un nuevo amor, Jan Rubens, con el que tuvo una hija hace un año. Cuando se enteró de esta noticia, Guillermo se distanció de su esposa. Aunque siguen oficialmente casados, tienen poco contacto. La doctrina luterana

permite el divorcio, pero Guillermo carece de energía y de tiempo para dedicarlos a este asunto. La lucha contra el duque de Alba reclama su completa atención.

Con la esperanza de conseguir el apoyo de su aliado Federico III del Palatinado, en la primavera de 1572, Guillermo viaja a Heidelberg, donde tiene su sede la corte del príncipe elector.

-Haré todo lo que pueda por vos -le dice Federico durante la reunión privada que mantiene con él-. Hemos de conseguir a toda costa organizar la segunda campaña. No podemos permitir que el avance del protestantismo se quede estancado. Es nuestro sagrado deber seguir luchando con todos los medios que estén a nuestra disposición.

Estas palabras son música para los oídos de Guillermo.

-¿Puedo contar entonces con vuestro apoyo financiero? -le pregunta esperanzado.

-Por supuesto que podéis contar con ello. Por el éxito de nuestra empresa.

El príncipe elector alza la copa y Guillermo sigue su ejemplo.

-Por el éxito -repite.

Mientras beben, debaten los detalles de la campaña y la situación en los Países Bajos, y después Federico se levanta en señal de que la reunión ha llegado a su fin. Acompaña a Guillermo hasta la puerta y la abre justo en el momento en que pasa por allí un grupo de cinco mujeres. Una de ellas viste elegantes ropas, mientras que las otras cuatro son sus damas de honor reconocibles por los vestidos idénticos.

La primera de las damas de honor se detiene y hace una reverencia cuando ve salir al príncipe elector y a su invitado. Federico le hace una seña.

-Carlota, te presento a Guillermo de Orange, príncipe de los Países Bajos -le dice-. Creo que todavía no os conocéis. Monseñor, esta es mi hija adoptiva, Carlota de Borbón.

Agradablemente sorprendido por la belleza natural de la joven, Guillermo se inclina sobre la mano de Carlota y la mira con la encantadora sonrisa que siempre le asegura el éxito entre las mujeres.

-Señora, es un verdadero placer.

-Monseñor... - En lugar de sonrojarse y bajar la vista, Carlota le devuelve la sonrisa y le aguanta la mirada-. Me han hablado mucho de vos.

-Confío en que solo habrán sido cosas buenas.

-Eso me lo guardaré para mí -contesta Carlota con expresión pícaro.

Guillermo se echa a reír, asombrado una vez más por su espontaneidad.

-¿Habéis visitado ya el palacio? -le pregunta la joven.

-Por desgracia aún no, señora. Acabo de llegar.

-¿Y estáis libre ahora para dar un paseo por los jardines? Hace un tiempo tan delicioso... -Carlota mira con ojos interrogantes a Federico, que hace un gesto de asentimiento.

-Os ruego que lo hagáis. Monseñor, nosotros nos volveremos a hablar esta noche durante la cena.

Guillermo hace una reverencia y el príncipe elector se marcha flanqueado por los guardias que esperaban delante de la puerta.

-Sin duda hace un tiempo delicioso. Y eso que acaba de empezar la primavera -dice Guillermo mientras recorre junto a Carlota una de las largas galerías del palacio.

-Los jardines todavía están algo desnudos, pero aun así es sumamente agradable pasear en ellos. ¿Tenéis pensado quedaros mucho tiempo en Heidelberg?

-Lamentablemente debo regresar mañana a Dillenburg -le dice Guillermo, manifestando un sincero pesar en la voz.

-Debéis de estar muy ocupado. He oído hablar de vos a mi padre adoptivo. Ahora que tengo la ocasión quiero deciros cuánto os admiro. Os admiro muchísimo -recalca Carlota-. Lucháis por una buena causa. Os habéis entregado en cuerpo y alma a ella, incluso en momentos en los que otros habían perdido la esperanza.

-No me queda más alternativa.

-No -admite Carlota de inmediato-. Hay personas que en efecto no tienen más alternativa, porque su naturaleza las empuja a tomar decisiones ante las cuales otros retroceden.

De repente, su rostro denota tristeza. Guillermo la observa con atención. Ya le han hablado de esta joven, le han contado historias que al principio creyó inventadas.

-Tengo entendido que vos misma habéis conocido tiempos difíciles -tantea con precaución.

Están entrando en los jardines del palacio, seguidos, a una discreta distancia, de cuatro damas de honor. Mientras se pasean entre senderos bien delimitados, laberintos y jardines con pérgolas por las que se enredan las plantas de flores, Carlota le explica su historia.

Procede de una familia de la alta nobleza, vinculada a la casa real francesa, pero ya de joven fue encerrada en un convento. A su padre, Luis de Borbón, duque de Montpensier, no le apetecía que las posesiones de la familia desaparecieran en las dotes de sus cinco hijas. Así que casó a dos de ellas, mientras hizo ingresar en un convento a las otras tres justo después de su nacimiento. Carlota fue confiada al cuidado de su tía, que era abadesa del convento de Nuestra Señora de Jouarre.

-A los trece años hice los votos y tomé el hábito -dice Carlota en voz baja-. En aquel momento pensé que no tenía otra opción y, naturalmente, así era. Era todavía demasiado joven, debía obedecer a mi padre, y mi madre no me ofrecía ningún apoyo. Apenas la veía. Venía a visitarme una vez al año y solo me hablaba del deber y de la obediencia. No manifestaba el menor interés por mis sentimientos.

-¿Y cómo os sentíais? -le pregunta Guillermo.

Llegan a una pérgola. Las damas de honor se quedan en el sendero hablando unas con otras.

-¿Sabéis que es la primera vez que alguien me lo pregunta? -dice Carlota esbozando una tenue sonrisa-. Yo era una niña solitaria e incomprendida. Echaba de menos a mis padres. Mi mundo consistía en rezar y confesarme, callar y obedecer. No tenía ni idea de cómo era el mundo real. Pero en cuanto lo vislumbré, supe que mi lugar estaba allí. Deseaba con todo mi ser llevar una vida normal, sin la estricta regularidad del convento. Quería correr, cantar, mostrar alegría en lugar de discreción y castidad. Quería amar y formar una familia, pero a los dieciocho años me nombraron abadesa. Para entonces ya me había reconciliado con mi vida. ¿Qué otra cosa podía hacer? Para un hombre ya es difícil rebelarse contra su destino, pero para una mujer es imposible.

-Entonces, ¿os resignasteis?

-Creía que me había resignado. Hasta que oí hablar de la nueva doctrina. Antes siempre cumplía con mis deberes tal como se esperaba de mí y podría haber envejecido así. Pero la nueva doctrina me abrió los ojos, aprendí a

pensar por mí misma, a reflexionar sobre mi futuro. Era como si Dios me hubiese abierto la puerta y me invitara a mirar más allá del mundo que conocía hasta ese momento. De pronto, podía cuestionarlo todo, no solo mi vida en la abadía, sino también la religión con la que me había criado. Y entonces hui.

Está sentada muy quieta, con las manos cruzadas en el regazo, sin que su rostro delate ningún rastro de emoción. No obstante, la voz le tiembla ligeramente y Guillermo apenas logra imaginarse cuánto valor debió de necesitar para tomar esa decisión.

-Me parece increíblemente valiente por vuestra parte. No conozco a ninguna mujer que haya tenido el coraje de hacer lo que habéis hecho vos -le dice con calidez-. Pues me imagino que esa decisión provocó la cólera de vuestra familia, ¿no es así?

-Sí, en efecto. Me refugié en Heidelberg, porque sabía que Federico profesaba la nueva doctrina y acogía en su corte a los refugiados religiosos. Por supuesto, mi padre le escribió enseguida exigiendo que Federico me enviara de vuelta a la abadía. Fue el escándalo del año, todo el mundo se inmiscuía. Pero no regresé. Federico me protegió como a su propia hija y le estaré eternamente agradecida por ello.

Se hace un breve silencio.

-Yo también le estoy agradecido -dice Guillermo por fin.

-¿Porque os apoya en la lucha contra los españoles?

-No, porque se hizo cargo de vos dándome así la oportunidad de conoceros. ¿No creéis también que algunas cosas están destinadas a suceder? -pregunta mirando con seriedad a Carlota con sus ojos azules.

Por un instante, ella se siente abrumada, pero se recupera pronto y esboza la sonrisa más hermosa que él haya visto nunca.

-Sí -le dice con dulzura-. Yo también lo creo.

Guillermo habría preferido quedarse unos días más en la corte de Heidelberg, pero el deber lo llama. Al despedirse, le pregunta a Carlota si puede escribirle, y su respuesta resulta característica de su personalidad.

«No os perdonaría que no lo hicierais.»

Él sigue riendo cuando ha dejado el palacio detrás de sí. El breve encuentro con Carlota y el apoyo que le ha prometido el príncipe elector le han hecho mucho bien. Hacía siglos que no sentía tanta energía y confianza. Y con razón, pues el futuro parece muy prometedor.

Tras la toma de Den Briel, una oleada de esperanza recorre los Países Bajos.

En Francia, Luis realiza un buen trabajo estableciendo vínculos con el almirante Gaspard de Coligny, líder de los hugonotes. Con él fragua planes para iniciar una guerra conjunta contra España.

En el castillo de Dillenburg, Guillermo recibe a aliados como el noble Diederik Sonoy de Cléveris, a quien nombra gobernador de Frisia occidental, el almirante Luis de Boisot y el alcalde Pieter Adriaanszoon van der Werff de Leiden. No le traen solo noticias, sino también dinero que han recolectado entre la comunidad calvinista de los Países Bajos. De este modo, Guillermo consigue de forma inesperada los medios para formar un ejército. De inmediato se prepara para una nueva invasión. El plan es atacar el este del país, avanzar rápidamente hacia Bruselas y ocupar la capital. Los mendigos del mar tienen la misión de conquistar ciudades portuarias holandesas, mientras que Luis iniciará el ataque con el ejército de De Coligny desde el sur.

A mediados de julio de 1572, Guillermo cruza la frontera con un ejército de mercenarios, irrumpe en Limburgo y conquista Ruremunda. Allí, aloja a sus soldados entre la población, mientras él se instala en la casa vacía de un patricio huido para esperar la llegada de las tropas de Luis y De Coligny.

Los espías informan a diario de la situación en el norte, donde los mendigos del mar consiguen un éxito tras otro. En Gouda, son recibidos entre vítores, Leiden capitula en cuanto las compañías de mendigos marchan hacia la villa, y lo mismo hace poco después Dordrecht. Una semana más tarde, toman Haarlem y Gorcum sin demasiadas dificultades.

A partir de entonces, todo va muy rápido. Róterdam y Schiedam se declaran a favor del príncipe y después de algunas amenazas y presiones, Delft se adhiere al bando de los Orange. Solo Ámsterdam permanece leal al rey y se niega a dejar entrar a las tropas de mendigos.

En el sur del país, las ciudades titubean. Zutphen, Malinas y Oudenaarde cambian de bando siguiendo el ejemplo de la provincia de Holanda. Otras ciudades, como Amersfoort y Harderwijk, son conquistadas con violencia por los mendigos.

Frisia adopta en su práctica totalidad los colores rojo, blanco y azul, y solo en las torres de Groninga y Leuwarda no ondean banderas.

Sin embargo, al final, todo vuelve a suceder de forma bien distinta a lo que había planeado Guillermo. En Francia, Gaspard de Coligny es abatido, lo que da al traste con los planes de avanzar juntos. Desilusionado, el príncipe de Orange abandona Ruremunda y pone rumbo hacia Kampen. Desde allí cruza el mar del Sur hasta la Holanda rebelde, que es una de las pocas regiones que le respalda firmemente.

Durante toda la travesía mantiene la mirada fija en las olas grises, hasta que a lo lejos se vislumbra Enkhuizen.

-Monseñor, mirad.

Uno de los consejeros de Guillermo apunta hacia el puerto, que está adornado con banderitas de color naranja y otras con franjas rojas, blancas y azules. La población al completo ha debido de salir de sus casas, puesto que el puerto está abarrotado. La multitud lo aclama y lo recibe como si fuera el mismísimo Redentor.

En cuanto el buque del príncipe amarra, entonan el *Wilhelmus*. Sobre el agua, el solemne texto suena como si saliera de una sola boca. Cuando se apagan los últimos sonidos y Guillermo desembarca y cruza la pasarela profundamente emocionado, estallan aplausos que se prolongan durante minutos enteros.

También Naarden piensa en sumarse al bando de los mendigos, a pesar de que sus moradores están divididos. A mediados de agosto, llega un grupo de mendigos que exige tener acceso a la villa. Los guardias cierran a tiempo las puertas de la ciudadela, tras lo cual, las autoridades municipales envían un mensaje al tercio español de *Ámsterdam* pidiendo ayuda. Sin embargo, no todo el mundo desea que se inmiscuyan los españoles y hace tiempo que la mayor parte de los vecinos de Naarden ya no quiere saber nada del duque de Alba. A media tarde, unos cuantos habitantes sobornan a los guardias de la *Turfpoort*, la puerta sur de la ciudad, para que dejen entrar a los mendigos. Justo a tiempo, pues una compañía de soldados españoles ya ha puesto rumbo hacia la villa. Los mendigos ocupan de inmediato sus puestos en las defensas y disparan a los españoles tan pronto los tienen a tiro. A estos les basta con lanzar un vistazo a las altas murallas y las sólidas puertas, para darse cuenta de que no tiene sentido intentar entrar. Dan media vuelta y tocan a retirada, perseguidos por los gritos de alegría y un sonoro «¡Viva el príncipe!» desde

las murallas.

-Ahora, nosotros también estamos a favor del príncipe -dice Alida contenta-. Los españoles ya no podrán entrar.

A sus doce años ha vivido las escaramuzas como si se tratara de una gran aventura. ¡Los mendigos en la ciudad! Ella hubiese querido subir con ellos a las murallas. A Lidewej le cuesta mucho retener en casa a su exaltada hija. La pequeña se escabulle continuamente para ir a ver a los mendigos con su pandilla de amigos.

-Tu madre tiene razón -le dice Andries, cuando Alida va a verlo para quejarse-. La mayoría son ladrones y asesinos. No te acerques a ellos.

Está muy preocupado por sus hijas, sobre todo por Alida, pues las dos mayores se mantienen a distancia de la banda de mendigos.

-Te pellizcan en el trasero y te dicen cosas -se queja Susanna-. Hace poco, algunos de esos granujas arrinconaron a Marritgen. El herrero, Huibert Guillemosz, vio lo que sucedía, y él y su hijo la liberaron.

-¡Pero si están de nuestra parte! ¿Por qué debería tenerles miedo? - exclama Alida sin comprender.

-Son hombres -le contesta Isabella-. Y casi todos ellos, delincuentes. Antes habrían acabado en la horca, pero ahora se las dan de héroes.

-Así es -dice Andries al ver que Alida le lanza una mirada interrogante-. Están aquí solo porque los necesitamos, porque el príncipe los necesita. Pero no me fío en absoluto de ellos.

En muchos sentidos, la llegada de los mendigos no supone una bendición para la ciudad. Para celebrar la victoria, redujeron a escombros el interior de la iglesia y lanzaron a la calle lo que calificaron de «basura papista». Después exigieron a los vecinos que les dieran cerveza y comida para un banquete y empezaron una juerga que duró días enteros.

-Comprendo que muchas ciudades prefieran al duque de Alba -dice Lidewej de mal humor cuando vuelve a casa del mercado-. ¡Tuve que quitarme de encima a bofetadas a dos de esos tipos! Ni yo misma me atrevo casi a volver a salir a la calle.

-A partir de ahora ninguna de vosotras volveréis a salir solas -sentencia

Andries-. Yo iré con vosotras o si una sale, será en compañía de otra.

Acto seguido, vuelve irritado a la parte delantera de la casa, donde lo esperan sus pacientes.

-En lo que a mí respecta, esa chusma puede salir cuanto antes de la ciudad -exclama cuando ya está en el pasillo.

-Pero entonces nos las tendremos que ver con los soldados de Alba -dice Isabella.

Su amiga Jette, con la que pasa mucho tiempo, tuerce el gesto.

-En cualquier caso, son más disciplinados. Acatan las órdenes de sus superiores. No puede decirse lo mismo de los mendigos. Esos hacen lo que les viene en gana. Por cierto, ¿has tenido noticias de Joris?

Isabella mira rápidamente alrededor para ver si su madre ha oído la pregunta, pero advierte que se ha ido a la parte delantera y que ella y Jette están solas en el cuarto interior.

-No -le dice-. Debe de andar muy ocupado.

Jette asiente.

-O bien considerará que es excesivamente arriesgado viajar. Sobre todo ahora que Naarden también está a favor del príncipe. Al fin y al cabo, él es de Ámsterdam. Los que viven allí, suelen ser considerados espías.

Eso es cierto, pero al menos podría haber escrito, opina Isabella. O ¿acaso lo aplaza porque espera volver a verla pronto? La escritura no es una habilidad en la que destaque Joris. Es un as en aritmética o negociando y tratando con la gente, pero ha contratado a un oficinista para que se encargue del papeleo.

-Vendrá -dice Isabella mostrando más convicción de la que siente-. En cuanto las cosas se calmen un poco.

29

No obstante, la situación no parece calmarse. El duque de Alba resta importancia a la toma de Den Briel y a la hegemonía de los mendigos del mar sobre Walcheren, tratándolas de «pequeños contratiempos». Aun así, se queda desconcertado por la desfachatez de Enkhuizen al elegir abiertamente el bando del príncipe y la vertiginosa velocidad con la que otras ciudades siguen el ejemplo del pequeño puerto del mar del Sur.

Los vendedores ambulantes que comercian con los soldados españoles aseguran que el duque estalla en cólera cuando se entera de que la rebelión se desplaza hacia el sur.

Además, se rumorea que su salud es delicada.

Después de cuatro años en los fríos Países Bajos, la humedad le ha calado hasta los huesos y las articulaciones, lo cual tiene efectos devastadores en la gota que padece. Según dicen, apenas logra caminar erguido y le resulta del todo imposible montar a caballo.

Los rumores parecen ser ciertos, puesto que al poco tiempo llega de España su hijo Fadrique para ayudarlo. La primera misión que encarga el duque de Alba a su hijo es tomar las ciudades rebeldes con mano dura.

Malinas es la primera de ellas.

El invierno de 1572 llega pronto, pero la nieve y el hielo no suponen problema alguno para los soldados bien entrenados de don Fadrique. La perspectiva de poder saquear las ciudades conquistadas les insufla fuerza para aguantar las inclemencias del clima holandés.

Y se les concede total libertad para saquear.

La villa de Malinas ha estado unos días en manos del príncipe y será castigada por ello. Los protestantes y partidarios de Guillermo de Orange

ponen pies en polvorosa cuando se aproximan las tropas españolas, mientras que los católicos y los partidarios del gobierno se quedan en la ciudad confiando en que don Fadrique se apiadará de ellos.

Sin embargo, él no atiende a las peticiones de clemencia y la ciudad es asaltada y saqueada con una crueldad de la que todos hablan, por lo que don Fadrique espera que Zutphen, la siguiente villa en la ruta, se apresure a entregarle las llaves.

No obstante, consigue el efecto contrario, pues tras lo sucedido en Malinas, los habitantes de Zutphen no tienen ninguna intención de dejar entrar a las tropas españolas. Cierran las puertas a cal y canto y la villa es sitiada. Los vecinos se defienden con valentía a lo largo de dos días. Incluso consiguen apartar durante todo ese tiempo a los españoles del foso helado que rodea la ciudad, hasta que los asediadores encuentran una apertura en la defensa y logran saltar por encima de las murallas.

De inmediato capturan a los soldados que vigilaban el revellín, los cuelgan de los pies y los abandonan a merced del frío glacial, mientras, en toda la villa, levantan patíbulos donde, uno tras otro, los ciudadanos son sometidos a una lenta muerte por asfixia. Pero los españoles opinan que la masacre no avanza con suficiente rapidez. Ellos quieren saquear, quieren expoliar las mansiones de los ricos mercaderes. Y así pues, abren agujeros en el helado río IJssel, atan a quinientos hombres, mujeres y niños espalda contra espalda y los hunden bajo el hielo del río.

Amersfoort es tomada por el conde de Bossu, estatúder de Holanda y Zelanda al servicio del duque de Alba. Los mendigos huyen de la ciudad, los ciudadanos se entregan de inmediato al conde y el resto de la población recibe a don Fadrique como si nunca hubiesen oído hablar del príncipe de Orange.

El comandante concede a sus hombres unos días para descansar de la agotadora marcha y de las expediciones de saqueo, y después prosiguen su camino hacia el norte. Le toca el turno a la rebelde Naarden.

El 19 de noviembre, don Fadrique instala el campamento español en el cercano pueblo de Bussum y ordena a sus hombres que cerquen la villa.

Las aterradas autoridades municipales se ponen a deliberar. ¿Qué deben hacer? ¿Admitir a los españoles en la villa u ofrecer resistencia?

Los mendigos son partidarios de la segunda opción, pero el alcalde

Maarten Laurensz prefiere que no se produzca un asedio. Tras largos debates ganan los mendigos, apoyados por los habitantes de la ciudad. Las puertas permanecen cerradas, los mendigos y la milicia urbana ocupan sus posiciones en las murallas y disparan un tiro de advertencia cada vez que los españoles se acercan demasiado. Mientras tanto, de la ciudad van saliendo a hurtadillas mensajeros que atraviesan las líneas enemigas para pedir ayuda al príncipe y a Diederik Sonoy, estatúder de la Frisia Occidental libre.

Durante un día entero, la villa espera una ayuda que no llega. En cambio, los tercios españoles que rodean la ciudad reciben refuerzos.

Desde las murallas, los moradores de la ciudadela contemplan con creciente temor la llegada de las nuevas compañías. Cuando solo eran unas cuantas aún podían hacerles frente, pero esto es distinto. Un asalto a la ciudad podría tener consecuencias desastrosas.

El estado de ánimo cambia bruscamente y se insta al consistorio a que negocie con los españoles. El ayuntamiento acepta complacido la petición. Hace caso omiso de las protestas de los mendigos, que prefieren luchar hasta la muerte antes que rendirse, y envían al campamento español a una delegación integrada por el alcalde, el rector Lambertus Hortensius, el edil Gerrit Pieter Aartszoon y el baile Paulus van Loo para que negocien con don Fadrique.

Sin embargo, en lugar de acompañarlos hasta don Fadrique, los conducen hasta su oficial, Julián Romero, que los recibe con actitud indulgente. Parece dispuesto a otorgar el perdón a la ciudad, pero, para ello, los negociadores tendrán que morder el polvo. O mejor dicho, la nieve. Julián Romero exige una súplica pública delante de la puerta de la ciudad, tras lo cual deberán entregársele las llaves de Naarden. Hasta en tres ocasiones jura que no les sucederá nada a sus habitantes, siempre y cuando estén dispuestos a jurar públicamente lealtad al rey tras la rendición.

La delegación acepta todas las condiciones. Sus miembros ponen rumbo de regreso a Naarden sintiéndose esperanzados, pero no del todo tranquilos. A medio camino, el alcalde se separa del grupo murmurando una excusa sobre una visita familiar y también el baile Van Loo tiene de repente otros planes.

Unas horas más tarde, la puerta sur de la muralla se abre para dejar entrar a Gerrit Pieter Aartszoon, el único integrante de la delegación que regresa a la ciudad. Cuando empieza a avanzar a caballo por las calles, se suma a él un grupo de ciudadanos que avisa a los demás de que solo ha vuelto Aartszoon.

Los vecinos se van congregando en la plaza delante de la iglesia donde Gerrit Pieter les resume la conversación con Julián Romero.

-Si mostramos un profundo arrepentimiento y juramos lealtad al rey, no nos pasará nada -exclama desde el barril al que se ha subido-. Romero nos ha dado su palabra y es un hombre de honor.

-Entonces, ¿dónde está el alcalde? -le grita alguien-. ¿Y el baile?

Aartszoon exhala un profundo suspiro; temía que llegara esa pregunta.

-Han huido -admite.

La muchedumbre lanza gritos furiosos.

-¡Ellos tampoco se fían! -chilla Betkin, la mujer del carnicero-. Nos han abandonado a nuestra suerte. Os digo: ¡cerrad las puertas! ¡Defendámonos!

Sus palabras suscitan reacciones de aprobación entre los presentes, mientras otros parecen dudar y se consultan entre ellos.

-Las murallas no aguantarán un asalto -grita Aartszoon por encima del tumulto-. Están repletas de orificios y brechas. Bastarán unos cuantos cañonazos para derribarlas. ¿Queréis que nos suceda lo mismo que a Malinas y a Zutphen? Yo os digo: rindámonos, hagamos todo lo que nos pidan y juremos lealtad al rey. ¡No tenemos elección!

-Ojalá todo acabe bien -dice Lideweij con angustia.

Está acurrucada contra Andries en la cama armario que, en realidad, es demasiado angosta para dos personas. Prefieren pasar la noche cada uno en su propia cama, en una habitación del primer piso, pero tienen la costumbre de echarse un rato juntos antes de irse a dormir.

-Por supuesto que saldrá bien -la tranquiliza Andries, mientras la estrecha entre sus brazos cálidos y protectores-. Ya has oído lo que ha dicho Gerrit Pieter. Si las autoridades municipales se humillan públicamente junto a la puerta de la ciudad y todos nosotros juramos lealtad al rey, Romero no permitirá que sus hombres saqueen la villa.

-Ya no quedan autoridades municipales. El alcalde y el baile han huido y no se lo reprocho. ¿Qué pensará Romero cuando no los vea junto a la puerta de la ciudad?

-Hay suficientes ediles para recibirlo. Lo más probable es que Romero ni siquiera se percate de que no están.

-O sí -dice Lideweij enseguida-. Por supuesto que se dará cuenta. Quizá nos respete a nosotros, los ciudadanos, pero no sé si hará lo mismo con nuestras casas. Para mayor seguridad le diré a Alida que haga un muñeco de nieve en el patio.

-¿Un muñeco de nieve?

-Sí, para esconder dentro nuestros objetos de valor. Dinero, joyas, las tazas de plata de las niñas, todo. Hasta me he quitado los anillos, los pendientes y el collar. Nunca se sabe.

-No es una mala idea -dice Andries inclinándose hacia su esposa y besándola-. Pero no creo que sea necesario. Ya verás como mañana, después de la ceremonia, podrás sacarlo todo de ahí.

Isabella apenas se entera de la aproximación de las tropas españolas, del pánico que se desata en la ciudad y de las posteriores negociaciones. Tampoco es consciente de que cumple dieciocho años, pues está enferma. La fiebre es alta y supone para ella una amenaza igual o mayor que la llegada de los españoles. Pero está en buenas manos. Andries no se aparta de su lado y recurre a todos sus remedios para intentar que remita la fiebre. Al cabo de unos días constata aliviado que lo está consiguiendo, aunque Isabella sigue estando muy débil. Pese a que empezó a sentirse algo mejor durante las negociaciones, todavía no aguanta estar levantada todo el día.

Susanna le ha ofrecido su cama en la cocina, para que Isabella pueda aprovechar al máximo el calor y no tenga que dormir en su fría habitación de la primera planta.

-Queda totalmente descartado que vengas mañana a la ceremonia -le dice Andries con firmeza cuando Isabella se lo pide.

-Pero todo el mundo debe acudir. Después controlarán si alguien se ha quedado en casa -replica ella asustada.

-Los ancianos y los enfermos están eximidos de la obligación de asistir -la tranquiliza Andries-. Lo más probable es que tengamos que permanecer horas enteras de pie en esa fría iglesia. Nunca lo aguantarías, así que te quedarás en la cama.

-¿Estáis seguro? -Isabella no acaba de estar convencida.

-Estoy seguro. Lo pone en todas las proclamaciones que cuelgan en la ciudad.

-De acuerdo entonces.

Un mareo obliga a Isabella a tumbarse de nuevo. Una vez que está debajo de las mantas no consigue imaginarse cómo podría haberse levantado al día siguiente.

La mañana del 1 de diciembre, las pocas autoridades municipales que quedan están apostadas junto a la puerta sur. Esa noche ha caído una gruesa capa de nieve que les cubre los tobillos. A lo lejos, se acerca la delegación española a caballo, encabezada por Julián Romero.

En cuanto ven llegar al enemigo, los ediles se ponen de rodillas en la nieve y permanecen así hasta que los jinetes detienen el paso. Desde lo alto de su montura, vestido con armadura y capa de terciopelo rojo, Julián Romero escucha impávido las súplicas sin preocuparse de la lividez de los rostros mojados por los mocos y las lágrimas ni de los cuerpos ateridos, ni de que se estén quedando sin voz. Cuando capta la palabra cena, esboza un gesto altanero y les hace saber que pueden levantarse. Los miembros del consistorio obedecen y se ponen en pie a duras penas.

-¿Una cena? -pregunta Romero con parsimonia.

-Sí, noble señor. Nosotros, arrepentidos súbditos del rey, queremos ofrecerlos a vos y a vuestros oficiales una cena en el ayuntamiento. Lo hemos preparado todo, noble señor.

Julián Romero asiente para hacerles saber que valora y acepta este gesto. Lambertus Hortensius da un paso al frente y le hace entrega de las llaves de la villa. Esa es la señal para que los españoles tomen la ciudad.

En perfecta formación, cruzan el puente de madera pasando por debajo de la bóveda de la puerta, para acceder a la Turfpoortstraat. A ambos lados de la calle y detrás de las ventanas de sus casas, los ciudadanos los observan en silencio.

En un santiamén, las calles de la ciudad se llenan de mosqueteros y piqueros. Los niños pequeños se echan a llorar y se meten corriendo en casa, las muchachas ni siquiera salen a la calle, pero, por muy aterrador que resulte, no sucede nada. Al parecer, los soldados han recibido instrucciones claras y son tan disciplinados que acatan escrupulosamente la orden de dejar en paz a la población.

Mientras tanto, el capitán Romero y sus oficiales cabalgan hacia el

ayuntamiento que se encuentra en la Turfpoortstraat. El edificio es en realidad una iglesia que ya no se utiliza como tal. En la nave central, se han dispuesto unas largas mesas, sobrecargadas de platos de carne de caza, panes frescos y jarras de vino.

Julián Romero invita a los ediles a sentarse con él e insiste en que beban y coman como si fueran amigos. Ellos obedecen y toman asiento.

Se les antoja extraño estar en la misma mesa con el enemigo, pero brindan y ríen efusivamente, aliviados en lo profundo de su ser de que Naarden haya escapado a su destino.

30

Lideweij tiene un mal presentimiento. Una leve desazón se apoderó de ella en cuanto oyó en las calles el sonoro redoble de tambores con el que se convocaba a los vecinos. Una sensación que ahora, mientras se dirigen al ayuntamiento, no hace sino aumentar.

Por su parte, Andries no parece percatarse de nada. Avanza en la nieve con paso decidido. Su ritmo provoca las protestas de sus hijas, que le siguen cogidas de la mano para no resbalar.

-¡Padre! -exclama Alida-. ¡Camináis demasiado rápido! No tenemos prisa, ¿verdad?

Mira por la calle que está llena de gente. Muchas personas avanzan arrastrándose por la nieve, sin poder o sin querer apresurarse. En las calles más apartadas de Naarden sigue resonando el eco de los tambores de los pregoneros.

Lideweij se vuelve para ver el rostro de su esposo y de repente advierte, por el rictus de crispación alrededor de su boca, que tampoco él acaba de sentirse seguro con la convocatoria para que todos los habitantes de la villa se congreguen en el ayuntamiento. La manera apresurada con la que avanza Andries delata lo mucho que lo enfurece que los españoles se encuentren entre los muros de la ciudad. Una sensación que comparten muchos vecinos y amigos. Pero ahora que ha llegado el enemigo, no les queda más opción que esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Lideweij ha de admitir que los cuatrocientos soldados españoles que llenan la ciudad se comportan de forma admirable. Son educados, no molestan a las mujeres ni a las niñas, y procuran no llamar la atención. De ahí que ella no comprenda de dónde viene su sensación de malestar. Tal vez sea porque son tantos...

Lideweij se vuelve para mirar a Susanna y Alida, que se han quedado rezagadas y que se deslizan cogidas del brazo y riendo sobre la calle resbaladiza.

El ayuntamiento está ubicado en una antigua iglesia de la Turfpoortstraat, y aunque se trata de un edificio de dimensiones respetables, apenas ofrece espacio para las cuatrocientas personas que se han congregado allí. Están todas de pie, agolpadas, soplándose las manos y pataleando para entrar en calor, a la espera de lo que está por venir.

Lideweij, Andries y sus hijas siguen a la multitud y se unen a un pequeño grupo de conocidos. Después de un rato, cuando todos han entrado, se cierran las pesadas puertas de madera y, como si tuvieran que vigilar una reunión secreta, los soldados españoles toman posición a ambos lados de la entrada, en formación, con las picas apuntando orgullosas al cielo. La amenaza que desprende su presencia provoca una oleada de susurros y miradas atemorizadas entre los vecinos que esperan.

-Esto no me gusta nada -le dice Andries en voz baja a su esposa, mirando a uno y otro lado con la esperanza de encontrar algún lugar por donde poder salir.

Sin embargo, no lo hay. Las puertas están cerradas y es evidente que permanecerán así.

-¿Padre? -Susanna posa una mano sobre el brazo de su padre y lo mira con expresión preocupada-. ¿Por qué hay soldados junto a las puertas? Es como si estuviésemos encerrados.

-Lo más seguro es que solo quieran asustarnos un poco -le contesta Andries para tranquilizarla-. Dejarnos bien claro quién manda aquí. No te preocupes, cariño. Nos iremos enseguida.

Susanna asiente, pero no parece convencida y no deja de fruncir las finas cejas.

-Espero que no tengamos que quedarnos aquí durante horas -dice Alida, mientras intenta conseguir más espacio a empujones-. ¡Cuánta gente! Ya me empieza a faltar el aire. ¡Ay!

Le han pisado el pie y Alida hace una mueca de dolor, para luego aceptar la disculpa con una sonrisa apagada.

Cuando se abren las puertas de la iglesia, se interrumpen de golpe los murmullos de la multitud apiñada. Un silencio cargado de esperanza desciende

desde lo alto. Los congregados vuelven la vista como un solo hombre, confiando en ver entrar a Romero y a los ediles de Naarden. Para sorpresa de todos, el que entra es un sacerdote desconocido. Con la cabeza gacha y las manos plegadas avanza por el pasillo hacia el altar. Las puertas vuelven a cerrarse detrás de él y los presentes se miran unos a otros asombrados.

-¿Dónde está nuestro párroco? -susurra Alida a su madre.

Lidewej contesta a su pregunta encogiéndose de hombros. No es inusual que los tercios españoles lleven consigo a sacerdotes fieles al rey y a la Iglesia católica para que actúen contra la herejía. Seguramente, el clérigo les absolverá de sus pecados, aunque ella no sabría decir qué han hecho mal. A pesar de que el protestantismo se propaga con rapidez, la mayor parte de la ciudad sigue siendo católica y leal al rey Felipe. La reticencia a abrir las puertas no tiene nada que ver con la apostasía, sino con la desgana de aceptar la autoridad española. Lidewej carraspea tapándose la boca con la mano y solo entonces repara en el profundo silencio que la rodea.

El sacerdote sube al púlpito y mira a los cuatrocientos rostros alzados y expectantes.

-Hijos míos -dice, tan flojo que casi no lo oyen-, preparaos para morir y pensad en la salvación de vuestra alma. El Señor os acogerá en Su Reino y...

El resto de sus palabras se pierde tras el crujido de las puertas al abrirse de golpe. Se oye el toque de trompetas, como una señal de asalto que resuena una y otra vez entre las columnas y las vidrieras. En el portal aparece una compañía de soldados españoles armados con arcabuces y mosquetes, listos para atacar. Apuntan y soplan las mechas encendidas. Los ciudadanos que abarrotan la iglesia se vuelven asombrados, sin dar crédito a lo que registran sus ojos. Hasta que suena una orden en castellano de abrir fuego contra ellos.

Las balas impactan en la carne y en las columnas, mientras el aire se llena de pólvora. Entonces cunde el pánico, como si ese olor despertara un instinto profundamente escondido. Los que estaban al alcance de un arma yacen sangrando en el suelo; los demás se dispersan como una manada de ciervos en estampida.

En un primer momento, Lidewej apenas comprende lo que sucede. Ve gente caer y cada vez más españoles entrar en la iglesia.

Suenan disparos y luego, alguien se derrumba muy cerca de ella. Se vuelve de golpe hacia sus hijas, que buscan la protección de su padre. Andries atrae a

Lideweij hacia sí e intenta apartar a su familia de la línea de fuego, pero no es el único. La iglesia repleta ofrece poco espacio para encontrar un lugar seguro, y cuando una segunda salva acribilla a otro grupo de personas, se desata el caos. La única salida es la puerta y está cortada; en la parte trasera de la iglesia empiezan a entrar españoles armados.

Impulsados por el miedo, los que huyen se empujan, intentan pasar por encima de otros y pisotean a los que han caído. Los disparos vienen de todos lados. Lideweij mira asustada alrededor.

Es un milagro que todavía no la hayan alcanzado, puesto que a izquierda y derecha ve a vecinos y amigos caídos. Aún no ha tenido tiempo de pensar en ello cuando oye un débil grito salir de la boca de Alida. La niña se lleva la mano a la espalda, incrédula, y cuando la mira ve que está manchada de sangre.

-Me han... me han... -tartamudea, antes de derrumbarse.

Andries coge a su hija ensangrentada en brazos y alza la vista hacia su esposa. Durante dos o tres latidos, todo lo que les rodea parece detenerse y ambos se miran boquiabiertos. Andries intenta decir algo, pero en lugar de palabras, de sus labios brota sangre. Permanece aún en pie unos instantes, estrechando a Alida contra su pecho, entonces da un paso hacia delante, tropieza y cae de rodillas.

Lideweij corre hacia ellos, pero un grupo de personas que huye le bloquea el paso. Susanna la agarra del brazo y ambas se abrazan muertas de miedo.

Están rodeadas de españoles armados con picas y con espadas, que rematan con las bayonetas a todos los que aún se mueven en el suelo, mientras persiguen a los demás para cortarles el pescuezo o despedazarlos como harían con una piara de cerdos salvajes.

Unos cuantos ciudadanos ágiles intentan trepar por las paredes, pero son alcanzados por las balas y masacrados con las dagas.

La sangre salpica por todos lados.

La sangre que brota de un desconocido le da a Lideweij en el rostro. Por unos instantes no puede ver nada, por lo que tropieza y escapa por poco a un golpe de espada. En la confusión pierde a Susanna. Hace tiempo que ya no puede distinguir a Andries y a Alida debajo de los cuerpos que van cubriendo poco a poco el suelo.

Intenta evitar los golpes de espada, pero el cerco de cascos y corazas de

acero se va estrechando, tiene el cuerpo cubierto de sangre pegajosa y apenas logra dar un paso sin tropezar con un cadáver. Se agacha para esquivar los golpes, protegiéndose la cabeza con los brazos, mientras intenta llegar al centro de la iglesia para que no la arrinconen en una esquina o contra la pared. Pero los españoles vienen de todos lados y ya no hay escapatoria. De pronto, Susanna aparece en su campo de visión y Lideweij ve de inmediato una enorme herida en su hombro que hace que el brazo de su hija penda de un hilo de su cuerpo. La niña apenas parece darse cuenta de lo que le sucede. Con la mirada perdida, se acerca a su madre a trompicones y cae en sus brazos.

Se aferran la una a la otra con desesperación y entonces Lideweij siente que la invade una extraña calma. Por fin comprende que no saldrá de allí con vida y que esquivar las armas significa tan solo aplazar la ejecución, sabe que el fin llegará de todas formas y que será atroz y doloroso. Se queda inmóvil, abrazando a Susanna y saboreando cada momento que le queda con su hija. La consuela y la aparta de los sables y las picas para aplazar un poco más lo inevitable y oír su respiración, por entrecortada que sea. Entretanto, intenta cerrar los ojos para no ver los rostros, contraídos por la agonía, para no ver toda esa sangre que los une a todos.

Lideweij mira fijamente el lugar donde yacen su marido y su hija.

«Os quiero, os quiero, os quiero.»

En la cabeza se repite sin cesar este pensamiento, hasta que ve las lanzas apuntarlas a ella y a Susanna, y alzarse un puñal.

Por fortuna ambas caen al mismo tiempo, con despiadada rapidez, por lo que aún puede engañarse diciéndose que su hija tendrá una muerte rápida e indolora. A diferencia de la suya. Hasta mucho después de que se haya completado la masacre, Lideweij seguirá siendo consciente de que está tumbada sobre el cuerpo de su hija sintiendo cómo su sangre se mezcla con la de ella.

31

El frío la envuelve, invisible, pero muy presente. Se abalanza sobre ella como si la hubiese estado acechando, como un depredador que asalta a su presa.

Isabella se abraza y se acerca al hogar. Levanta con cuidado la tapa debajo de la cual se consumen las brasas sin llama. Intenta avivarlas con un atizador, pero para encender un fuego se necesita más atención y más cuidado. Quizá sea mejor que primero se vista, pues de todos modos la cocina tardará en calentarse.

Es curioso cómo el frío puede cambiar la atmósfera. Es como si los muebles y las crujientes vigas de madera de la sala se hubieran quedado anquilosados por el continuo ataque de las corrientes de aire, que se cuelan por las grietas y los huecos.

A través de las pequeñas vidrieras, Isabella ve que ha vuelto a nevar mientras ella dormía. Una capa de nieve fresca ha cubierto el amasijo de suciedad, barro y nieve del día anterior, por lo que el mundo vuelve a lucir limpio y nuevo.

Isabella se estremece. En la cama armario estaba bien calentita. Tanto, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarse. Ya se siente bastante mejor, pero no está del todo recuperada.

Se viste junto a la cama. Se pone unas gruesas medias y una falda de paño a la que se sujeta el corpiño. Con el mantón estará suficientemente abrigada. Se trenza el pelo, se pone la cofia y se calza los zapatos como siempre hace. Justo cuando se dispone a ir hacia el hogar para encender el fuego, oye gritos y pasos apresurados procedentes del exterior.

Ahora que casi todos están en el ayuntamiento y las calles han quedado vacías, el alboroto le llama más la atención. Eso, combinado con el hecho de

que haya tropas enemigas en la ciudad, impulsa a Isabella a dejar el fuego y dirigirse al pasillo con creciente preocupación.

Accede a la parte delantera de la casa y mira por los ventanales. La Sint Annastraat está vacía, pero aquí, el rumor suena más fuerte: un aullido apagado que no logra identificar. Coge la llave que cuelga de un gancho, abre la puerta y empieza a avanzar por la nieve. Arrebujada en el mantón, aguza el oído.

Oye chillidos, disparos y estruendo.

Durante unos latidos, Isabella se queda paralizada, luego vuelve a meterse corriendo en casa y cierra la puerta detrás de sí. Sube a toda prisa al desván donde están almacenadas las provisiones para el invierno.

Se encarama a los sacos de alubias y abre el postigo. La ventana no tiene cristales, así que puede asomarse.

De inmediato dirige la mirada al ayuntamiento. Las hermosas vidrieras de la antigua iglesia están hechas añicos y las llamas saltan al exterior. El humo sale del tejado, flota como una nube oscura encima de las cercanas casas de madera y se mezcla con el gris del cielo invernal.

Un grito brota desde lo más profundo de su ser, pero cuando abre la boca, solo emite un débil gemido. Isabella siente que todo le da vueltas, agarra el marco de la ventana e intenta comprender lo que está sucediendo ante sus ojos.

Mientras tanto, decenas de soldados españoles llegan corriendo a la Sint Annastraat. Abren las puertas de las casas a patadas, atrapan a los moradores que salen huyendo y los degüellan. Pasan por encima de los cuerpos para entrar e iniciar el saqueo.

Isabella los oye vociferar, ve cómo lanzan muebles por las ventanas y, después ante su espanto, personas. La mayor parte de las casas están abandonadas, pero en algunas hay gente que se ha quedado atrás y que, a juzgar por los gritos de terror, sufren una muerte terrible.

Paralizada por el espanto, Isabella deja vagar sus ojos por la calle y ve cómo los soldados españoles entran en la casa de Jette. Oye voces masculinas que braman con furia, luego un grito y un chillido sostenido. ¿Jette?

Con el cuerpo entero temblando de miedo, Isabella se aparta hasta quedarse de pie en medio del desván. No puede quedarse aquí, pero tampoco tiene sentido huir. Hay españoles por doquier, los rugidos que emiten mientras saquean y violan resuenan por toda la calle.

Isabella trepa sobre las reservas de alubias hacia el punto más alto en una esquina. Empieza a mover sacos, hasta que consigue hacer un hueco en el que meterse. Después intenta, mal que bien, volver a colocar los sacos para que la tapen. No logra alcanzar el último.

Justo cuando empieza a preguntarse cuánto tardarán en llegar, oye cómo derriban la puerta. Después, el retumbar de las pisadas en el pasillo de la planta baja, en la parte delantera y en el cuarto interior. Unas voces masculinas graves, sonidos incomprensibles, armarios que se abren de golpe. El ir y venir de botas, que suben por la escalera hasta la primera planta.

Isabella permanece inmóvil debajo de los sacos. En su mente surgen las imágenes de lo que serán sus últimos momentos, de un extraño que penetrará en su cuerpo y luego de un filo que le cortará la garganta. Saber que va a morir ahogada en su propia sangre hace que pierda por completo el miedo. Mientras muerde el mantón para que no se le escape sonido alguno, siente el líquido caliente brotarle de la vejiga y correr por el interior de sus muslos.

De pronto oye un enorme estruendo procedente de la parte delantera de la casa y la habitación interior. Se imagina a los soldados arramblando con todo y saliendo a la calle con los brazos cargados de objetos. Escucha cómo los frascos de medicamentos que su padre preparó y colocó con tanto esmero se rompen contra las baldosas y cómo los baúles y los armarios empotrados sucumben a la violencia con la que son abiertos.

Isabella cierra los ojos. En el desván hace frío. Los sacos de cereales la mantienen caliente, pero a pesar de ello no puede evitar tiritar de forma descontrolada. La posibilidad de que los españoles quieran apartar los sacos, que la descubran y la maten es tan real que se prepara en cuerpo y alma para morir.

Oye gritos en la escalera seguidos de pisadas que suben al desván. La puerta se abre de sopetón, el suelo de madera retumba. Suena tan amenazador como el redoble de tambores que precede a una ejecución.

Unos soldados españoles se pasean por el desván y lo registran. Con la punta afilada de las espadas rasgan los sacos en lo alto del montón. Las alubias se escapan y caen golpeando contra el suelo. Isabella cierra los ojos con todas sus fuerzas, como si con ello pudiera mantener alejado el peligro. Tiene todo el cuerpo crispado por el miedo, espera que en cualquier momento aparten los sacos que la cubren.

Sin embargo, los soldados deben de pensar que, en esta casa con la chimenea apagada, no hay nadie. El hecho de que no haya encendido el hogar podría salvarle la vida. Por lo visto, mover tanto saco cuesta mucho, puesto que los españoles no tardan en marcharse escaleras abajo.

Después de tanto estrépito, la casa se sume en un profundo silencio. Aunque parezca que no queda nadie dentro, Isabella no se atreve a salir de su escondite. Preferiría quedarse tumbada hasta que dejen de llegarle ruidos de la calle, pero en su viciado escondite casi no queda aire. Con cada bocanada le entra polvo que le pica la nariz y le provoca tos.

Pero salir de debajo de los sacos exige un valor del que ella carece. Significa enfrentarse a lo que sucede fuera. No hace falta mucha imaginación para saber que verá cosas que no olvidará por el resto de sus días. Si es que sale de esta con vida.

Hasta ahora ha conseguido no pensar en sus padres y sus hermanas. De alguna manera, se ha convencido a sí misma de que están a salvo, pero de pronto, el miedo y la inseguridad empiezan a debilitar su resistencia.

Por fin, cuando la calle se calma un poco, Isabella aparta el saco que le cubre la cabeza. Espera unos instantes y al ver que no sucede nada, sale de entre el montón de sacos. Trepa por encima de las reservas de alubias sin dejar de toser y jadear. Le cuesta mucho respirar. Debido al polvo que le pica los ojos, tarda en descubrir que en el desván flota un velo gris. Es como si algo ardiera.

Se arrastra hacia la ventana que da al patio, se incorpora con dificultad y se asoma afuera. Junto a ella suena un fuerte crepitar. Unas casas más allá, ve las llamas lamer las fachadas de madera. La calle entera está envuelta en el humo.

Una ráfaga de viento le sopla ceniza en la cara, las primeras chispas de las casas contiguas saltan sobre el tejado. Isabella aparta rápidamente la cabeza y se abalanza hacia el hueco de la estrecha escalera y la baja con tanta prisa que casi se cae. Justo cuando salta sobre el suelo de madera del descansillo, oye algo. Ruidos sordos en los armarios, pasos.

Hay alguien en la casa.

Isabella se queda inmóvil. Después de unos segundos se acerca de puntillas a la escalera y echa un vistazo al piso de abajo. En ese momento, en su campo de visión surge una figura con una coraza. El hombre se ha quitado

el casco dejando al descubierto sus rizos oscuros. En los pocos segundos que necesita Isabella para emprender la huida, el hombre alza la vista y la observa con el rostro cubierto de sudor y sangre.

El tiempo parece detenerse unos instantes. Los dos se miran, ambos demasiado asombrados como para reaccionar. Entonces, Isabella da media vuelta y echa a correr. El soldado sube los escalones de dos en dos y se planta arriba en un santiamén.

Cuando entra corriendo en el dormitorio de sus padres, está a punto de desnucarse al tropezar con los trastos que los soldados han dejado tirados por el suelo. No ve nada que pueda utilizar como arma, nada con lo que poder defenderse. De todos modos, no le serviría de mucho contra un hombre con un puñal.

Se abalanza hacia la ventana. Está atascada y tiene que dar varios tirones antes de poder abrirla. Cuando lo consigue, el soldado ya está en el vano de la puerta.

La ve forcejear con la ventana, y entra en la habitación. Isabella echa un vistazo por encima del hombro, consigue abrir la ventana de un golpe e intenta salir.

El español se planta a su lado en dos pasos y tira de ella. Ella intenta soltarse, pero se cae de espaldas sobre el suelo. Cuando mira arriba, ve dos ojos oscuros en una cara crispada y sudada. El rostro de alguien totalmente desbocado y en un estado de delirio guiado únicamente por sus bajos instintos.

Sabe que no tiene sentido suplicar. Contempla indefensa cómo el soldado se desabrocha el cinturón, los cordones del jubón que sujetan sus calzas bombachas y cómo deja el puñal en el suelo, al alcance de la mano.

Isabella intenta incorporarse hasta quedar sentada, arrastrándose hacia atrás, pero el español se tira sobre ella acabando así con cualquier posibilidad de huida.

La idea de la muerte y la imagen de un puñal degollándola le infunden tanto temor, que Isabella apenas experimenta el horror de lo que le está sucediendo. Su espíritu se desconecta, concentrado por completo en el instinto de supervivencia.

Mientras su cuerpo soporta el golpeteo, el dolor y la humillación, ella no puede sustraerse al miedo a morir.

Mueve los ojos de forma incesante de izquierda a derecha, buscando una

posibilidad para escapar una vez haya acabado todo, antes de que el afilado acero del puñal le corte la garganta. Lo único que le permite aguantar los peores minutos de su vida es pensar más allá de este momento, fingir que ya lo ha dejado atrás.

Bajo el peso del español, Isabella siente que le falta el aire y se da cuenta de que también él tiene dificultades para respirar. Ve lo que él no puede ver: el humo que sube por el hueco de la escalera y que entra en la habitación flotando como una nube. Dentro de poco, los rodeará y los asfixiará.

Pero el español casi ha acabado: la embiste por última vez y se corre en su interior, para luego quedarse tumbado sobre ella jadeando. Isabella no se atreve a moverse, aunque el olor a sudor le resulte casi insoportable y la parte inferior del cuerpo le duela tanto que no soporta tenerlo dentro ni un segundo más.

Él se incorpora y la mira, mientras las gotas de sudor caen de su frente sobre la cara de Isabella. ¿Está pensando en lo que hará con ella o solo se toma su tiempo? No hace ningún ademán de coger el puñal. Vuelve a meterse el sexo en las calzas bombachas y empieza a atarse los cordones, mientras permanece sentado entre las piernas de Isabella, sobre sus enaguas, impidiéndole cualquier movimiento.

Ella querría poder bajarse las faldas. Pero ¡qué más da! Lo que temía ya ha sucedido y dentro de poco yacerá aquí, bañada en su propia sangre. Y, entonces, ya nada importará. Ve arder las vigas encima de su cabeza. No debería extrañarle que el fuego se expanda tan rápido y, sin embargo, no puede evitar asombrarse. Nunca había vivido un incendio, nunca había visto lo poco que hace falta para que se propague. Las llamas han encontrado su casa paterna, llenan las habitaciones de humo y barren el techo.

De pronto, el español se percata de que tiene que largarse de ahí. Se aparta de Isabella, alza la vista y en ese preciso instante una de las vigas se viene abajo. Le sigue una segunda que le golpea la cabeza y le hace caer.

De inmediato, las llamas le queman la espalda. Él se retuerce gritando y consigue apagarlas, pero la primera viga ha prendido fuego a las faldas, las cofias de encaje y las cintas que están en el suelo, por lo que su jubón también se inflama. Una tercera viga se derrumba bloqueando el vano de la puerta y el español se arrastra hacia ella envuelto en llamas.

Isabella está demasiado ocupada apagando el fuego que devora sus faldas.

Las golpea con una manta, pero tiene que parar debido a los intensos accesos de tos. El humo es tan denso que ya casi no ve al español. No obstante, lo oye, puesto que sus gritos superan el crepitar del fuego.

Isabella busca a tientas la ventana, la abre de un empujón y se cuelga por la apertura. La piel empieza a dolerle en los lugares donde las llamas han consumido las faldas.

Contiene la respiración, consigue pasar el cuerpo por la estrecha ventana y se lanza al vacío a ciegas. Durante un vertiginoso instante se siente ingravida, como si fuera a flotar siempre entre el cielo y la tierra. Después, su cuerpo da contra el suelo y el aire sale expulsado de sus pulmones.

Durante un tiempo no siente nada. Yace sin aliento en la nieve, preguntándose asombrada dónde está el dolor. Entonces llega, aunque no es tan intenso como ella temía, pues la gruesa y fría manta de nieve ha amortiguado la caída.

El patio está en calma. Aquí no hay soldados españoles, solo árboles que gotean. Debido al calor del fuego, la nieve amontonada en sus ramas se está fundiendo. El agua cae sobre Isabella y la empapa. La nieve sobre la que descansa se cuelga entre las capas de ropa y el frío le entumece la piel, mientras el fuego crepita y las casas se derrumban al tiempo que crujen sus vigas.

Isabella se levanta con suma lentitud y comprueba con cuidado si sus miembros responden. Todo parece seguir funcionando.

Se cubre con el mantón empapado, como si este pudiera aún darle algo de calor. Por primera vez en su vida no sabe qué hacer. No parece tener opciones. No puede quedarse en el patio, pero tampoco se atreve a salir a la calle.

Tiene que abandonar la ciudad cuanto antes, pero primero quiere saber qué ha sido de sus padres y de sus hermanas. La iglesia se encuentra detrás de la Sint Annastraat, llegará allí enseguida. Sin embargo, algo la retiene, un presentimiento que se ve confirmado por el hedor de carne quemada que emana de la villa. En una ocasión ya olió ese nauseabundo olor. Oyó la sangre chirriar y evaporarse en las llamas, vio lo que hacía el fuego con el cuerpo de una persona. Pero entonces era una sola, ahora son cientos, y el olor que desprenden cubre la ciudad como una manta gruesa y apestosa.

Le cae encima una lluvia de chispas e Isabella se apresura a retroceder unos cuantos pasos. Mientras se tapa la boca con el mantón, observa cómo las

llamas salen de la casa paterna. El ardor del incendio le calienta el cuerpo aterido y le seca un poco la ropa, como si la casa se despidiera de ella ofreciéndole su calor una última vez.

Isabella da media vuelta y se abre paso por la nieve que cubre los senderos de adoquines y el huerto. Mientras se recuperaba de la fiebre en la cama, oyó que su madre daba instrucciones a Alida para que hiciera un muñeco de nieve en el que pudieran guardar los objetos de valor. Alida lo hizo enseguida.

El muñeco de nieve está medio derretido debido al calor que desprende la casa incendiada e Isabella solo tiene que darle unas cuantas patadas para que se desmorone. Entre los restos saca un pequeño cofre.

Lo abre y esconde las monedas en las medias, el corpiño y la cofia, después se pone las joyas -pendientes, pulseras y anillos-, y por unos instantes se pregunta qué hacer con las tres tazas bautismales. Al final, decide convertir su mantón en un petate en el que esconde las tazas.

Aunque apenas puede sustraerse a la tentación de abandonar cuanto antes la ciudad, comprende que sus probabilidades de sobrevivir serán muy superiores si espera a que oscurezca. No tiene ni idea de cuándo caerá la noche, pero, bajo el cielo gris y las gruesas columnas de humo que se elevan por encima de los tejados, la ciudad ya está en penumbras.

Aparta la nieve del viejo banco de piedra en el que se sentó al sol durante tantos años, mientras hacía remiendos y pasaba el rato hablando con sus padres o sus hermanas.

Isabella permanece acurrucada, inmóvil, deleitándose en el calor de la casa en llamas. Todavía no se ha derrumbado, pero ya queda poco de ella. Una empalizada calcinada, una humeante carcasa de algo que, durante tanto tiempo, fue un hogar seguro.

Se le hace extraño pensar que en todos esos años haya llorado por las cosas más insignificantes, mientras que ahora no brota ni una sola lágrima de sus ojos. Ni siquiera tiene que esforzarse por reprimirlas, pues simplemente no tiene. Lo único que siente es un obstinado desconcierto por lo que le ha sucedido, por lo que le ha ocurrido a la ciudad.

De una forma vaga y difusa se da cuenta de que el mundo que conocía ha desaparecido, pero por lo pronto no se permite adquirir conciencia de la magnitud de esa idea. Es demasiado grande, demasiado incomprensible.

32

Las calles de Naarden ofrecen un espectáculo desolador. El final de este día de invierno es lo bastante oscuro como para brindar protección, pero la escasa luz que hay basta para que Isabella no pueda ignorar las atrocidades que la rodean.

Avanza entre humeantes escombros por una ciudad que apenas reconoce. Aunque intente apartar la mirada de los cuerpos apilados, aunque baje los ojos, no hay ni un solo momento en que no se sobresalte o se asuste. La capa de nieve caída por la tarde está impregnada de sangre. Largos rastros de gotas conducen a enormes charcos que la nieve ha absorbido y que ofrecen un macabro contraste con el blanco ya escaso.

En medio de la calle yacen los cuerpos mutilados de personas a las que ella conocía y que se arrastraron en un intento por quedar fuera del alcance de los últimos y destructores espadaos. Hay jóvenes, viejos y niños, los españoles no han perdonado a nadie. En la calle, encuentra incluso cuerpecitos de bebés que, bien arrojados, han arrojado por las ventanas.

Mientras avanza por la Turfpoortstraat, Isabella se pega a las fachadas calcinadas de las casas que todavía están en pie. A lo lejos oye el alboroto de borrachos cantando, pero en las calles no se ve ni un alma. Ya no queda nada que robar o quemar, ya no hay mujeres a las que violar y degollar, ni hombres a los que abrir en canal.

Desde una distancia advierte que queda poco de la iglesia. El tejado en forma de cúpula, que esta mañana descollaba orgulloso por encima de las cubiertas de tejas y paja de la ciudad, ha quedado reducido a unas paredes ennegrecidas. Las puertas de acceso cuelgan carbonizadas de las bisagras.

Entre los restos de los derruidos muros, Isabella vislumbra lo que sucede en su interior. Lo que ve es un gran cementerio negro. El calor del fuego no fue

suficiente para reducir a las víctimas a ceniza. Repartidos por las losetas cubiertas de hollín, hay apilados cientos de cuerpos negros y deformados.

Desprenden un olor que no puede compararse con nada. El hedor le llena los orificios nasales y la ceniza se introduce con cada bocanada de aire que llega a sus pulmones. Isabella se cubre el rostro con el mantón húmedo, pero también su ropa está impregnada de la hediondez.

Por primera vez se le pasa por la cabeza que puede ser la única superviviente de su familia, incluso de la ciudad, pero rechaza de inmediato ese pensamiento. La idea de que sus padres, Susanna y Alida se encuentren entre los cadáveres es demasiado horrible para admitirla.

Es imposible que los españoles hayan asesinado a toda la ciudad. Tiene que haber supervivientes, personas que de uno u otro modo se han salvado, como ella. Su madre desconfiaba de la reunión en la iglesia. Bien podría ser que, en el último instante, decidieran no entrar. La puerta sur está al final de la calle, así que desde aquí podrían haber conseguido salir de la ciudad.

Isabella es consciente de que se está engañando, pero ¿qué otra cosa puede hacer? Mientras no haya visto los cuerpos de sus seres queridos, existirá la posibilidad de que aún estén con vida. Esa pequeña esperanza es lo que la mantiene en pie. Le da fuerzas para reflexionar sobre la manera de abandonar la ciudad.

Queda totalmente descartado huir pasando por la puerta sur, pues los españoles entran y salen por allí. Tal vez el otro lado de la ciudad esté más tranquilo, aunque sigue siendo muy arriesgado acercarse a las puertas de la ciudad.

Se pone en camino, pegándose siempre que puede a las fachadas medio derruidas de las casas. Evita el barrio alrededor de la Iglesia Mayor, donde se encuentran la mayoría de los mesones y de las posadas, y desde donde le llega el bullicio de los españoles. La mayoría debe de haber abandonado la ciudad, de vuelta al acantonamiento donde pueden celebrar, descansar y repartirse el botín. A fin de cuentas, esta necrópolis ha perdido su atractivo para ellos.

Isabella camina lo más rápido que puede sin levantar los ojos, pero frena cuando tuerce la esquina de la Cattenhagestraat. Decenas de cuerpos le obstruyen el paso. Están tirados de cualquier manera, amontonados, como la basura en un descampado.

Al otro extremo de la calle oye voces. Unos hombres vienen en su

dirección. Arman jaleo, hablan en español y se tambalean al caminar.

El espanto se apodera de Isabella y la clava al suelo. ¿La han visto o aún está a tiempo de retirarse? No, no puede correr el riesgo de que la vean marcharse.

En un reflejo se deja caer, y acaba medio en la nieve y medio sobre los cuerpos. Está helada de frío, pero no es nada comparado con lo gélidos que están sus conciudadanos. Es como si se abrazara a estatuas de piedra.

Se repite que son efigies y no los cuerpos de personas que vivían su vida y hacían su trabajo preocupadas por las tropas españolas que rodeaban los muros de la ciudad, pero sin sospechar lo que les deparaba el destino. Sin embargo, la sangre en sus cabellos, sus dedos crispados por la agonía y sus rostros distorsionados por el dolor le impiden imaginarse las cosas de otra manera. Entre ellos debe de haber muchos vecinos y conocidos suyos, pero están tan desfigurados que no logra reconocerlos.

Los españoles se acercan. El sonido de sus voces es cada vez más claro, se convierte en palabras y frases, hasta formar una conversación que ella no comprende.

Isabella casi no se atreve a respirar por temor a que el menor movimiento o el más leve sonido llame la atención de los hombres. Por segunda vez en poco tiempo, siente muy cercana la muerte. Sobre todo cuando, al pasar, uno de ellos le roza la cabeza con la bota. El susto que eso le provoca le hace vibrar todo el cuerpo.

Está segura de haberse movido, pero bien pensado eso no tiene nada de extraño cuando uno golpea contra algo. Los soldados siguen su camino, sus voces se desvanecen, doblan la esquina y la calle vuelve a quedar sumida en el silencio.

Con toda la fuerza de voluntad que es capaz de reunir, Isabella obliga a sus músculos a ponerse en movimiento. Mientras se incorpora, evita mirar los cuerpos. No quiere ver caras, ni reconocer a nadie, no quiere recordar nada. Con el rostro apartado, se santigua y echa a correr a trompicones.

Por supuesto que sus padres y sus hermanas han escapado a la muerte. Quién sabe cuántos vecinos de Naarden están huyendo en estos momentos de allí. Que no los vea no quiere decir que no estén. Al igual que ella, evitarán las puertas de la ciudad y buscarán un lugar donde poder trepar por el muro

para así huir sobre los canales helados sin ser vistos.

Escondida entre las sombras de las murallas, Isabella avanza en dirección a la Kloosterstraat, el lugar más apartado de la ciudad, donde se encuentra el convento de Santa María. Lo conoce bien, puesto que allí acudió durante años a la Escuela de Latinidad que forma parte del complejo de edificios. El convento está pegado a la muralla y cuenta con un portal que las hermanas franciscanas utilizan para ir al huerto que tienen fuera de la ciudad. Es su oportunidad de escapar de Naarden sin ser vista.

Mientras se apresura a recorrer las oscuras calles, ve desde una distancia que el convento se ha salvado de la quema. En este momento debe de ser el único edificio que no arde en llamas, aparte de la iglesia. Al menos, los españoles han respetado eso.

La pesada puerta de doble hoja con herrajes está abierta de par en par. Todo parece tranquilo, no se ven españoles y, no obstante, Isabella siente un ligero escalofrío recorrerle la columna. No puede quedarse aquí en la nieve, envuelta por el humo cada vez más denso, y si quiere llegar hasta el portal no le quedará más remedio que entrar en el convento.

Con paso indeciso, se acerca a la puerta y entra de puntillas en el zaguán. Desde allí accede al vestíbulo y se detiene abruptamente. Si el vestíbulo es un preludio de lo que ha sucedido en el resto del edificio, no quiere dar un paso más.

En algunos nichos de las paredes titila la llama de una vela, apenas capaz de apartar la oscuridad. El resto de la luz procede del fulgor del fuego que consume las casas al otro lado de la calle. Las llamas proyectan un brillo encarnado en el zaguán e iluminan los cuerpos como una escena del infierno. Alrededor, todo son cadáveres.

Isabella se esfuerza por no verlos, pero no tiene nada más en lo que poner la mirada. Permanece inmóvil y solo mueve los ojos. Aunque no vislumbra más que parte de la apocalíptica escena, es suficiente. Mire donde mire, encuentra la misma historia.

Las numerosas puertas de madera que dan al vestíbulo están abiertas y muestran el drama que se ha consumado aquí. Por terrible que sea, todo el mundo sabe que en tiempos de guerra cabe esperar que se saqueen las casas de ciudadanos. Pero que un convento, que encima profesa la fe que viene a defender el enemigo, sea profanado de esta manera, cuestiona todo aquello en

lo que Isabella ha creído a lo largo de su vida.

No logra comprender por qué los españoles no han prendido fuego al convento, pues si se han abstenido por respeto hacia el sagrado edificio, ella se pregunta cómo se concilia eso con el horror que han perpetrado entre sus muros. Las monjas maltratadas, violadas y asesinadas yacen medio desnudas en el suelo, bañándose en su propia sangre, abiertas en canal, con los intestinos fuera.

La sagrada quietud que normalmente rodea las arcadas y las vigas maestras ha dado paso al silencio de la muerte, roto únicamente por la respiración fatigosa de Isabella y el chisporroteo del fuego al otro lado de la calle. Un intenso resplandor ilumina los charcos brillantes y oscuros que cubren el suelo.

Isabella siente un escalofrío cuando se pone en movimiento procurando evitar los charcos. Cada paso es una confrontación; cada aliento, una disculpa a las mujeres que la rodean, por tener que verlas tan desnudas, a ellas que tanto se esforzaron en subordinar su cuerpo a su espíritu.

Pasa por encima de ellas y deja atrás el refectorio, que se encuentra a la izquierda. La puerta en la parte trasera del vestíbulo da acceso al pequeño despacho de la abadesa, la puerta contigua, a un largo pasillo que conduce a las demás habitaciones. Una de ellas es el cuarto de la colada. Las monjas que estaban ordenando la ropa recién lavada han encontrado un suave lecho de muerte entre las sábanas y los hábitos.

Isabella se santigua, les da la espalda y empieza a buscar en las cestas. Las franciscanas se dedicaban a cuidar de los enfermos y a acoger a los pobres, por lo que siempre necesitan ropa adicional. Isabella saca de las cestas toda la ropa de abrigo que encuentra y se pone una prenda encima de la otra. Cinco pares de medias, tres faldas, una camisa, un jubón y un manto que ya está raído, pero que le será útil. No tiene agujeros y la capucha es lo suficientemente grande como para protegerle el rostro de las heladas nocturnas.

Isabella sale bien abrigada del cuarto y se dirige a la cocina. Aunque allí tampoco queda ni un alma, ella no se entretiene. Coge algo de comida que ha quedado sobre la mesa -un pedazo de queso y algunos trozos de pan- y se lo mete en el petate.

De pronto, oye unas fuertes voces procedentes del exterior que se acercan

rápidamente.

Sale corriendo por la puerta de la cocina, la cierra tras de sí y busca la oscuridad del patio del convento. Cruza corriendo los primorosos jardines de hierbas medicinales, rodeados de arbustos de boj, hacia el final de jardín, hacia la portezuela. Detrás se encuentra la calle: no es más que una senda de tierra, pero está limpia de nieve porque conduce al portal en la muralla de la ciudad.

Solo dos hermanas han logrado alcanzar el portal que ahora está entreabierto. Sus cuerpos se hallan justo detrás, horriblemente mutilados por los golpes de espada. A una de ellas le falta un brazo, que se encuentra a su lado en la nieve.

Isabella se la imagina con el brazo alzado protegiéndose el rostro temeroso, y el golpe rápido de la espada como reacción a este gesto indefenso.

Mientras avanza bajo el portal arqueado y atraviesa corriendo el puente levadizo tendido sobre el canal helado, es consciente de traspasar un límite. No solo la frontera que la llevará al otro lado del foso, sino también una en lo profundo de su espíritu. Con cada paso sordo, amortiguado por la nieve y la madera, deja atrás un pedazo de sí misma. Lo percibe claramente y, mientras lucha por abrirse camino en la nieve que le llega hasta las rodillas, se pregunta qué quedará de ella una vez haya dejado atrás Naarden.

33

Si se da prisa, mañana por la mañana podrá estar en Ámsterdam. Seguramente llegará mucho antes de que abran sus puertas, pero puede esperar en una de las muchas posadas que hay en torno a la ciudad. Por supuesto también podría pararse en Muiden y buscar una cama para descansar, pero no teme viajar de noche durante largas horas.

A Isabella no le asusta tener que medir fuerzas con la nieve y el frío. Lo que la mantiene en movimiento es la soledad de la noche, las dudas que la asaltarían en una cama extraña y la incertidumbre sobre la suerte de sus seres queridos. Eso es lo que la impulsa a seguir adelante, a cruzar los campos nevados, alejándose de Naarden. Ha salido de la ciudad por el lado norte y eso le viene bien puesto que allí se encuentra el camino que lleva a Ámsterdam. El ejército español está acantonado en Bussum, al sur de Naarden.

Isabella sigue la vía empedrada que bordea el lago de Naarden, aunque apenas puede ver por dónde anda debido a la oscuridad y la nieve que ocultan la calzada. Los senderos y caminos están sepultados bajo una gruesa capa blanca, que resalta débilmente en la noche. Lo único que propaga algo de luz son las estrellas en el firmamento y la ciudad en llamas a sus espaldas. El infierno proyecta un resplandor sobre el entorno e ilumina la nieve, por lo que los cristales de hielo brillan como si estuvieran inflamados.

Isabella mira una sola vez por encima del hombro, después sigue avanzando rápido, pues teme que afloren las emociones que hasta ahora ha sabido controlar con mano firme.

Quiere mantener el ritmo, caminar a grandes zancadas. Con cada metro que avanza, deja tras de sí los horrores de la tarde. Y también la ciudad que ha amado, sus amigos, sus vecinos y su juventud. Le ha dado la espalda, y

volverse a mirar cómo se consume sería difícil de soportar. Por grande que sea la tentación, no puede hacerse esto. Se siente como la mujer de Lot, convertida en una estatua de sal al volver la vista para contemplar la destrucción de Sodoma desatendiendo la prohibición de los ángeles de Dios.

En estos momentos, convertirse en una estatua de sal no le parecería tan mal, si no existiera la posibilidad de que sus padres y sus hermanas también estuvieran avanzando por la nieve. Con que haya sobrevivido tan solo uno de ellos ya le basta para no darse por vencida.

A lo largo de la noche son muchos los momentos en los que está a punto de rendirse. Nada se mueve en el crepúsculo, como si toda la humanidad hubiese perecido junto con Naarden. En las largas y solitarias horas durante las que lucha por abrirse camino en la nieve, se siente abandonada por Dios y por todos.

Brotan las primeras lágrimas que se hielan en sus mejillas, pero Isabella se obliga a reaccionar. Llorando malgastarás fuerzas y perderás sal, se dice. Ya empieza a detectar un irrefrenable deseo de descansar, de tumbarse en la nieve y entregarse al cansancio. Pero se mantiene en movimiento porque sabe que el esfuerzo de levantarse sería excesivo, que sufriría hipotermia y moriría allí mismo.

Cada paso que da después de sacar el pie de la nieve que le llega hasta las rodillas es una victoria. Es un paso hacia la seguridad, hacia una vía transitable. Podría pedir refugio en una granja o tomar el camino que lleva a una aldea, pero hay muchas probabilidades de que allí hayan acampado guarniciones españolas, así que sigue caminando.

Rodea el lago de Naarden, cuyos contornos se adivinan gracias a los helados cercos de cañas que bordean la orilla. Podría cruzar el lago helado, pero tiene miedo de que el hielo no aguante su peso y la engulla un agujero.

En un momento dado, trepa a un pequeño dique y, allí, la nieve le llega tan solo por encima de los tobillos. Le invade la alegría al ver un camino, una senda transitada que ha sido pisoteada y endurecida por muchos pies, herraduras y ruedas de carros.

Un letrero indica la dirección a Muiden. Isabella toma ese sendero e intenta controlar el castañeteo de sus dientes. Tiritar es bueno, pues es señal de que el cuerpo intenta calentarse. Solo debe preocuparse si todo se paraliza, si los miembros se quedan en reposo, pues sabe que entonces no tardará en

caer de rodillas y en abandonarse.

Le preocupan sus pies, que nota entumecidos e insensibles y que arrastra como dos pesados bloques. La temperatura baja de forma perceptible y el frío inicia el ataque contra las partes descubiertas y mal protegidas de su cuerpo. El castañeteo de sus dientes es tan intenso que le duelen las agarrotadas mandíbulas.

Pero Muiden ya no está lejos, solo tiene que desplazar los pesos muertos debajo de sus piernas y tomar algunas curvas en el camino y verá aparecer las murallas de la ciudad y el castillo de Muiderslot.

Cuando por fin llega el momento, también ve un mesón. Se halla junto al camino, como un faro de luz en medio del frío y la oscuridad. Hace tiempo que ha descartado su plan de seguir de un tirón hasta Ámsterdam.

Al borde de la extenuación, Isabella se acerca al mesón dando traspiés. Los postigos están cerrados, por lo que no puede ver si está muy lleno ni qué tipo de gente hay en su interior, pero qué más da: de todas formas, no puede permitirse ser quisquillosa sobre el lugar donde va a pasar la noche.

Se apoya en la puerta, y sus manos ateridas luchan por mover el picaporte. Consigue bajarlo con el puño y luego entra en el establecimiento. El calor y el humo del tabaco salen a su encuentro y el olor se le sube a la cabeza y la marea.

Todos los presentes alzan la cabeza, asombrados por su inesperada llegada y el repentino frío que trae con ella. Isabella cierra la puerta que se ha abierto de golpe y se vuelve. En el mesón se ha hecho un profundo silencio, todos la miran.

Ahora adquiere conciencia del aspecto que debe de ofrecer con sus capas de ropa empapada. Los bajos de su falda están manchados y, pese a que la nieve ha arrastrado consigo gran parte de la suciedad, siguen estando impregnados de sangre.

Sin saber qué actitud adoptar, Isabella recorre con la mirada la sala llena de mesas y sillas, hasta que repara en el fuego de la chimenea, que la atrae y la repele al mismo tiempo. En el mesón no hay muchos huéspedes y, no obstante, la sala parece abarrotada de rostros curiosos que la miran fijamente, como si hubiese entrado desnuda. Ella se queda quieta, incapaz de salvar el imponente vacío que la separa de la lumbre.

El mesonero acude en su ayuda. Se acerca a ella y le habla, aunque

Isabella no logra captar sus palabras. Lo único que observa es un rostro fino y amable y el fuerte olor a bebida y cebolla que lo envuelve. Él le pregunta algo, sin embargo, en su estado de extenuación total, ella apenas tiene fuerzas para contestarle. Solo logra pronunciar una frase:

-Vengo de Naarden.

Los ojos grises delante de ella cambian de expresión. La preocupación se transforma en claro temor, el mesonero incluso retrocede. Los huéspedes que rodean a Isabella se levantan derribando las sillas y empiezan a hablar unos con otros. Ella ve sus bocas abrirse y cerrarse, mientras sus palabras revolotean por la sala. No capta más que sonidos y no logra deducir cuál es la causa de tanta agitación. Le parece normal que les conmueva lo que les acaba de anunciar, pero hay algo más que le provoca un frío hormigueo de temor. Antes de que consiga averiguar de dónde procede esa sensación, sus rodillas se dan por vencidas y renuncian a seguir soportando su peso. Flaquean, sus piernas ceden y ella se desploma sin nadie que la sujete. Recobra fuerzas con una copa de vino caliente con canela entre las manos. La han sentado en una silla junto a la lumbre, ha notado unos golpecitos en la mejilla mientras alguien decía que no tenía ni pizca de color. Poco a poco, se va recuperando gracias al calor del fuego y del vino tinto, que la caldea por dentro.

-¿Os sentís mejor? -le pregunta el mesonero, que está inclinado sobre ella, con las manos apoyadas sobre las rodillas, y la mira como si temiera que hubiera perdido el juicio-. Nos habéis dado un buen susto. ¿Decís que venís de Naarden?

-¿Acaso no lo veis? -pregunta en voz baja una mujer; un rostro compasivo enmarcado por una cofia y rizos castaños-. Mirad su ropa, está cubierta de sangre.

-¿Qué ha pasado exactamente? Hemos oído que no había supervivientes. La ciudad completa está en llamas, el resplandor del fuego es visible a leguas a la redonda. ¿Cómo habéis podido escapar? -pregunta un hombre mayor que se encuentra entre los que la rodean.

-Dejadla en paz. ¿Creéis en serio que os va a contar toda la historia? -dice indignada la mujer de la cofia y el pelo castaño-. Mesonero, traed algo de comida. Algo nutritivo, nada de caldo. Esta pobre muchacha tiene que recuperar fuerzas. Los gastos corren de mi cuenta.

-Los gastos no son el problema -le contesta él con un gruñido-. Los

españoles, esos son el problema. Le daré algo de comida que pagará ella, pero de una cama ni hablar. Si los españoles se presentaran de improviso...

-Esos ya no vendrán a estas horas. Mirad afuera: hay una tormenta de nieve -dice una potente voz masculina-. Es vuestro deber cristiano dejar que esta joven pase la noche aquí.

Todos le dan la razón, si bien algunos titubeando.

-Don Fadrique está en Bussum ¿verdad? -pregunta Isabella con un hilo de voz-. ¿O ha desplazado a su ejército hasta aquí?

Mira a un lado, al hombre de la voz potente. Es alto y moreno, y tiene un rostro que resulta atractivo, pese a su gesto adusto. Le contesta negando con la cabeza.

-Siguen en Bussum. Pero don Fadrique ha enviado mensajeros con el comunicado de que todo aquel que ofrezca cobijo a los refugiados de Naarden será castigado con la muerte.

Isabella comprende ahora el temor de los presentes. No obstante, nadie parece dispuesto a echarla.

-Debemos quemar cuanto antes esa ropa -dice la mujer haciendo gala de sentido práctico-. Ven, vamos arriba, allí podrás desvestirte.

Ayudada por la mujer, Isabella sube la estrecha escalera con paso vacilante. En un pequeño cuarto se quita la ropa ensangrentada y se la entrega.

-La camisa y el jubón están limpios, pero necesitas otra falda -le dice la mujer-. Tengo algo que te irá bien, voy a buscarlo.

Sale de la habitación con el fardo de ropa. Poco después regresa con una falda marrón sencilla, pero gruesa.

Isabella le ofrece la moneda que llevaba escondida en el forro de la cofia, pero la mujer se niega a cogerla.

-No pensarás en serio que voy a aceptar dinero de alguien que acaba de perder todo lo que tenía. Ni hablar. Guárdatelo para cosas más urgentes. -Le dice mirándola con afecto-. Ahora duerme, querida niña. Tienes pinta de necesitar un buen descanso.

Habría sido de esperar que en cuanto cerrara los ojos la asaltaran imágenes aterradoras, sin embargo, Isabella está tan cansada que se queda dormida de inmediato. Se despierta mucho antes del alba. Abre los ojos de par

en par, con la mirada clavada en las vigas de un techo que le resulta extraño.

Permanece tumbada de espaldas sin moverse. Los recuerdos empiezan a penetrar con cuentagotas en su conciencia como un veneno y se le acelera el corazón. La única manera de acabar con ello es levantándose deprisa y concentrándose en el día que está a punto de empezar. Comprueba que la ropa está seca y se viste. De la planta baja le llega el rumor sordo de barriles que ruedan por el suelo, eso significa que el mesonero ya está levantado y que ella puede bajar, aunque todavía no haya amanecido.

Isabella desciende con cautela la estrecha y empinada escalera, y entra en la sala. Allí, una criada se esfuerza por avivar la lumbre con un fuelle, de la cocina sale el olor del tocino y el pan recién horneado.

Aunque es la primera en bajar, apenas se ha sentado cuando llegan más huéspedes. No hablan mucho, la mayoría ni siquiera tienen tiempo de comer o beber algo, y se marchan de inmediato.

-Todos quieren irse antes de que lleguen los españoles -le dice el mesonero mientras pone delante de Isabella un trozo de pan con queso y una jarra de cerveza ligera.

-¿Pasarán por aquí? -pregunta Isabella intranquila.

-Hay muchas probabilidades de que lo hagan. Ámsterdam es leal al rey, don Fadrique ha establecido allí su cuartel general. Sí, seguro que pasarán por aquí. Debéis apresuraros.

Es evidente que el hombre tiene miedo de la cólera que descargarán sobre él los españoles si descubren en su mesón a una refugiada de Naarden. Ni siquiera siente curiosidad por lo acontecido allí. Por lo visto se lo imagina y lo único que quiere es que ella se marche cuanto antes.

Isabella acaba pronto de desayunar. En cuanto está lista, se acerca a la barra para pagar. En ese momento, baja el hombre alto y moreno que la noche anterior impidió que la echaran del mesón. La saluda con un gesto de la cabeza, pero no dice nada.

Isabella paga el alojamiento y la comida, se cubre con el manto y sale del mesón.

Entretanto ha amanecido; una gélida alborada que anuncia un nuevo día con escarcha. En el sol naciente, los sauces desmochados proyectan largas sombras sobre las heladas acequias. La última neblina matutina se posa en las pestañas de Isabella y se hiela enseguida. Ella intenta liberarse de la capa

helada parpadeando. Se cubre con el manto, cruza los brazos y echa a andar.

Al poco, oye detrás de sí el sordo golpeteo de cascos. Cuando vuelve la cabeza, ve acercarse un coche tirado por dos enérgicos caballos. Las ruedas hacen crujir la nieve. Para su sorpresa, el carruaje se detiene un poco más allá. Ella acelera el paso y antes de haberlo alcanzado, se abre la portezuela.

El hombre de la posada se asoma y le invita a tomar asiento delante de él.

-¿Puedo llevaros a algún sitio?

Dentro hay otra persona: un joven desaliñado que la observa con atención.

Isabella duda. No es sensato viajar con desconocidos, pero tampoco lo es seguir caminando sola. Debe valorar cuál de las dos opciones es más arriesgada.

Pone un pie en el estribo y unas manos serviciales la ayudan a subir. Toma asiento en el banco de tres plazas mientras lanza una mirada rápida y taxativa a sus dos acompañantes. A juzgar por su elegante ropa negra y su sombrero de copa, el hombre sentado frente a ella es el propietario del coche.

El otro tiene aspecto de no poder permitirse ni un paseo en carromato. Al verlo allí sentado, con un viejo abrigo de mulatón y el rostro demacrado cubierto por una barba de pocos días, Isabella piensa que debe de ser un viajero que, como ella, ha tenido la suerte de que le propusieran subirse al coche.

-Con este tiempo no conviene ir a pie -dice el propietario del carruaje-. Y menos para una mujer que viaja sola. Perdonadme, aún no me he presentado. Me llamo Reinier Benningh, soy mercader y vivo en Ámsterdam.

-Isabella Griffioen.

El joven sentado a su lado se presenta como Matthijs Ouwehand. Por su acento, ella sospecha que viene del sur de los Países Bajos. No es muy comunicativo, y se limita a decir su nombre.

-¿Adónde viajáis? -pregunta Reinier Benningh con interés.

-A Ámsterdam -le contesta Isabella.

-¿Tenéis familia allí?

Ella niega con la cabeza.

-No, solo un buen amigo. Joris Valckenier.

-¿El hijo de Jacob Valckenier? Lo conozco. Solía hacer negocios con él. ¡Qué casualidad!

-El mundo es un pañuelo -asiente Isabella.

-Sin duda -dice Reinier Benningh.

En el interior del coche se hace un silencio interrumpido tan solo por el tintineo de las guarniciones de los caballos y el crepitar de la nieve.

Isabella mira las granjas que salpican la llanura nevada, con tejados de paja que casi sucumben bajo la pesada carga blanca. El humo se eleva de las chimeneas formando volutas. Un estercolero humea. Una mujer sale de su casa, aparta la nieve con una pala y vuelve a entrar.

Isabella advierte que Reinier Benningh la observa. La mira sin cesar, con expresión pensativa y una pregunta silenciosa en los ojos. Durante un buen rato, ella consigue esquivar su mirada, pero no puede pasarse todo el viaje contemplando el paisaje. Cada vez que desliza los ojos por el interior, se encuentra con los de Benningh.

Por fin, él se decide a formular la pregunta, de modo sosegado y directo. En realidad, no se trata de una pregunta, sino de una constatación que ella solo debe confirmar.

-Así que venís de Naarden.

Isabella asiente. Ambos hombres la miran como si esperaran que se lanzara a contar su historia a dos extraños, que reviviera las imágenes que intenta reprimir con todas sus fuerzas, solo para saciar su curiosidad.

Rehúye sus miradas apartando la cabeza y contemplando el mundo blanco detrás de la ventanilla. Se están acercando a Muiden, por cuyas puertas abiertas entran y salen peatones, vendedores ambulantes y campesinos con carros y carretillas. Se trata de una imagen de la vida cotidiana, como si la suerte que ha corrido Naarden no importara a los habitantes de esta villa.

-El fuego se veía desde muy lejos. Al parecer, solo han sobrevivido algunas personas -dice Matthijs por fin-. Habéis tenido suerte.

-La suerte -dice Isabella, sin apartar la mirada del paisaje- es algo muy relativo.

Con el rabillo del ojo ve que Benningh asiente.

-¿Habéis perdido a muchos parientes? -le pregunta.

Ella aparta la vista antes de contestar.

-No lo sé.

-¿Cómo es posible que hayáis escapado?

Ha empezado a nevar, lo que sumado al gélido viento del este provoca una fuerte ventisca. Isabella se arroja con el manto.

-Cuando los demás tuvieron que congregarse en el ayuntamiento, yo estaba enferma en la cama.

-¿Y qué pasó entonces? -pregunta Reinier Benningh.

Matthijs parece sentirse incómodo por la insistencia de Benningh.

-Me imagino que debe de ser difícil hablar de ello. Debéis de haber pasado por un infierno y si preferís guardar silencio, por supuesto lo respetaremos -se apresura a decir.

Son palabras de comprensión que Isabella recompensa con una sonrisa. No obstante, no puede evitar pensar que también Matthijs desearía saber lo que ha pasado.

Isabella contempla el helado mar del Sur, que se extiende a su derecha como una llanura gris y turbulenta, y no aparta los ojos de él.

Reinier Benningh carraspea como si quisiera decir algo, pero ella no le hace caso. Guarda silencio, pues no tiene intención de satisfacer su curiosidad ofreciéndole detalles de lo que ha sido el mayor drama de su vida.

34

Un gélido viento, procedente del mar del Sur azota sin freno las tierras y extiende la nieve como una inmensa alfombra blanca sobre el camino. Una ráfaga de viento sacude varias veces el coche, y el cochero tiene dificultades para mantenerlo sobre el estrecho dique.

Si hubiese realizado el trayecto a pie, Isabella habría tardado un día entero en entrar en *Ámsterdam*, suponiendo que hubiese conseguido llegar en estas circunstancias. En cambio ahora podrá estar en la ciudad en torno al mediodía.

Mientras los dos hombres entablan una conversación sobre la guerra y sobre la respuesta que debería haber dado *Naarden* a la llegada de las tropas españolas, Isabella piensa en su familia.

Ahora que se acerca a su destino, le asaltan las dudas. Sería un verdadero milagro que hubieran sobrevivido todos. En algún lugar recóndito del corazón sabe que debe tener muy en cuenta la posibilidad de que ella sea la única que ha escapado a la masacre, pero no admite esa idea. Además, le cuesta creer que Dios pudiera ser tan despiadado como para perdonarle la vida a ella y no a los demás.

El dique serpentea delante de ellos. Tierra adentro se puede ver el pueblo de *Diemen*; eso significa que ya queda poco para llegar a *Ámsterdam*.

La charla de los dos hombres le impide concentrarse en los pensamientos que no paran de dar vueltas en su cabeza. De tanto en tanto, capta retazos de la conversación, que le permiten deducir que *Matthijs* procede de *Amberes*, de donde ha huido del Tribunal de la Sangre instituido por el duque de *Alba*.

En otras circunstancias, hubiese estado interesada en la historia de *Matthijs Ouwehand*, pero ahora lo que cuenta el muchacho no es más que un rumor de fondo. Ella tiene suficiente con su propia historia, y las desgracias

de otros le sobran.

De repente, en la tormenta de nieve ve surgir los contornos desdibujados de las murallas de Ámsterdam. Después de seguir un trecho, el cochero hace girar a los caballos hacia un camino transversal que se convierte en una vía muy transitada a orillas del río Amstel.

-Bueno, parece que nuestros caminos se separarán pronto -dice Reinier poniéndose ya el sombrero-. Señorita Griffioen, ¿deseáis que os deje en la Warmoesstraat?

-Si no es molestia...

-En absoluto. De todos modos, tengo que ir allí.

Reinier lanza una mirada interrogante a Matthijs, que se encoge de hombros.

-Tengo conocidos en Ámsterdam, pero primero buscaré una posada. No tiene que ser difícil.

-No lo será -le dice Reinier-. Os recomiendo la posada Int Aepjen en el Zeedijk. La dueña es amiga mía. Decidle que vais de mi parte, seguro que os hará un buen precio.

El carruaje pasa dando tumbos por el Lastage, el astillero de la ciudad, hacia la puerta de San Antón, que aparece oscura y maciza detrás de la cortina de nieve.

Después de pasar por debajo de la muralla, se topan con el ajetreo y el bullicio de la ciudad. El ancho paisaje rural deja paso a un mundo de callejuelas en las que las altas casas quitan gran parte de la luz del día.

De vez en cuando, entre los inmuebles se ve un jardín, un huerto o un prado en el que pastan las ovejas. Tierra olvidada que no tardará en edificarse. Debido a su rápido crecimiento, la villa está necesitada de suelo y se deshace a toda velocidad de sus vestigios rurales. En comparación con Ámsterdam, Naarden es un pueblo. Isabella está impresionada por la enorme agitación y la cacofonía de sonidos.

Por doquier se ven rótulos que se agitan al viento, en todas las calles los carros, los caballos y las carretillas provocan embotellamientos que se disuelven con mucho griterío, y entre el tráfico hay un incesante ir y venir de peatones, mendigos y niños que juegan. Un vendedor ambulante surge delante de las ventanillas y les muestra los hilos y las cintas que transporta en una caja de madera que le cuelga del cuello. Reinier lo aparta con un gesto de la mano

y prosiguen su camino, hacia las entrañas de la ciudad. El carruaje atraviesa un callejón tan estrecho que las portezuelas no rozan de milagro las paredes a ambos lados. Después, llegan a un canal flanqueado por anchas calles.

Isabella mira sobrecogida las viviendas de los mercaderes, construidas con ladrillos y provistas de anexos, almenas, fachadas escalonadas y torres que recuerdan a las de un castillo. Así que esto es Ámsterdam. Ella se había imaginado una ciudad algo más grande que Breda, no este enjambre. ¿Cuántas personas vivirán aquí?

Matthijs se apea en la esquina de una calle, después de haberle dado las gracias torpemente a Reinier.

-Recordad lo que os he dicho -le dice Reinier.

-Así lo haré. Gracias de nuevo, señor.

Matthijs se despide haciendo una reverencia y desaparece en una larga calle en la que puede verse el letrero de la posada Int Aepjen.

-Bien -dice Reinier-. Ahora vamos a la Warmoesstraat.

Isabella asiente. En su fuero interno, algo se tensa, como si su cuerpo se preparara a recibir un impacto. Ahora que se acerca el momento de la verdad, la esperanza se desvanece como la nieve en el fuego. Con cada giro de las ruedas aumenta el oscuro presentimiento que la invade.

El coche entra en la Warmoesstraat, maniobra entre la gente y al poco se detiene.

-Es aquí -le dice Reinier observándola con agudeza-. ¿Os encontráis bien? ¿Queréis que os acompañe hasta la puerta?

Una breve sacudida de la cabeza es lo único que logra hacer Isabella, pues es incapaz de hablar. Ni siquiera consigue pronunciar unas oportunas palabras de agradecimiento. En cuanto el carruaje se ha detenido, abre la portezuela sin esperar al cochero y pone un pie en el estribo.

-¿Isabella?

Al oír su nombre vuelve la vista y ve a Reinier inclinado hacia ella. Que la llame por su nombre de pila sin que ella se lo haya pedido ya no parece tan atrevido después del largo viaje.

-Suerte -le dice él en tono amable.

-Gracias -susurra ella.

Se apea del carruaje y contempla la fachada del majestuoso edificio de

ladrillos.

Con el corazón en un puño, cruza el lodazal de barro y de nieve derretida hasta la casa y llama a la puerta. El golpe de la aldaba se confunde con el latido de su corazón.

Acerca la mano una vez más a la aldaba, pero antes de dejarla caer, oye pasos y alguien abre la puerta. Normalmente, es la criada quien se encarga de este menester, pero ahora lo hace Joris, que al parecer ha visto detenerse el carruaje delante de la puerta.

Tarda unos instantes en darse cuenta de quién está delante de él.

-¡Isabella! ¡Dios mío, estás viva!

La arrastra hacia el interior, la abraza y mira el coche que sigue sin moverse del sitio.

-Joris, ¿mi familia está aquí? -pregunta ella enseguida, dejando de lado los saludos y las formalidades-. ¿Mi padre, mi madre?

La mirada de Joris vuelve a posarse en el carruaje y entonces Isabella comprende que él cree que los demás aún deben bajarse.

-Estoy sola -le dice.

-¿Sola? ¿Los demás no han venido contigo?

Esa pregunta basta para arrebatarle toda esperanza. Ya lo sabía, por supuesto que lo sabía y, sin embargo, su cerebro se resiste a aceptar la verdad.

-¿No están aquí? ¿Ninguno de ellos? ¿Alida, Susanna?

Se miran en silencio y en los ojos del otro leen lo que prefieren no decir en voz alta.

Joris cierra la puerta. Pone las manos sobre los hombros de Isabella dispuesto a decirle algo, pero las palabras se niegan a salir de su garganta. Por eso se limita a estrecharla entre sus brazos.

Su abrazo es un mundo cálido y seguro en el que Isabella hubiese querido permanecer un tiempo. No obstante, Joris la suelta demasiado pronto para su gusto y la mira con expresión grave.

-¿Qué ha pasado? Me contaron que los españoles habían aniquilado e incendiado Naarden, pero no les di mucho crédito. Pensé que no habría sido para tanto.

-Sí lo fue. -De inmediato vuelve el sentimiento abrumador, la pena reprimida que se le acumula en el estómago y se va expandiendo por su

cuerpo-. Teníamos orden de reunirnos todos en la iglesia donde ahora está el ayuntamiento, para jurar lealtad al rey. Yo estaba enferma, así que me quedé en casa, en la cama. Y entonces...

Le flaquea la voz y de repente le saltan las lágrimas. Brotan, le llenan los ojos y corren por sus mejillas.

-Esperaba que estuvieran aquí -susurra.

Joris la vuelve a tomar en sus brazos.

-Ya vendrán -le dice-. Quizá te hayas dado más prisa que ellos. Ya verás cómo esta tarde llaman a la puerta.

Entonces oyen el sonido de pisadas sobre las baldosas blancas y negras del pasillo. Se les acerca una mujer alta, vestida de negro que se detiene en seco, sorprendida, cuando ve a Joris e Isabella abrazados.

De inmediato, Joris se separa de Isabella y entre ellos se instala un silencio incómodo.

-Madre, esta es Isabella -dice, tan pronto ha recuperado la confianza en sí mismo-. Es de Naarden. Isabella, te presento a mi madre, Nelle Valckenier.

Nelle Valckenier es una mujer de cabello castaño oscuro recogido debajo de la cofia de encaje con puntas plisadas y almidonadas que le da un aspecto rígido y severo, pues hoy en día se llevan sobre todo pequeños gorros y cofias de encaje. Sin embargo, su reacción contradice por completo su aspecto.

En dos pasos se planta delante de Isabella.

-¿De Naarden? ¿Acabas de llegar de allí? -pregunta en voz baja.

-No, señora. He pasado la noche en un mesón del camino y después alguien me trajo en su coche hasta Ámsterdam.

Nelle toma las manos de Isabella en las suyas y sacude la cabeza unas cuantas veces.

-Pobre niña. Debe de ser como escapar del infierno. -Coge a Isabella del brazo y se la lleva al salón en la parte trasera de la casa-. Estarás muerta de hambre. Le diré a Geerte que ponga la mesa un poco antes y que prepare más comida. Dime lo que te apetecería comer.

Isabella no tiene apetito. El desayuno de la mañana sigue pesándole en el estómago, como si hubiese chocado con la bola que se ha formado allí. Pero, para no decepcionar a la madre de Joris, asiente agradecida y dice que no importa, que comerá lo que tengan.

En el salón se sientan a la mesa, cerca de la chimenea que está encendida. Es una hermosa estancia, con un reluciente suelo de madera, tapices y un gran aparador lleno de cerámica y jarras de estaño. La grisácea luz del día entra a través de las ventanas de pequeños cristales.

Nelle se inclina hacia Isabella desde el otro lado de la mesa.

-Cuéntame -le dice.

Sería descortés no explicarle nada, y por ello Isabella les describe someramente los principales sucesos: su enfermedad, la reunión en la iglesia y los gritos en las calles que la alarmaron. Después calla.

Además de compasión, detecta curiosidad en los ojos de Nelle. También Joris la mira con actitud expectante, listo para escuchar el relato detallado de un testigo ocular.

¿Qué le pasa a la gente que nunca se cansa de oír los detalles más sangrientos? Están sinceramente consternados, pero la necesidad de saberlo todo es superior a su pudor.

Isabella es incapaz de contarles la historia entera. No de esta manera. Las palabras no le salen, no logra ir más allá de las imágenes que ha almacenado en algún lugar de su mente.

-Parece ser que no se ha salvado nadie -dice Nelle-. Nadie en absoluto. Las llamas podían verse desde las murallas de la ciudad. Los españoles han perseguido a los fugitivos a lo largo de muchas leguas. Es un milagro que hayas llegado aquí sana y salva.

-¿Puedo pasar la noche en vuestra casa? -pregunta Isabella-. Solo una noche.

-Por supuesto -le contesta Joris-. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Dos criadas sirven la comida compuesta de eperlano, pan, queso, frutas y nueces.

Comen y charlan un poco sin hacer referencia a Naarden. En lugar de ello, Isabella les explica cómo ha podido llegar tan rápido a Ámsterdam.

-El propietario del coche también vive en la Warmoesstraat -les dice-. Fue increíblemente amable por su parte llevarme con él. De lo contrario, ahora aún estaría caminando.

-¿En la Warmoesstraat? ¿Alguien que conozcamos? -pregunta Nelle

alzando la vista.

-Al menos, él os conocía a vos. Se llama Reinier Benningh.

La noticia resulta ser una desagradable sorpresa.

-Espero que no venga a visitarte, puesto que no queremos tener nada que ver con ese hombre -dice Nelle con voz acompasada.

-Reinier Benningh no tiene buena fama -explica Joris-. Sus prácticas son muy poco ortodoxas y parece ser que comercia con los españoles.

-¿Lo dices en serio? -Isabella alza la vista sorprendida y disgustada.

-Sí. Les suministra pólvora, armas, todo lo que han menester. Ha hecho fortuna con ese negocio.

Isabella siente que se marea. ¡Un compinche de los españoles! Y ha pasado horas con él en un carruaje.

-Comprenderás que no recibamos al señor Benningh en nuestra casa -le dice Nelle-. Y muchos habitantes de Ámsterdam piensan lo mismo que nosotros.

-Ámsterdam ha tomado partido por el rey -dice Isabella-. ¿Significa esto que hay más gente aquí que comercia con los españoles?

-En efecto -confirma Joris-. Los negocios son los negocios. Sin embargo, nadie va tan lejos como Benningh. No me extrañaría que fuera quien les ha vendido las armas que han provocado la masacre en Naarden.

Isabella palidece.

-Si lo hubiera sabido... -susurra.

Desde el otro lado de la mesa, Nelle alarga la mano y da una palmadita sobre la de Isabella.

-Por fortuna no lo sabías, de lo contrario nunca habrías aceptado viajar con él. Ahora, al menos ese espantoso hombre ha hecho una buena acción.

Llaman a la puerta, el sonido de la aldaba atraviesa el pasillo y entra en el comedor. Los tres se yerguen y se miran con una mezcla de miedo y esperanza.

Isabella permanece sentada, inmóvil y en silencio, y espera. Una sirvienta abre la puerta, una voz juvenil resuena por el pasillo. Oyen pasos, la puerta del comedor se abre y entra una muchacha con un abrigo oscuro. ¡Susanna!

Isabella se levanta de un salto, y justo entonces se percata de su error. La mujer que acaba de entrar se parece un poco a Susanna, solo eso.

La impetuosa reacción de Isabella al verla entrar asombra a la joven, que

esboza una sonrisa titubeante, y luego mira sin comprender a Joris.

Este aparta la silla, se levanta y presenta a las dos mujeres.

-Eh, Agniet -dice un poco incómodo-, esta es Isabella, una conocida. Viene de Naarden, por eso le hemos ofrecido refugio aquí en casa. Isabella, te presento a Agniet van Middelburg. -Calla unos instantes antes de añadir-: Mi prometida.

Isabella no pensaba que algo pudiera volver a afectarla, pero esas palabras cortan como un cuchillo el último resto de esperanza en el futuro que le quedaba. Intenta sonreír y decir algo, pero su rostro se ha convertido en una rígida máscara en la que los músculos se niegan a obedecer. Lo único que logra hacer es estrechar la mano de Agniet van Middelburg, una mano pequeña y delicada que no debe de haber trabajado mucho en su vida.

Agniet irradia elegancia y refinamiento. Cuando se quita el manto, dejando que se deslice de sus hombros, aparece un corpiño con perlas engastadas y una hermosa falda azul claro.

Isabella se siente muy inferior a ella con la ropa húmeda y descuidada que viste.

-Vienes de Naarden -dice Agniet llena de interés y compasión-. Qué suerte que salieras a tiempo de la ciudad. He oído que ha quedado reducida a cenizas. Me imagino que habrás perdido tu casa.

-Así es.

-Pero bueno, al menos estás con vida. Eso es lo más importante. Las cosas no son más que eso, cosas -dice volviéndose hacia su futuro esposo-. Todo lo que han robado los españoles de Naarden está a la venta aquí en la plaza Dam. Hay un gran rótulo que pone: procedente de naarden. ¿No os parece atroz? -Y mirando de nuevo a Isabella-. Deberías ir a echar un vistazo, si has perdido cosas valiosas para ti.

Isabella mira a Joris, da media vuelta y sale del comedor. Se dirige al zaguán y se queda parada allí, sin saber qué hacer ni adónde ir. Tal como esperaba, Joris la sigue de inmediato.

-Isabella, lo siento muchísimo. Quería haber ido a verte a Naarden para contártelo personalmente, pero nada salió como esperaba. Esto no tendría que haber sucedido -le dice cogiéndole las manos y mirándola compungido.

Isabella le devuelve la mirada en silencio.

-Lo siento de verdad -dice Joris con expresión dolorida-. Después de todo

lo que has sufrido, encima te encuentras con esto. Créeme, Isa, nunca te he mentado. Siempre he sentido algo por ti, y...

-Lo comprendo -lo interrumpe Isabella-. Estabas enamorado de mí, pero entonces llegó Agniet. Y su familia es rica, mucho más rica que la mía.

-Sí -admite él-. No voy a mentirte. Corren tiempos difíciles y una unión con la familia de Agniet ayudaría a superarlos y salvaguardaría de una vez por todas mi situación financiera.

-Eso es importante.

-El amor también lo es. -Se acerca a ella, la mira a los ojos y posa las manos sobre los hombros de Isabella-. No creas que no te amo. Te ayudaré con todo lo que necesites. Dinero, ropa, una casa. No tienes más que decirlo.

Isabella siente una enorme fatiga. Retrocede hasta notar que las manos de Joris se deslizan de sus hombros y su rostro ya no está tan dolorosamente cerca del suyo.

-No necesito tanto -le contesta-, a pesar de los tiempos difíciles. Si puedo quedarme aquí a pasar la noche, te estaré agradecida. Es un poco tarde para buscar una posada. Me marcharé mañana.

-No es necesario -insiste él-. ¿No te he dicho que puedes quedarte todo el tiempo que quieras?

Esta vez es Isabella la que lo mira a los ojos.

-Una sola noche -le dice-. Es más que suficiente.

-Te pagaré los gastos de la posada. No importa cuánto tiempo te quedes allí.

Isabella esboza una sonrisa complaciente.

-De acuerdo, tengo poco dinero y deberé arreglármelas un tiempo con él. Gracias, Joris.

Él se queda mirándola, confundido ante la calma y la comprensión que demuestra tener Isabella. Es evidente que no sabe qué hacer con la situación.

-Lo comprendes, ¿verdad? -le pregunta una vez más, por si acaso.

Ella asiente para tranquilizarlo.

-Por supuesto. No te preocupes. Os deseo lo mejor a ti y a Agniet. Da la impresión de ser una muchacha simpática.

-Lo es. Enseguida me pareció... Bueno sí, eso no importa. ¿Te enseño tu habitación?

La precede hacia la primera planta, abre una puerta que da al descansillo y la deja pasar.

Isabella mira alrededor. Una cama empotrada, un pequeño escritorio y un ropero.

-Precioso -le dice-. Muchas gracias.

-¿Necesitas algo más?

Isabella sacude la cabeza, le asegura que realmente no necesita nada y Joris se va por fin. Ella se deja caer, agotada, en una silla junto a la ventana. Lo extraño es que, a pesar de lo dolida y decepcionada que está, comprende a Joris. En tiempos difíciles, la seguridad es más importante que el amor. No lo culpa. Si lo hiciera, tendría que enfurecerse y recriminarlo, y ya no tiene energía para eso. Lo único que puede hacer es encajar el golpe y sumarlo a los otros, entre los que desaparecerá. Joris no importa. Ya no.

Se acerca a la ventana y contempla el ir y venir de la gente en la Warmoesstraat. Ve hombres con carros, amas de casa y criadas, y también unos mercaderes con elegantes trajes negros que charlan debajo de un tejado inclinado.

Sigue mirando y observa las caras de los transeúntes. Se queda así toda la tarde, sin salir de su habitación, y espera.

Aún no ha perdido la esperanza; sin embargo, aguarda en vano el liberador golpe de aldaba que anuncie la llegada de su familia.

Cuando la ciudad cierra sus puertas y el día llega a su fin, Isabella siente dentro de ella desmoronarse algo que la ha mantenido en pie durante todo ese tiempo. Se mete en la cama armario y cierra las puertas sin poder escapar del vacío que amenaza con engullirla.

35

Por la mañana muy temprano, Isabella se despierta sobresaltada por una idea que la alcanza como un cometa. Se incorpora en la cama y mira fijamente la oscuridad, perpleja por no haber pensado antes en ello.

Leiden. Su familia se ha ido a Leiden.

Abre de inmediato las puertas del armario, se desliza hasta el reposapiés y desde allí salta descalza sobre el suelo de madera.

Sobre la silla hay ropa limpia. Una falda roja con cinta negra, medias, una preciosa cofia de encaje y un grueso mantón. Sobre el suelo, una bolsa de viaje. Deben de habérselo dejado mientras dormía.

Isabella acaricia la elegante tela de la falda y decide que aceptará este regalo. Es lo menos que puede hacer Joris por ella.

Se viste en un abrir y cerrar de ojos y después de trenzarse el pelo y de ponerse la nueva cofia, desciende hasta la planta baja.

En la casa todavía reinan la calma y el silencio, salvo en la cocina, donde ya han encendido el fuego y donde están preparando el desayuno. Para sorpresa de Isabella, Nelle ya está levantada. Se la encuentra en el comedor supervisando al personal mientras pone la mesa. Cuando oye entrar a Isabella, alza la vista.

-Buenos días, ¿has dormido bien? -le pregunta con amabilidad.

Isabella apenas ha pegado ojo, pero no quiere importunar a su anfitriona con eso.

-Muy bien. Gracias -se limita a decir.

-Siéntate. Seguro que tienes hambre.

Antes de que Isabella haya tenido tiempo de sentarse a la mesa, entra Joris.

-¿Os levantáis siempre tan temprano? -pregunta Isabella asombrada.

-Casi siempre. Dirigir una empresa exige mucho tiempo. El día no tiene suficientes horas -le dice mirándola afectuosamente-. ¿Has dormido bien?

Ella asiente y espera a que Nelle y Joris se unan a ella. Una sirvienta entra con una cesta de pan caliente que hace sonar las tripas de Isabella. Se propone comer bien. El viaje a Leiden es largo, le conviene tener el estómago lleno.

-Quiero agradeceros de corazón vuestra ayuda -les dice mientras corta un trozo de pan-. No habría sabido adónde ir.

-No hay de qué, muchacha. Puedes quedarte en casa hasta que hayas hecho planes para el futuro -le dice Nelle.

-Los he hecho esta mañana al despertarme. De repente pensé que era muy posible que mis padres hubiesen ido a Leiden. Allí tenemos familia. Está un poco más lejos que Ámsterdam, pero pensándolo bien creo que mi padre preferiría ir a casa de parientes que venir aquí.

Se hace un silencio durante el cual madre e hijo intercambian una mirada.

-Sé lo que pensáis -les dice ella con suavidad-. Creéis que mis padres y mis hermanas han muerto. Puede que así sea, pero también es posible que hayan logrado escapar. Es impensable que todos los habitantes de Naarden cupieran en esa iglesia, no cuadra. Seguro que los había que escuchaban en el exterior y tal vez ellos hayan tenido una oportunidad.

Durante unos instantes, nadie dice nada.

-Quizá -dice Joris por fin-. Comprendo que quieras asegurarte, yo también lo haría. ¿Cuándo partes hacia Leiden?

-Hoy -le contesta Isabella-. Quiero decir, ahora. En cuanto haya acabado de desayunar.

La despedida es breve y formal. Isabella estrecha la mano de Joris y de Nelle, sonrío y asiente mientras escucha sus consejos y buenos deseos, y luego se dirige a la entrada principal. Cuando la puerta se cierra detrás de ella, Isabella respira hondo.

Ha caído una fina capa de nieve. No es mucho, pero lo suficiente como para cubrir el barro y el fango y dar a la calle un aspecto fresco.

Isabella se concede un instante para contemplar ese mundo nuevo y desconocido que la rodea. Luego sale de la Warmoesstraat con la bolsa de viaje en la mano.

Ámsterdam ha elegido el bando del rey. Durante mucho tiempo, el ayuntamiento ha logrado evitar que los soldados se acuartelaran aquí, pero al final se han alojado algunas compañías de españoles.

El día anterior, cuando llegó a la ciudad, Isabella no se percató de ello, pero ahora tiene la impresión de que las calles están llenas de soldados. Dondequiera que mire, ve a los odiados españoles revestidos de cuero y hierro, con sus calzas rojas y su tez morena. Se vuelve unas cuantas veces y cambia de dirección, pero no sirve de nada, puesto que están en todas partes.

Finalmente, Isabella los ignora y se dirige lo más rápido posible hacia la plaza central de la ciudad, la plaza Dam. Allí, los barqueros amarran junto a la bóveda debajo de la cual los barcos que quieren navegar por el río Amstel deben pasar con el mástil arriado. Es el corazón palpitante de Ámsterdam, que acoge la feria de muestras y el mercado, donde tienen lugar las ejecuciones y donde se organizan fiestas. Hoy se celebra un mercado de productos lácteos cerca del edificio de la balanza pública, así como una subasta.

Desde cierta distancia, Isabella ve el letrero que hay al lado: ¡productos procedentes de Naarden! ¡muy baratos!

Lo primero que le viene a la cabeza es dar media vuelta y marcharse, pero haciendo caso omiso a esa idea se abre camino entre el enjambre de personas hasta el centro de la plaza Dam. Sobre unas largas mesas de caballetes se exponen las posesiones que hace dos días aún estaban en manos de sus propietarios originales. Bolsos adornados con abalorios, collares, pendientes, anillos, brazaletes, cofias con perlas engastadas, copas con grabado de flores, jarras y platos de plata, todo lo imaginable que poseían los ciudadanos más adinerados de Naarden.

Seguramente era demasiado para que los españoles cargaran con ello en sus largas marchas, habrán guardado algunas joyas para regalar a sus mujeres e hijas y se han desprendido del resto aquí a cambio de dinero contante y sonante. No realizan la transacción en persona, sino a través de un comprador que espera sacar tajada.

Isabella se pasea entre las mesas, como atraída por un imán. Acaricia un hermoso vestido y un birrete de terciopelo. Coge un collar de coral rojo, sostiene un broche de oro en la palma de la mano y después vuelve a depositar con cuidado todo lo que ha cogido.

-¡Son de excelente calidad, señorita! Y no son caros. En realidad, son

auténticas gangas. -El vendedor se acerca a ella y le muestra unos pendientes de diamantes-. ¿No le gustan estos? Le quedarían preciosos. Se los dejaré a un buen precio.

Isabella desliza la mirada por la larga mesa, donde hay expuestos muchos más objetos. No sabe si espera o teme encontrarse con algo conocido. Se alegra de llevar puestas las joyas de su madre, de que su taza bautismal y las de sus hermanas estén en su bolsa. No sabe cómo habría reaccionado si se las hubiera encontrado aquí.

Sin hacer caso de los argumentos del vendedor, da media vuelta y choca con alguien que la sostiene para impedir que caiga.

-Eh, ya decía yo que eras tú -dice una voz conocida.

Isabella constata sorprendida que es Reinier Benningh. Él la suelta y le lanza una rápida mirada. Después, desvía los ojos al cartel con el reclamo publicitario y la sonrisa desaparece de su rostro.

-Ven -le dice llevándosela consigo-. Vamos a beber algo.

En la esquina de la plaza Dam hay una cervecería, allí eligen una mesita con vistas al edificio de la balanza pública y a las aguas del Damrak. Desde donde está sentada, Isabella divisa la impresionante selva de mástiles y velas de los barcos inmóviles, atrapados en el hielo. Reinier pide dos cervezas ligeras, queso y embutido, y mientras esperan, ambos se quedan mirando en silencio el ajeteo en la calle. Reinier abre la conversación solo después de que hayan entrecrocado las jarras de estaño y tomado un sorbo.

-¿Has visto algo vuestro?

Isabella comprende a lo que se refiere y niega con la cabeza.

-Nada. Conseguí llevarme lo que tenía valor. No es gran cosa, pero es algo.

-Lo sé. Me pasó lo mismo.

Isabella levanta la vista asombrada.

-No exactamente lo mismo -se corrige Reinier-. Perdí a mis padres y a mi hermana pequeña debido a la Inquisición. Vivíamos en Amberes, pero tras su muerte me marché de allí.

-¿Por qué no te apresaron?

-Porque a la sazón ya viajaba mucho al extranjero. Trabajaba para la empresa de mi padre.

-Y entonces te mudaste a Ámsterdam.

Reinier toma un sorbo de cerveza y asiente.

-Aquí, la mentalidad es más abierta. En Ámsterdam no se da tanta importancia a las cuestiones religiosas. Lo primero es el comercio, y solo después viene la religión. Mientras se puedan hacer negocios, cada cual es libre de creer lo que le plazca. Eso me atrajo.

Isabella deja vagar la vista por la plaza.

-Opino que el comercio ha adquirido excesiva importancia en Ámsterdam.

-No creas, es así en todas partes. Una vez que los españoles se hubieron marchado de Naarden, los habitantes de Muiden y Weesp echaron a correr hacia allí para arramblar con lo que había quedado. Después se llenaron los bolsillos vendiéndolo en Ámsterdam.

A través de los cristales emplomados, Isabella mira afuera con ojos que no ven. Se hace un silencio hasta que la voz de Reinier la saca de su ensimismamiento.

-¿Has perdido a mucha familia? -le pregunta con cautela.

-No lo sé. Confiaba en que mis padres y mis hermanas estuviesen aquí, en Ámsterdam, pero tal vez hayan ido a Leiden, donde tenemos familia.

Reinier toma otro sorbo de cerveza y le acerca el plato de embutido y queso.

-No es mi intención desanimarte -le dice-, pero tengo entendido que nadie ha salido con vida de allí.

-Yo sí he logrado salir con vida.

-Sí -dice Reinier con dulzura-. Y es un milagro.

Con la mirada atraviesa la coraza de Isabella, hasta la inseguridad y la duda que pueblan su interior. Al ver que perdura el silencio, Reinier lo rompe.

-¿Por qué has venido a Ámsterdam si tienes familia en Leiden?

Sin muchas ganas, Isabella se mete un trozo de embutido en la boca.

-Porque Ámsterdam estaba más cerca. Ahora me marcharé a Leiden. En realidad, es mucho más lógico que hayan ido allí.

Reinier frunce el entrecejo, pensativo.

-No conozco a ningún Griffioen en Leiden.

-No son Griffioen. El primo de mi padre, Gilles Lammens, tiene allí un taller de imprenta. Y también tengo familia de mi madre.

-¿Cómo se llaman? Conozco a mucha gente.

-¿De verdad? ¿Conoces a Boudewijn Feelinck?

-¿Es familia tuya? -exclama Reinier mirándola asombrado.

-Es mi abuelo. No lo conozco, ni él a mí. Mis padres y mi abuelo no tenían contacto.

¿Por qué le está explicando esas cosas? ¿Qué puede importarle a él? Para obligarse a callar, Isabella toma un trago.

Espera a que Reinier siga preguntando, pero no lo hace. Isabella advierte el surco entre sus cejas y su mirada absorta, como si estuviese ocupado con cosas bien distintas.

Mientras él mira por la ventana a los transeúntes, ella lo observa. Así, de perfil, es un hombre apuesto, fuerte y viril. Intenta imaginárselo comerciando con los españoles y, de alguna manera, la idea le resulta hartamente plausible. No le parece el tipo de persona que se haya enriquecido gracias a su simpatía, ni a la que le preocupe lo que piensan los demás.

-¿Es cierto que comercias con los españoles? -pregunta sin ambages.

Reinier se la queda mirando, asombrado por el giro que ha dado la conversación.

-Todo el mundo comercia con los españoles -le dice tras una breve pausa-. Puede que no de forma tan obvia como ese vendedor de la plaza Dam, pero en último término, la mayoría de las personas sacan provecho de la guerra. Los españoles necesitan también ropa y comida, y caballos y carros. ¿De dónde crees que los obtienen? ¿Pensabas que el duque de Alba los hacía llegar desde España?

-Y tú ¿qué les suministras? -pregunta Isabella mirándolo a los ojos, en tono casi recriminatorio.

-Todo lo que acabo de mencionar. Todo lo que piden.

Lo dice con la indiferencia de quien sabe que no está obligado a contestar, pero que no ve ningún problema en hacerlo.

-He oído decir que también les provees de pólvora y de armas -dice Isabella sosteniéndole la mirada.

Reinier asiente despacio.

-En ocasiones, sí.

Debe de estar acostumbrado a las críticas, aunque tampoco le dejan del

todo indiferente. Ella lo advierte por la manera en que tensa la mandíbula y la forma excesivamente despreocupada con la que se echa un trozo de queso en la boca.

Isabella siente brotar la cólera en su interior. Solo calla porque sabe que seguramente a él le traerá sin cuidado su opinión. Enfurecerse, insultar a alguien y abofetearlo -lo que querría hacer ahora- exige energía, y a ella no le queda mucha. Si se deja llevar por la cólera delante de alguien a quien apenas conoce y a quien no merece la pena prestar atención, se hundirá el dique que separa su autocontrol de sus emociones escondidas. Y ella no sabe lo que saldrá a flote entonces.

-Así que es cierto -le dice.

-Sí -contesta él-. ¿Tan grave te parece?

Sin tomarse la molestia de contestar a la pregunta de Reinier, Isabella se levanta. Deja algo de dinero sobre la mesa de madera y se marcha sin ni siquiera despedirse.

36

En verdad no son tiempos para que una mujer viaje sola. Ni siquiera desplazarse en grupo ofrece garantías de que llegue sana y salva a su destino con tantos refugiados, soldados amotinados y tropas gubernamentales que convierten el campo en un lugar peligroso.

Isabella no tiene dinero para pagar un transporte y además no tendría sentido gastárselo en eso: debido a las fuertes heladas, la navegación se ha interrumpido en gran medida, y los carros y los carruajes se quedan continuamente atascados en la nieve con sus grandes ruedas. El coche de los pobres es la única opción que le queda.

El viaje a pie desde Ámsterdam hasta Leiden, por el camino que bordea el lago de Haarlem, se convierte en una caminata larga y dificultosa. Isabella pasa las noches en posadas baratas, donde comparte habitación con otros huéspedes, que roncan, hablan en voz alta en sus sueños o no dejan de rascarse debido a las pulgas.

Isabella es siempre la primera en ponerse en camino impelida por la inquietud que la azota y que ahuyenta el cansancio. Su familia le hace compañía. En su cabeza conversa con ellos. Cada paso que da es uno hacia el feliz reencuentro con el que sueña. No se permite tener otras imágenes. No obstante, por las noches la acechan como demonios, se agolpan en torno a su cama y le susurran la verdad al oído.

Para cuando ve levantarse las murallas de Leiden, a lo lejos, entre los pólderes nevados, ya no sabe qué pensar y está más agotada por los nervios que por el cansancio.

Entra en la ciudad sin problemas e inicia la búsqueda del taller de imprenta de Gilles, su tío segundo. La única información que tiene es su apellido, pero le basta para llegar hasta la Breestraat después de preguntar a

los transeúntes.

Se trata de una calle ancha y de aspecto distinguido con casas elegantes que, hacia el final, son reemplazadas por comercios y empresas. Por el rótulo ve dónde se encuentra la tienda y poco después entra con los zapatos empapados.

Isabella mira alrededor algo cohibida. Tiene que ser aquí, pero esto es una tienda de pergaminos. Sin embargo, desde un lateral le llega el tranquilizador sonido de las prensas. Por lo visto, su tío segundo ha comprado el edificio contiguo para instalar allí el taller de imprenta.

La puerta se abre y entra una mujer de más o menos su misma edad. Aunque hace años que Isabella no ha visto a sus primos, la muchacha le resulta familiar. Podría ser su prima Bregeta.

-¿Puedo servirla en algo? -La joven mira a Isabella con expresión interrogante y algo desconfiada.

Debe de estar hecha una piltrafa y parecer exhausta, piensa Isabella.

-Soy Isabella Griffioen y busco a Gilles Lammens. Es mi tío segundo.

La muchacha pone los ojos como platos. Da media vuelta y se apresura a salir. Desde la tienda, Isabella la oye llamar a alguien.

Poco después, la puerta vuelve a abrirse y aparece un hombre calvo, alto y delgado. Tras años trabajando en la prensa de imprenta, tiene la espalda encorvada y los dedos negros que seguramente ya no logra limpiar.

-¿Isabella? -La voz de Gilles delata incredulidad. Se acerca a ella en unos cuantos pasos y la toma en sus brazos-. ¡Gracias al cielo!

La aparta un poco para mirarla bien.

-Eres tú realmente. Pequeña, ¡cuánto te pareces a tu padre!

Entonces, Gilles levanta la vista y, por encima del hombro de Isabella, mira la puerta.

-¿Dónde...?

-Están aquí -lo interrumpe ella-. ¿Verdad? Han venido aquí, ¿no es cierto?

La esperanza que se había encendido en los ojos de Gilles se apaga. Sin decir palabra mira a su sobrina, y se limita a negar con la cabeza.

-¿No? -pregunta Isabella con un hilo de voz-. ¡Pero no es posible! ¡Tienen que estar aquí! ¿Adónde pueden haber ido si no? ¿A casa de mi abuelo tal vez?

-No, tampoco están en casa de tu abuelo. Cuando oímos lo que había

sucedido en Naarden, fui varias veces a verle para tener noticias. Nadie ha ido allí. -La voz de Gilles es ronca, su rostro expresa una infinita tristeza.

Isabella siente encogérsele el corazón en el pecho. La esperanza es lo único que la ha sostenido y guiado durante todo este tiempo. Ahora se queda sin protección, no tiene nada a lo que agarrarse. El dolor se desploma encima de ella como una avalancha que la cubre y la arrastra consigo.

37

Delft, diciembre de 1572

La noticia sobre la masacre de Naarden supone un duro golpe para Guillermo. Se entera de lo ocurrido mientras se encuentra en Delft, donde se ha instalado en el fastuoso convento de Santa Ágata que, desde antiguo, ha ofrecido alojamiento a reyes y miembros de la alta nobleza. En el segundo piso, justo frente a la vidriera de la Iglesia Mayor, el príncipe dispone de una amplia estancia que le hace las veces de despacho y dormitorio.

En la capilla del convento, el príncipe reza durante horas por las almas de los muertos en Naarden. Sus oraciones también van dirigidas a sus hijos, a los que ha tenido que dejar atrás en el castillo de Dillenburg y a los que echa de menos cada día.

Su esposa Ana no está bien. Durante un breve espacio de tiempo, su romance con Jan Rubens le dio la felicidad que buscaba. No obstante, sus problemas con la bebida y una predisposición congénita a la locura han mermado hasta tal punto sus facultades mentales que ha sido encerrada bajo llave. Guillermo prefería divorciarse de ella, sobre todo ahora que ha conocido a Carlota, con la que mantiene una correspondencia regular y cada vez más personal. A Carlota no parece importarle que él siga estando oficialmente casado con Ana, o acaso abrigue esperanzas debido a las insinuaciones que le ha hecho el príncipe sobre un futuro divorcio.

Guillermo le pidió a su hermano Juan que llevara a sus hijos Ana y Mauricio de vuelta al castillo de Dillenburg. Allí se encuentran ahora, cuidados con amor por la madre de Guillermo. En este sentido, es el mejor lugar para sus hijos, aunque el príncipe hubiese preferido tenerlos con él. Le escriben con regularidad, pero eso no compensa su ausencia. ¿Debería ir a

buscarlos a Dillenburg? ¿Por qué no? En sus misivas, los niños expresan el mismo gran deseo de verlo y el convento ofrece suficiente espacio para alojarlos a todos. Sin embargo, el invierno no es una época adecuada para viajar, y menos con niños. Además, Guillermo no tiene tiempo para ir y volver rápidamente ni puede prescindir de ningún miembro de su personal para que ejecute esta misión en su lugar.

Con las manos en la espalda, Guillermo observa el canal Oude Delft por la ventana de su despacho. Ve peatones paseándose y niños correr sobre el puente al otro lado de la calle.

Un hombre se detiene justo debajo de su ventana, alza la vista y cuando advierte al príncipe, sonrío asombrado y lo saluda con la mano. Aunque sea un desconocido, Guillermo le devuelve el saludo sin titubear.

Los habitantes de Delft están complacidos con su llegada. El entusiasmo con el que lo recibieron era sincero y les sigue colmando de orgullo y alegría que el príncipe de Orange se encuentre entre ellos. Cabría preguntarse por qué, pues el príncipe todavía no ha logrado grandes hazañas. No ha ganado ni una sola batalla ni ha conseguido retener una sola ciudad conquistada.

Los éxitos que se le atribuyen, por los que recibe el honor y la gloria, son en realidad logros de los mendigos, que le hacen poco o ningún caso.

Así, Guillermo tiene grandes dificultades en controlar a Lumey. El líder de los mendigos lo ha seguido hasta Delft y, muy en contra del deseo de los vecinos de la ciudad, se ha instalado en una casa ubicada un poco más allá, a orillas del canal.

Guillermo comprende la desconfianza del pueblo. Aunque las tropas de Lumey estén retenidas fuera de las murallas, acampan en las inmediaciones de la ciudad. Por puro aburrimiento se dedican a molestar a los ciudadanos que entran y salen de la villa, por lo que Guillermo empieza a tener más trabajo gestionando las quejas de los habitantes de Delft que dirigiendo la rebelión.

Detrás de él se abre la puerta y en el reflejo de la ventana ve entrar a su secretario, Felipe de Marnix, señor de Santa Aldegunda. Guillermo se vuelve de inmediato.

-¿Más novedades, señor de Marnix?

-Sí, excelencia. Se acaba de confirmar que don Fadrique avanza con sus tropas hacia Haarlem.

El surco de preocupación en la frente de Guillermo se profundiza.

-Así que es cierto. ¿Están preparados en Haarlem para el ataque?

-He comunicado al ayuntamiento en vuestro nombre que no deben abrir las puertas bajo ningún concepto y que no los dejaremos en la estacada. Ayer, permitieron la entrada a un ejército mercenario de mendigos, capitaneado por Wigbold Ripperda, así que Haarlem estará bien defendida.

-Estupendo.

Pese a sus palabras, el surco en la frente de Guillermo no desaparece, pues está al corriente de los fallos en las defensas de Haarlem. Las murallas y las puertas de la ciudad se encuentran en un estado lamentable. Podrán resistir el asalto de los soldados, pero de ningún modo las certeras balas de cañón.

Guillermo se pasea de un lado a otro de la habitación. Está a punto de dar instrucciones a Felipe de Marnix cuando llaman a la puerta. Lumey irrumpe en la estancia sin esperar respuesta. Como siempre, el líder de los mendigos despierta en Guillermo una mezcla de respeto y repulsa.

El conde Guillermo de La Marck, señor de Lumey, es un personaje imponente. Su complexión robusta, su pelo largo y desaliñado, y las heridas y cicatrices a medio curar que le cubren la cara y las extremidades lo convierten en una figura inquietante. El príncipe no se fía en absoluto de él, pues Lumey tiene una pésima reputación. Profesa un profundo odio hacia los clérigos católicos, tiene una insaciable sed de sangre y es tristemente famoso por su crueldad.

El príncipe no desconoce los crímenes que comete a sus espaldas. Lo peor de todo es que no puede hacer nada para detenerlo, pues Lumey es una bala perdida que sigue su propio camino. En circunstancias normales, el príncipe no querría tener nada que ver con semejante personaje. Pero ahora comparten un objetivo común que los reúne en esta habitación.

-Señor Lumey, llegáis en el momento oportuno -le dice Guillermo, reprimiendo su sentimiento de antipatía-. Nos acaban de confirmar que don Fadrique marcha con su ejército hacia Haarlem y...

-También yo lo he oído -lo interrumpe Lumey-. Tengo unos cuantos hombres que controlan la situación. Ya estoy organizando mis tropas.

-Muy bien. Señor de Marnix, ocupaos de que la ciudad esté abastecida a tiempo -ordena Guillermo-. Mientras tanto debemos intentar impedir que los españoles lleguen a Haarlem.

-No tenemos suficientes efectivos para eso -replica Lumey con su voz de

bajo-. Los mendigos forman un ejército considerable, pero estamos demasiado desperdigados por el país.

-Encargaos de que se congreguen y entretanto, id al encuentro de las tropas españolas con los hombres de que dispongáis. Cuanto más retrasos sufran los españoles, más tiempo tendrá Haarlem para prepararse.

-Me parece que la única ruta libre que le queda a don Fadrique es el dique del IJ -dice Felipe de Marnix, mientras examina el mapa-. Lo cual es harto ventajoso para nosotros. Allí no tienen posibilidad alguna de ponerse a cubierto.

Lumey se acerca a De Marnix en dos zancadas, lo aparta y mira el mapa.

-Le prepararemos un cálido recibimiento -dice con expresión lúgubre.

Don Fadrique no es tonto, no tiene la menor intención de que su ejército atraviese el polder al descubierto. Antes, enviará a un tercio para que prepare una emboscada. Cuando Lumey llega con sus hombres caen directos en la trampa. Solo una huida precipitada evita que las tropas de los mendigos sean masacradas.

El resto del ejército español llega después, arrastrando cañones y carros por la nieve, pero sin toparse con ningún obstáculo. El 11 de diciembre, cuando Lumey acaba de formar nuevas tropas, los tercios españoles llegan a Haarlem y ponen cerco a la ciudad.

Una vez más, ofrecen a los habitantes de Haarlem la oportunidad de rendirse. A modo de respuesta, los sitiados refuerzan los cerrojos de las puertas y lanzan disparos de advertencia desde las murallas. Después, ponen todas sus energías en romper el hielo que cubre el foso.

Tras el castigo sufrido por Malinas, Zutphen y Naarden, don Fadrique esperaba que las demás ciudades le abrieran sumisamente las puertas, pero las noticias de las masacres que ha perpetrado han tenido el efecto opuesto. Si capitular se recompensa de esta manera, más vale defenderse, opinan los sitiados. Desde luego, no se les pasa por la cabeza creer en la palabra de honor de don Fadrique.

Así pues, se inicia el asedio. Durante días enteros, la villa se llena con el estruendo de los cañones. Los enormes proyectiles golpean la muralla norte, que casualmente es la más resistente. A pesar de ello van apareciendo las primeras brechas.

Los españoles se apresuran a tender puentes sobre los agujeros abiertos en

el foso que rodea la ciudad y se cuelan en las brechas de la muralla. No llegan muy lejos. Detrás de los muros, los espera la milicia lista para atacar con mosquetes y ballestas.

Los soldados españoles inician la retirada, pero son reemplazados por nuevos tercios, que golpean la ciudad como las olas en el batiente.

Los adarves están repletos de hombres, mujeres y niños, armados con piedras, balas de heno encendidas y objetos de hierro.

Julián Romero es alcanzado en el ojo y tiene que retirarse.

Poco después, se suspende el asalto. Sobre el hielo del foso, yacen cientos de españoles muertos o heridos, mientras que, en los adarves, los ciudadanos de Haarlem lo celebran. El tañido entusiasta de las campanas inunda la ciudad: ¡han resistido!

Esa noche, los sitiados reparan los huecos abiertos en las defensas, arrastran cestas repletas de piedras hasta las murallas y se aseguran de que la brea siga hirviendo en los calderos.

Sin embargo, no se produce ningún nuevo ataque. Don Fadrique ha decidido recurrir a un método probado e infalible para conseguir doblegar a una ciudad: el hambre.

38

En Leiden, el asedio se ha convertido en la conversación del día. En la calle, en la iglesia, en los mercados, por doquier la gente se pone al corriente de las últimas noticias. En un primer momento, todos siguen la evolución de la situación con inquietud; sin embargo, la vida retoma su curso cuando los ataques contra la ciudad cesan y los pregoneros no anuncian nada nuevo salvo que Haarlem sufre hambruna, pero aguanta.

Isabella se queda al margen de todo eso. Sigue sin haber perdido la esperanza. ¿Cómo podría hacerlo, si no ha visto los cuerpos de sus padres y de sus hermanas? No puede creer que ya no estén. No obstante, a medida que pasan los días sin que ninguno de ellos aparezca, se le hace cada vez más difícil darse ánimos.

La pérdida tiene muchas facetas. Está el dolor de no volver a ver nunca a tus seres queridos. Cargar con esa pena ya es de por sí suficientemente difícil, pero se hace insoportable ahora que no tiene ningún lugar adonde ir, ninguna tumba a la que visitar.

Isabella empieza a tener pesadillas. A menudo la despiertan sus propios gritos, pero en la buhardilla no hay nadie que pueda oírlos. Es como si su familia se hubiera disuelto, se hubiera desvanecido en la nada, como si nunca hubiese existido.

Al mismo tiempo, Isabella ve a sus seres queridos por doquier. Unas veces es su padre el que avanza por la calle a paso rápido, con el largo y oscuro tabardo de médico. Otras veces advierte de repente la melena rubia de su madre entre la muchedumbre que se agolpa en el mercado. Entonces se queda mirando, como clavada al suelo, hasta que la mujer se vuelve y le muestra un rostro desconocido.

En ocasiones oye resonar la risa de Susanna o ve a Alida brincando a lo

lejos, y en cada una de ellas es como si se quedara sin aire en los pulmones.

Preferiría permanecer el día entero tumbada en la cama o sentada junto a la lumbre, mirando fijamente los azulejos azules de Delft de la chimenea. Todos son muy cariñosos con ella, sobre todo Bregeta, la muchacha que la acogió al llegar, pero Isabella es muy consciente de que vive a costa de su familia. No puede quedarse aquí eternamente, tiene que empezar a ganarse el sustento y encontrar un lugar en el que vivir.

Para lograr escapar del estado letárgico en el que se encuentra, sale a la calle. En su mente está madurando un plan, algo que quería hacer desde el principio, pero para lo que le faltaba valor.

Aunque su madre no hablaba mucho de ello, Isabella conocía desde pequeña su dolor y su tristeza. Lo veía en la manera en que se le nublaban el rostro cuando alguien le hablaba de Leiden, o cuando ella, Alida o Susanna le formulaban preguntas sobre su familia. Entonces, su padre se apresuraba a cambiar de tema con habilidad, tras lo cual Lideweij se quedaba mucho rato callada y ensimismada.

Después de un tiempo aprendieron a no perturbar la paz en casa con preguntas y, puesto que ninguna de ellas había conocido al abuelo, tampoco lo echaban de menos. No obstante, Isabella pensaba en él de vez en cuando, aunque más por rencor que por necesidad de conocerlo.

Ahora la situación ha cambiado. Él es la única persona que conoció bien a su madre. Puede contarle historias sobre su juventud y quizá guarde incluso un retrato de ella.

Isabella se abriga con el manto y cruza la Breestraat. El día es fresco, pero el sol brilla, dándole a la ciudad un aspecto mucho más amable.

Tendría que haberle preguntado a Gilles cómo ir hasta la casa del abuelo. Ha mirado la ruta en uno de los planos de la ciudad que imprime su tío, pero se pierde después de meterse en varios callejones. Va a parar a un barrio que no es precisamente el mejor de Leiden.

Se topa con un laberinto de chirriantes ruelas y calderas de tintorería, que borbotan a fuego lento en plena calle. En los agujeros practicados en el canal helado, mujeres y niños limpian la suciedad de fardos de lana que luego ponen a secar en la orilla sobre cañizo; después extienden la lana en la nieve y la golpean con palos para darle más esponjosidad.

Naarden también era una ciudad activa, llena de carros, pregoneros y

panaderos que tocaban el cuerno en señal de que había llegado el pan fresco; y no era inusual toparse con una piara de cerdos que eran perseguidos por las estrechas callejuelas. Allí también olía a sangre de una vaca sacrificada en la calle, a boñigas, a peces muertos y a carcasas de animales que flotaban en el canal.

Sin embargo, aquello era diferente. Conoce ese olor, le resulta familiar.

Es la febril animación de Leiden la que la enerva. Hombres, mujeres, y niños, sobre todo muchos niños, y todos trabajando.

Esa es la diferencia, comprende Isabella. Los niños. En Naarden también tenían que ayudar en casa, pero les quedaba tiempo para hacer muñecos de nieve, correr por la calle con aros y jugar a las canicas junto a los canales. Le basta con echar un vistazo a las caras pálidas y demacradas que la rodean para saber que aquí las cosas son diferentes.

Ella también llama la atención. Observa y se siente observada. Las miradas con las que se cruza van de la franca antipatía a la hostilidad. Nunca ha sido tan consciente de su cuerpo bien alimentado, del sano brillo de su cabello y de la tersura de su cara, no marcada por las cicatrices de la viruela, el eccema u otra enfermedad. Para las personas que viven en los barrios bajos de Leiden, Isabella es el vivo ejemplo de cómo podrían haber sido ellas si hubiesen nacido con buena estrella.

¿Son imaginaciones suyas o ve realmente que algunos estrechan con más fuerza las porras con las que abatanan la lana, que las mujeres le lanzan miradas torvas mientras se recogen un mechón de pelo detrás de la oreja, como si tuvieran la intención de atacarla y arrancarle el bonito vestido?

Isabella se apresura a buscar su camino por las angostas y apestosas callejuelas, pero es como si quedara cada vez más atrapada en ellas. Se mete en una bocacalle, se percata de su error y se queda parada, titubeando.

La calle se vuelve cada vez más oscura y se acaba convirtiendo en algo que ni siquiera es digno de llevar el nombre de callejón. Las fachadas de madera de las casas se inclinan tanto las unas hacia las otras que las partes que sobresalen se tocan.

Detrás de ella corren dos jóvenes de pelo largo que visten unas mugrientas chaquetas. La siguen a cierta distancia y adaptan su velocidad a la de Isabella. Cuando ella echa a caminar más rápido, ellos aceleran el paso, cuando ella frena, sus pasos no se acercan, y en el momento en que resbala y está a punto

de perder el equilibrio, ellos se detienen.

Isabella se alegra al ver que el callejón se abre y la penumbra es reemplazada por la reconfortante luz del sol.

La pobreza y la riqueza no están tan alejadas la una de la otra. Basta con dejar atrás un callejón y cruzar un puente para encontrarse en un canal ancho, tranquilo y elegante. Aquí no hay trabajadores de aspecto sarnoso ni una actividad febril, solo transeúntes bien vestidos que se saludan descubriéndose al cruzarse, madres jóvenes que pasean con sus hijos y un bufón que exhibe sus artes en un puente ante las risas de los espectadores.

Isabella los observa desde una distancia.

Así es la vida, dura y arbitraria. Nadie puede elegir si conocerá la prosperidad o la amarga pobreza, si tendrá una muerte atroz o si seguirá vivo. Ni siquiera las personas más creyentes y más buenas escapan al cruel juego que practica con ellos la vida.

Isabella desliza la mirada hacia el otro lado del canal, donde debe de estar la casa de su abuelo, hasta encontrar un distinguido edificio de tres plantas con preciosas vidrieras y una gran inscripción en piedra.

En esa casa nació y creció su madre. Allí jugó, rio y soñó con el futuro.

Un profundo deseo de entrar y de explorar el interior se apodera de Isabella. Cruza el puente, pero a medida que se acerca, reduce la marcha.

Cuando se encuentra delante y levanta la vista ve la majestuosa fachada. El colosal edificio de ladrillo con postigos de madera parece mirarla desdeñoso desde lo alto.

Isabella mira la aldaba sobre la imponente puerta principal, pero algo la retiene. Tras un breve titubeo, da media vuelta y regresa al taller de imprenta.

-Buscan una criada -dice Josine mientras sirve la cena del caldero: sémola hervida en suero de leche.

Sus tres hijos, Ewout, Bor y Hugo, están sentados a la mesa con la cuchara en la mano, controlando si su madre le da una cucharada más a uno que a otro. Solo Bregeta espera plácidamente, confiando en que el reparto sea justo. Desde el otro lado de la mesa, sonrío a Isabella.

Esta le devuelve la sonrisa, pues ya está acostumbrada al ritual cotidiano.

-¿Quién busca una criada? -pregunta Gilles sin perder de vista a su hijo

mediano, Bor, que ya ha abierto la boca para protestar por la cantidad que le han servido en el plato.

-El que se queje tendrá menos -se limita a decir su padre.

Bor cierra la boca, los demás se echan a reír. No así Isabella. Por las noches, durante la cena, ella está sentada en otra mesa, en otra casa, con otras personas.

A duras penas logra controlar sus emociones. Lo último que quiere es molestar con su tristeza a esta familia que tanto hace por ella, incluso los chicos. No saben expresarse bien, y está claro que no saben qué actitud adoptar con ella, pero no dudan en darle una palmadita en el hombro.

-El señor Feelinck -le contesta Josine a su marido-. El abuelo de Isabella. O mejor dicho, su ama de llaves, Agaat. Me lo dijo esta tarde en el mercado. La anterior criada se ha quedado embarazada, así que no puede quedársela. Ahora tiene que apañárselas sola en aquella casa tan grande.

-Esta mañana he estado allí -dice de pronto Isabella.

No suele ocurrir a menudo que ella intervenga espontáneamente, por lo que ahora se hace un silencio y los demás la miran. No se siente cómoda con tanta atención y toma una cucharada de gachas.

-Me preguntaba cuándo ibas a hacerlo -dice Gilles al ver que permanece callada-. ¿Has hablado con tu abuelo?

-Solo he pasado por delante, no he entrado.

-¿Por qué no? -pregunta Ewout asombrado-. ¡Es tu abuelo! Me parece normal que vayas a visitarlo.

Isabella se encoge de hombros.

-Temes que no quiera recibirte -dice Bregeta mirándola comprensiva.

Isabella levanta la cabeza de golpe.

-No tengo miedo -le dice con energía-. Solo que no sé si quiero conocerlo. No sé qué debo hacer o decir cuando esté delante de él. -Deposita el cuchillo en la mesa y mira fijamente al frente-. Recuerdo la vez que volvimos a Leiden. Fue un viaje largo, de casi tres días. Ya no me acuerdo de mucho más, pero sí que me pareció que estábamos eternamente en un barco. De Leiden solo sé que me quedé aquí jugando con Bregeta y Ewout. Mi madre debió de sentirse increíblemente dolida cuando la echaron sin ni siquiera dejarla entrar en su propia casa, pero yo no lo noté. Nunca nos habló de eso. Mi padre nos explicó

qué pasaba, dijo que era mejor no hablar del tema. Y nunca más lo hicimos. Entonces no nos parecía tan importante.

-Pero ahora es diferente -dice Josine.

-Sí -reconoce Isabella-. Quiero conocer a mi abuelo, pero sin arriesgarme a que me rechace con la misma rudeza con la que trató a mi madre.

De pronto, cambia de expresión como si se le hubiese ocurrido una idea que considerara seriamente. Bregeta es la primera en percatarse.

-¡Oh no! -le dice-. Dime que no vas a hacerlo.

Mientras los demás las miran sin comprender, Isabella asiente con determinación.

-Sí -le dice-. Voy a ofrecer mis servicios como criada.

39

Los primeros pasos que da en la casa de su abuelo emocionan profundamente a Isabella. Entra por la puerta de servicio y no va más allá de la cocina, pero se trata de la misma cocina en la que su madre pasó su infancia. Se la imagina de niña, sentada en la larga mesa de madera delante de un plato de gachas. O ya hecha una mujer, ocupándose de organizar las tareas domésticas. Debió de estar aquí a menudo, dando instrucciones a la criada y revisando la lista de la compra.

En aquel entonces, el ama de llaves no era Agaat. Según Gilles y Josine, a ella la contrataron después de que Lideweij se fuera de casa. Es una lástima, puesto que le habría encantado interrogarla discretamente.

Durante la conversación con el ama de llaves, se presenta como Ida.

-¿Tienes experiencia laboral? -le pregunta en primer lugar Agaat.

Isabella le entrega una carta de referencia de Joris Valckenier, que ella misma ha escrito antes de presentarse al trabajo.

-Vienes de Ámsterdam -dice Agaat asombrada-. ¿Qué se te ha perdido aquí en Leiden?

Para no quedar atrapada en sus propias mentiras, Isabella considera preferible mantenerse lo más cerca posible de la verdad. Murmura algo sobre sus sentimientos por Joris Valckenier y sobre la imposibilidad de su relación.

Agaat le dirige una mirada penetrante y le pregunta sin rodeos si está embarazada.

Isabella lo niega con un rotundo movimiento de la cabeza.

-No, señora. Así no eran las cosas entre nosotros. Pero yo no podía quedarme por más tiempo en la casa.

Agaat relee la carta con desconfianza, como si esperara encontrar

información adicional entre las líneas. Isabella no puede evitar sentir admiración por esta mujer que nota que hay algo que no cuadra, aunque no logra descubrir qué.

Sin embargo, teniendo en cuenta la escasez de personal que hay, sería una locura dejar escapar a esta muchacha educada, vestida con ropa sencilla, pero aseada, que encima viene con una excelente recomendación de una de las familias más ricas de Ámsterdam.

Después de haber acordado el salario, que incluye cama y comida, Isabella puede ir a buscar sus pertenencias e instalarse en el cuarto de la criada en el desván.

Todavía no ha conocido a nadie de la familia, pero según Agaat tampoco hace falta, puesto que el viejo señor Feelinck y su sobrino, Folkert Feelinck, que también vive en la casa, confían plenamente en su buen criterio. Ninguno de ellos se preocupa de los asuntos domésticos.

-Ya los conocerás. Aquí tienes tu delantal. Llévate tus cosas al cuarto y vuelve a bajar enseguida: hay mucho que hacer.

Isabella sale de la cocina con la bolsa de viaje en la mano y entra en un estrecho pasillo que da al zaguán. Las puertas de las habitaciones contiguas están cerradas, pero en el zaguán de baldosas negras y blancas hay mucho que ver. Las pequeñas mesas auxiliares con figuras de mármol no le llaman la atención, pero sí el enorme cuadro que hay frente a la escalera de caracol.

Isabella contiene la respiración. Se detiene delante de él y asimila cada detalle del retrato. El pintor intentó dar cierto aire de distinción a la mujer, pero gracias a su talento y su ojo por el detalle también logró captar la amable mirada de la retratada. La dignidad y rigidez de la postura de la mujer contrastan con la viveza de sus ojos que, desde el lienzo, parecen mirar a Isabella y seguir sus movimientos. En la esquina inferior del cuadro aparece su nombre: Wendela Feelinck-Van Bensenbroeck.

Por consiguiente, esta es su abuela. Isabella observa el retrato emocionada. El rostro que la mira se parece tanto a Lideweij que es como si volviera a tener a su madre delante.

Entonces vuelve a la realidad, da media vuelta y sube al desván, donde se encuentra su cuarto. No es mucho más que un oscuro trastero donde apenas caben una cama empotrada y una mesilla. No tiene ventanas, así que dependerá de la luz de las velas. En la mesilla de noche hay una palmatoria y al lado un

devocionario para que utilice bien su tiempo libre.

Isabella deja la bolsa en el suelo entablado, se quita el abrigo y se anuda el delantal de rayas blancas y azules.

Está impaciente por explorar el resto de la casa y conocer a su familia. Sin perder el tiempo en deshacer la bolsa, baja hasta la siguiente planta. Allí, las puertas también están cerradas. Le habría gustado echar un vistazo dentro, pero no quiere correr el riesgo de ser descubierta.

A juzgar por lo que ha visto hasta ahora, la casa está decorada acorde a la posición y la riqueza de sus moradores. Los suelos de los pasillos están tapizados con largas alfombras y en todas las paredes cuelgan cuadros.

Isabella aguza el oído para comprobar si oye a alguien detrás de las puertas cerradas, pero en la casa reina una profunda calma. Su abuelo y su tío segundo deben de estar trabajando fuera.

Regresa rápido a la caldeada cocina, de donde sale un delicioso olor. En el caldero de cobre, la carne hierve a fuego lento y Agaat está cortando acelgas.

-Siéntate, así podrás ayudarme.

El ama de llaves le señala con un gesto la segunda tabla de cortar que está preparada al otro lado de la mesa. Isabella toma asiento.

-¿El señor Feelinck no está en casa? -pregunta.

-No, se ha ido a la lonja de paños. Me refiero al señor Folkert. Llegará a casa al final de la tarde. El anciano señor Feelinck está en su habitación.

Isabella se vuelve hacia la puerta entrecerrada que da al pasillo. Así, entra el frío, pero le permite a Agaat ver si hay alguien en la puerta.

-¿En la habitación de la planta baja? -pregunta Isabella.

Agaat niega con la cabeza.

-Tiene su propia habitación arriba.

-¿Y la señora Feelinck?

-No hay ninguna señora. La vieja señora Feelinck falleció hace años, no llegué a conocerla. Su retrato cuelga en el zaguán, seguro que lo has visto. Murió joven. Eso debió de destrozar al señor Boudewijn, puesto que nunca volvió a contraer matrimonio. Además, rompió todo vínculo con su única hija, es muy triste.

-¿Por qué?

-Desconozco los detalles, pues eso ocurrió antes de que llegara yo, pero parece ser que se pelearon porque el señor no aprobaba al hombre que ella había elegido. Su hija se marchó de casa y nunca regresó.

Isabella calla y pela una chirivía.

-¿Y el joven señor Feelinck? -pregunta al cabo de un rato-. ¿No está casado?

-Oye, eres muy curiosa.

Una sonrisa marca las arrugas del rostro de Agaat. No parece darle más importancia, pero su observación hace que Isabella se sienta obligada a defenderse.

-Son mis patronos. No quiero causarles mala impresión diciendo alguna tontería.

Agaat asiente, mientras corta con admirable velocidad las chirivías y las cebollas en trocitos.

-El señor Folkert perdió a su esposa Jacomijn el año pasado a causa de la peste -le dice-. Y no solo a su esposa, sino también a sus hijos. Fue una tragedia, ni más ni menos. Yo los cuidé día y noche, pero no pude hacer nada por esas pobres criaturas. Es un milagro que yo misma no haya sucumbido a la enfermedad.

-¿Y el señor Feelinck?

-Estaba de viaje de negocios en Colonia. Cuando llegó a casa, su familia ya estaba muerta y enterrada -dice Agaat suspirando al recordar aquellos oscuros días-. Por fortuna, el señor Boudewijn apenas se daba cuenta de lo que sucedía. Casi no salía de su habitación, así que tampoco corría mucho peligro de contagiarse. No se enteró de la muerte de Jacomijn y de los niños.

Isabella alza la vista, alarmada.

-¿Cómo es posible? ¿Está enfermo?

Agaat frunce los labios y vacila.

-No podría llamarlo enfermo, aunque por supuesto lo está. Tiene una enfermedad mental.

Se sobresalta al ver que Isabella se corta el dedo.

-¿Qué haces, muchacha? Espera, voy a por un trapo.

Por lo visto, ella misma se corta con regularidad, puesto que no tarda nada en encontrar un trapito. Isabella se lo agradece y se vanda el dedo con el trozo

de tela.

Habría querido seguir hablando del tema, pero en ese instante alguien llama a la puerta de la entrada de servicio y Agaat se levanta.

-Es el hojalatero -le dice cuando regresa-. Ayúdame a inspeccionar los platos.

Juntas examinan con lupa todos los platos. Seleccionan las piezas que han perdido grosor debido al rascado con los cuchillos y las cucharas y se las entregan al hojalatero para que las recubra con una nueva capa de estaño. Después, Isabella no vuelve a tener oportunidad de preguntarle por su familia. Hay un tiempo para hablar y un tiempo para trabajar, y es evidente que ahora toca ponerse manos a la obra.

Al final del día, Folkert llega a casa. Es un hombre alto y delgado con rizos castaños que le llegan hasta los hombros. Tiene los ojos verdes y, en la cara, una expresión cansada y ausente.

La curiosidad con la que lo observa Isabella contrasta con el escaso interés que evidencia él por ella.

Le entrega el sombrero y el tabardo a Agaat, que los cuelga del perchero, y mientras el ama de llaves le presenta a Isabella, él asiente con aire distraído.

-¿Cómo dices que te llamas? ¿Ida? -pregunta y, acto seguido, se dirige al salón para beber algo.

Agaat e Isabella siguen preparando la cena. Aunque Folkert cene solo, la mesa debe ponerse con esmero. Agaat indica a Isabella cómo hacerlo: debe utilizar un mantel de damasco blanco, fuentes de estaño y un plato de porcelana blanca junto al cual hay que colocar una jarra de cerveza ligera. Durante la cena, el señor Folkert bebe de una copa Roemer cuyo pie está decorado con medias esferas que evitan que se escurran de las manos con los dedos grasientos.

-¿El señor Boudewijn no lo acompaña? -pregunta Isabella cuando regresan a la cocina.

-No, el señor Boudewijn cena en su propia habitación. Le llevo siempre la bandeja con la comida y me quedo con él hasta que ha acabado, de lo contrario no prueba bocado -le explica Agaat-. Exige mucho tiempo, pero es lo que hay.

-Si quieres, puedo llevarle yo la cena.

Agaat asiente.

-De acuerdo, pero iré contigo para hacer las presentaciones. No creo que se entere de nada, pero un día le dio por gritarle a la anterior criada. Y eso que ella le daba los medicamentos todas las noches. La pobre criatura se asustó tanto que nunca más quiso entrar en su cuarto.

-Yo no soy tan asustadiza -dice Isabella.

Sin embargo, mientras sigue a Agaat escaleras arriba con la bandeja en las manos, su corazón se acelera. Agaat lleva las medicinas de Boudewijn: un puñado de pastillas y un extracto de hierbas.

-Tiene que tomarlas durante la cena -le dice-. Por ello es necesario que alguien se quede con él.

Abre la puerta y entra en la habitación. Isabella la sigue de cerca. Se trata de un gran dormitorio cuadrado, con una cama de dosel en el centro. A un lado, cerca de la ventana, hay una mesa y una silla con respaldo alto. Al lado se ve a una figura encorvada sentada en un sillón. Cuando entran, él no levanta la vista. Tiene los ojos clavados en los zapatos.

Isabella hubiera querido imaginarse a su abuelo como un hombre alto de espalda erguida y una mata de pelo blanco. La confrontación con este anciano flaco y decrepito es como una bofetada en la cara.

No puede tener mucho más de sesenta y cinco años y, sin embargo, es como si fuera a exhalar su último suspiro en cualquier momento.

-Buenas noches, señor Boudewijn -dice Agaat con su voz agradable y potente-. Venimos a traeros la cena. Os presento a Ida, la nueva criada.

Boudewijn no reacciona.

Agaat deja los medicamentos sobre la mesa e Isabella hace lo propio con la bandeja. Se alegra de no encontrarse a solas con su abuelo, pues no sabría qué hacer ante esta situación. Retrocede un paso y observa cómo se maneja Agaat.

El ama de llaves actúa con firmeza. Toma asiento en la silla de respaldo alto y administra los medicamentos a su patrón como si se tratara de un niño.

Cuando él hace ademán de escupir las pastillas, ella le empuja la barbilla hacia arriba, con suavidad, pero con firmeza, para que se vea obligado a tragárselas.

-El extracto le gusta, así que no supone ningún problema -le dice a Isabella-. Y como no le doy nada más de beber, se lo toma él mismo.

-¿Y su comida?

-Se la he cortado en trocitos que él pueda coger con los dedos. No le doy ni cuchillo ni cuchara, pues con uno se lesiona y con la otra lo deja todo perdido. Eso lo hace de todas formas, pero tengo la solución.

Agaat saca un paño del bolsillo del delantal y se lo pone al anciano como si fuera un babero. Le coloca la bandeja al alcance de la mano y le dice:

-Buen provecho, señor.

Acto seguido, se levanta, recoge la vajilla sucia de la mesa y se va con ella.

La mano de Boudewijn se mueve con dificultad hacia el plato de pan y carne. Con dedos temblorosos coge un pedacito y se lo lleva lentamente a la boca.

Isabella lo observa en silencio.

Agaat ya está junto a la puerta y se vuelve hacia ella.

-¿Te vienes? -le dice-. Nos queda mucho por hacer.

40

Una vez por semana, Isabella tiene un día libre que se supone debe pasar fuera de casa. Es lo habitual con el servicio doméstico interno, pero a Isabella no le ha costado mucho esfuerzo conseguir autorización para quedarse en la casa del canal Rapenburg. No obstante, se aburre en su cuarto y, dado que tampoco puede pasarse todo el día merodeando en casa de Gilles y Josine, acaba ayudando a Agaat en la cocina.

A medida que disminuye el frío, el sol cobra fuerza y la cubierta de nieve helada en las calles se derrite formando charcos, Isabella sale más a menudo. Deambula por la ciudad, apartándose para dejar paso a las mujeres y niñas que, con sus ruecas debajo del brazo, hablan e hilan a la vez. En el interior de las casas bajas y oscuras donde viven los trabajadores, vislumbra telares y niños hilando con la rueca. El sonido de las máquinas sale de las viviendas y se mezcla con el de otros telares en la calle.

Isabella ya no tiene miedo de pasearse por el barrio, pues viste ropa de criada que indica que pertenece a la clase trabajadora.

Cuando se cansa del hervidero de gente en los canales y en los callejones, sube hasta el Burcht, desde donde divisa toda la ciudad.

El Burcht es una colina artificial levantada en pleno centro de Leiden. En otra época debió de tener una torre del homenaje que servía de refugio. Aunque la torre ya no existe, todavía se puede acceder a los adarves utilizando la escalera de madera de sesenta y cuatro escalones. Los domingos, las laderas pobladas de árboles se llenan de gente que disfruta de su día libre, pero hoy todo está tranquilo y el Burcht ofrece a Isabella un lugar ideal para reponerse.

Desde lo alto, mira en dirección a Haarlem y piensa en los españoles que cercan la ciudad. Cada día llegan a Leiden noticias del asedio y en las iglesias

se celebran misas por los sitiados que se niegan a capitular, pese a morir lentamente de hambre.

Por muy grave que sea la situación en la ciudad sitiada, Isabella tiene suficiente con sus propios problemas. Paseando sobre el adarve se imagina a su madre aquí mismo, de niña y quizá más tarde de joven. En veinte años han sucedido muchas cosas, pero las vistas deben de ser las mismas, al igual que la animación en las calles que ella observa desde arriba.

Se le hace extraño pensar que la vida sigue su curso, aunque la suya se haya detenido.

De vuelta al canal Rapenburg entra por la puerta de servicio con la llave que le cuelga de la cintura. Aagaat no se encuentra en la cocina. No ve su abrigo colgado de la percha ni tampoco su cesta, es evidente que se ha ido a hacer las compras.

Isabella se quita el manto, cruza el zaguán y sube a la primera planta. Siente el corazón palpitando en la garganta, aunque no sabe bien por qué. Tal vez porque una criada no debería pasearse por la casa del patrón en su día libre. Ya se ha familiarizado tanto con el papel de sirvienta que le cuesta imaginarse que se encuentra en la casa de su familia y que tiene todo el derecho de ir y venir a su antojo.

Se cuela en la habitación de su abuelo y cierra la puerta detrás de sí. Boudewijn está sentado en el sillón junto a la ventana y mira afuera.

Isabella se le acerca con cautela. Aparta la silla junto a la mesa, la coloca de forma que pueda mirarlo a la cara y se sienta.

-Pensé que sería bueno venir a veros -le dice.

Nada parece indicar que el anciano sea consciente de que ella se encuentra en la habitación. Sigue mirando al frente, sin reaccionar.

-¿Queréis que vaya a buscaros algo? ¿Algo de comer o de beber?

No hay respuesta.

Isabella cruza las manos en el regazo y suspira. Esto no tiene sentido, si quiere entablar contacto con él, tendrá que abordarlo de otra manera.

-Quería hablaros de vuestra hija -le dice con valentía-. De Lidewij.

No aparta los ojos del rostro de Boudewijn.

¿Ha parpadeado más rápido que antes?

Isabella se inclina hacia él.

-Os acordáis de Lideweij, ¿verdad que sí?

El silencio que la rodea es aterrador, sobre todo porque podría romperse en cualquier momento por una exclamación, un grito, o cualquier otra cosa. No sabe qué esperaba encontrarse, pero, en cualquier caso, no esta total ausencia de emociones. ¿Ha perdido su abuelo la memoria? ¿Puede hablar?

Según Agaat sí, aunque últimamente apenas lo hace.

-Conozco a Lideweij -dice Isabella en voz baja, sin apartar la mirada del rostro del anciano-. Diría incluso que la conozco muy bien. Le hubiese gustado estar aquí hoy.

Hace una pausa y busca las palabras adecuadas para llegar al anciano que tiene delante sin revelar demasiadas cosas de golpe.

-Deseaba que supierais que ella os amaba. Que siempre os quiso y siempre esperaba que volvierais a hacer las paces.

Los ojos azules que tiene delante de ella son los de su madre, pero sin expresión alguna. Desesperada, Isabella juega su último triunfo.

-Soy su hija -le susurra-. Soy yo, Isabella, vuestra nieta. Conocéis mi nombre, ¿verdad que sí? Mi madre os escribió cuando nació.

Con suma cautela, le toca la mano y le acaricia la piel seca y salpicada de manchas.

Boudewijn mantiene la cabeza ligeramente inclinada, como si a lo lejos viera algo que le llamara la atención. Murmura algo incomprensible.

Isabella siente que su cuerpo se tensa y lentamente acerca la cara a la del anciano hasta que sus alientos se entremezclan. Así lo obliga a mirarla y evita que la rehúya. Pero ¿la ven esos vidriosos ojos azules o se pierde su imagen en el confuso mundo interior del anciano?

Se aparta lentamente, mueve la mano delante de los ojos del abuelo y constata que no cambia nada en la manera en que la mira. Isabella se queda un largo rato sentada así, sin presionarlo, sin intentar provocar una reacción por parte del anciano.

Cuando por fin se da cuenta de que se está quedando adormilado, se levanta y sale de la habitación sin hacer ruido.

41

Delft, enero de 1573

Guillermo delibera casi a diario con sus oficiales sobre la situación en Haarlem. La ciudad está sufriendo, pero aguanta. Tras dos asaltos fracasados, don Fadrique ha cortado todas las vías de acceso, para que los sitiados agoten poco a poco sus reservas. Los mensajeros entran y salen de la ciudad poniendo en riesgo sus vidas para mantener al príncipe al corriente de la situación intramuros.

En la localidad cercana de Sassenheim, Guillermo ha estacionado una compañía de mendigos. Desde allí, unos hombres cruzan el hielo del lago de Haarlem, sobre patines y con trineos, para abastecer de víveres a la ciudad sitiada.

Sin embargo, desde que los españoles lo saben, es más difícil llegar a la villa sin ser vistos.

-Hay escasez de todo -dice Guillermo durante la reunión con sus oficiales-. El invierno está siendo muy riguroso y ya han quemado todo lo que les podía servir de leña. El frío provoca víctimas, pero me preocupan sobre todo las reservas de alimentos. Según las últimas noticias quedan apenas las suficientes provisiones para un mes, después será cuestión de vida o muerte. Tenemos que conseguir sea como sea formar un ejército de liberación.

-No disponemos de los recursos financieros para hacerlo, excelencia -dice Felipe de Marnix-. El Sacro Imperio Romano ya no nos da más dinero, sencillamente no podemos costearlo.

-Si cae Haarlem -dice Guillermo mirando uno a uno a sus oficiales-, caerá toda Holanda. Si no podemos pagar los gastos de un ejército de liberación,

tendrán que ayudarnos las ciudades. Nosotros defendemos sus intereses. De Marnix, envidad mensajeros a los magistrados y decidles que deben ser generosos. Dejadles claro que no es el momento de escatimar recursos.

Desde el Imperio Romano Germánico, Luis sigue esforzándose por conseguir dinero del príncipe elector y de otros nobles simpatizantes, aunque sin mucho éxito. Todos empiezan a estar hartos de la guerra en los Países Bajos, que no tiene nada que ver con ellos y en la que ya no desean verse implicados.

Desde las ciudades holandesas, el dinero llega con cuentagotas. Las villas más cercanas -Alkmaar, Leiden y Hornes- celebran una colecta entre los burgueses y consiguen recaudar un importe considerable, pero las ciudades más alejadas son menos fanáticas.

Guillermo ve con frustración que sus ingresos no son suficientes para movilizar un ejército.

Por si eso no fuera suficiente, el príncipe se ve obligado a vigilar continuamente a Lumey debido a la hostilidad de este hacia todo lo que es católico en Delft. Las monjas del convento de Santa Ágata apenas se atreven a salir de sus celdas cuando el líder de los mendigos se presenta a las reuniones en el convento. Y el padre Musius que, hasta la llegada de Guillermo era el único hombre que había en el convento, se siente abiertamente amenazado.

Y razón no le falta, puesto que Lumey no deja lugar a dudas sobre lo mucho que odia al clérigo. Detesta sin distinción a todos los católicos, pero los sacerdotes son los que más despiertan su sed de sangre. Entretanto, Guillermo ha prohibido a Lumey el acceso al convento, sin embargo, esta medida no garantiza la seguridad del padre Musius. Por ello, Guillermo no se extraña cuando el clérigo le anuncia su intención de marcharse.

-Desearía poder daros garantías sobre vuestra seguridad, pero por desgracia me resulta imposible -le dice afligido-. Me habéis ofrecido hospitalidad cuando más la necesitaba, y a cambio os veis obligado a huir de vuestro convento. ¿Puedo hacer algo por vos?

Musius sacude la cabeza con resignación.

-Os ruego que no perdáis de vista a Lumey -le contesta-. Cuando descubra que he huido, iniciará la persecución. Lo único que os pido, excelencia, es que os aseguréis de que pueda llegar sano y salvo a La Haya.

-Por supuesto, seré lo más discreto posible sobre vuestra partida -le

promete Guillermo.

Se estrechan las manos y Musius se marcha. Dos días más tarde, lo encuentran degollado junto al camino.

Guillermo recorre las calles de Delft profundamente compungido. La gente lo reconoce, pero no lo aborda puesto que están al corriente de sus preocupaciones. Con las manos en la espalda y el ceño fruncido, tampoco parece necesitar conversación.

Las muchas adversidades sumadas a la gran responsabilidad que ha asumido son una pesada carga para el príncipe. Se pregunta cada vez más si no ha cometido un enorme error. ¿Qué le llevó a pensar que era la persona indicada para salvar a los Países Bajos? Aunque esté al frente del ejército, él no es un gran comandante. Carece de las dotes de estrategia del duque de Alba, y mientras que el Duque de Hierro puede recurrir al tesoro público del rey, para Guillermo el dinero es siempre un problema. Ni siquiera puede confiar plenamente en su principal fuerza, el pueblo, pues las ciudades están demasiado ocupadas con sus propios intereses, y su lealtad es frágil.

No hay unidad, piensa Guillermo, mientras pasea por el canal Oude Delft en cuyas aguas se ha iniciado el deshielo. Solo la amenazada provincia de Holanda lucha a brazo partido, pero sin la ayuda del resto del país no tiene ninguna oportunidad de alzarse con la victoria. ¿Cómo puede hacerle frente al duque de Alba si ni siquiera cuenta con el apoyo de las ciudades y si los mendigos ignoran sus órdenes?

Nunca le ha gustado Lumey, pero hasta ahora lo consideraba un importante aliado. Sin embargo, ha firmado sin dudarlo la orden de arresto contra el conde, acusado del asesinato del padre Musius, y lo ha hecho trasladar a la cárcel de Gouda. Guillermo decide que, a partir de ahora, lo hará a su manera, sin innecesarios derramamientos de sangre.

Cuando regresa al convento, se encuentra con Felipe de Marnix que lo espera con una sonrisa de oreja a oreja.

-De repente, llueven las donaciones, excelencia -le dice-. El arresto del conde Lumey fue una buena decisión. Parece que habéis recuperado la confianza de la ciudadanía. Si esto sigue así, en breve plazo habremos reunido suficiente dinero para formar un ejército que nos permita romper el cerco.

Guillermo mira asombrado a su secretario.

-¿Es eso cierto? -es lo único que logra decir.

En los últimos años ha sufrido tantos contratiempos que casi se ha acostumbrado a que todos sus planes fracasen. Son esos pequeños e inesperados rayos de sol, que atraviesan las tinieblas, los que le ayudan a perseverar.

-¿Es eso cierto? -repite mientras una sonrisa le ilumina la cara-. Entonces, pongámonos manos a la obra. Tenemos una ciudad que liberar.

42

Leiden, marzo de 1573

Isabella se pregunta varias veces al día qué hace en la casa del canal Rapenburg, y qué espera de su estancia allí. Su abuelo no la conoce y nunca la conocerá, y su tío la ignora, para él ella es como el aire, alguien que está siempre cerca, pero que en realidad no existe. Isabella se encuentra en un callejón sin salida que no le ofrece ninguna perspectiva.

Puede revelar su verdadera identidad, pero eso no le dará ningún derecho. Si su madre no hubiese sido desheredada, todo habría sido distinto, pero ahora no le queda más que encomendarse a la buena voluntad de Folkert. Él tiene todo el derecho a echarla, y ella no puede correr ese riesgo.

Con cada paso que da, Isabella siente que su madre camina a su lado y nota su presencia en el silencio de la noche. Duerme con las joyas de Lideweyj debajo de la almohada y de día se cuele a menudo a escondidas en su antiguo dormitorio para sentarse en el borde de la cama de dosel.

No tiene nada que le recuerde a Alida, a Susanna y a su padre, y por ello no puede separarse de lo poco que le queda de Lideweyj. Por ese motivo, se contenta con su vida de criada. Es una existencia dura, pero no tiene tiempo para hundirse en el dolor. El trabajo que realiza todos los días es tan agotador que por las noches se queda dormida tan pronto se tumba en la cama. Cuando siente que la invade el sentimiento de pérdida por su familia, lo ahuyenta fregando con más fuerza la cocina y barriendo la acera delante de casa, y se desfoga encerando los muebles. Y además allí siempre está el retrato de la abuela, que le sonrío serenamente cada vez que pasa delante, como si quisiera consolarla.

No obstante, el duro trabajo le pasa factura: se halla al borde del agotamiento, adelgaza, pierde el apetito y muchas veces siente náuseas. En varias ocasiones ha tenido que agarrarse de la barandilla de la escalera o se ha visto obligada a sentarse porque estaba tan mareada que amenazaba con caerse.

Una tarde de marzo, Isabella vuelve a sentirse tan enferma que casi no logra hacer su trabajo. En algún lugar profundo de su ser surge la sospecha de cuál podría ser la causa. Hace ya un tiempo que le vino el último periodo, y las náuseas son muy reveladoras. Procura no pensar en ello. A fin de cuentas, muchos embarazos se malogran en los primeros meses, lo mismo podría pasarle a ella. Casi siempre sucede porque las mujeres no se han cuidado.

Isabella tampoco lo hace. Trabaja a más no poder, inclinada sobre la tabla de lavar, arrodillada sobre el suelo de baldosas, arrastrando cestas de turba que están en el desván.

Al parecer, no se puede tener un aborto por exceso de trabajo, así que tiente a la suerte golpeándose adrede contra la esquina de la mesa y ciñéndose el vientre con cintas. Un día sufre un accidente de verdad. Se cae de los últimos cuatro peldaños de la escalera, dándose contra el suelo del zaguán, pero aparte de algunas contusiones, está bien y el niño se queda donde está.

No pasará mucho tiempo antes de que su embarazo llame la atención, sobre todo ahora que vomita tan a menudo.

Un día, cuando Agaat le pide que limpie los cristales por fuera, Isabella lo hace gustosa. El tiempo es frío, pero soleado, y el aire fresco le quita las náuseas. El sol en la cara le proporciona un calor agradable, que no ha sentido en mucho tiempo.

-¿Es esta la casa del señor Feelinck? -Oye decir a su espalda.

Isabella se vuelve dispuesta a contestar afirmativamente. En ese mismo instante ve a Reinier Benningh y se queda boquiabierta.

Él también y, durante unos segundos, ambos se miran estupefactos.

-¿Qué estás haciendo aquí? -Reinier observa su ropa y su delantal sin comprender nada y luego se echa a reír.

-Trabajo aquí de criada -le responde Isabella con brusquedad.

-Ya lo veo, pero ¿por qué? ¿O es que tu familia abusa de la situación?

-No tienen ni idea de quién soy. Y me gustaría que siguiera siendo así, ¿podrías mantener la boca cerrada?

-Yo no diré nada, siempre y cuando me expliques de qué va esto.

Isabella se baja de la escalera desde la que limpiaba los cristales.

-No quería arriesgarme a que me echaran. Eso mismo le sucedió a mi madre, la desheredaron. Era la única manera que tenía de conocer a mi familia.

-Y bien, ¿los has conocido?

-Apenas. Mi abuelo ha perdido la cordura. Se pasa el día sentado en una butaca mirando por la ventana. Y mi tío segundo, que también vive aquí, apenas se digna mirarme. No he mantenido ni la más mínima conversación con él. Pero es lógico, porque para él no soy más que una criada.

Reinier asiente y la observa con atención.

-¿Y cuánto tiempo piensas seguir así? Quiero decir, ¿qué piensas conseguir con ello?

Isabella se encoge de hombros desanimada.

-Nada, pero no me quedan alternativas. Ahora al menos tengo un trabajo, un salario y un techo sobre mi cabeza.

-Eres una esclava en la casa que debería ser de tu propiedad -replica Reinier sacudiendo la cabeza.

-Bueno, no es de mi propiedad y, como ya he dicho, no tengo muchas opciones. Algo he de hacer para ganarme la vida, y ¿dónde mejor que en la casa en la que vivió mi madre? -le responde Isabella secamente.

En la mirada de Reinier aparece una pizca de comprensión.

-Ya veo. Y ¿cómo estás?

-Bien. No había trabajado tanto en mi vida, pero mejor: así, no tengo tiempo de pensar. Por cierto, ¿a qué has venido?

-Tengo una cita con tu tío Folkert. Qué casualidad, ¿no te parece?

-No lo sé. Ambos sois mercaderes, así que os necesitaréis de alguna manera. ¿Comercias también con paños?

-Comercio con todo -dice Reinier-. También con paños. Y, en efecto, no es tan casual que venga aquí. En Leiden tengo una casa en la que resido con regularidad para gestionar mis negocios.

-¡Pero bueno! -dice Isabella-. Una casa en Ámsterdam y una en Leiden.

-Y otra en Brujas, por si te interesa. Allí también voy a menudo.

-Tus negocios empiezan a dar fruto -observa Isabella-. Aunque a menudo

se trate de negocios sospechosos.

Reinier sonríe con benevolencia.

-Eso te molesta,  no es cierto?

- Te parece extraño? Quiz a hayas suministrado las armas con las que fueron asesinados mis padres y mis hermanas. No hace falta ser muy sensible para imaginarse que no me gusta esa idea.

-Me lo figuro -le contesta Reinier, en absoluto desconcertado-, pero sabes tan bien como yo que los españoles habrían conseguido armas de todos modos. Si no se las hubiese suministrado yo, lo habría hecho otro. Y no es seguro que esas armas se hayan utilizado en Naarden.

-Es una cuestión de principios. -Isabella suelta de golpe la esponja que tiene en la mano; esta cae en el cubo de agua y salpica el pantal n de Reinier-. Mientras haya gente que, como tú, solo piense en su propio interés, esta guerra no tendrá fin. Puedes burlarte de mi ropa de sirvienta, pero para mí, tu condición es muy inferior a la mía.

-Vaya, son palabras mayores -dice Reinier jovialmente-. No s  qué responder a eso.

-Reflexiona sobre lo que te he dicho.

Isabella saca la esponja del agua y vuelve a subirse a la escalera. Empieza a limpiar los cristales con grandes movimientos, para indicar que da por finalizada la conversación.

Poco después oye que Agaat deja entrar a Reinier, pero no se inmuta. Cuando ha acabado la faena, entra por la puerta de servicio y se queda en la cocina.

-Has estado mucho rato hablando con el señor Benningh -le dice Agaat al entrar-.  De qué hablabais?

Asombrada, Isabella levanta la vista del caldero de cobre que est  restregando. Sabía que Agaat era una mujer observadora, pero no esperaba que los hubiera visto hablar.

-Me pregunt  el camino -le dice-. Y le expliqué que estaba delante de la casa que buscaba.

La conversación entre ambos ha durado mucho más que esas cuantas frases, pero al parecer Agaat no lo ha notado. Al menos, no insiste.

-Me pregunto qué viene a hacer aquí el señor Benningh -le dice-. Que yo

sepa, al señor Folkert no le gusta en absoluto hacer negocios con él.

-¿Por qué no?

-Porque los métodos comerciales del señor Benningh son muy poco habituales. Anda siempre enfrentado a los gremios, cuestiona todas sus decisiones y no se atiene a lo acordado.

-Pues todo apunta a que el señor Folkert acabará haciendo negocios con él.

-No le queda más remedio. El comercio de paños pasa por un mal momento, la empresa empieza a tener problemas. Si sigue así, acabaremos en la calle. Si el señor Benningh puede solucionarlo, me parecerá muy bien.

Así que la empresa familiar está en apuros. Acaso sea este el motivo por el que Folkert se pasa días enteros fuera de casa y trabaja en su despacho hasta altas horas de la noche. Isabella reprime el deseo de escuchar detrás de la puerta lo que están debatiendo Folkert y Reinier. En lugar de ello, sube a limpiar las habitaciones.

Se reserva el cuarto de su madre para el final; es su recompensa, algo con lo que ilusionarse. Es una habitación bonita y elegante con paredes cubiertas de blanco satén. Las cortinas son de damasco azul claro, la ropa de cama tiene el mismo color, pero es de seda. Isabella cierra la puerta detrás de sí y se queda de pie, intentando captar el ambiente. Después se dirige hacia la ventana para abrirla y dejar que entre aire fresco. Está segura de que ella lo hacía con regularidad; en Breda y Naarden siempre ventilaba la casa, incluso cuando helaba.

Mientras una brisa recorre la habitación ahuyentando el polvo y el aire viciado, Isabella limpia el tocador de Lideweyj. No hay nada encima y los cajones grandes y pequeños están cerrados con llave. También está cerrado el ropero de nogal adosado a la pared más grande.

No es la primera vez que lo advierte, y no sabe qué la mueve a deslizar la mano por la parte superior del armario. Es como si su madre estuviera junto a ella y le susurrara esa idea.

Aparte de polvo y telarañas, los dedos de Isabella se topan con algo frío y duro detrás de la moldura. Ni siquiera se asombra al sacar la llave.

«Ábrela», le dice una voz en su cabeza. «Dentro hay de todo.»

La llave cruje en la cerradura y la puerta se abre. Allí cuelga la ropa de su madre: vestidos de diversos colores, sobre todo negros y granates, con cuellos altos, como dictaba la moda de entonces. Aunque también túnicas más

atrevidas de brocado azul y satén verde oscuro, con mangas abullonadas y puntilla.

Sobre un estante hay muchas tocas de lino con picos y cofias que ahora, veinte años más tarde, nadie llevaría, pero que Isabella acaricia con ternura.

Las faldas y las capas cuelgan de perchas y ella las mira una por una. Saca una falda granate, un manto gris y un corpiño rojo con cuello alto y mangas largas y anchas con puños de encaje. Roza el terciopelo con la punta de los dedos y aprieta el corpiño contra la mejilla; es como una caricia.

De pronto, siente la necesidad de notar las suaves telas sobre su piel y sin darse cuenta empieza a desvestirse detrás de la puerta abierta del ropero. Con dedos temblorosos, se pone las anticuadas, pero elegantes ropas, con colores que cobran vida cuando les da el sol.

Ojalá pudiera verse, captar la imagen completa. Se mira en el reflejo de la ventana, pero los pequeños cristales le devuelven una imagen fragmentada.

No importa, la tela le acaricia las piernas, el encaje de los puños le cosquillea las manos, el cuello le obliga a adoptar una pose casi palaciega.

Saca la toca de lino del armario, la dobla, se la coloca en torno a la cabeza y se anuda los picos en el cuello. Antes, los picos se almidonaban y se dejaban colgar sobre el pecho o se les daba forma de bucle. Hoy, eso ya no se estila. Las mujeres llevan elegantes cofias de encaje con alas o sencillas gorras de lino.

Justo cuando se dispone a quitarse la toca, oye pasos en la escalera. Isabella se queda paralizada esperando a que los pasos se alejen, mientras su corazón golpea con fuerza. Por la manera de andar pesada, sabe que se trata de Folkert. A él no se le ha perdido nada en esta habitación, debe de dirigirse a la del abuelo.

Isabella intenta quitarse la toca, sus dedos luchan con el nudo que ha apretado demasiado. Cuando por fin logra soltarlo, la puerta se abre y entra Folkert.

Él se detiene de forma brusca y mira. La mira a ella. Atónito y pálido.

El silencio que se hace mientras tanto parece pegarse a las paredes, y solo lo interrumpe el murmullo del viento en los árboles y el golpeteo de los postigos. Parece durar una eternidad, pero no pueden ser más que algunos segundos en los que Folkert la contempla horrorizado.

Entonces se recupera y estalla en cólera. Empieza soltando un gallo que se

convierte en un rugido.

-¿Qué demonios haces tú aquí? ¡Quítate esa ropa! ¡Quítatela, he dicho! ¿Quién te has creído que eres?

Ya no hay vuelta atrás. Es imposible disculparse, quitarse la ropa y devolverla sumisamente a su sitio. Esa ropa le pertenece, desprenderse de ella sería como arrancarse la propia piel.

Folkert interpreta su pasividad como una muestra de terror, acaso aun como descaro, y se le acerca fuera de sí.

Isabella no retrocede. La inesperada confrontación le infunde el valor y la frialdad que le habrían faltado en circunstancias distintas. A la luz del amanecer ha repetido tantas veces sus palabras que ahora le salen sin vacilación.

-Soy Isabella Griffioen, vuestra prima segunda -le dice-. La hija de Lideweij.

Si el momento no estuviera tan cargado, resultaría divertido estudiar el abanico de expresiones que aparecen en la cara de Folkert. De la furia y la incomprensión, al asombro y finalmente la incredulidad.

Su tío se le acerca hasta situarse a apenas un metro de distancia.

-Quítate esa ropa -le dice en un tono grave y peligroso-. Ya puedes coger tus cosas y largarte. Enseguida.

-Es cierto -insiste Isabella y se permite esbozar una sonrisa precavida y conciliadora-. Soy la hija de Lideweij. Lamento haber venido a esta casa con falsos pretextos, pero...

-Cállate. -La boca de Folkert tiembla, su rostro se crispa hasta convertirse en una máscara rígida-. No sé quién eres ni de dónde sacas el valor de hacerte pasar por mi sobrina, pero no tengo intención de picar el anzuelo. Cámbiate, coge tus cosas y abandona esta casa. Y si no lo haces rápido, te echaré yo mismo.

43

Una criada que se hubiera permitido algo tan imperdonable como lo que acaba de hacer ella no empeoraría las cosas haciéndose pasar por alguien que no es. Si la pillaran se moriría del susto, se pondría de rodillas y suplicaría perdón. O, si fuera más dura de pelar, ofrecería sus disculpas y se quitaría la ropa de prisa y sin rechistar. Una criada que endereza la espalda y que mira a su patrón a los ojos sin miedo y sin pronunciar palabra o bien es una desvergonzada, o bien dice la verdad.

Por lo pronto, Folkert no parece captar la verdad, así que Isabella se va a buscar la bolsa de viaje que guarda en su cuarto.

Exhibe el contenido de esta sobre la larga mesa de madera del comedor y le pide a Folkert que venga a verlo. Él lo hace. En silencio, su tío mira las joyas y las tazas bautismales. Sin tocarlas lee los nombres grabados en ellas, lanza un vistazo a Isabella y luego a los collares, anillos y pulseras.

Isabella comprende entonces que él no sabía que Lideweij poseyera joyas y, por consiguiente, no las considera pruebas; en cambio, las tazas bautismales lo emocionan visiblemente.

-¿De dónde has sacado todo esto? -pregunta con voz quebrada.

-Estaba escondido en un muñeco de nieve que hizo mi hermana cuando los españoles se acercaban.

Folkert vuelve a observarla con dureza y ella le devuelve una mirada en la que no hay rastro de desasosiego.

-Que tengas esos objetos no significa que seas quien afirmas.

-¿Cómo podría tenerlos si no?

-Puedes haber visto que los escondían en el muñeco de nieve. O tal vez los hayas robado de su casa.

-Podría ser -admite Isabella-. Pero no fue así.

Su actitud serena y confiada surte efecto. La cólera de Folkert se desvanece, pero no así su escepticismo. Vuelve a examinar el pequeño tesoro que hay sobre la mesa y de vez en cuando mira a Isabella de forma inesperada, como para pillarla desprevenida en un momento de debilidad.

Alarga la mano hacia un collar de plata con engaste de rubí. Lo sopesa en la palma de la mano, acerca la joya a la luz del sol como si quisiera comprobar su autenticidad.

-Esta es una pieza familiar -dice-. Se lo vi puesto a menudo a mi tía. Lo lleva también en el retrato que hay en el zaguán.

Curiosamente, Isabella todavía no se había percatado de ello. Siempre ha prestado atención a los ojos de su abuela y a la dulzura de su rostro. Ahora se da cuenta de que lleva en efecto un collar que muestra un gran parecido con la joya que sostiene Folkert en la mano.

-Mi madre debió de recibirlo o heredarlo de su madre -le dice emocionada.

-¿No lo sabes seguro? -pregunta Folkert receloso.

-No, no me lo dijo. Muchas de esas joyas no se las vi nunca puestas. Creo que eran demasiado valiosas. Cuando se casó con mi padre, cambió de vida.

Folkert deposita el collar sobre la mesa y aparta una silla. Se sienta, junta las manos y señala la silla que se encuentra delante de él.

-Siéntate y cuéntame. Quiero que me expliques todo lo que sepas de Lidewej. De su juventud, de la tuya, todo. Y después quiero saber qué pasó en Naarden.

Hablan durante toda la tarde. Para Isabella son horas difíciles, en las que su mente recupera una increíble cantidad de historias, anécdotas, recuerdos hermosos y tristes. La vida en Breda, el contacto con el príncipe de Orange, la huida de la familia a Naarden y su vida allí.

Aunque permanezca callado, Folkert parece impresionado con toda la información que ella le ofrece. Sin embargo, cuando ha acabado, él replica que ciertamente sabe mucho de la familia Griffioen, pero que una buena amiga o una criada podría contar las mismas cosas. Isabella se siente decepcionada. Ni siquiera lo convence el relato de la masacre en Naarden. Es decir, no cuestiona que ella proceda de Naarden y que haya vivido todos los horrores que allí se perpetraron, pero sigue sin considerarlo una prueba de su

identidad.

-¿No hay nadie que pueda testificar a tu favor? ¿Alguien que haya sobrevivido a la matanza, o alguien que no sea de Naarden y que haya conocido a tus padres?

-Sí, por supuesto -dice Isabella-. Diversas personas. Gilles Lammens, el impresor de la Breestraat, es primo de mi padre.

-¿Cuánto hacía que no te veía cuando llegaste a Leiden?

Algo perpleja por la tenacidad con la que intenta averiguar la verdad, Isabella admite que vio a Gilles por última vez siendo una niña.

-Pero me reconoció enseguida. No dudó en ningún momento.

-¿Otras personas?

-Reinier Benningh. Me llevó en su coche cuando hui de Naarden.

-Pero no te conocía de antes -concluye Folkert, para luego reclinarsse y negar con la cabeza-. No sé qué hacer. Sabes muchas cosas, incluso muchísimas, pero no es suficiente. ¿Sabes qué creo? Que trabajabas para la familia Griffioen. De lo contrario, ¿por qué habrías aceptado un empleo como criada en esta casa? ¿Por qué no llamaste a la puerta y te presentaste como quien eras?

-Porque tenía miedo de que mi abuelo me echara, como hizo con mi madre hace años. Yo tendría entonces unos dos o tres años, pero lo recuerdo. Sobre todo el interminable viaje que hicimos para venir aquí.

Folkert junta las puntas de los dedos, la observa indeciso y exhala un suspiro.

-Bueno -dice de repente con determinación-. Ya es suficiente. Ahora vas a coger tus cosas y...

-Joris Valckenier -lo interrumpe Isabella-. Joris Valckenier me conoció bien a mí y a mi familia. Vive en Ámsterdam, en la Warmoesstraat. Estoy segura de que estará dispuesto a venir para despejar cualquier duda. Escríbele y tendrás la prueba que necesitas.

Joris se presenta. El comercio con Haarlem ha quedado interrumpido y se ha desplazado a Leiden, por lo que Joris tiene que viajar con frecuencia a la ciudad. No se queda mucho tiempo, pero lo suficiente para convencer a Folkert de que tiene en casa a un auténtico miembro de su familia y no a una

embaucadora.

Para reforzar su testimonio, se ha traído a alguien más: Lambertus Hortensius. El antiguo director de escuela ya tiene más de setenta años y el viaje de Ámsterdam a Leiden ha sido agotador para él, pero lo ha hecho con gusto porque quería ver a toda costa a su antigua alumna.

-No sabía que hubiesen sobrevivido otras personas -dice Isabella emocionada sosteniendo las manos de su maestro en las suyas-. ¿Cómo lo conseguisteis a vuestra edad?

-Yo formaba parte del comité negociador -dice Lambertus-. No sé por qué motivo decidieron perdonarme la vida, pero me reconocieron y me dejaron en paz. Sin embargo, hubiese preferido que me mataran a mí y le perdonaran la vida a mi hijo. Lo degollaron ante mis ojos, en mi propia casa.

El dolor es visible en su mirada: muestra un vacío que Isabella reconoce y que le llega al alma. A pesar de ello, siente una gran alegría de ver a alguien de su antigua vida. Pregunta si hubo más supervivientes y él le contesta que unos sesenta de una población de ochocientos. En realidad son muy pocos, pero muchos para ella que pensaba que era la única en haber escapado, y eso le infunde esperanzas. Y, aunque no espera nada, Isabella tiene que preguntárselo:

-Mis padres, mis hermanas... ¿Sabéis algo de ellos? ¿O alguien con quien hayáis hablado?

-Mi querida niña, te lo habría dicho enseguida. -La voz de Lambertus está cargada de compasión-. Siento mucho que os haya sucedido esto, que nos haya sucedido a todos. Sé que has visto cosas terribles, cosas que no olvidarás mientras vivas. Y yo he venido aquí para asegurarme de que nadie te cause más sufrimiento.

Sin ni siquiera mirar a Folkert, con sus palabras expresa una reprimenda muy clara.

-Lo comprendo. Mi tío y yo no nos conocíamos y son tiempos extraños. Bien podría haber sido una cualquiera -contesta Isabella.

Después sonrío fugazmente a Folkert, que los observa desde cierta distancia. No le apetece en absoluto enemistarse con la poca familia que le queda. Su lema es perdonar y olvidar.

Folkert asiente, impresionado por el emotivo reencuentro entre su sobrina y su maestro. Ella no sabría decir si su tío se alegra de tenerla en su casa, pero

en cualquier caso ya no niega los hechos.

El reencuentro con Joris también es cordial, aunque algo más formal. Se ponen al día durante la comida, mientras Agaat les sirve boquiabierta. Joris espera contraer matrimonio con Agniet dentro de poco y por supuesto Isabella y Folkert están invitados.

Isabella asiente, sonrío y sabe que no acudirá. Tanto Joris como el maestro Lambertus se quedan a pasar la noche y salen a la mañana siguiente después del desayuno.

-Bien -dice Folkert-. A partir de ahora compartiremos la casa. Habré de acostumbrarme, aunque también será agradable tener compañía. A veces me resultaba demasiado grande y silenciosa.

Se encuentran en el zaguán, donde se han despedido de Joris y de Lambertus, y se miran algo incómodos. Ahora que ha quedado demostrado que Isabella es quien dice ser, puede por fin hacer la pregunta que lleva tiempo queriendo formular:

-Folkert, ¿conociste bien a mi madre?

-Bastante bien. A fin de cuentas, era mi prima. No es que nos viésemos a menudo y menos cuando mis padres decidieron establecerse en Haarlem, pero sí que nos reuníamos unas cuantas veces al año. -Desvía la mirada hacia el retrato de Wendela Feelinck-. Se parecía muchísimo a tu abuela.

-Sí, ya me había fijado -dice Isabella-. ¿Sabes qué pasó exactamente entre mi madre y mi abuelo? Quiero decir, sé que se pelearon por mi padre, pero ¿cómo fue?

-No lo sé. Eso sucedió antes de que llegara yo. Cuando vine a Leiden para ayudar al tío Boudewijn con la empresa, Lideweyj ya se había marchado. Boudewijn me dijo algo al respecto, una sola vez y fue sumamente breve. Después no quiso volver a oír su nombre. La desterró de su vida.

-¿Intentaste alguna vez hacerle cambiar de idea?

-Por supuesto, muy a menudo. Recuerdo la vez en que Lideweyj vino a Leiden para reconciliarse con su padre. Él ni siquiera la dejó entrar. El viejo podía ser increíblemente terco. Si lo obedecías, te lo daba todo, pero pobre de aquel que se atreviera a enfrentarse a él. No obstante, la ruptura debió de causarle una gran pena.

-¿Sí? ¿En qué lo notaste?

-Se veía por su actitud. Siempre fue un hombre orgulloso y altivo, pero

tenía mucho sentido del humor. Después de que se marchara Lideweij, nunca volví a verlo reír ni bromear. Era como si algo en él hubiese muerto. Como si ella hubiese fallecido y él estuviera de duelo. Uno se pregunta por qué la gente es tan dura consigo misma.

-Mi madre le escribía -dice Isabella-. La he visto innumerables veces sentada en su escritorio. Cuando éramos pequeñas le mandaba dibujos de nosotras que ella misma hacía y le contaba cómo era nuestra vida en Breda. Pero que yo sepa nunca obtuvo respuesta.

-Como te he dicho, era terriblemente tozudo. Dudo mucho que leyera las cartas. Sea como fuere, nunca las he visto. Creo que las echaba enseguida al fuego.

Isabella exhala un profundo suspiro.

-¿Sabes? Cuando vine aquí, soñaba con reunirme con mi abuelo. Sabía que mi madre no regresaría, pero esperaba poder reconciliarme con él en su lugar. Sentía curiosidad por ver a mi abuelo, pero también le temía. Durante todo el tiempo que he estado aquí, he intentado entablar contacto con él. Ha sido en vano, pero después de oír lo que me has contado, ya no me importa tanto.

-Si él no hubiese perdido la razón, no habrías entrado nunca en esta casa. De eso estoy seguro -dice Folkert-. Tu abuelo no admitía a la gente como era. No te habría aceptado por tu educación protestante. Puede que sea mejor así.

-¿Y tu mujer y tus hijos? ¿Se llevaba bien con ellos?

Se aventura a adentrarse en un terreno muy personal, quizá aun prohibido, poco importa la cautela con la que Isabella formule la pregunta. Confía en que su voz denote compasión y no la curiosidad que tanto le molesta en otras personas. Durante un momento se hace un silencio, son segundos en los que Folkert mira al frente indeciso.

-No -dice este por fin-. Hasta hace poco, esta casa estaba llena de vida.

Su voz transmite dolor y al verlo apartar la mirada, Isabella lamenta haber tocado este tema. Se da media vuelta, con intención de retirarse discretamente, pero Folkert sigue hablando.

-Mis hijos eran aún muy pequeños -dice en voz baja-. En realidad, apenas habían tenido tiempo de vivir cuando la peste se los llevó. Según Agaat, todo fue muy rápido. Un día estaban correteando alegremente por la casa y a la mañana siguiente habían muerto. Los dos, mi hijo y mi hija. Dos días más tarde moría su madre. Cuando volví a casa, mi familia había desaparecido. La casa

estaba vacía, como si nunca hubiesen existido. Ni siquiera pude despedirme de ellos, puesto que ya los habían enterrado. En tiempos de peste no esperan mucho a retirar los cuerpos.

-No...

Folkert tiene la mirada perdida en la habitación, como si estuviera viendo a sus hijos jugar y reír.

-Lo siento muchísimo -dice Isabella-. Sé cómo te sientes.

Folkert se vuelve hacia ella, como si de pronto adquiriera conciencia de su presencia.

-Ahora tengo cuarenta años, pero sigo sin comprender por qué Dios permite tanta miseria -dice sacudiendo la cabeza-. Tal vez quería castigarme. Porque apenas prestaba atención a mis hijos cuando aún vivían, porque siempre andaba ocupado con la empresa, con el comercio y con el dinero.

-No creo que las cosas funcionen así -le dice Isabella con cautela-. Todo el mundo se preocupa por ese tipo de cosas. Es normal.

-Pero todo tiene un límite -dice Folkert restregándose los ojos fatigosamente-. A menudo, le advertí a tu abuelo que cometía un grave error apartando a su hija de su vida, le dije que se arrepentiría algún día. Y mientras tanto no me daba cuenta de que yo incurría en el mismo error.

Sacude la cabeza y sube y baja los hombros como si intentara librarse del peso que cargan. Después se levanta sin decir palabra y abandona la estancia.

-No me lo puedo creer -murmura Agaat-. Os presentáis aquí para servir de criada y resultáis ser la nieta del señor. ¡Y yo venga daros órdenes! Me muero de vergüenza.

Isabella acaricia con dulzura el brazo del ama de llaves.

-Tú has sido muy amable y cariñosa conmigo, Agaat. Las criadas me han contado a veces historias bien distintas.

-Si conocéis a alguna me haríais un favor... Voy a necesitar otra vez ayuda -suspira la mujer.

Isabella sube a la habitación de su madre, que ahora es oficialmente la suya. Se le hace extraño entrar allí sin pedir permiso, husmear en los armarios y abrir los cajones del tocador. No es que haya muchas cosas dentro -solo unos cuantos cepillos de plata, montoncitos de ropa interior y algunos libros-,

¡pero significan tanto para ella!

Con la asignación que le da Folkert, se compra ropa nueva, que coloca junto a las prendas que su madre dejó en el ropero.

A partir de ese momento, releva a Agaat y se encarga personalmente del cuidado del abuelo; le da la comida y se ocupa de que tome sus medicamentos. Aprovechando que los días empiezan a alargarse y que hace más calor, deja la ventana abierta de tanto en tanto, para que él pueda disfrutar de las vistas al jardín y para que le dé el aire fresco.

Cada día le hace compañía durante un rato, habla con él o le lee fragmentos del devocionario. Por desgracia, él nunca da muestras de comprender lo que le dice, aunque Isabella no se desanima. Algunas cosas hay que hacerlas, tengan o no sentido.

44

Delft, verano de 1573

En realidad, Guillermo no tiene tiempo para el largo viaje, pero cuando los buitres y otras aves de rapiña empiezan a sobrevolar los campos de cereales y el sol seca los charcos de barro de los caminos rurales, decide partir rumbo a Dillenburg en compañía de un pequeño séquito para ir a buscar a sus hijos. Su deseo de tener una vida en familia, aunque sea sin esposa, es tan intenso que no puede seguir ignorándolo.

La comitiva cruza el norte libre del país hacia la frontera alemana, para llegar, dos días más tarde, a Dillenburg. Como siempre cuando ve el laberinto de casas al pie de la colina, dominado por el castillo de sus ancestros, el corazón de Guillermo empieza a latir con fuerza y le invade la ternura. Esta es su casa, este castillo que se alza allí como un faro de libertad, de independencia y de lealtad familiar. De repente, le asaltan las dudas. ¿Hace bien en arrastrar a sus hijos a los convulsos Países Bajos? ¿Acaso no están mucho mejor aquí?

Sin embargo, en cuanto Maaiken y Ana salen a su encuentro en el patio y se arrojan a sus brazos, él sabe cuál es la respuesta. Ana está radiante de felicidad de volver a ver a su padre. Él no sabe qué ha hecho para merecerlo, puesto que no ha tenido muchas oportunidades de estar con ella en sus diez años de vida. Con Maaiken le une un vínculo más estrecho. Ha cumplido diecisiete años y ya es una damisela con un vestido negro de anchas mangas azules y una cofia de fino encaje de Bruselas. Guillermo la coge de la mano, emocionado, y la hace girar en redondo.

-Maaiken, Maaiken, no te habría reconocido si te hubiese visto en la calle. En mi recuerdo sigues siendo una niña. De hecho, a partir de ahora debería

llamarte María.

-Oh no, papá, por favor, seguid llamándome Maaiken, os lo ruego. Todo el mundo lo hace. -Maaiken le estampa un beso en la mejilla y lo rodea con los brazos-. Es tan maravilloso volver a veros.

A cierta distancia los observan los chicos, Justino de catorce y Mauricio de seis años. Guillermo saluda a Justino tal como quieren ser tratados los muchachos de su edad: como un hombre. Con una palmada en el hombro y un breve abrazo. Por su parte, Mauricio empieza dándole solo la mano, pero al ver la amplia sonrisa de su padre, lo abraza espontáneamente.

Emilia se acerca cogida de la mano de su abuela. Guillermo se sobresalta. Desde cierta distancia, su madre no parece haber cambiado, con su ropa oscura y su cofia de lino blanco, pero los largos años de preocupaciones han empezado a hacer mella en su rostro. Ahora tiene sesenta y seis años, pero debido a las numerosas y profundas arrugas aparenta muchos más.

-Madre... -dice Guillermo besándole la mano como si fuera de porcelana fina y frágil.

-No hace falta que te andes con tantos miramientos conmigo. Salúdame como Dios manda -le dice Juliana.

Guillermo se echa a reír y la levanta del suelo, como solía hacer de joven.

-Y ¿a quién tenemos aquí? -dice después de soltar a su madre arrodillándose delante de la niña vestida con voluminosas faldas y cofia de encaje.

Con sus rizos oscuros es la viva imagen de Ana. La pequeña ya ha cumplido cuatro años, pero es la primera vez que Guillermo ve a su hija pequeña.

-Hola Emilia, ¿sabes quién soy?

La niña hunde avergonzada el rostro en las faldas de Juliana. Guillermo se incorpora y se topa con la mirada de reproche de su madre.

-Quiero pedirte con insistencia que reflexiones sobre esto, Guillermo. Como ya te dije en mis cartas, me parece una pésima idea que te lleves a los niños.

-Más tarde, madre, más tarde -le contesta Guillermo de buen humor-. Primero vamos a celebrar que la familia vuelve a estar reunida.

Llevando a Emilia en el brazo y a Ana cogida de la mano, el príncipe entra

en el castillo y se dirige hacia la estancia que ya utilizaba en su juventud para charlar, jugar una partida de tablas reales o sentarse junto al fuego.

Durante un buen rato, permanece con los niños escuchando sus historias y sus preguntas, hasta que Juliana pone fin a la reunión familiar y los manda a jugar fuera.

-Quiero hablar con vuestro padre. Lo volveréis a ver durante la cena.

Ellos se marchan obedientes y Juliana cierra la puerta con énfasis. Por la actitud beligerante con la que se vuelve hacia él, Guillermo comprende de qué quiere hablarle.

-¿Cómo está Ana? -pregunta antes de que su madre pueda abrir la boca.

-Mal. -Juliana toma asiento frente a su hijo y se alisa la falda-. Llevaba un tiempo comportándose de forma extraña, pero ahora se ha vuelto loca de remate. Se muerde a sí misma, se tira de los pelos y arremete contra todo el que se le acerca. Juan se ha visto obligado a encerrarla a cal y canto en una mazmorra, donde no moleste a nadie, puesto que, además, grita con todas sus fuerzas.

Guillermo cierra los ojos unos instantes y piensa en la joven Ana con la que contrajo matrimonio. Nunca fue bella, pero su indomable vitalidad y alegría lo sedujeron. A pesar de las innumerables ocasiones en las que lo avergonzó y lo sacó de quicio, le duele pensar en la triste suerte de la que fuera su esposa.

-Supongo que los niños no lo sabrán, ¿verdad?

-No, claro que no. Ellos solo saben que su madre está enferma y que no puede cuidar de ellos. Y tampoco está muy lejos de la verdad. Ana, Mauricio y Emilia están mucho mejor sin ella. -Juliana calla unos instantes, endereza la espalda y mira fijamente a su hijo-. Y ya que hablamos de los niños: quiero discutir contigo ese estúpido plan de llevártelos a los Países Bajos. ¡Un país que está en guerra!

-El norte está en nuestras manos, allí no hay españoles, madre. Y Delft es una ciudad bien fortificada que no será tomada con facilidad.

-Eso aún está por ver. No entiendo que te atrevas a correr ese riesgo. ¿Te das cuenta de lo que les sucederá a los niños si caen en manos de los españoles? En el mejor de los casos, se los llevarán a la corte española y no volverás a verlos jamás.

Se hace un silencio incómodo. Guillermo posa la mirada en un modesto

retrato de Felipe Guillermo. Su primogénito ya tiene dieciocho años y en diciembre cumplirá diecinueve. Es un adulto, un hombre hecho y derecho. Él intenta imaginárselo, pero sigue viendo al muchacho de trece años que lo mira desde el retrato. De forma brusca, aparta los ojos del cuadro.

-Son mis hijos -dice-. Los echo de menos y quiero que estén conmigo. Sobre todo considerando que se han quedado sin madre. Sé que os gusta tenerlos cerca, y que podéis darles todo lo que han menester. Lo valoro mucho, madre. No creáis que no os agradezco los cuidados que les habéis dispensado. Pero necesito a mis hijos. Ya me he perdido demasiadas cosas.

Juliana observa en silencio a Guillermo.

-Un buen padre supedita sus propios deseos y actúa en interés de sus hijos.

-Eso es cierto.

-Todos, salvo Emilia, quieren irse contigo. Pero no se trata de eso. Los niños no son capaces de evaluar la situación en la que se encuentran.

-Yo sí -le dice Guillermo sin perder la calma-. Y les garantizo seguridad. Si se presenta la menor posibilidad de que Delft sea sitiada, viajaremos al norte. Allí estarán a salvo.

Juliana se da por vencida con un gesto de resignación.

-Son tus hijos, tienes derecho a llevártelos. Y he de decir... -Espera un instante antes de proseguir-: He de decir que son afortunados de tener un padre que se preocupa tanto por ellos.

Después de permanecer tan solo dos noches en Dillenburg, Guillermo insiste en regresar. Hay mucho trabajo esperándole. Mientras tanto, los niños han recogido sus pertenencias y las han cargado en las cestas y los baúles que les ha cedido Juliana.

Guillermo anhela de todo corazón hacer una breve visita a Carlota, pero resulta imposible. Haarlem sigue estando asediada y los Países Bajos lo necesitan.

Tanto a él como a los niños les pesa en el corazón despedirse de Juliana. De repente, todos se dan cuenta de que Juliana se hace mayor, que nadie sabe cuánto tiempo durará la guerra y que esta puede ser la última vez que se vean. Los pequeños abrazan emocionados a su abuela que, de pronto, se muestra fuerte y firme, y, después de despedirse afectuosamente de ellos, los acompaña con paso decidido hasta el carruaje.

-Os vais con vuestro padre, eso es maravilloso, ¿no? Nos escribiremos, queridos míos. Y os tendré presentes en mis oraciones. Emilia, no olvides tu muñeca. Se te ha caído en el patio.

Todos se suben al carruaje, el cochero agita el látigo y los caballos se ponen en movimiento. Las grandes ruedas traquetean sobre los adoquines, cruzan el puente de madera y pasan debajo del portalón.

Todos se asoman a las ventanillas para despedirse de Juliana, que les devuelve el saludo con la espalda erguida. Con el corazón dolorido, Guillermo ve cómo la frágil figura de su madre se hace más y más pequeña, y entonces comprende que la soledad de Juliana empieza donde acaba la suya.

Aunque Haarlem sigue aguantando, la villa empieza a tener muchas dificultades. Mientras el lago de Haarlem estaba helado, aún se podía abastecer a la ciudad mediante trineos que pasaban por debajo de las murallas, pero tan pronto se inicia el deshielo, deja de recibir provisiones del exterior.

Guillermo se pasa días enteros en su escritorio, pidiendo ayuda a todas las personas con las que consigue contactar. Por lo pronto puede olvidarse de Luis, pues una extenuante enfermedad lo ha agotado hasta tal punto que se ha visto obligado a abandonar sus funciones como comandante del ejército. De este modo, Guillermo ha perdido a su principal contacto en el extranjero y puede olvidarse de recibir apoyo de ese lado.

Está solo.

O casi solo. En cuanto el lago de Haarlem vuelve a ser navegable, empiezan a aparecer barcos de los mendigos del mar con las velas hinchadas por el viento. Navegan hacia la ciudad de noche, ante los ojos de los españoles, cargados de víveres. De esta manera, Haarlem logra aguantar el asedio durante un tiempo. Desde la ciudad se realizan incursiones para atacar a los españoles, y tienen éxito. Los habitantes de Haarlem incendian el campamento español, matan a todo el que se encuentran y roban toda la comida y todas las armas que pueden. En la ciudad estalla la alegría cuando en una de las correrías consiguen hacerse con un carro de los sitiadores repleto de víveres y empujarlo hasta el interior pasando por la puerta de la ciudad. Pero el júbilo dura poco. A finales de marzo, el conde de Bossu, aliado de los españoles, surca el lago con una flota de galeras. Sus cañones destrozan las

pequeñas embarcaciones de los mendigos del mar y desde Ámsterdam llegan aún más buques de guerra, repletos de belicosos mercenarios.

Poco después llegan refuerzos de los mendigos comandados por Diederik Sonoy, estatúder de Guillermo en la Holanda septentrional, con equipos pesados.

Durante un mes, se suceden las batallas navales en el lago de Haarlem. Los ciudadanos contemplan con preocupación la contienda desde lo alto de las murallas, donde tienen buenas vistas de los buques de guerra. Sin embargo, cuando los cañones retumban sobre el lago, los galeones quedan ocultos por las nubes de pólvora.

Cada vez que un buque español es alcanzado y arde envuelto en llamas, estallan los gritos de júbilo en la ciudad. En cambio, cuando el enemigo hunde un barco de los mendigos, sus gritos de temor llegan hasta más allá del lago. Y son muchos los barcos holandeses que acaban destrozados, pues no son rivales para la flota bien pertrechada de Bossu.

A finales de mayo, el conde ha limpiado el lago de Haarlem y cierra herméticamente todas las vías fluviales que conducen a la ciudad.

La villa no tarda en izar la bandera negra en las torres de las iglesias, en señal de terrible carestía. Los suministros de alimentos que llegaban todas las semanas eran claramente insuficientes, pero ahora que se han interrumpido, se desata el hambre.

En la plaza mayor de Delft, Guillermo de Orange pronuncia un encendido discurso. Se dirige a los ciudadanos desde una tarima levantada para la ocasión y les advierte sobre lo que podría ser el destino de Haarlem, aunque también el suyo. Puesto que, si cae Haarlem, los españoles dispondrán de una importante base de operaciones además de Ámsterdam.

-Le seguirán Leiden, La Haya y Róterdam, y también Delft sentirá la cólera del ejército del duque de Alba. Es nuestro deber detener el avance de los españoles. No ha de ser tarea de cada ciudad por sí sola, sino de todas juntas. Nuestra fuerza está en la unión. No podemos seguir permitiendo que el enemigo salga beneficiado de nuestra división. Por ello os pido a todos: ¡enrolaos! ¡Firmad y liberad Haarlem y liberaos a vosotros mismos del peligro mortal que nos amenaza a todos!

Se levanta una ensordecedora aclamación. Todos aplauden, las mujeres les dan con el codo a sus maridos mientras asienten con la cabeza y miran al

príncipe. «Tiene razón», dicen, «si no hacemos nada, tendremos a los españoles ante nuestras puertas.»

De pronto, el pueblo, no solo en Delft, sino en todo el país, se apiña para alistarse en el ejército del príncipe. A principios de julio, todos los voluntarios se congregan en Sassenheim y ponen rumbo a Haarlem, mientras que, en Delft, el príncipe aguarda en ascuas la llegada del mensajero. Este llega antes de lo previsto y con noticias bien distintas a las esperadas.

-Todo ha salido muy mal, excelencia -le dice el hombre jadeando nada más entrar en los aposentos de Guillermo en el convento de Santa Ágata-. Los españoles deben de haber interceptado los mensajes que enviábamos a la población de Haarlem. Nos estaban esperando en el camino de Manpad con una fuerza militar enormemente superior. Lamento tener que decíroslo, excelencia, pero el ejército de liberación ha caído en una emboscada y ha sido derrotado. Y lo que es peor...

Es perceptible lo mucho que le está costando al mensajero transmitir la noticia.

-¿Qué? -pregunta Guillermo-. ¿Qué puede haber de peor que esto?

-Haarlem -dice el mensajero con dificultad-. Haarlem está perdida, majestad. La ciudad acaba de rendirse.

45

Leiden, julio de 1573

La estremecedora noticia de la caída de Haarlem se propaga por todo el país. Isabella intenta permanecer ajena a los detalles que se van conociendo, pero empieza a resultarle harto difícil ahora que está en boca de todos, en casa, en la calle y allí adonde va.

La rendición de la ciudad se completa pagando el enorme importe de doscientos cuarenta mil florines a cambio de la garantía de que sus soldados no la saquearán.

Para sorpresa de todos, don Fadrique cumple su promesa y la villa no es saqueada, aunque los soldados de la guarnición, las tropas de mendigos presentes y una gran cantidad de destacados ciudadanos mueren ahorcados, decapitados y, cuando la cosa no avanza con suficiente rapidez, ahogados en el río Spaarne.

-¿Y ahora qué? ¿Qué harán ahora? -se pregunta Agaat-. ¿Qué te apuestas a que avanzan hasta Leiden? Somos los que estamos más cerca.

El ama de llaves recorre la cocina hecha un manojo de nervios, yendo de la despensa al fregadero y desde allí al armario de los platos, hasta que encuentra lo que anda buscando.

Isabella está sentada en la mesa desmigajando queso curado encima de un pedazo de pan. No tiene apetito y cada día debe obligarse a comer algo. Muy a su pesar, ha acabado aceptando su embarazo, pero opina que es una innecesaria crueldad que además le provoque tantas náuseas que apenas logra mantener algo en el estómago.

-¿Cómo os sentís hoy? ¿Estuvisteis otra vez tan enferma anoche? -le

pregunta Agaat depositando un tazón de leche caliente frente a ella mientras la observa con atención.

-Me sentía bien, pero he dormido muy mal.

-No me sorprende -dice Agaat mirándola con compasión.

Al igual que todos, ha aceptado sin dudarlo la historia que les ha contado Isabella de que el padre de su hijo murió en Naarden. Y, en el fondo, no miente.

Isabella levanta la vista cuando Folkert entra en la cocina con una expresión de alivio en lugar de su habitual gesto de cansancio y preocupación.

-¿Habéis oído la noticia? -les dice alegremente-. Los españoles no vendrán a Leiden. Han puesto rumbo a Alkmaar.

-¡Gracias a Dios! -exclama Agaat santiguándose una vez y luego otra, porque se siente culpable-. Quiero decir que por supuesto es terrible para la pobre gente de allí, pero he tenido pesadillas pensando que vendrían a Leiden.

-Todos las hemos tenido -le dice Folkert para tranquilizarla-. No tienes por qué avergonzarte de sentir alivio de que nuestra ciudad no esté amenazada.

-Al menos, por ahora -le dice Isabella-. No pensarás de verdad que no van a venir aquí, ¿no? Don Fadrique solo descansará cuando vuelva a dominar a toda Holanda.

En su vientre, el niño se mueve agitado, como si oyera lo que están diciendo. Isabella se lleva la mano a la barriga, no para tranquilizar al bebé ni por amor maternal, sino porque quiere sentirlo lo menos posible. Ya le basta con que le impida dormir por las noches, no necesita que encima le recuerde su presencia durante el día. El embarazo sigue su curso, pese a sus intentos y oraciones para que se acabe. Por lo visto, Dios ha decidido que tendrá al bebé. Y a ella no le queda otra que aceptarlo.

El 3 de agosto empiezan los primeros signos del parto con pequeñas pérdidas de sangre y dolores punzantes en la espalda y el vientre. Transcurren dos días sin que suceda nada más, pero entonces el proceso se reanuda de pronto con intensidad.

En su cuarto, ayudada por la comadrona, Agaat, Josine y Bregeta, Isabella pasa horas difíciles. La comadrona le dice que todo está saliendo bien y que puede considerarse afortunada pues, a menudo, ha asistido a partos de varios días, sobre todo de madres primerizas.

Ella apenas la escucha, tampoco a Josine y Bregeta, que le sostienen la mano, la alientan y le dicen que dentro de poco tendrá a su hermoso bebé en sus brazos.

Más de tres horas después de que empezara en serio el parto, con el esfuerzo de la última contracción nace un bebé sano que va a parar a las manos de la comadrona.

-Es un niño -le dice esta y, después de una rápida inspección, deja al recién nacido sobre el vientre de su madre.

Isabella mira hacia abajo sin hacer ningún ademán de coger o tocar siquiera al bebé que llora.

-Apartadlo -susurra.

-Todo ha salido bien, no os preocupéis. Es un niño fuerte, podéis cogerlo sin miedo -le dice la comadrona.

-No lo quiero. Lleváoslo.

-Esperad un momento, todavía debo cortar el cordón umbilical.

Con un movimiento rápido separa a la madre y al niño.

-¿Ya está? Por favor, lleváoslo -suplica Isabella apartando el rostro.

-Pero querida, ¿no quieres sostener a tu hijo, ni siquiera unos instantes? Míralo, mira qué hombrecito tan hermoso. Con esa carita tan mona y ese cuerpecito tan perfecto... -dice Josine inclinándose con ternura sobre el bebé que llora cada vez con más fuerza, y deslizándolo hacia arriba para que Isabella pueda cogerlo mejor.

Isabella siente el cuerpo desnudo sobre su pecho. Una boca que parece querer mamar.

-¡He dicho que no lo quiero!

Su grito de desesperación llena la estancia, mientras ella aparta con fuerza al bebé con las manos.

Las demás mujeres la miran asombradas y consternadas. Solo la comadrona se mantiene estoica. La única expresión de sorpresa que se permite es levantar una ceja. Con un gesto decidido, toma al bebé en brazos y lo envuelve en los paños calientes que le tiende Agaat.

Josine y Bregeta se levantan, están desoladas y no comprenden lo que sucede.

-Estás cansada, primero duerme un rato.

-Volveremos más tarde. Que descanses.

Isabella asiente y cierra los ojos para no ver los rostros afligidos.

Claro que no comprenden nada. Ni siquiera ella entiende por qué no soporta la presencia de un recién nacido inocente. Durante todo el embarazo deseó que desapareciera y confió en que sus sentimientos hacia él cambiaran cuando por fin naciera, pero no ha sido así. Al contrario, durante el parto, con las piernas separadas, encerrada en un mundo de dolor, ha vuelto a encontrarse en la misma situación en la que fue engendrado el niño.

Después de la expulsión de la placenta, deja que Agaat la lave y la vista mientras ella mantiene los ojos cerrados. El ama de llaves hace su trabajo en silencio, sin formularle las molestas preguntas que ella temía.

Pese a todo, Isabella se alegra cuando por fin se queda a solas. El silencio en la habitación la reconforta, aunque la cabeza le dé vueltas de la cantidad de pensamientos y sentimientos que se agolpan en su interior. En algún lugar de la casa oye llorar al niño y a ella se le encoge el corazón. No de compasión, pues sabe que está bien cuidado, sino porque su cerebro sobrecargado no puede soportar el agudo sonido.

Por fin acaba conciliando el sueño, cansada del parto y de las emociones.

Por la noche, después de que la comadrona y Agaat hayan pasado a ver cómo se encontraba, Isabella se siente un poco mejor.

Ellas intentan convencerla de que mire al niño, de que le dé el pecho, pero ella niega con la cabeza.

-No pienso amamantarlo. Buscad a una nodriza. Y tampoco quiero verlo.

Por el rabillo del ojo advierte la mirada de complicidad que intercambian la comadrona y Agaat. Resulta evidente que han hablado de ella. Seguro que no es la primera vez que la comadrona se encuentra con mujeres recién paridas que no aceptan a sus bebés. Es algo que sucede sobre todo tras un parto difícil.

Isabella incluso ha oído hablar de mujeres que poco después del nacimiento, asfixian a su propio bebé. Era algo que no podía ni imaginarse, pero ahora se pregunta de lo que habría sido capaz si la hubiesen dejado sola con ese crío chillón.

La ventaja de un parto rápido y sin complicaciones es que permite a la mujer recuperarse pronto. La desventaja es que no tarda en presentarse gente

deseosa de ver a la madre y al recién nacido, y las visitas se hacen interminables.

Los únicos invitados que Isabella conoce son Josine, Gilles, Bregeta y los niños, los demás son vecinos y amigos de la familia. Todos ellos tuvieron relación con Lidewij, están al tanto de su ruptura con su padre, y también del regreso de la nieta de Boudewijn. El nacimiento del pequeño Pepijn -el nombre que Folkert ha acabado por ponerle al bebé- constituye una buena ocasión para conocer a Isabella.

La fiesta se prolonga durante varios días. En el salón hay gofres con azúcar, figuritas de mazapán, rosquillas y otras golosinas para las visitas, y Agaat y Dieuwertje, la nueva criada, están muy ocupadas sirviendo los empalagosos licores.

Cathrijne, la nodriza, se pasea con el bebé como si fuera la madre, se lo enseña a todo el mundo y lo va dejando en brazos de unos y otros. Isabella se limita a hablar con los invitados. Sobre todo conversa largo y tendido con personas que conocieron bien a su madre. Les formula mil y una preguntas, pero en cuanto ellos intentan averiguar lo que sucedió exactamente en Naarden, ella interrumpe de golpe la conversación y se marcha arriba con dos copas de aguardiente, a ver al abuelo que está solo, mirando por la ventana.

46

Don Fadrique no pierde el tiempo. Apenas unos días después de la rendición de Haarlem, envía al capitán Julián Romero a Alkmaar. Romero se presenta ante la puerta de Kennemerland con dos mil cuatrocientos infantes y cuatro unidades de jinetes. Los ciudadanos se apresuran a cerrarle la puerta mientras al otro lado de la ciudad, junto a la puerta de Frisia, cortan el paso a dos compañías de mendigos.

En la ciudad, las autoridades no saben si mantenerse leales al bando del príncipe o volver con el del rey. Anteriormente, Alkmaar había elegido el lado de Orange, pero con el recuerdo de lo sucedido en Naarden y Haarlem, la elección deja de ser tan sencilla.

El ayuntamiento celebra interminables deliberaciones y finalmente propone dejar entrar a Romero a fin de evitar una masacre.

Los ciudadanos no están de acuerdo. Para zanjar la discusión, el carpintero municipal Maarten van der Meij se pone a la cabeza de un grupo de ciudadanos exaltados con el que se dirige a la puerta de Frisia y allí rompe las cerraduras.

La puerta se abre de par en par y ochocientos mendigos entran cantando triunfantes y marchan por la ciudad con las armas en posición de disparo. Se dirigen enseguida a la puerta de Kennemerland, donde esperan los españoles. Estos, al ver llegar a la mitad de la población con las tropas de los mendigos, ponen pies en polvorosa.

El 21 de agosto, los españoles regresan de improviso con otros dos mil hombres de refuerzo. En un solo día, la ciudad de los quesos queda herméticamente cerrada del exterior. Don Fadrique establece su cuartel

general en Oudorp, mientras sus oficiales ocupan los pueblos de Langedijk, Sint Pancras y Koedijk.

Desde las murallas, los habitantes de Alkmaar miran cómo los españoles levantan su campamento alrededor de la ciudad, colocan la artillería y disparan de vez en cuando para poner a prueba el alcance de los proyectiles.

El barro dificulta el desplazamiento de los pesados cañones. Con sumo esfuerzo, los españoles cavan zanjas en las cuales poder arrastrar las ruedas.

Los soldados, extenuados por el asedio y los ataques de Haarlem, no muestran excesivo entusiasmo. Para agilizar la tarea, don Fadrique pone a trabajar a decenas de presos de Haarlem que tampoco están por la labor y la sabotean siempre que pueden. Sin embargo, al final acaban colocando las baterías de cañones en torno a la ciudad.

Se inicia la lucha. No con un gran asalto, sino con bombardeos que se prolongan durante días enteros. Los proyectiles de los cañones golpean las murallas o pasan por encima de ellas, impactando contra los tejados, las calles y los canales. Los españoles levantan torres de asalto, que se acercan cada vez más a la ciudad, y cavan túneles para poder llegar bajo tierra hasta las murallas.

Desde la ciudad se realizan incursiones para destruir las torres de asalto y hacer saltar por los aires los túneles. Por las noches, los ciudadanos trabajan en grandes grupos para reparar los muros derribados durante el día.

El 16 de septiembre, los habitantes de Alkmaar se percatan con espanto que los españoles están instalando nueve piezas de artillería pesada delante de la puerta de Frisia y siete delante de la Torre Roja. A partir de ese momento, ya no se dispara al azar, sino que la cosa va en serio.

Un día más tarde, ven cómo los españoles colocan puentes de madera y dirigen los cañones hacia los segmentos más endebles de las murallas de la ciudad.

Intramuros, los ciudadanos se preparan a toda prisa para la gran batalla. Junto a la puerta de Frisia, levantan un muro interior, para lo cual tienen que derribar cuatro casas. Los carpinteros municipales refuerzan las partes más frágiles de la muralla y los milicianos reúnen todas las armas que pueden utilizarse contra los españoles.

En la mañana del 18 de septiembre, las trompetas españolas dan la señal de ataque.

El cañoneo que sigue es indescriptible. Durante horas enteras, las balas de los cañones impactan contra la puerta de Frisia, hasta que queda reducida a escombros.

Acto seguido, los españoles colocan los puentes de asalto sobre el foso y lo cruzan, listos para invadir la ciudad. Sin embargo, la misión no es tan sencilla: la puerta sigue colgada de sus goznes y la enorme capa de escombros forma una auténtica barrera. Detrás de esa montaña de restos, una muchedumbre de vecinos recibe al enemigo con una calurosa bienvenida blandiendo hachas y cuchillos.

Desde el puente de asalto, nuevas tropas españolas avanzan hacia la ciudad. Colocan escaleras contra las murallas y trepan hasta arriba. Allí, cientos de hombres y mujeres, niños y niñas los esperan. Todos los que son capaces de defenderse, viejos o jóvenes, acuden a las murallas, armados con piedras, trozos de hierro, calderos llenos de brea ardiente, recipientes de agua hirviendo, aros en llamas y cubas llenas de plomo fundido.

Los españoles asaltan la ciudad con un movimiento que imita al de las olas: atacan, se retiran y vuelven a atacar.

Los combates se prolongan durante todo el día. Ni los ciudadanos de Alkmaar ni los españoles tienen un momento de descanso. Luchan a vida o muerte. Hasta los niños ayudan sacando adoquines de las calles que luego entregan a los defensores en la muralla. Las ancianas, los enfermos y los heridos ayudan calentando brea y agua sin cesar, que se recoge a lo largo del día con calderos.

En los adarves, reina un enorme caos de fuego de mosquetes, lanzas y hachas, relucientes cascos y cabezas ensangrentadas, todo envuelto en espesas nubes de pólvora. La apacible ciudad se ha convertido en un campo de batalla en el que es imposible entender una sola palabra debido al incesante estrépito de los disparos, el chocar de acero contra acero y los gritos de los heridos.

Al final del día, el cansancio empieza a apoderarse de los sitiados. Aunque tienen ventaja como defensores en los altos adarves, están en franca desventaja numérica frente al enorme ejército español. Una y otra vez rechazan los ataques, ven al enemigo caer de las escalas, pero después vienen a reemplazarlo otros soldados que, con auténtico desprecio por la muerte, vuelven a colocar las escalas y a iniciar la subida.

No obstante, también los españoles empiezan a descorazonarse. ¿Qué tipo

de demonios son esos que se han encaramado a los bastiones? Incluso hay niñas que, con tenaz determinación, están allí dispuestas a apedrear o hundir una escoba en llamas en la cara de todos los soldados que consigan llegar al borde de la muralla.

La sangre gotea de los muros, el foso se llena de cadáveres socarrados de soldados.

Desde la Torre Roja, los moradores de la villa consiguen destrozar los puentes de asalto con unos cuantos disparos certeros, y de pronto, la lucha parece haber terminado. Ningún español se atreve a acercarse a la ciudad sin puente de asalto y escalar desde el foso. Sería un auténtico suicidio.

Por fin, a las siete de la tarde, los soldados se retiran a su campamento, heridos y decepcionados. Esa noche no habrá pillaje en recompensa por el duro trabajo realizado. Han sufrido considerables pérdidas y sus bolsas están vacías.

En la ciudad, los habitantes apenas tienen energía para celebrar la victoria. Agotados vuelven a casa a rastras, cenan algo y se desploman en sus camas. Un pequeño grupo de voluntarios sacrifica horas de sueño para cerrar las brechas en los muros y arreglar la puerta de Frisia de forma provisional. Otro grupo hace guardia en la muralla. Aunque nadie cree que los españoles tengan energía para atacar de noche, no se atreven a correr el riesgo de irse a dormir.

En Delft, Guillermo de Orange espera con impaciencia noticias de Alkmaar. En la iglesia valona del convento se arrodilla frente al altar y reza por la salvación de la ciudad que lleva todo el día resistiendo los ataques. ¿Aguantarán sus habitantes o serán degollados y violadas sus mujeres?

Hacia la medianoche siguen sin llegar noticias. No obstante, eso no tiene por qué significar nada, pues hasta el caballo más rápido necesita mucho tiempo para recorrer la distancia entre Alkmaar y Delft. Lo único que puede hacer él es esperar y no tiene intención de irse a la cama antes de saber qué le ha pasado a la ciudad.

Guillermo se pregunta si podrá soportar más malas noticias. Desde hace algunas semanas, su estado de salud es precario. Los accesos febriles le obligan a guardar cama, apenas consigue retener los alimentos y sus fuerzas se debilitan día tras día.

A veces, sumido en la más profunda desesperación, se pregunta si en su

vida llegará a conocer una sola hora de despreocupación, si podrá ofrecer un futuro a sus hijos y si está dispuesto a vivir en caso de que no sea así. No obstante, cuando la fiebre remite, el príncipe recupera su habitual optimismo y dinamismo, y, enfermo o no, se sienta en el escritorio para enviar instrucciones a sus hombres y contestar las cartas que le escribe su querida Carlota.

Los niños se han adaptado con alguna dificultad a su nueva vida en Delft. Tras la alegría del reencuentro con su padre ha llegado la añoranza de la abuela y de Dillenburg. Ninguno de ellos habla de volver, pero Guillermo se siente a veces culpable cuando los ve deambular sin rumbo por los pasillos del convento.

Por fortuna reciben mucha atención por parte de las monjas. Sobre todo las niñas, que aprenden a coser y a cocinar. Guillermo se pasea a menudo con Justino por las calles de Delft, cuyos habitantes los saludan respetuosamente en cada esquina. A sus catorce años, su hijo bastardo ya tiene edad para comprender por qué lucha su padre y a Guillermo le complace poder mantener conversaciones tan profundas con el muchacho.

-Más tarde, cuando sea mayor, me uniré al ejército -le dice Justino-. Y obligaré a los españoles a volver a su país.

No son palabras vanas, Guillermo lo ve por la expresión dura y decidida en el rostro del joven, que empieza a adquirir rasgos angulosos y adultos.

-Eres alto y fuerte, serías un buen comandante -le dice-. Quizá debas hablar con tu tío Luis. Aunque espero que cuando cumplas diecisiete años, ya no haga falta.

Hay muchas probabilidades de que sea así, puesto que la rebelión en los Países Bajos parece tener éxito. Los mendigos siguen dominando las aguas de Zelanda y ya controlan Frisia. Según las últimas noticias, Luis está plenamente repuesto, ha conseguido dinero en Francia y en el Imperio Romano Germánico, y está haciendo planes para entrar en Limburgo con un gran ejército. Desde allí, espera poder ofrecer su ayuda a la provincia de Holanda con un rápido avance.

Ojalá llegue a tiempo, piensa Guillermo mientras se levanta con dificultad después de haber estado arrodillado. Suponiendo que hayan podido rechazar el ataque, un segundo asalto sobre Alkmaar podría resultar excesivo.

El príncipe abandona la iglesia y entra en el zaguán del convento. Allí advierte que hay corriente, la gran puerta de acceso está abierta y enseguida

comprende por qué: están dejando entrar a un mensajero.

-Un mensaje de Alkmaar para el príncipe -dice el hombre, jadeando.

El príncipe se acerca a él en unos cuantos pasos.

-¿Traes noticias? Dime, ¿qué ha sucedido? ¿Están aguantando?

El mensajero hace una profunda reverencia y luego vuelve a erguirse.

-Aguantan, excelencia -dice-. A lo largo de todo el día ha habido duros combates, pero los habitantes de Alkmaar han logrado rechazar todos los ataques.

Guillermo exhala un largo y profundo suspiro. Posa la mano sobre el hombro del mensajero, y dice:

-Gracias. Muchas gracias. Es todo lo que necesitaba saber.

Después de estas palabras, da media vuelta y regresa a su habitación con una sonrisa dibujada en la cara.

Dos días después del primer gran ataque, don Fadrique vuelve a formar sus tropas delante de las murallas de Alkmaar. Una vez más tocan las trompetas en señal de carga, pero los soldados no se mueven. Han visto perecer a cientos de compañeros, ellos están heridos y agotados, y para más inri no han recibido la soldada. La fácil victoria que se les había prometido se ha convertido en una amarga decepción y ellos han perdido la fe.

Por mucho que los oficiales griten y castiguen, los soldados se niegan a ejecutar un nuevo asalto.

Por ello, don Fadrique decide recurrir a su vieja táctica de rendir por hambre a la población. Al fin y al cabo, esa jugada le salió muy bien en la lucha por Haarlem.

Por encima de las murallas de Alkmaar sobrevuelan palomas con mensajes para el príncipe. Los vigilantes soldados españoles disparan a los pájaros y entregan las peticiones de ayuda a don Fadrique. De esta manera, el general se entera de que quedan pocas reservas en la ciudad. Ello le refuerza en su idea de que matar de hambre a la población es la mejor manera de conseguir doblegar a la villa.

En Delft, Guillermo mantiene el contacto con los sitiados. No por medio de las palomas mensajeras, sino de personas lo suficientemente valientes como para salir de Alkmaar a escondidas, cruzar las líneas enemigas y poner

rumbo a Delft.

A uno de esos mensajeros le entrega su respuesta: si la situación es desesperada y no les queda más remedio que capitular, deben prender fuego a las cuatro esquinas de la ciudad. Entonces, y solo entonces, podrá poner en marcha su último plan de rescate.

Los españoles que se congregan en torno a Alkmaar intentan matar de hambre y de agotamiento a los sitiados. Para ello dan la señal de ataque en los momentos más insospechados, preferiblemente en plena noche o al alba, obligando a los habitantes de la ciudad a salir corriendo en ropa interior, para luego descubrir que se trataba de una falsa alarma y que se han levantado en vano de sus camas.

Aunque este tipo de provocaciones son molestas y agotadoras, no socaban en ningún momento la confianza de los sitiados. Y, pese a que las reservas empiezan a disminuir, no hay hambruna. Por lo pronto podrán aguantar.

El tiempo acude en su ayuda. Los habitantes de la villa están protegidos de las lluvias y las tormentas otoñales que golpean sus tejados; en cambio, el campamento español no está tan bien equipado.

Tras unos cuantos días en los que no cesa de diluviar, las tierras aledañas a Alkmaar se han convertido en un lodazal en el que los soldados no pueden dar ni un solo paso sin ser succionados por el barro. Una semana más tarde, los campos y el campamento español quedan inundados y el agua les llega a los tobillos.

En Enkhuizen, el estatúder Diederik Sonoy da la orden de romper un dique. Para los agricultores, el agua salada que anega sus tierras es una desgracia, pero para Alkmaar representa la salvación.

El agua sube hasta la altura de las rodillas, la pólvora se moja y, por consiguiente, se estropea, y los cañones se vuelven inservibles. Los soldados españoles están más que hartos y cada vez son más numerosos los que desertan.

El 8 de octubre, cuando los habitantes de Alkmaar se despiertan y suben a las murallas, solo quedan dos tiendas de campaña rotas que se agitan al viento y unos cuantos cascos que se oxidan en el agua. El ejército español se ha batido en retirada en plena noche.

47

-He venido aquí a advertiros. En Ámsterdam corre el rumor de que don Fadrique tiene intención de poner sitio a Leiden.

Reinier se ha presentado de improviso ante su puerta con este mensaje.

Hace semanas que Isabella no lo ha visto y, a pesar de sus diferencias y de la aversión que siente a veces por él, lo ha echado de menos. Ella misma no sabe bien por qué. Acaso sea porque hay tan pocas personas en su vida que incluso celebra la amistad de alguien como Reinier Benningh.

-Entra -le dice apartándose para dejarle paso.

Mientras Reinier se quita el abrigo y se lo entrega a Dieuwertje, aparece Folkert.

-¿Qué pasa? -le pregunta este.

Isabella se vuelve hacia él.

-Según Reinier, los españoles avanzan hacia Leiden.

Folkert permanece en el zaguán frotándose la perilla con expresión dubitativa.

-Claro, era de esperar -dice. Y volviéndose hacia Reinier pregunta:- ¿Es seguro? Quiero decir, tal vez se dirijan a Hornes, o a Zaandam.

-Vienen hacia Leiden -responde Reinier en tono tajante como si hubiese consultado al propio don Fadrique.

-De acuerdo -dice Folkert entrelazando los dedos con un gesto de nerviosismo-. ¿De cuánto tiempo disponemos todavía?

-De unos cuantos días, no más. Propongo que recojáis las cosas más importantes y que salgamos enseguida.

-Un momento -dice Isabella entrometiéndose en la conversación que mantienen ambos-, ¿de qué estáis hablando? ¿Adónde vamos a ir?

-Acordé con Folkert que si pusieran sitio a Leiden podríais alojaros en mi casa de Ámsterdam. Y puesto que va a suceder pronto...

-No pienso irme a ninguna parte -lo interrumpe Isabella-. Y menos a Ámsterdam. ¿Sabes qué he oído últimamente? Que los mercaderes de allí han financiado la flota de guerra con la que Bossu ha derrotado a los mendigos del mar en el lago de Haarlem. No pensarás que voy a esconderme en semejante ciudad.

Se hace un silencio incómodo, que Reinier rompe diciendo que sería insensato quedarse en Leiden.

-No hace falta que te cuente lo que sucede cuando los españoles saltan por la muralla -añade.

-No -dice Isabella-. Pero primero tendrán que conseguirlo. En Alkmaar no lo lograron.

Folkert mira a su sobrina sin comprender.

-Pero Isabella, eso no tiene por qué suceder en Leiden. Es muy probable que Leiden sea asediada.

-Pues me aprovisionaré -contesta ella-. Sea como fuere, no tengo intención de irme. Además, ¿qué pensabas hacer con el abuelo? Su salud empeora y está demasiado débil para viajar.

-He reservado plaza para él en el hogar de ancianos.

-¿Que has hecho qué? -Isabella mira perpleja a su tío.

-No te preocupes, Isa. Allí estará bien atendido. Me he encargado de ello.

-¿Te has encargado? ¿Cómo te has encargado? Acabas de decir que es muy probable que la ciudad perezca de hambre. ¿Cómo piensas asegurarte de que el abuelo tenga suficiente comida? ¡Es ridículo!

Reinier pone fin a la discusión.

-Nos llevaremos al abuelo. Quizá haga más complicado el viaje, quizá esté demasiado débil para eso, pero dejarlo aquí no es una opción, eso es cierto.

-Todo el plan no es una opción -replica Isabella-. Huye tú a Ámsterdam, Folkert. El abuelo se queda aquí, en su casa, y yo también.

Se miran el uno al otro, midiendo fuerzas.

-Muy bien -dice Folkert finalmente-. Ni puedo obligarte ni tengo tiempo para discutir sobre eso. Voy a hacer el equipaje y después saldré de inmediato. Tienes hasta entonces para cambiar de idea.

Da media vuelta y sube a su habitación.

-No cambiaré de idea -dice Isabella mientras lo mira subir por la escalera.

-Entonces es que eres o muy tonta o increíblemente valiente -le contesta Folkert sin volver la vista atrás.

La verdad es que a Isabella le trae sin cuidado lo que pase. No quiere morir, pero tampoco le atrae seguir viviendo de esta manera. Se pregunta si se habría esforzado tanto por sobrevivir de haber sabido que los demás no saldrían con vida de Naarden.

Sus ojos se cruzan con los de Reinier, que la miran con dulzura y comprensión.

-Un día empezarás a sentirte mejor -le dice-. Quizá todavía falte mucho para que llegue, pero acabarás sintiéndote mejor.

La mirada de Isabella es inexpresiva.

-Lo sé -le dice-. Lo que no sé es si seré capaz de esperar a que llegue ese momento.

-Yo de ti lo haría. A fin de cuentas tienes un hijo del que cuidar. Por cierto, ¿dónde está? Me gustaría verlo. Le he traído una cosa.

Reinier saca una taza bautismal que lleva grabado el nombre de Pepijn. La coloca en el aparador, junto a las tazas de Isabella, Susanna y Alida.

Isabella lo observa en silencio y luego le señala la cuna de madera junto al hogar.

Reinier se acerca al bebé dormido, se agacha y lo observa con interés.

-Es un niño precioso -dice mientras se yergue-. No es que sea un entendido, pero creo que no se ve a menudo.

-¿El qué?

-Un pelo tan negro y una piel tan morena. ¿Su padre era moreno?

-Yo misma tengo el pelo castaño.

-Pero no tan oscuro, y tienes los ojos grises. Sin embargo, se parece a ti. ¿Has visto cómo arruga la nariz cuando lo molestan? Tú haces lo mismo.

-No lo hago.

-Claro que sí. Te lo he visto hacer a menudo. Folkert también lo hace. Creo que es un rasgo de la familia. ¿Qué más tiene de ti?

-Ni idea. Escucha, ¿por qué no vas a ayudar a Folkert a hacer el equipaje? ¿No teníais prisa?

-No es para tanto. Aunque los españoles llegaran ahora, todavía tendrían que asediar la ciudad. Tenemos tiempo -le contesta Reinier.

Isabella lo observa entornando los ojos.

-¿Por qué haces esto?

-¿Qué?

-¿Por qué vienes aquí a ayudarnos? ¿Qué más te da a ti?

Reinier se acerca sin prisas al aparador y examina con atención los objetos expuestos en él.

-Folkert es un compañero de negocios -dice por fin-. Un buen compañero y me gusta poder echarle una mano si es necesario.

-Haces negocios con muchas personas. ¿Te las llevas a todas contigo a Ámsterdam?

Reinier se echa a reír.

-No, por supuesto que no. Tengo mis motivos. Digamos que no todos son iguales.

Isabella se le acerca lentamente, con pasos casi amenazadores.

-Espero que no estés implicando a Folkert en tus negocios con los españoles.

-Se lo propuse -reconoce Reinier-, pero por desgracia no quiso saber nada del asunto.

-¿Qué le propusiste exactamente?

-En realidad, no es asunto tuyo -le contesta Reinier en tono afable-, pero puesto que me lo preguntas con tanta amabilidad, voy a explicártelo. La empresa de tu familia está al borde de la quiebra. Hace mucho que no consigue beneficios, los gastos son superiores a los ingresos y la cosa va a peor. Le propuse a Folkert que me comprara lana española, que es más barata que la lana inglesa que utilizáis ahora.

Isabella lo mira enarcando las cejas.

-¿Lana española?

-Lana merino española -confirma Reinier-. Es justo lo que ayudaría a esta empresa a salir del atolladero.

-¿Y Folkert se ha negado?

-Sigo intentando convencerlo.

-Seguro que nadie la quiere ni regalada -constata Isabella.

-Es cierto que me cuesta venderla. Quizá habría sido mejor no comprar esa partida de lana. Pero ya encontraré a alguien, no te preocupes.

-Pero no a Folkert. Por fortuna, su sensatez se lo impide.

-Me pregunto si es tan sensato. La palabra que me viene a la mente es corto de miras.

Isabella se ha hartado de la conversación. Es curioso lo poco que hace falta para despertar su viejo sentimiento de irritación hacia Reinier. Cada vez que se descubre sintiendo simpatía por ese hombre, él lo echa a perder con su egoísmo.

-Me voy, tengo cosas que hacer -le dice-. Buen viaje de vuelta a Ámsterdam. Sabes dónde está la puerta, ¿verdad?

Tras pronunciar estas palabras, da media vuelta y sale de la habitación.

Los españoles dan una tregua a Leiden. Los tercios abandonaron Alkmaar el 8 de octubre y hasta el 31 no aparecen las primeras filas de soldados en Zoeterwoude y Leiderdorp. De repente, se advierte el destello de las corazas y las lanzas y se oye el creciente rumor de un ejército que se instala en los campos.

Desde las murallas, los ciudadanos observan la actividad de los soldados e intentan calcular cuántos hay. Han oído decir que el ejército tiene un nuevo comandante.

Don Fadrique ha sido llamado de vuelta a Bruselas por su padre y, en su lugar, el duque de Alba ha colocado al general Francisco de Valdés, a quien encarga la tarea de conquistar Leiden. Valdés se ha forjado un nombre en los tercios españoles. De soldado raso ha ascendido a maese de campo. Ahora que se ha granjeado la confianza del duque de Alba, Valdés está decidido a no defraudarla. Es su gran oportunidad. Si consigue tomar Leiden, le esperará una gloriosa carrera militar.

Valdés es listo, ha aprendido de los errores de sus predecesores. Las pérdidas sufridas en Alkmaar han sido enormes, y él no puede permitirse perder más soldados. Así pues, esta vez no realizará asaltos ni se lanzarán inútiles disparos, sino que se limitará a aislar a la ciudad y esperar a que se rinda.

Valdés ordena ocupar las poblaciones circundantes, entre ellas la villa de La Haya, y se instala cómodamente en el Binnenhof, en pleno centro de la ciudad, desde donde dirige el asedio.

Los ciudadanos de Leiden empiezan con buenos ánimos. También ellos han aprendido de Haarlem y Alkmaar. Han tenido casi un mes para llenar los almacenes y desvanes de provisiones; están preparados para el asedio.

Junto con Agaat, Isabella ha comprado una enorme provisión de víveres. Quesos, sacos de harina, carne seca, fruta y acelgas en conserva, todo está almacenado en el desván.

Por ello, las primeras semanas del sitio no suponen un problema para nadie. En los mercados faltan productos frescos procedentes del campo, pero la carestía no provoca hambre. Y a finales de noviembre, cuando el cambiante tiempo otoñal deja entrar la nieve y el hielo, los españoles lo pasan peor en su campamento que los holandeses en Leiden.

La mañana del 1 de diciembre, Isabella se levanta temprano. Está cansada, ha dormido mal, pero decide que no tiene sentido permanecer más tiempo en la cama. Aún con el camisón puesto, se echa el chal sobre los hombros, se acerca a la ventana de su dormitorio y mira la nieve caer.

No debería pensar en lo que sucedió hace un año, en cómo empezó aquel día y cómo acabó, pero no puede evitarlo. Parece que fue ayer, es increíble que ya haya transcurrido un año entero. Sus padres y sus hermanas siguen formando parte de su existencia. La siguen, le llenan la cabeza con sus voces, le hacen compañía durante las largas y oscuras noches.

La sensación de pérdida no ha disminuido, en realidad no hace sino aumentar. La esperanza que la mantuvo en pie durante los primeros meses, aun cuando en lo más profundo de su corazón sabía que no volverían, se ha convertido en una sorda resignación. Hoy, sin embargo, siente el dolor con la misma intensidad que si todo hubiese acabado de suceder, y sabe que este será un día largo y pesado.

Lo pasa con su abuelo, sentada en una butaca junto a la lumbre. Están uno frente al otro, con las piernas cubiertas por una manta que les protege contra las corrientes que se cuelean en la habitación entre las grietas y ranuras.

Las oscilantes llamas en la chimenea traen recuerdos que Isabella habría preferido enterrar, pero, puesto que se presentan, ella les pone voz.

Le resulta difícil saber si Boudewijn comprende sus palabras, pero se imagina que no. Poco importa, pues la historia que relata es tanto para sí misma como para él.

Cuanto más queda es su voz, más penetrantes suenan sus palabras. No está

aquí, en esta cálida habitación, sino en el Naarden de hace un año. Vuelve a deambular entre los cuerpos abiertos en canal, las entrañas esparcidas y los cadáveres amontonados.

No solo rememora con detalle las imágenes de la masacre, sino que también los olores están almacenados en su recuerdo. Junto con sus palabras se libera el hedor pesado y ferroso de la sangre, de cientos de cuerpos quemados y de la agonía.

Isabella no llora. Extrañamente, consigue explicar su historia sin ninguna emoción, como si fuera un recuerdo de un lejano pasado con el que ya no se sintiera involucrada.

Y al mismo tiempo, las imágenes reprimidas surgen con tal nitidez ante sus ojos que se pregunta por qué no las ha dejado donde estaban, guardadas en un lugar seguro de su mente.

¿Es acaso la esperanza de comunicarse con el abuelo lo que la obliga a pronunciar en voz alta todas esas atrocidades? ¿Espera con ello conmoverlo y provocar una respuesta?

Cuando se han apagado sus últimas palabras, la habitación queda sumida en el silencio. El fuego de la chimenea crepita, mientras que fuera la nieve cae silenciosa.

Mira a su abuelo. ¿Son imaginaciones suyas o tiene los ojos húmedos? Tiene la boca entreabierta, como si quisiera decir algo, pero de sus labios no brota sonido alguno. En el fondo de su corazón, Isabella espera que no haya oído nada de su historia.

Isabella se levanta, sintiendo los miembros entumecidos del rato que ha estado sentada, abraza al anciano y apoya la mejilla en la de él. Luego le recoloca la manta sobre las piernas y mira afuera, donde el mundo se esconde debajo de una capa de nieve cada vez más gruesa.

48

Boudewijn Feelinck fallece dos semanas más tarde. Isabella se da cuenta de inmediato de lo que sucede cuando entra en el dormitorio para ayudarlo a salir de la cama. El anciano yace inmóvil sobre las almohadas, envuelto en la quietud. Normalmente ronca un poco o emite pequeños soplos, sin embargo, ahora lo rodea un profundo silencio.

Isabella se queda quieta. Tarda un buen rato en atreverse a acercarse. Extiende la mano con cuidado y toca la de su abuelo. Está fría.

Coge una silla y observa su rostro durante largo tiempo, consciente de que serán sus últimos momentos juntos.

-No debería haberlos contado nada -susurra-. No debería haber alterado la seguridad de vuestro mundo interior. Lo siento muchísimo.

-No es culpa tuya -le dice Reinier, cuando pasa a verla y ella le habla de su sentimiento de culpa.

Por razones que Isabella no acaba de comprender, Reinier ha dejado marchar a Folkert a Ámsterdam y él se ha quedado en Leiden.

-Era muy mayor y apenas era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Sencillamente, su corazón ha dejado de latir.

-Sí, porque le conté las cosas más horribles que quepa imaginar. Le expliqué que no volvería a ver a su hija. ¿Te extraña que su corazón se haya parado?

-No, pero ¿es tan grave eso? -dice Reinier con sensatez-. Intenta imaginarte cómo debía de ser su mundo: borroso, brumoso e incomprensible. Con recuerdos de un pasado al que no podía regresar, esperando a personas que no llegaban. Su esposa, su hija, sus seres más queridos. Puede que tengas

razón en que su corazón dejó de latir cuando oyó que no tenía sentido seguir esperando. Pero creo que le has hecho un favor.

A partir del momento en que se notifica el fallecimiento de Boudewijn Feelinck, Isabella no está ni un instante sola. Debido al asedio es imposible informar a la familia de Folkert que no puede venir a despedirse, pero en cambio aparecen sus vecinos, conocidos y amigos.

Isabella lleva a cabo sus tareas y sus obligaciones sintiéndose ajena a sí misma. Pone todos los espejos y cuadros de cara a la pared y cubre con una tela negra los que son muy grandes. Se pone en contacto con el gremio de enterradores, que le envía a amortajadores que visten al anciano con sus mejores ropas. Tres días se queda así, con su jubón de terciopelo y su tabardo con ribete de armiño, hasta que los carpinteros tienen listo un ataúd a medida.

Mientras tanto, la casa de Rapenburg se llena todos los días de gente que viene a darle su último adiós.

Isabella conoce a Ysbrant van Poelgeest, que dice ser un viejo amigo de su abuelo, y a las familias Van Bosschuysen y Van Alcemade. Todos ellos pañeros con quienes colaboraba y competía Boudewijn. Y todos hacen alusión a préstamos pendientes que, ahora que su viejo amigo ha fallecido, deberían reembolsarse pronto.

-Lo comprobaré -les promete Isabella cansada.

-No es mi intención presionaros -se apresura a decirle Ysbrant van Poelgeest-. Además, es inapropiado molestaros con eso, ahora que estáis de duelo, pero son tiempos difíciles. ¿Es posible que Boudewijn haya estipulado en su testamento que sus deudas deban satisfacerse con su herencia?

Isabella repite que procurará averiguarlo y que no tiene la menor idea de cómo es el testamento del abuelo y que la única persona que sabe algo al respecto es Folkert, y se encuentra en Ámsterdam.

-El notario Jan Vinck llevaba los asuntos de vuestro abuelo -le dice Ysbrant-. Deberíais ir a verlo dentro de poco.

Isabella vuelve a prometerle que lo investigará todo, y entonces ve entrar a Gilles y Josine, y se apresura a ir a su encuentro. Son ellos los que vienen a consolarla y ayudarla cada día. Josine ha cambiado todas las cortinas de la casa por paños negros, mientras que Gilles ha hablado con el sacerdote de la iglesia de San Pedro para organizar el funeral. También se encarga de enviar

las cartas para invitar a la gente a la ceremonia.

Hay momentos en que la agobia tanta gente en casa. Varias veces al día se refugia en la habitación del abuelo en el piso de arriba. Allí, se desploma en el sillón y mira por la ventana el paisaje que durante años fue la única distracción del anciano.

El día antes del entierro se queda casi toda la mañana en la habitación. Cuanto más tiempo está sentada allí, menos motivo ve de levantarse. Durante largo rato tiene la vista perdida, y solo es consciente de su respiración sosegada que no se deja influenciar por lo que le pasa en la cabeza y en el corazón. Cabría pensar que el exceso de dolor y de pena le cortarían la respiración, pero su cuerpo sigue funcionando sin importarle que ella haya perdido la alegría de vivir. Es joven y está sana, y puede seguir años así.

Exhalando un suspiro, Isabella se levanta y al hacerlo desplaza un poco el asiento. Al mirarlo se percata de que le faltan los clavos que deberían sujetarlo al armazón de madera. El asiento está suelto en el sillón y se puede extraer con facilidad, como si siempre hubiese sido así. Esa es sin duda la idea, pues no se aprecian roturas en la tapicería ni otros daños en el lugar donde debería de haber clavos.

Isabella no espera realmente encontrar algo debajo del asiento; lo levanta sin pensarlo demasiado y mira el hueco.

Dentro hay rollos de pergamino. No uno solo, sino muchos, uno encima de otro. Los sellos están rotos y unas cintas de seda los mantienen cerrados.

Una esperanzadora sospecha se despierta en su cabeza. Alarga la mano para sacar una de las cartas del oscuro escondite, pero apenas se atreve a hacer algo con ella. En su interior, la esperanza y el miedo bullen acelerando los latidos de su corazón. Si no es lo que espera, la decepción resultará insoportable. Por otra parte sabe que si se confirma su sospecha tendrá que enfrentarse a emociones que no controla desde hace tiempo.

Con dedos temblorosos y rebeldes, abre una de las cartas y desliza los ojos por la elegante caligrafía de su madre. Es una carta en la que describe un día de su vida en Breda. Ve escrito su propio nombre, y el de Susanna y Alida. Pequeños sucesos y ocurrencias que ella ya no logra recordar, pero que han sido anotados con amor.

Con la punta de los dedos, toca la tinta que años atrás salió de la pluma de

su madre y que ahora devuelve a su familia a la vida.

Se apresura a enrollar de nuevo la carta antes de que la tinta se manche. No puede leerla, no ahora. Eso arrancaría la fina capa protectora que cubre las heridas que cicatrizan lentamente, dejando pasar de nuevo el dolor y la pérdida.

Tal vez algún día, cuando esté segura de que puede soportar todos esos recuerdos. Hasta entonces, las dejará donde han estado guardadas durante todos estos años.

El funeral se convierte en una ceremonia multitudinaria. Es tanta la gente que acude, que no hay sitio para todos en los bancos de la iglesia, por lo que muchos se ven obligados a seguir la ceremonia desde las naves laterales.

Boudewijn es sepultado en la capilla de la familia, donde reposan los restos de sus antepasados y los de su esposa Wendela. Después de la larga misa, Isabella tiene la oportunidad de ver por última vez a su abuelo, tras lo cual lo conducen, con los pies por delante, hacia su última morada en la tumba.

Justo después del entierro, cuando la iglesia de San Pedro se vacía y los invitados charlan en la plaza de la iglesia, Isabella ve que se le acerca un hombre elegantemente vestido. El hombre se quita el sombrero y se presenta como el notario Vinck y se disculpa por abordarla justo después de las exequias.

-Se trata de la herencia de vuestro abuelo -le dice-. En su momento redactó un testamento cerrado y me nombró albacea. Sin embargo, no me está permitido ver el documento sin que esté presente la familia del fallecido.

-Mi tío no se encuentra en la ciudad. Se ha marchado a Ámsterdam -le contesta Isabella.

-¿Hay en Leiden otros familiares aparte de vos?

-No, no lo creo. Mi abuelo tenía una única hija, mi madre, pero ella ya no vive. Su único hermano, Pieter, también falleció. El hijo de este, Folkert, se instaló con mi abuelo tras la muerte de su padre. En estos momentos se encuentra en Ámsterdam. Tiene un hermano y dos hermanas, pero no viven en Leiden.

-En tal caso, querría concertar una cita con vos. En calidad de nieta del fallecido, debéis estar presente cuando abra el testamento.

Se dan cita para la mañana siguiente y durante el resto del día, Isabella piensa con temor en ese momento. Adivina cuál será el contenido del testamento y no le apetece en absoluto oír oficialmente que Boudewijn desheredó a su única hija.

Tal vez el abuelo le dejara algo a su hija. El cuadro de su madre en el zaguán o un pequeño legado que ahora correspondería a Isabella. Eso le permitiría depender menos de Folkert y supondría un alivio. De hecho, ahora vive de la caridad, lo que le resulta desagradable.

Al día siguiente, mientras se dirige hacia la calle Oude Rijn donde tiene su despacho el notario Vinck, Isabella está un poco nerviosa. El edificio tiene una elegante fachada escalonada y una escalinata. Después de que le abran la puerta, accede a un amplio zaguán adornado con cuadros de escenas bíblicas y provisto de una imponente escalera de caracol.

Isabella toma asiento en un banco de madera y espera a que el notario venga a buscarla. Al poco, una de las puertas que dan al zaguán se abre y aparece el notario.

La saluda cortésmente, informándose sobre su estado de ánimo tras el reciente fallecimiento de su abuelo y después la hace entrar en su despacho.

-Tome asiento -le dice indicando con un gesto una de las sillas junto al escritorio.

Isabella se sienta, junta las manos en el regazo y espera.

El notario abre un armario con muchos compartimientos. De uno de ellos saca un rollo de pergamino que se lleva hasta el escritorio.

-En 1565, vuestro abuelo hizo testamento -dice-. Lo redactó aquí, en esta habitación, y después yo guardé el documento sin leerlo. En mayo de 1570 lo modificó. Ahora voy a proceder a abrirlo.

Con lentitud extrema, casi ceremoniosa, rompe el sello de cera y desenrolla el documento. Se toma un tiempo para pasar los ojos por su contenido y después se pone las gafas y carraspea. Sin más preámbulos procede a leer el codicilo.

Isabella escucha con atención las intrincadas frases típicas de los documentos oficiales. El testamento empieza con una larga exposición sobre el bienestar mental y físico de Boudewijn, tras lo cual revoca anteriores testamentos y manifiesta su última voluntad.

-«Quiero dexar e dexo todos los bienes muebles e raíces que con mi

muerte abandonaré, sin exceptuar ninguno, y quiero que se designe e instituya como legítima e universal heredera a mi hija Lidewej para que goze dellos y quando ésta falleçiere, a sus hijas Isabella, Susanna y Alida» -lee el notario.

-¿Qué quiere decir? -pregunta Isabella, tan asombrada que es incapaz de captar el significado de estas últimas frases.

-Vuestro abuelo dejó todas sus posesiones a su única hija Lidewej y determinó y estipuló que tras la muerte de vuestra madre, todo correspondiera a sus hijas -le dice Vinck-. Dado que vuestra madre ya no vive y vuestras hermanas tampoco, esto significa que todas las propiedades de la familia, a saber, la casa y la fábrica de paños, son vuestras.

TESTAMENTO CERRADO DE BOUDEWIJN FEELINCK

In Dei nomine amén. Sepan quantos esta carta de testamento vieren como, el veintitrés de mayo del año de gracia de nuestro Señor Jesu Christo de mil quinientos setenta, yo Boudewijn Feelinck, vezino y çiudadano de la villa de Leiden, hallándome en mi cabal juicio, memoria y entendimiento, sin siniestra influencia, de libre voluntad y de forma deliberada, pensando en la fragilidad de la vida, la çerteza de la muerte y las horas de incertidumbre que me esperan, mando redactar mi última e postrimera voluntad, ordenada y dispuesta de las maneras que explicaré a continuación.

Primeramente mando mi alma a Dios Nuestro Señor todopoderoso y mando mi cuerpo a la tierra para que se le dé cristiana sepultura. Por esta presente carta revoco y anulo e doy por ninguno y de ningún valor ni efecto otro qualquier testamento, codeçilio y última y postrimera voluntad que yo hubiere fecho antes deste el qual quiero que no valga ni le sea dada ni atribuida fee alguna, salvo a éste que agora hago el qual quiero que valga por mi testamento y quiero dexar e dexo todos los bienes muebles e raíces que con mi muerte abandonaré, sin exceptuar ninguno, y quiero que se designe e instituya como legítima e universal heredera a mi hija Lidewej para que goze dellos y quando ésta falleçiere, a sus hijas Isabella, Susanna y Alida.

Otro sí mando que Folckert Feelinck, hijo de mi falleçido hermano Pieter Feelinck y su esposa Maritgen, disponga tras mi muerte de un

legado de cinco mil florines carolus, siempre y quando renunçie a todo derecho sobre mis posesiones.

E así declaro que soy otorgante del presente testamento y última postrimera voluntad, que quiero y mando se execute tras mi muerte y falleçimiento, ya sea como testamento, codiçilo, çesión de mis bienes entre los vivos o de otro modo, así que la última voluntad de la persona pudiere persistir mejor conforme a los derechos y las buenas costumbres.

Reservándome ansimismo plenos poderes e autoridad para cambiar, aumentar o disminuir según considere oportuno el presente testamento otorgado de mi propia mano o de palabra ante dos testigos y mando que todo ello entrare en vigor y se hiciere efectivo, como si todo estuviere incluso y comprendido en la presente carta de testamento.

E porque esto sea çierto e firme e non venga en duda otorgué esta carta de testamento antel notario e por ende fiçe aquí este mío signo a tal en testimonio de verdad.

Boudewijn Feelinck

49

Delft, primavera de 1574

Los accesos de fiebre vienen y van. A veces persisten durante días, para luego desaparecer a lo largo de más de dos semanas, y volver a abatirlo cuando Guillermo piensa que su cuerpo ha ganado la batalla. Resulta agotador, pero él no tiene tiempo para estar enfermo. Las buenas y malas noticias se alternan continuamente. Unas veces parece que la suerte está de su lado, y él le da gracias a Dios, pero otras se ve obligado a suplicarle ayuda.

El duque de Alba ha regresado a España. Aquejado de gota y decepcionado en lo más hondo de su ser por no haber logrado doblegar a este pequeño país, ha encomendado esta misión al nuevo gobernador, don Luis de Requesens.

El primer cometido que se impone Requesens es luchar contra los mendigos del mar. En el puerto de Amberes y Bergen op Zoom entran dos flotas de buques de guerra españoles, equipados con los últimos y mejores cañones.

Guillermo encarga de inmediato a Luis de Boisot, almirante al frente de la flota de mendigos, vigilar la costa de Zelanda con una escuadra para destruir a los galeones españoles tan pronto aparezcan en el mar del Norte.

De Boisot espera a su presa con sombría satisfacción. Su paciencia se ve pronto recompensada. Los buques de guerra españoles no han venido hasta aquí para permanecer amarrados en el puerto y una gélida mañana de enero, Julián Romero, que tiene el mando de la flota, decide zarpar y aventurarse a salir de las aguas poco profundas. De Boisot, que está al acecho, da enseguida la señal de ataque, abre el fuego y hunde a la flota española.

Ahora que el enemigo ha perdido su hegemonía sobre las aguas interiores de Zelanda, los mendigos toman Middelburg, que los recibe con entusiasmo.

También hay noticias menos buenas. A falta de líderes militares, Guillermo ha nombrado gobernador a su secretario, Felipe de Marnix, señor de Santa Aldegunda. No obstante, este cae en manos de los españoles durante una misión militar en las cercanías de la asediada villa de Leiden.

Lo mantienen preso, pero no lo matan, porque los mendigos siguen teniendo en sus manos al conde de Bossu, partidario de los españoles.

Guillermo ha escrito a Francisco de Valdés amenazándolo con que «Lo que le suceda a De Marnix, le sucederá también al conde de Bossu».

Valdés le hace saber que Marnix está a salvo.

Ello supone un verdadero alivio, aunque para Guillermo significa un enorme revés haber perdido a uno de sus principales colaboradores.

Entretanto, sus hermanos Luis, Enrique y Juan han reunido a un ejército de diez mil hombres con el que, a mediados de febrero, atacan Limburgo. Masstricht se niega a abrir las puertas, pero ha prometido a los numerosos partidarios del príncipe que viven en la ciudad que, en caso de acercarse el ejército de los Nassau, lo dejarán entrar. Don Luis de Requesens se entera de los planes y en el último momento coloca una enorme fuerza de ocupación dentro de las murallas de Masstricht para vigilar de cerca las puertas.

Luis adapta sus planes a la nueva situación y en lugar de arriesgarse a fracasar en Masstricht, avanza hacia el norte para unirse al ejército de su hermano Guillermo.

Enfermo o no, Guillermo parte cuanto antes al encuentro de sus hermanos. Hace casi tres años que no los ve y no piensa perder esta oportunidad de reunirse con ellos. El viaje resulta largo y difícil. Le es imposible ir directo hacia su objetivo y se ve obligado a viajar en el mayor de los secretos a través de ciudades orangistas.

En Zaltbommel le ofrecen alojamiento en el castillo que forma parte de las murallas. La ciudad ha sido de las primeras en declararse partidaria del príncipe y en acoger a tropas de mendigos.

El castillo es habitado por Johan van Isendoorn, que recibe al príncipe y a su séquito con todos los honores.

-Espero que hayáis tenido un buen viaje, excelencia. He puesto varias

estancias a vuestra disposición y he encargado a mis cocineros que os preparen una buena cena. Os la servirán cuando lo digáis. ¿Deseáis refrescaros antes?

-Me encantaría. -Guillermo entrega las riendas de su caballo al mozo de cuadra que se acerca haciendo una respetuosa reverencia-. ¿Cómo va el avance del ejército? ¿Tenéis noticias?

Van Isendoorn carraspea nervioso tapándose la boca con el puño.

-El ejército de vuestros hermanos avanza hacia Nimega, excelencia. Don Luis de Requesens ha hecho un llamamiento a todos los tercios españoles para que le ofrezcan refuerzos. El comandante de Masstricht, Sancho de Ávila, ha iniciado la persecución y le pisa los talones al ejército de los Nassau. Y parece ser que se ha levantado el sitio de Leiden. Francisco de Valdés tiene la misión de ir a Güeldres y sumarse a las tropas del gobernador.

Guillermo detiene abruptamente el paso y se queda parado en medio del patio.

-¿Es eso cierto? Eso podría acabar en una enorme batalla -dice preocupado.

-Así es, excelencia.

-Numéricamente no somos inferiores a los tercios de Requesens, pero sus soldados están mucho mejor adiestrados y armados que los nuestros.

-Los amotinamientos están a la orden del día, excelencia. Por muy entrenados que estén sus hombres, si no les pagan la soldada no disparan ni un tiro.

Guillermo lo mira de reojo sonriendo.

-Eso es verdad -dice-. Esperemos que Dios esté de nuestra parte. Bien podría ser la batalla decisiva de esta guerra.

-Luchamos del lado de los buenos, excelencia. Con Su ayuda triunfaremos. Debemos mantener el coraje y la confianza -le dice Van Isendoorn-. Sin embargo, si me lo permitís, excelencia, no me parece sensato que sigáis viajando.

-Tenéis razón -dice Guillermo tras un breve silencio-. Si no es mucha molestia, quisiera seguir disfrutando de vuestra hospitalidad.

-Por supuesto. Considerad el castillo como vuestro, todo el tiempo que lo deseéis.

-Os lo agradezco.

Con un gesto amistoso, Guillermo pone una mano sobre el hombro de su anfitrión. Juntos entran en el castillo por la puerta principal, cruzan el zaguán y se dirigen al comedor.

Don Luis de Requesens tiene el firme propósito de detener al ejército de los hermanos Nassau. Reúne a todos los tercios para luchar. Envía espías que le mantienen al corriente de la ruta que toma el ejército invasor, lo que le permite rodear y acorralar al enemigo con cautela y sin que apenas se note.

Luis advierte el peligro y se apresura a avanzar con su ejército hacia el norte a lo largo de la margen derecha del Mosa. Los españoles son más rápidos. Las tropas de Sancho de Ávila marchan hacia Helmond y Uden, y desde el oeste se acercan las tropas de Francisco de Valdés.

Al atardecer, Luis instala su ejército en el pueblo de Mook, en la linde del bosque de Mookerhei, donde el río Mosa los protege de los tercios españoles. No hay ninguna amenaza procedente del este, así que por lo pronto estarán seguros allí.

No obstante, Sancho de Ávila es un brillante estratega. El rey le ha concedido el hábito de la Orden de Santiago por los servicios prestados y es apodado el Rayo de la Guerra. En su larga carrera en el ejército del rey Felipe, se ha enfrentado a problemas más grandes que cruzar un río.

Mientras espera la llegada de Francisco de Valdés, Sancho de Ávila ordena a sus hombres que se dirijan con los buques confiscados hacia el lugar donde acampa el ejército de los Nassau y que, a algunas millas de allí, los alineen y conecten entre sí con cadenas para formar un puente.

Cuando la primera bruma matutina flota sobre el río, el ejército español está listo para cruzarlo. Valdés todavía no ha llegado, pero De Ávila no se atreve a esperar mucho más: los soldados orangistas creen estar a salvo, pero podrían huir si se enteraran de que los españoles han tendido un puente sobre el río Mosa. Las noticias de sus exploradores, que anuncian que Valdés necesitará medio día para unirse a ellos, resultan decisivas. Presionado por sus generales, que no quieren otra cosa más que ir a por los holandeses, y su propio temor de que se le escape la presa, lo dispone todo para el ataque.

En la mañana del 14 de abril de 1574, una ancha columna de soldados españoles, armados con largas lanzas, arcabuces y caballos, cruza el río Mosa

por el provisional puente y se agrupa en formación de combate en la margen del río.

Como si quisiera aplazar un poco más el momento, el alba acaricia titubeante las llanuras aluviales y las tierras postreras. Entonces, el sonido de la primera trompeta de ataque rasga el cielo nublado y se propaga por todas las líneas. A lo largo de la orilla del Mosa empieza a resonar el gran tambor que pone en movimiento a las compañías. Mientras tanto, en el campamento de los Nassau se da la señal de alarma y los soldados se apresuran a salir de sus tiendas, a medio vestir.

Las compañías españolas avanzan en filas ordenadas y disciplinadas, encabezadas por los arcabuceros. Las corazas, las puntas de las picas y los cascos brillan débilmente en la grisácea luz del amanecer, mientras los rostros permanecen impassibles. Nadie grita, ni siquiera se pronuncia una palabra. Los soldados avanzan en absoluto silencio, hasta que resuenan los clarines y se dan las primeras órdenes.

-¡Quieeeeetos! ¡Carguen los arcabuces!

Un poco más lejos, los hombres del ejército de los Nassau corren de un lado a otro, gritan presas del pánico y desde las trincheras disparan las primeras balas que acaban impactando en la hierba mojada, muy lejos del alcance de la vanguardia española.

Los arcabuceros españoles encienden las mechas y esperan la orden de disparar. Suena el redoble de los tambores, todos contienen la respiración y esperan.

-¡Apuuuuunten! ¡Y... fuego!

Después, el mundo explota en una nube de humo, se oye una nueva orden y los españoles se abalanzan sobre sus contrincantes al grito de «¡Santiago!».

Guillermo se entera de lo sucedido solo dos días más tarde, mientras se encuentra en el castillo de Zaltbommel. El ejército de los Nassau ha sido masacrado. Parece ser que no se han hecho prisioneros, no se ha dejado a nadie con vida. Durante una semana entera, el príncipe se debate entre la esperanza y el temor, entonces le llega la noticia de que Juan ha conseguido salir de allí sano y salvo. Abandonó el ejército justo antes de la batalla, para ir en busca de dinero: una misión que le salvó la vida.

La ausencia de noticias de Luis y de Enrique le hace temer que hayan

perecido. Roto por el dolor, Guillermo le escribe al único hermano que le queda.

«He de confesaros que estoy tan abrumado por la gran cantidad de asuntos que llenan mi mente y es tan grande el dolor y el abatimiento por la pérdida de mis hermanos, que apenas sé lo que hago. Por mi parte os garantizo que cumpliré con mi obligación lo mejor que pueda y como he hecho hasta ahora, pues sé que si este país queda abandonado y se halla bajo la tiranía de los españoles, la religión sufrirá claramente las consecuencias y corre el peligro de ser exterminada hasta que no quede ni rastro de ella.»

Con gesto tenso, estampa su firma en el trozo de pergamino, asombrado de que le cueste tanto escribir. Es como si la tristeza se hubiese instalado en todo su cuerpo y afectara a todos sus órganos.

Enrolla la carta, la sella y se la entrega a un sirviente que está esperando junto a la puerta. Cuando vuelve a estar solo en su habitación, apoya los codos sobre la mesa y esconde en las manos el rostro demacrado y surcado de arrugas.

50

-Así que te lo ha dejado todo a ti, también la empresa -dice Folkert.

Está sentado a la mesa, leyendo el testamento.

-Así es -le contesta Isabella-. Ha sido una verdadera sorpresa.

El 21 de marzo, Francisco de Valdés levantó el sitio de forma totalmente inesperada y marchó con su ejército. Poco después, volvía a presentarse Folkert, quien se había enterado sobresaltado de que su tío había muerto durante su ausencia. De inmediato pidió ver el testamento, e Isabella se lo entregó en silencio.

Con un rictus de amargura, Folkert lee el escrito por enésima vez.

-Tendría que haberlo sabido. En el fondo, el anciano nunca pudo soltar a su hija. No del todo.

Isabella está incómoda y lo escucha sin decir nada. Comprende los sentimientos encontrados de Folkert. Seguramente pensaba que, después de años de leal servicio tendría derecho a hacerse cargo de la empresa familiar. En lugar de ello, ha quedado desbancado por su sobrina que no sabe nada del negocio de los paños.

-Espero que no tengas intención de irte, Folkert -le dice por fin con dulzura-. Aunque mi abuelo me lo haya dejado todo a mí, yo no tengo ni idea de lo que debo hacer. Me refiero, con la empresa. ¿Qué sé yo de todo eso?

Folkert no reacciona enseguida a su observación. Enrolla el pergamino, lo sujeta con la cinta y, con un golpecito irreverente, lo hace rodar hasta que cae al suelo.

-No sé si me apetece quedarme. Pensar que me he pasado años trabajando para esta empresa y que luego me lo recompensan con un triste legado.

-Piensa que es una suma considerable. Te da para comprarte una casa muy

grande.

-También podría empezar por mi cuenta. Siempre he querido hacerlo: ser independiente y tomar mis propias decisiones.

Isabella se sienta delante de él, asustada.

-No lo dirás en serio, ¿verdad? Y ¿qué hago yo?

-Podrías contratar a un contraamaestre. Hay gente de sobra que busca empleo.

-Pero ¿cómo sé que puedo fiarme de él? Y además, siendo mujer no puedo dirigir una empresa. Hasta que no cumpla veinticinco años no podré hacer negocios de forma independiente, sin un tutor.

Folkert coloca el rollo de pergamino entre ambos y cruza los brazos.

-Eso es cierto, pero son tiempos especiales. Ahora que hay guerra, el gremio ha relajado las normas para que el comercio no salga perjudicado en exceso. Me quedaré un tiempo para ayudarte a encontrar un contraamaestre y enseñarte un poco el oficio, pero después me iré. He trabajado lo suficiente para la familia. Este legado me permite cumplir mis sueños.

Desde el otro lado de la mesa, Isabella posa una mano sobre el brazo de su tío.

-Folkert, por favor. ¡Eres la única familia que me queda!

Él le da una palmadita amistosa en la mano.

-Eso no es del todo cierto. En estos momentos, una perfecta desconocida está paseando a tu pariente más cercano. ¿Recuerdas lo que te conté de mis hijos? ¿Lo mucho que me gustaría poder volver atrás?

Isabella se levanta y se dirige al salón en la parte delantera de la casa.

A través del ventanal ve regresar a Cathrijne y a Pepijn de su paseo. Su hijo ya ha cumplido nueve meses. Ya sabe sentarse solo, con la espalda bien erguida, e intenta con entusiasmo caminar agarrándose a todo lo que encuentra.

Ella no lo ha visto con sus propios ojos, se lo ha contado Cathrijne. A veces, cuando Pepijn duerme, Isabella entra en su cuarto, se acerca a la cuna y contempla los rizos oscuros y el rostro moreno del niño que respira apaciblemente. No hay nada en él que reconozca, nada que indique que se trata de su hijo.

Si no fuera porque recuerda tan bien el dolor del parto, dudaría de que es suyo. Dicen que el vínculo entre una madre y su hijo es el más fuerte que

existe, pero ella no ha notado nada de eso. Tampoco lo intenta. Las únicas veces que mira de verdad a Pepijn es cuando duerme.

Además no dispone de mucho tiempo para dedicarle. Antes de la muerte de su abuelo, Isabella no sentía mucho interés por la empresa, pero todo ha cambiado desde que tiene que dirigirla. Folkert la lleva al edificio junto al canal Stille Rijn, donde tiene su oficina. Le presenta al contable, al cajero y a los oficinistas que trabajan allí.

Después visitan la tintorería donde le muestran y le explican cómo se hace un paño a partir de un saco de lana. Primero se lava la lana en el canal y se pone a secar en los tendederos y sobre los parapetos de los puentes. Después se extiende sobre una gran criba, la lana se golpea con palos para darle más esponjosidad, tras lo cual, las mujeres pueden empezar a hilarla con la rueca.

A su vez, los niños se encargan de enrollar y de enjuagar la lana y después se puede empezar a tejer.

Es una actividad en la que participan familias enteras. El enorme telar, en el que trabajan dos hombres a la vez, ocupa la parte delantera de las casas de los tejedores, mientras que sus familias viven en la oscura habitación trasera, aunque no pasan mucho tiempo allí dado que hacen jornadas de catorce horas.

La tela acabada es tundida por mujeres que también trabajan en casa y que eliminan las imperfecciones con cuchillos y tijeras. Después, los paños se abatanan en un taller que, nada más entrar, deja sin aliento a Isabella.

En unas enormes cubas ve moverse a unos hombres semidesnudos, cubiertos únicamente por un taparrabos, que con los pies pisotean la tela para que se encoja y afelpe. Su sudor se mezcla con la orina y otras sustancias desengrasantes que les llegan hasta los tobillos.

Pese a que todas las ventanas y puertas están abiertas, el aire en el taller es irrespirable. A Isabella le escuecen los ojos, le pica la garganta y se queda sin aliento. Se pregunta cómo es posible que esos hombres aguanten haciendo su trabajo. A juzgar por los cuerpos esqueléticos y las espaldas deformadas no están muy sanos.

Conteniendo la respiración y tapándose la nariz y la boca con una mano, escucha la explicación de Folkert sobre el proceso de elaboración y después lo sigue hasta el exterior.

En la tintorería también flota un olor penetrante, pero no es tan insoportable como el del taller de bataneo.

Isabella oye mencionar los nombres de las plantas que producen todos esos preciosos colores: gualda para el tinte amarillo, rubia para el rojo, índigo de plantas tropicales para el añil.

Cuando por fin llega a casa, está cansada y le duele la cabeza de las numerosas impresiones y del hedor que desprendían las materias primas.

En realidad no le apetece tener visita, pero cuando Agaat hace entrar a Reinier, Isabella se levanta de un salto.

-¿Os habéis enterado? -les dice él mientras entra con el sombrero en la mano-. El ejército de Luis de Nassau ha sido masacrado. Los españoles no han dejado a nadie con vida.

Isabella se vuelve apresurada hacia él.

-¿Y los condes? ¿Luis, Enrique y Juan?

-Parece ser que solo ha sobrevivido el conde Juan. Poco antes de la batalla había salido con una misión especial. Eso le ha salvado la vida -dice Reinier.

-¡Es terrible! -exclama Folkert horrorizado-. ¿Estás seguro?

-Sí. En Ámsterdam están bien informados con tantos soldados españoles paseándose por la ciudad.

-Podrían también haber hecho circular noticias falsas -dice Isabella esperanzada-. Me refiero a que esto no puede ser cierto, ¿no creéis? ¿Todo el ejército ha sido derrotado y los dos condes han muerto?

-Mucho me temo que esa sea en efecto la situación -dice Reinier.

-Pero de ser eso cierto, Valdés no tardará en regresar a Leiden -dice Folkert preocupado.

-Eso mismo pienso yo. Se marchó porque habían reclamado su presencia para participar en la batalla, pero ni siquiera fue necesario. El ejército de los Nassau ya había sido masacrado antes de que Valdés estuviera a medio camino. Según las últimas noticias, está viniendo hacia aquí.

El rostro de Folkert se crispa. De repente se vuelve hacia Isabella.

-Lo siento, pero no tengo intención de esperar a que llegue. Mañana me llevaré mi legado y me marcharé.

Isabella asiente con resignación. No puede culparlo. Quién sabe si ella no habría hecho lo mismo en su lugar.

-Por favor, márchate tú también -le suplica Folkert-. Esta vez, Valdés no

cejará hasta conseguir que Leiden se rinda.

Clava los ojos en los de su prima para obligarla a capitular. Isabella le aguanta la mirada.

-No puedo irme -le dice-. Tengo un negocio que dirigir.

51

Después de que Folkert se haya marchado llevándose sus cinco mil florines, la situación financiera de la empresa empeora y resulta preocupante. Isabella pide que se lo calculen y lo que oye no la alegra en absoluto. La empresa apenas es solvente y además acumula deudas y préstamos impagados.

-Son tiempos difíciles para la industria de los paños, señora -le dice Jacob, el contramaestre que dirige la tintorería y el taller de bataneros-. No solo aquí, sino por doquier.

-¿A qué se debe? -pregunta Isabella.

Jacob se encoge de hombros y separa los brazos.

-Hay varias causas. Muchas personas culpan a la guerra, pero las cosas ya iban mal antes de que llegara el duque de Alba y lo pusiera todo patas arriba. A mi entender, el principal motivo es la competencia con Inglaterra. De allí llega la lana de mejor calidad, y a medida que ha aumentado la demanda, los ingleses han subido sistemáticamente los precios.

-¿Qué tiene de malo nuestra lana?

-Es de menor calidad, más basta y más grasienta. Además, aquí las ovejas no producen lo suficiente. Podríamos importar lana de las tierras altas de Escocia, pero su abuelo y el señor Folkert siempre estuvieron en contra de producir paños de calidad inferior.

-Y en lugar de ello compraban lana inglesa que en realidad no podían permitirse y así fueron contrayendo cada vez más deudas para poder estampar el sello de calidad en sus paños -dice Isabella-. ¿Cuál es en estos momentos un tipo de lana buena y asequible?

Jacob duda visiblemente.

-La lana española -dice por fin.

-Lana merino.

-En efecto -asiente Jacob mirándola con asombro-. Pero utilizar esa lana significa comerciar con los españoles. ¿Queréis eso?

Isabella exhala un profundo suspiro.

-No, no quiero eso. Usaremos lana holandesa y escocesa.

Se percata entonces de que Jacob parece estar incómodo.

-¿Pasa algo? -le pregunta.

-Hubiera preferido daros otra noticia, señora, pero ahora que el señor Folkert se ha llevado su legado, no nos queda dinero ni siquiera para la lana holandesa.

-¿Cuánto necesitamos?

-¿Para volver a llenar el almacén? Unos tres mil florines carolus. Pero eso no es todo. También nos hacen falta materias primas para teñir y abatanar la lana. Hay que pagar a los trabajadores y tan pronto haya dinero se presentarán los primeros acreedores.

Jacob mira con compasión la cara abatida de Isabella.

-Lo siento, señora.

-No pasa nada. Valoro tu sinceridad -le dice Isabella-. ¿Puedes elaborar una lista con los principales acreedores?

Mientras Jacob busca entre los papeles que hay sobre el escritorio, Isabella piensa en Folkert. De pronto, comprende mucho mejor por qué tenía tanta prisa en coger su parte de la herencia y marcharse.

La lista de acreedores no es larga, pero los importes debidos son considerables.

-Lo prestaron de buena fe -dice Jacob-. Vuestro abuelo mantuvo durante toda su vida amistad con las familias Van Poelgeest, Van Bosschuysen y Van Alcemade. Ellos también son pañeros y siempre se han prestado dinero y se han ayudado unos a otros. Pero ahora, esas familias tienen problemas y quieren recuperar su dinero. Nos han llegado diversos requerimientos. Ahora que ha muerto vuestro abuelo, no pasará mucho tiempo antes de que el primero acuda al juzgado.

-Me gustaría ver el almacén.

-De acuerdo, os conduciré hasta allí.

El almacén de lana de los Feelinck se encuentra a orillas del canal

Papengracht. A Isabella no le hace falta dar muchas vueltas para constatar que Jacob tiene razón: casi han agotado todas las reservas.

En el camino de vuelta da un rodeo para pasar por casa de Reinier a orillas del Oude Rijn. Teme que si espera un día más le falte el valor para formular la pregunta que le ronda la cabeza.

Reinier se muestra sorprendido por su visita, y le ofrece enseguida su hospitalidad.

-Me alegra que vengas a verme. Bienvenida. ¿Quieres beber algo?

-No, gracias.

Isabella lo sigue, impresionada por el lujo que la rodea. En las paredes cuelgan cuadros y mapas bellamente ilustrados, hasta en el zaguán. El hermoso salón en el que la recibe Reinier está tapizado con guadamecí y decorado con muebles tallados. Adosados a las paredes ve un armario de curiosidades y aparadores con objetos de plata y vajilla de porcelana blanca.

-Siéntate -le dice Reinier indicándole un sillón-. ¿Seguro que no puedo ofrecerte nada de beber? ¿Cerveza o vino?

-No, de verdad que no. He venido a pedirte algo.

Sentada en el borde del sillón, con las manos cruzadas en el regazo, Isabella intenta calmar los latidos de su corazón y causar una impresión de seguridad.

-Se te ve bastante nerviosa -le dice él-. Una copa de vino te sentará bien.

Haciendo caso omiso de su negativa, Reinier le sirve una copa.

-Es vino italiano -le dice-. Seguro que te gusta.

Por no parecer descortés, Isabella acepta la copa y toma un sorbo. Tiene razón, el vino es delicioso. Y en efecto siente de inmediato desvanecerse parte de la tensión que se ha apoderado de ella. Antes de dejar la copa, toma un segundo sorbo.

-La empresa que he heredado no pasa por un buen momento -dice-. Ahora comprendo por qué se ha ido Folkert. Cinco mil florines es una bonita suma como alternativa a una empresa en bancarrota.

En su voz resuena la amargura.

-¿Estás en quiebra?

-Todavía no, pero falta poco para eso. En el almacén queda lana para unas semanas, pero hay acreedores. Mi abuelo o Folkert pidieron prestadas grandes

sumas de dinero para poder hacer frente a la mala situación de la industria del paño.

-A ver si lo adivino: ahora esas personas quieren que les devuelvas su dinero. Y razón no les falta. Su viejo amigo ha muerto, el único pariente ha desaparecido y la nueva propietaria de la empresa es una muchacha de veintiún años. Yo mismo querría que me devolvieras el dinero. -Reinier suelta una risa y toma un trago de vino.

Isabella alza la vista y lo mira irritada.

-Sea como fuere, tengo un problema. Necesito dinero. Por eso he pensado en ti. Tú tienes suficiente dinero. Me gustaría que me prestaras algo, cobrando intereses, por supuesto.

-Por supuesto. -Reinier la mira con cara de estar pasándoselo bien-. Y ¿cómo pensabas convertir una empresa en dificultades en un negocio solvente?

-Cambiando de rumbo. Confeccionando telas más baratas con lana más barata. Según Folkert es algo que hacen desde hace tiempo en el sur del país. Son telas mucho más ligeras y suaves que los pesados paños que tejemos aquí, y gozan de mucha popularidad entre la gente que no puede permitirse pagar los paños caros.

-Pero esas telas son también de menor calidad.

-Ya lo sé, por eso Folkert no quería ni oír hablar de ellas. Pero no veo qué tiene de malo producirlas si hay demanda.

Reinier la observa con atención.

-Muy bien. Eres original, eso me gusta. Hace tiempo que intento poner en marcha la producción de esas telas en el norte, pero los gremios son muy conservadores en este sentido. Prefieren seguir confeccionando el sagrado paño de Leiden como han hecho toda la vida, y como hicieron antes que ellos sus padres y sus abuelos.

-¿Necesitas su autorización?

-Hasta ahora sí -le contesta Reinier-. Si uno quiere establecerse aquí como empresario, es obligatorio que sea miembro del gremio. Y el gremio determina las reglas. Hace diez años hubiese sido imposible cambiar de rumbo. Pero ahora que el comercio de paños está estancado y que los pañeros quiebran uno tras otro, seguramente estarán dispuestos a negociar. Alguien tiene que ser el primero.

-Tendríamos que colaborar. Yo tengo una empresa, tú tienes capital. Tú me

prestas lo que necesito a un interés razonable y participas en los beneficios.

Reinier la mira como si estuviera estudiando la oferta y asiente lentamente.

-Podría ser. Pero lo que yo quiero es libertad de acción. Ahora solo podría ser un proveedor de fondos que participa en los beneficios. Eso ya lo hago en otros ámbitos. Lo que yo te propongo es una sociedad. A cambio de mi aportación financiera, que es considerable, tú me das el cincuenta y uno por ciento de la empresa.

Isabella se levanta indignada.

-¡El cincuenta y uno por ciento! ¡Con eso tendrías la mayoría!

-Como ya te he dicho, quiero tener libertad dentro de la empresa. De lo contrario, no me inspiraría confianza.

-¿Libertad para hacer qué? ¿Por qué es eso tan importante?

La respuesta es evidente. Y antes de acabar la frase, Isabella ya sabe a lo que se refiere Reinier.

-En Brujas hay oficinas comerciales donde los mercaderes españoles venden su lana -le dice él-. La lana merino, de la que ya te he hablado. Áspera, pero resistente, de buena calidad y a la mitad del precio de las demás lanas.

-Podemos usar lana del país o la escocesa -propone Isabella.

Sin embargo, Reinier niega con la cabeza.

-Demasiado caras. ¿Por qué íbamos a pagar tanto si podemos conseguirla mucho más barata? O comerciamos con España o nada.

Debería haberlo sabido. Reinier Benningh es un duro negociador que no se deja dominar por las emociones. Así debería pensar ella también, pero Isabella no puede. Le repugna la idea de tener que colaborar con esa gentuza. Tiene que haber otra solución para sus problemas.

Sumida en sus pensamientos, Isabella toma otro sorbo de vino mientras gira la copa en la mano. Apenas se percata de que él la observa, pues en su cabeza está madurando un plan. Uno en el que, si todo va bien, no necesitará en absoluto a Reinier.

Con gesto decidido, deposita la copa en la mesita y se levanta.

-Lo pensaré -le dice-. Tendrás noticias mías.

52

Lo primero que hace Isabella es comprar provisiones. No lana ni materias primas, sino alimentos. Le encarga a Jacob que adquiriera grandes partidas de grano dentro y fuera de Leiden, que ella paga con lo que consigue encontrar en casa: la cristalería y parte de la ropa de cama, mantas y almohadas de plumón, la vajilla de plata y cuadros, candelabros, tabardos ribeteados de pieles, jubones de satén y muebles caros, pero superfluos.

Isabella ordena que se venda en secreto, lejos de Leiden, todo lo que tenga valor. Las provisiones de grano se transportan, en la medida de lo posible por la mañana temprano o por la noche, hasta el almacén del tranquilo canal Papengracht.

También llena el desván de su propia casa. Después, solo le queda esperar. Durante mucho tiempo piensa que se ha equivocado, pero entonces llega el momento: en la noche del 25 al 26 de mayo, los españoles vuelven a ocupar sus posiciones en las fortificaciones en torno a la ciudad. Leiden está de nuevo asediada, sin que nadie haya podido prepararse.

Por supuesto, los almacenes deberían estar llenos desde hace tiempo, pero ni el ayuntamiento ni la población esperaban que los españoles regresaran. Valdés se marchó de forma inopinada a mediados de marzo, y, ahora, a finales de mayo, la ciudad solo dispone de víveres suficientes para pasar un par de días.

Los españoles no parecen tener previsto otra cosa que esperar a que los sitiados se rindan. Las fortificaciones forman tres anchos círculos en torno a la ciudad, y todas están fuertemente vigiladas. Es del todo imposible hacer entrar víveres de contrabando por las puertas de la villa; Leiden está sola.

Para sorpresa de Isabella, Reinier no se ha marchado.

-Pensé que habías vuelto hace mucho a Ámsterdam -le dice, cuando se lo encuentra camino de casa.

-No, no llegué a irme a tiempo. Me dejé encerrar -le contesta Reinier-. Por fortuna, pensé en almacenar comida, al contrario que los idiotas del ayuntamiento. Este podría ser un asedio corto.

-¿Corto?

-Sí, por supuesto. ¿Cuánto tiempo crees que puede una persona pasarse sin comer? Como mucho un par de semanas. Ahora ya empieza a haber escasez de algunos productos. ¿Cómo están tus reservas?

-Aún me queda algo.

-Muy bien. Cuando se te acabe, puedes pasar por mi casa. Pero sé discreta, no digas nada, ni siquiera a tus empleados. Cuando se declara la hambruna, todo el mundo recuerda dónde se puede ir a buscar algo. En Haarlem, la muchedumbre asaltó las casas de los que habían almacenado comida.

-No diré nada.

Reinier se detiene en plena calle, y hace frenar a Isabella poniéndole la mano sobre el hombro.

-¿Has pensado en mi propuesta?

-Sí, pero de poco nos sirve hablar de eso ahora. Esperemos primero a ver lo que sucede en las próximas semanas.

La mirada de Reinier se suaviza.

-Tienes miedo del asedio.

-No tanto.

-No te creo. Por supuesto que tienes miedo, no puede ser de otro modo.

-No temo a la muerte, como mucho a la forma de morir. Si sucede algo, espero que sea rápido. Y que me reúna pronto con mis padres y mis hermanas.

Cuando se propone seguir su camino, Reinier le bloquea el paso, en su rostro se dibuja la incredulidad y la preocupación.

-Suena como si esperaras no sobrevivir.

Isabella se encoge de hombros.

-Qué más da.

-¿Que qué más da? Dios mío, ¿lo dices en serio? ¡Aún tienes toda la vida por delante! ¿Eso no significa nada para ti? -Mientras lo dice, parece

realmente asustado.

Isabella evita su mirada.

-Precisamente tú -le dice- deberías saber a lo que me refiero.

-Sé muy bien a qué te refieres, sé perfectamente lo que se siente teniendo que vivir con semejante pérdida. Pero créeme, Isabella, también eso pasa. Todo acaba cambiando, y la vida se vuelve mejor, de verdad. -Reinier posa las manos sobre los hombros de ella y la mira con insistencia-. Un día notarás que el dolor es menos intenso, que puedes volver a reír con despreocupación. Conocerás a un hombre y te casarás, tendrás hijos a los que querrás y que serán tu mundo. ¡Solo debes darle tiempo!

De improviso, Isabella lo mira a los ojos.

-No sé si podré esperar tanto tiempo -le dice-. No creo que valga la pena.

Entre ellos se instala un profundo silencio, en el que resuena con fuerza el rumor de los transeúntes y el chapoteo de los barcos en el agua del canal.

Con un delicado gesto, Reinier acaricia el rostro de Isabella.

-No estás sola -le dice con dulzura-. Recuérdalo. Tienes razón, debería haberme ido hace tiempo a Ámsterdam. ¿Por qué crees que sigo aquí? ¿Piensas de verdad que soy tan tonto de dejar que me sorprendan los españoles?

Antes de que Isabella pueda responder a sus palabras o logre aun comprender su significado, siente que le rodea la cintura con el brazo y la besa con una mezcla de suavidad y firmeza.

Durante unos segundos está totalmente hechizada, abrumada, y deja que Reinier siga. Aunque siente que debe poner fin de inmediato al beso, sobre todo en plena calle, apenas puede resistirse a la pasión que contiene. Al mismo tiempo, la asustan sus propios sentimientos que, de repente, parecen cobrar vida. De una extraña manera se siente traicionada por su cuerpo que se niega a ofrecer resistencia. Cuando por fin se desprende del abrazo es demasiado tarde para mostrar indignación.

-No digas nunca más que la vida no vale nada -le susurra Reinier en el oído-. Todo está predestinado. ¿O creías que nos habíamos conocido por casualidad?

Acto seguido, se aleja a grandes pasos como si no acabara de poner patas arriba todo el mundo de Isabella.

En la seguridad de su casa, Isabella se recompone y expulsa, con decisión, a Reinier de sus pensamientos. Ya la han besado antes de esa forma, provocando en ella todo tipo de expectativas. No dejará que vuelva a pasar.

En los días que siguen, no tiene noticias de Reinier, lo que la hace sospechar que no debe darle excesivo valor a su beso. No obstante, sigue pareciéndole extraño que no haya huido a tiempo a *Ámsterdam*, pues está asumiendo un gran riesgo al quedarse aquí.

Para cambiar de ideas, Isabella se encierra en el despacho de la parte delantera de la casa, donde le esperan montones de documentos contables que deben ser examinados. Aunque se trate de transacciones e inversiones de hace años, ella quiere estar al corriente de todo. A medida que investiga acerca de las decisiones que tomó su abuelo primero y Folkert después, va aprendiendo sobre la manera en que dirigían la empresa y va conociendo a sus socios comerciales y a sus rivales.

Así descubre que los pañeros de *Leiden* no actúan de forma del todo independiente, sino que se asocian para suministrar el mismo tipo de productos. Independizarse de este grupo de aliados y del gremio significa quedarse solo, tanto en los buenos como en los malos tiempos.

Los libros ponen de manifiesto que *Boudewijn* apoyó a sus compañeros en tiempos difíciles, ofreciéndoles préstamos, y que más tarde ellos lo ayudaron a él. Eso sucedió justo antes de que las tropas españolas invadieran las ciudades holandesas. Es evidente que el comercio se ha resentido a causa de la guerra. El transporte de paños al extranjero ha disminuido mucho y la lana de *Inglaterra* solo llega con cuentagotas.

Aunque fuera casi imposible, su abuelo intentó seguir suministrando el valioso paño de *Leiden*. Su empresa nunca envió productos de mala calidad a la lonja de paños, donde los guardianes controlan las telas y les ponen el sello de calidad. Mantener su buen nombre le parecía más importante que obtener beneficios. Hasta que dejó de ganar dinero y la empresa se fue a pique.

Isabella aparta el libro de cuentas y mira por la ventana el soleado canal.

¿Fue esa la razón de su deterioro mental? Todas esas preocupaciones, combinadas con la pérdida de su propia hija, debieron de causarle mucho dolor.

En el zaguán suenan unos pasitos muy ligeros, acompañados de los de

Cathrijne. Una vocecita llega a su oído, luego la de Cathrijne, que dice:

-No, mamá está trabajando. No puedes entrar.

La puerta está entreabierta y cuando Isabella alza la mirada hacia el zaguán ve que Pepijn se acerca con andar inseguro sobre sus piernecillas, camina él solo sin ayuda de nadie. Cathrijne no se aparta de su lado, con actitud vigilante y una mano presta para evitarle una caída.

Isabella se levanta del escritorio sin pensarlo. Pepijn ve que su madre lo mira, suelta un grito de entusiasmo y entra en el despacho tambaleante y con una conmovedora sonrisa de felicidad, las manitas extendidas hacia Isabella. Antes de darse cuenta de lo que hace, ella se arrodilla y coge a su hijo justo antes de que se caiga.

53

En tiempos de necesidad, se aprende a rezar. El asedio llena las iglesias cada domingo.

Durante el servicio, Isabella recorre con la mirada los bancos llenos de feligreses. Lo que no se notaba en las primeras semanas se hace cada día más patente: la gente pasa hambre. A su alrededor ve que sus vecinos y conocidos han adelgazado. Las ropas les quedan cada vez más holgadas. Los que tienen asiento en los bancos aguantan el largo servicio, pero los que han de estar de pie se apoyan en los pilares o abandonan la iglesia antes de que acabe el servicio. En la primera semana de septiembre, cada vez más personas desfallecen y la misa es menos concurrida. Solo durante la semana sigue entrando gente en la iglesia, a menudo con un niño desnutrido en brazos, para dejarse caer de rodillas a causa del hambre.

Una semana más tarde, hacen sopa hirviendo piel de vaca y hojas arrancadas de los árboles. En la ciudad ya no quedan perros ni gatos y como último recurso para engañar el hambre, muchas personas se pasan el día entero chupando una piedra. Unos días más tarde se alimentan de hierba hervida, aunque no hay estómago que lo soporte.

Para no tener que verlo, Isabella apenas sale de casa. Además, es tal la diferencia entre su aspecto sano y el de sus conciudadanos que resulta preferible no mostrarse en plena calle.

A mediados de septiembre, cuando en la ciudad ya ha hecho su aparición la gran muerte, Isabella decide realizar una visita a las familias Van Poelgeest y Van Bosschuysen.

La atmósfera en la ciudad es extraña. Hace tiempo que ya no se celebra mercado en la plaza Vismarkt y en el edificio del Korenbeursbrug, y ahora un silencio mortal envuelve las plazas que normalmente están abarrotadas.

Los que todavía tienen fuerzas para salir a la calle, buscan algo comestible en las cunetas.

Los transeúntes que no están en los huesos son observados con recelo. Isabella acelera el paso. Ha racionado su comida y la de Cathrijne y Agaat para evitar que parezcan demasiado bien alimentadas. Eso ha funcionado durante un tiempo, pero ahora que se inicia la última fase de la hambruna, la diferencia resulta dolorosamente evidente.

Se le hace imposible caminar por la villa y no pensar en esa otra ciudad y en esa otra gran muerte. El llanto de niños y bebés evoca el recuerdo de los gritos de los lactantes al ser arrancados de los brazos de sus madres. En algún lugar profundo de su conciencia, los pequeños que perdían de forma tan abrupta el amor y el calor que los sustentaban sentían acercarse la muerte.

¿Cuánto sufrimiento puede contemplar una persona sin sucumbir? ¿Cuánto puede aguantar antes de perder la alegría de vivir? Al parecer hay algo en la mente humana que nos protege. Isabella siente al menos que, al igual que sucediera en Naarden, su espíritu se aísla de lo que pasa a su alrededor.

Durante el corto paseo, Isabella no aparta la mirada de los adoquines de la calle y aprieta el paso para llegar cuanto antes a la imponente mansión de la familia Van Poelgeest.

Es recibida por el propio Ysbrant van Poelgeest, que le da un apretón de manos cordial, pero débil.

Isabella se asusta al verlo. El mercader, otrora corpulento y bien alimentado, cuyos ancestros ganaron una fortuna en el negocio de los paños, es apenas una sombra de sí mismo. No queda ni rastro de la barriguita que siempre lucía orgulloso en señal de opulencia. Ahora se le marcan los huesos, y su cara, antes oronda, está demacrada como la de quien no ha comido desde hace tiempo y empieza a entrar en una zona de peligro.

Después de formular las habituales preguntas sobre el bienestar de sus respectivas familias, Ysbrant acompaña a Isabella al salón. El buen aspecto de la joven tiene que haberle llamado la atención y, si bien él no dice nada al respecto, la observa varias veces con un asombro que no escapa a Isabella.

-¿En qué puedo servirte? -le pregunta Ysbrant por fin, al ver que ninguno de los dos está inspirado en seguir intercambiando palabras de cortesía.

Le indica una silla e Isabella toma asiento. Hubiese preferido seguir de pie, pero ello habría obligado al anciano a mantenerse también sobre sus

piernas, y no puede hacerle esto.

-He venido para hablar con vos sobre una cuestión delicada -le dice-. Me habéis contado que en el pasado tuvisteis la amabilidad de prestar dinero a mi familia cuando tenían problemas. He visto los importes exactos en los libros. Ahora que mi abuelo ha muerto, comprendo que queráis recuperar vuestro dinero.

Ysbrant van Poelgeest empieza a alzar su delgada mano, como queriendo esbozar un gesto tranquilizador, pero la vuelve a bajar a medio camino. En otras circunstancias, habría sido menos directo, pero las punzadas del hambre, que debilitan tanto su cuerpo como su mente, lo llevan al quid de la cuestión.

-Es cierto -dice-. Los negocios no van bien. No puedo seguir permitiéndome ser indulgente. Aunque he de decir que has elegido un extraño momento para abordar este tema.

-No tan extraño -le replica Isabella-. Poco importa que lo aborde ahora, durante o después del asedio, pues no puedo devolveros vuestro dinero. La empresa de mi abuelo está casi en quiebra.

El demacrado rostro que tiene frente a ella apenas cambia de expresión. Es probable que Ysbrant no esperara otra cosa. Solo el ligero temblor de su mano delata algo de su estado de ánimo o de su debilidad física.

-¿A qué has venido entonces? -se limita a preguntarle.

-He venido a proponeros otra manera de pagar mis deudas. Algo que en estos momentos tiene mucho más valor.

Un destello de interés -tal vez aun de comprensión- ilumina el rostro de Ysbrant.

-¿Y de qué se trata? -le pregunta.

Isabella se inclina hacia delante, como si quisiera asegurarse de que entenderá bien su respuesta.

-Comida -le dice ella alto y claro.

Tras su conversación con Ysbrant van Poelgeest visita a Hubert van Bosschuysen y a los demás acreedores. Aunque le resulta difícil mantener esas conversaciones, tiene que hacerlo.

Ninguno de ellos es capaz de rechazar su oferta. Ni siquiera tiene que esforzarse por convencerlos, pues la aceptan de inmediato. Un día más tarde

se reúnen en el despacho de Jan Vinck para firmar los acuerdos.

El notario tiene mal aspecto. Ya era un hombre flaco, pero ahora es todo huesos. Redacta las actas con mano temblorosa y la frente empapada de sudor. No tiene inconveniente alguno en que Isabella le pague en especie.

Al acabar la mañana, cuando Isabella sale al sol con las copias de las condonaciones, es una mujer libre de deudas.

Como si los sitiados no hubiesen tenido suficiente, a principios de septiembre se declara la peste. En un primer momento, la enfermedad castiga solo a los barrios pobres y densamente poblados, sin embargo, no tarda en propagarse a las zonas más acomodadas de la villa. Debilitados y sin defensas, los niños y los ancianos constituyen una presa fácil.

La peste pone fin sin piedad al último resto de vitalidad de cientos y después miles de ciudadanos. Calles enteras desaparecen y tras unos días ya no queda sitio en el cementerio, por lo que el ayuntamiento decide dejar los cadáveres en las casas. Solo retira los cuerpos de los que caen fulminados en la calle.

La llamada a la rendición se intensifica. Una delegación de desesperados ciudadanos se dirige al alcalde para obligarlo a entregar la ciudad a los españoles. Por mucho que lo amenacen con recurrir a la violencia, el alcalde Pieter Adriaanszoon van der Werff se niega a capitular. Es uno de los más fervientes seguidores de Guillermo de Orange y uno de sus primeros aliados. Tras la huida del príncipe al Sacro Imperio Romano Germánico, Van der Werff lo ha visitado varias veces en el castillo de Dillenburg para ponerle al corriente de la situación en los Países Bajos y deliberar sobre la resistencia junto con otros rebeldes.

Aunque Van der Werff está en la lista negra del duque de Alba desde el comienzo de la contienda, siempre se ha sentido seguro en Leiden. Entregar la ciudad equivaldría a un suicidio, pero además supondría una derrota en una lucha que lleva abanderando desde hace casi diez años.

Por ello deja muy claro a los ciudadanos que no piensa rendirse. Antes prefiere ofrecer su cuerpo como alimento y morir en libertad, que ver cómo el enemigo toma su hermosa ciudad y cómo pasa a cuchillo a los habitantes.

Sus palabras causan gran conmoción. La imagen de unos españoles asesinos y saqueadores es lo bastante disuasoria para que la delegación, que

ha ido creciendo hasta convertirse en una muchedumbre hambrienta y vociferante, se marche.

-Tienes buen aspecto -le dice Reinier-. Estás un poco más flaca, pero no desnutrida. Me imagino que tienes suficientes víveres, ¿no es cierto?

Reinier pasa casi cada día para charlar con ella e Isabella se da cuenta de lo mucho que la ilusionan sus visitas. Desde que se declaró la peste, apenas sale de casa, ni deja que lo hagan Cathrijne y Agaat, por lo que Reinier es su único contacto con el mundo exterior.

-Pero empiezan a agotarse -le dice preocupada mientras lo precede hacia el salón-. ¿Cuánto más va a durar esto? ¿Por qué no hace nada el príncipe?

-El príncipe está gravemente enfermo. -Reinier deja su sombrero sobre la mesa y se pasea por la habitación, como siempre hace cuando tiene un asunto que debatir-. Esta mañana he hablado con el alcalde Van der Werff. Él mantiene correspondencia con el príncipe a través de palomas mensajeras, pero últimamente no recibe respuestas. Quienes sí envían mensajes son los españoles. Han bombardeado la ciudad con panfletos en los que aseguran que el príncipe ha muerto.

-¿Es eso cierto? -Isabella se asusta tanto, que su rostro palidece-. ¿Es verdad?

-Es lo que están intentando averiguar ahora. Anoche, dos voluntarios lograron salir de la ciudad sin ser vistos para investigar qué hay de cierto en ello. Por lo pronto, el alcalde ha conseguido que no se difundiera la noticia. Ya te imaginarás lo que significaría para la moral si la gente oyera que el príncipe ha muerto.

Isabella se sienta lentamente. Cierra los ojos y se santigua.

-Por favor, que no sea verdad. Supondría el final de todo.

Reinier coge una silla y la coloca muy cerca de Isabella. Se sienta, se inclina hacia ella y entrelaza los dedos. Ella ya lo conoce lo suficiente como para saber lo que implica eso.

-¿Qué pasa? -le pregunta-. ¿Tienes más noticias malas? No sé si quiero oírlas.

-No, no tengo noticias malas -dice Reinier, y tras un instante de silencio añade-: Me preguntaba si habías pensado en mi propuesta.

-¿Y ahora me vienes con eso? ¿Ahora que se ha declarado la peste y todo el mundo se muere de hambre? Esperemos primero a ver si sobrevivimos al asedio.

-Sobreviviremos, los dos. No temas, aunque Leiden se rinda y Valdés suelte a sus hombres en la ciudad, no te pasará nada.

Isabella enarca las cejas sin comprender y, después, en su rostro se dibuja un gesto de incredulidad.

-¿Tienes contactos en el ejército español? ¿Entre los oficiales? ¿Acaso conoces personalmente a Valdés?

Entonces reprime un grito conteniendo la respiración.

-Es eso, ¿verdad? Ese es el verdadero motivo de tu presencia, la razón por la que te has dejado encerrar en la ciudad. Porque en ningún momento has temido por tu vida.

-Estoy aquí para asegurarme de que sobrevivas -le dice Reinier en tono sosegado-. Y, en efecto, conozco personalmente a Valdés. No muy bien, pero me he reunido varias veces con él en Ámsterdam.

-¿Por qué? ¿Qué quería de ti?

-Creo que ya lo sabes. No volvamos a discutir sobre este tema. Ahora no.

Isabella clava los codos en la mesa y apoya la cabeza en una mano. Está mareada. Vuelve a oír a Folkert diciendo que los mercaderes de Ámsterdam han financiado la flota de guerra del conde de Bossu para que atacara a los buques de los mendigos en el lago de Haarlem.

-No lo dirás en serio -le dice con voz ronca-. No has hecho negocios con Valdés. ¿O sí? ¿Le has suministrado los cañones con los que bombardeó Alkmaar, y que ahora rodean nuestra ciudad?

El silencio de Reinier es suficiente respuesta.

-Tienes que verlo como una transacción puramente comercial -dice-. Si el príncipe tuviera dinero, se los habría suministrado a él.

-¿Te has vuelto loco? -grita Isabella-. ¡Por culpa de gente como tú estamos perdiendo esta guerra! ¿Qué será de nosotros cuando los españoles sean los que manden aquí?

-Sinceramente, creo que los Países Bajos no saldrían mal parados si volvieran a encontrarse bajo el gobierno de los españoles. España es un país inmensamente rico, mientras que las arcas del príncipe están vacías. ¿Qué nos

puede ofrecer él? Un país liberado, pero hundido en la miseria, que no puede competir en modo alguno con el extranjero. ¿Cómo quieres salvar tu empresa si la industria del paño ya no logra ponerse en marcha? Todos nos arruinaremos, y solo porque queremos libertad religiosa. ¿De qué sirve eso si por doquier reinan el hambre y la pobreza? Me gustaría saber si los primeros rebeldes siguen teniendo tanta pasión en estas circunstancias. Personalmente, me da lo mismo ir a una iglesia católica o a una protestante, siempre que pueda ganarme el sustento. Y sé que muchas personas piensan como yo. Al menos, en Ámsterdam.

-Pues aquí no -le espeta Isabella-. Me pregunto por qué te dejo entrar una y otra vez en mi vida. Sé cómo eres y cómo piensas, pero siempre me engaño diciéndome que eres distinto. Que en lo profundo de tu ser no eres tan duro e indiferente como aparentas.

A primera vista, sus palabras no parecen afectar en absoluto a Reinier, que incluso sonrío.

-¿Que por qué me admities en tu vida? Quizá porque, en realidad, no somos tan distintos -le dice.

Ella lo mira boquiabierta.

-¡Cómo osas decir eso!

-¿Acaso no es cierto? ¿Cómo calificarías tus transacciones con acreedores hambrientos? Sí, me he enterado. Conozco bien a esas familias. No te lo reprocho, al contrario. Me reí cuando me lo contaron, sonaba a algo que podría haber hecho yo -le dice Reinier-. Y puesto que hablamos del tema, ¿de dónde crees que sacaron su riqueza tu abuelo y su padre? No quiero decir que no se esforzaran, pero ¿crees que perdieron el tiempo pensando en las familias de sus empleados que bregaban como esclavos desde las cuatro de la mañana por dos o tres centavos? Familias enteras, incluidos los niños más pequeños, que trabajaban catorce horas al día para vivir, si a eso se le puede llamar vivir. Y, encima, cuando protestaron, tu abuelo tuvo el valor de acusarlos de ingratos, porque él, al menos, les daba trabajo y un techo bajo el cual cobijarse. Y añadió que sin él morirían de hambre en la cuneta.

-No le faltaba razón -replica Isabella-. Es verdad que esos niños tienen que trabajar desde muy jóvenes, pero así aprenden un oficio temprano. Y eso es mejor que vagabundear y mendigar.

-Así aprenden un oficio temprano -dice Reinier repitiendo sus palabras-.

¡Y que lo digas! La mayoría de los niños apenas tienen cuatro años cuando les ponen una lanzadera en las manos. Luego se pasan años trabajando en la misma posición en el telar. Me imagino que habrás visto sus malformaciones. - Reinier se reclina en la silla y se hurga la suciedad de debajo de una uña-. Cada semana, tu abuelo retenía parte del salario de sus empleados hasta que habían ahorrado ocho florines. Y después, en lugar de darles ese dinero, les entregaba a cambio un trozo de tela. Tanto si la necesitaban como si no; y, encima, la calidad de la tela era deplorable, pues la sacaba de lotes descartados que de todas formas no podía vender. Así mataba dos pájaros de un tiro.

Isabella siente crecer la irritación. Sabe muy bien que Reinier tiene razón, que los tejedores, los bataneros y los tintoreros de Leiden llevan una existencia dura y sin perspectivas, pero ¿qué puede hacer ella?

-Hablas como si fuera culpa mía -le dice indignada.

-No, no es culpa tuya. La explotación se da en todas partes, en todas las ciudades y en el mundo entero. De alguna manera, todos somos culpables. Tú también con tu almacén lleno de grano. Así que no me reproches que comercie con los españoles. Desde el punto de vista moral, no es tan diferente.

Isabella abre la boca para replicarle, pero no tiene la oportunidad, pues Cathrijne entra de pronto en la estancia con el semblante pálido.

-Señora -le dice con voz temblorosa.

Isabella la mira alarmada.

-¿Qué sucede?

-Acabo de ir a ver a Pepijn, señora, porque estaba durmiendo más que de costumbre. Y entonces... entonces vi...

-¿Qué viste? -Isabella se levanta de un salto derribando la silla.

-Pepijn no está bien, señora. Gime y está empapado de sudor. Cuando quise cogerlo, se echó a gritar. -Cathrijne se muerde el labio y rompe a llorar-. Tiene una buba, señora. Una buba morada en la ingle. Tengo miedo de que sea la peste.

54

La buba en la ingle de Pepijn no es grande, pero está muy dura. La piel que la rodea está tensa y brilla como si debajo hubiera una piedra.

-¡Oh, Dios mío! -susurra Isabella.

Cuando Cathrijne le trajo la mala noticia, aún esperaba que se equivocara. Pero ha bastado un vistazo a la hinchazón para dar al traste con sus esperanzas. No es necesario ser médico para constatar que se trata de la peste.

Isabella acaricia el pelo húmedo de su hijo y mira la buba con temor.

-Hay que abrirla. Hay que sacar el pus antes de que reviente. Esa buba todavía no es muy grande, si actuamos rápido, Pepijn tendrá una oportunidad de sobrevivir. Voy a buscar un cuchillo.

Los demás se quedan mirando desde una prudente distancia.

-¿Quieres hacerlo tú? -le pregunta Reinier-. ¿No sería mejor ir a buscar a un médico de la peste negra?

-Mi padre era médico. Lo he visto a menudo hacer incisiones. Y no pienso dejar entrar aquí al médico de la peste negra con sus sucios remedios. Lo haré yo misma.

Isabella sale apresuradamente del cuarto y se dirige a la planta baja. En la cocina coge un cuchillo pequeño y afilado, y se lo lleva arriba. Lo sostiene detrás de la espalda, para que Pepijn no lo vea mientras se acerca a su camita. El pequeño está tumbado de costado llorando y se vuelve hacia ella cuando oye sus pasos. Con palabras tranquilizadoras, Isabella intenta desviar su atención de lo que está a punto de hacer, pero el leve temblor de su voz la delata.

Un forúnculo ya es muy sensible, pero abrir una buba como esta debe de ser terriblemente doloroso.

-Déjame hacer a mí. Tú entreténle -le dice Reinier colocándose a su lado y quitándole el cuchillo de las manos con serena determinación.

Mientras Isabella se inclina hacia su hijo, Reinier abre la buba pestífera con una rápida incisión.

Pepijn chilla de dolor y da un respingo con tal fuerza que casi le da un cabezazo a su madre.

El pus y la sangre salen de la herida sin parar. Aunque Isabella está acostumbrada, pues ha ayudado muchas veces a su padre en la consulta, ahora le cuesta controlar sus emociones.

Con sumo cuidado limpia los fluidos y consuela a Pepijn con palabras cariñosas y sonidos apaciguadores. Y lo consigue, pues el niño se vuelve hacia ella y le tiende los brazos.

Pero aún no ha acabado. Como si estuviera allí a su lado, oye la voz de Andries.

«Se han encontrado escritos árabes de hace tres mil años que indican que allí utilizaban pan mohoso para curar las inflamaciones. Le añadían mucho ajo fresco y con ello hacían una cataplasma con la que cubrían las úlceras y los bubones. Se sabe que el ajo tiene una acción desintoxicante, pero no sé qué contiene el pan enmohecido.»

-Necesito pan mohoso -dice-. Traedme todo lo que podáis encontrar. Y ajo, mucho ajo.

Al día siguiente, el estado de Pepijn parece haber empeorado aún más. Pese a estar cubierto con gruesas mantas, tirita de la fiebre y su piel arde tanto que los paños mojados con los que Isabella le humedece la frente se secan rápido. Tiene sed continuamente y si no duerme, la mira con tal desesperación que ella no se atreve a apartarse de su lado.

-¿De dónde viene esta maldita enfermedad? -susurra Isabella destrozada.

En la habitación flota el pesado olor del vinagre con el que se lava el cuerpo para mantener la peste a distancia. El tufo ácido que la rodea apenas es soportable.

Cathrijne está detrás de ella con una palangana de agua.

-Es el castigo de Dios -le dice temerosa.

-Eso es ridículo. ¿Qué mal ha hecho Pepijn para sufrir un castigo tan

terrible? -pregunta Isabella irritada.

«¿Por qué no me castiga a mí?», piensa después.

-El sacerdote dice que a todos nos llegará nuestro turno, señora -declara Cathrijne con voz temblorosa-. Moriremos todos, uno tras otro. En el barrio de los tejedores casi ya no queda nadie con vida. Una cuarta parte de los habitantes de la ciudad ha perecido ya.

-Cállate -le ordena Isabella-. No quiero saberlo.

-Lo siento, señora.

Isabella suspira. ¿De qué sirve esconder la cabeza en la arena? Todo el mundo conoce la magnitud de la epidemia de peste y ella sabe que no hay escapatoria. Nadie sabe qué hacer para no contagiarse de la enfermedad, nadie sabe cómo curarla. Lo único que pueden hacer es esperar y rezar por la salvación.

-A partir de ahora, nadie saldrá de casa -dice Isabella con firmeza-. ¿Me has oído? ¡Nadie!

-Pero señora, mi familia...

-Si quieres ir con tu familia, no te lo impediré, pero no te dejaré entrar de nuevo. No debemos tener contacto con nadie.

-Sí, señora.

-Ahora déjame sola con mi hijo.

Cathrijne sale de la habitación sin hacer ruido. Isabella está erguida en la silla y mira a su pequeño. Tiene los brazos cubiertos de manchas moradas causadas por hematomas subcutáneos. ¿Duerme? Está tan callado...

Observa con angustia su pecho y ve que la sábana sube y baja de forma apenas perceptible. Le toma el pulso con cuidado. El corazón de Pepijn late, pero muy débilmente.

Con suma lentitud levanta un poco la sábana y observa la buba con una mezcla de fascinación y asco. Ha disminuido de tamaño y, aunque la herida de la incisión se ha curado, el centro de la buba vuelve a estar duro. La piel circundante tiene manchas moradas y negras.

De vez en cuando, la buba segrega un humor acuoso. Isabella no sabe si es buena o mala señal, pero parece menos amenazador que el pus que salía antes.

Pepijn yace inmóvil en su cama, con la cara lívida como un muerto.

«No se salvará», piensa ella. Junta las manos sin pensarlo, se postra junto

a la cama de su hijo y reza. «Dios, no me quites a este niño. Cuando ríe se parece a Susanna, a veces es igualito a mi padre y ya es tan impetuoso como lo era Alida. Sé que no lo quería, pero eso ha cambiado.»

Abre los ojos cuando oye chirriar la puerta. Reinier se asoma y entra en el cuarto.

-¿Cómo está?

Isabella se encoge de hombros. Sin preocuparse de que ella tal vez quiera estar sola, Reinier se arrodilla a su lado. No lo hace para rezar una oración o santiguarse, sino para examinar con la mirada a Pepijn.

-Parece estar mucho mejor. Menos febril y agitado.

-No lo sé. Me temo que lo he perdido.

Reinier la mira de reojo.

-¿Detecto miedo en tu voz?

-Sí, claro que sí. ¿Qué esperabas entonces?

-No lo sé. No hace tanto, su existencia parecía molestarte.

-Es cierto. Pero solo tenía que acostumbrarme.

-Me lo imagino. No debió de ser fácil para ti.

Isabella lo mira con recelo.

-¿Qué quieres decir?

-Solo eso. Un embarazo no deseado nunca es fácil y en tu caso es insoportable.

Isabella no logra articular palabra. ¿Qué tiene ese hombre que es capaz de ver en su interior? Nadie cuestiona su historia sobre el padre de Pepijn, pero al parecer, Reinier no ha creído ni una palabra desde el principio. Bueno, ella no tiene intención de darle explicaciones.

-El padre de Pepijn falleció. Y no quiero hablar más del asunto.

Reinier asiente con un gesto tranquilizador y reconfortante.

-Lo comprendo perfectamente -le dice.

En Leiden reina un silencio ominoso. En la calle ya no se oyen voces, gritos ni risas. Hace tiempo que ya no se oye el traqueteo de las ruedas de los carromatos sobre los adoquines y en su lugar se ha instalado una aterradora calma.

Cada brisa trae el pesado olor de los cadáveres, alternado por el hedor de

la enfermedad y la putrefacción. Pero, aunque Isabella mantenga cerradas todas las ventanas, la pestilencia se cuela por las grietas y ranuras, y se suma al tufo a sudor y pus del cuarto de Pepijn.

Al borde de la extenuación, la joven vela junto a la cama de su hijo, que pasa la mayor parte del tiempo inconsciente. Quiere estar a su lado si muere, no volverá a perder a otro ser querido sin haberse despedido de él.

No es que lo dé por perdido. La peste no siempre equivale a una sentencia de muerte, pues algunos superan la enfermedad. Ella conoce suficientes ejemplos, entre ellos el de su propio padre. Su familia entera murió, pero él se curó sin saber cómo.

Ahora siente su presencia, él la acompaña para velar a su nieto. En las horas más largas y pesadas de la noche, Isabella pasa una esponja por el cuerpecito consumido en un intento por apartar la fiebre. Su padre le habla. Primero, Isabella oye su voz en la cabeza, pero después también en torno a ella. No sabe lo que le dice exactamente, pues está tan agotada que las palabras suenan huecas y deformadas. Pero está segura de que es él y que está aquí, con ella y con Pepijn.

La fiebre de Pepijn baja. Su buba se reduce cada vez más hasta que desaparece por completo y solo queda la cicatriz de la incisión. Ha recuperado el color en las mejillas y la primera vez que le sonríe, Isabella siente ganas de echarse a reír y a llorar al mismo tiempo.

Por su parte, ella ha tenido escalofríos durante todo el día. Deja el cuidado de Pepijn en manos de Agaat y baja para tumbarse sobre los cojines de terciopelo rojo del banco de madera. Debe de encontrarse demasiado cerca del fuego del hogar, pues le arden la frente y las mejillas. Sin embargo, al mismo tiempo, un escalofrío le recorre toda la espalda.

Isabella se lleva la palma de la mano a la frente. Está caliente, muy caliente. La asalta el pánico; se palpa la garganta y la espalda.

Solo tiene las manos frías, eso no significa nada. Hace días que le duele la cabeza. Pero ¿quién no tendría dolor de cabeza después de tantas noches en vela?

Se levanta vacilante. Todo le da vueltas.

-Señora, ¿estáis bien? -pregunta Agaat, que acaba de entrar y la mira con gesto de preocupación.

-Sí, sí, estoy bien -murmura Isabella.

Pero por la noche, en la cama, arde de la fiebre y se cubre con las mantas y la colcha sin dejar de tiritar. ¡Tiene tanto frío! Se palpa el cuerpo con la mano helada.

No puede tener la peste; aparte de fiebre y dolor de cabeza no presenta síntomas. Su mano no encuentra bubones. ¿O acaso aparecen en una fase posterior?

El intenso dolor de cabeza le impide pensar con claridad.

Se percata de que Reinier ha entrado solo cuando lo ve sentado en el borde de la cama.

-Sed -susurra ella.

Él le trae agua con canela, pero ella apenas es capaz de incorporarse debido al dolor de cabeza. Reinier le ofrece apoyo y la ayuda a beber.

-Duerme, te hará bien -le dice en voz baja.

Isabella ya está medio dormida. En algún lugar, en un vacío sombrío, lo oye susurrar:

-¿Tiene bubones?

-No, señor. No he podido encontrar nada.

-¿Tiene las glándulas inflamadas? ¿Podrían salirle bubones?

-No lo sé, señor. He avisado al médico de la peste, vendrá lo antes posible. Si aparecen bubones, tenemos que abrirlos enseguida, como hicisteis con Pepijn.

Sus voces se desvanecen. La puerta se cierra suavemente.

No tiene bubones. No morirá. No hace mucho, creía que ya no quería vivir, pero ahora sabe que no es cierto. Luchará con todas sus fuerzas contra la muerte.

Isabella se echa a llorar, pero se detiene pronto. Cualquier estremecimiento de su cuerpo le provoca dolor, cualquier sollozo cuesta energía. Se queda tumbada de espaldas, en silencio y con los ojos cerrados, torturada por los accesos de fiebre.

Se revuelve agitada. Hace calor. Tanto calor que aparta la sábana. Poco después, los dientes le empiezan a castañetear de frío. Sus músculos se tensan, busca la sábana con la mano, pero no la encuentra. Débilmente, pide auxilio.

Y allí están. En sus sueños febriles saluda con alegría a sus padres. Abraza

a sus hermanas, se abriga con su calor y su amor. Cuando la dejan y se apartan de ella, se echa a llorar y a gritar.

No hay ninguna voz que pregunte lo que quiere, ninguna mano que le brinde ayuda. Es extraño, pues por algún motivo tiene la sensación de no haber estado sola en ningún momento. En los últimos días siempre había una figura borrosa que se inclinaba sobre ella cada vez que tosía o se movía.

¿Adónde se han ido todos?

¿Es la única que sigue viva en esta casa? ¿Acaso los ha contagiado a todos? La oscuridad y el silencio flotan ominosos en torno a Isabella. Aterrorizada, palpa alrededor. Nota el borde de madera de la cama y la cortina de terciopelo.

En la calle oye pasar al guardia nocturno diciendo que son las tres.

Ella quiere llamar a alguien, pero tiene la garganta muy inflamada. Tragar es un suplicio, así que echa la cabeza hacia un lado y deja salir la saliva de la boca. De repente hay alguien con ella que le limpia la saliva de la comisura de los labios, una mano le palpa la frente.

-Duerme -dice una voz masculina dulce y familiar-. No tienes la peste, aunque estás muy enferma. Pero no te preocupes, estoy a tu lado. No me iré.

Debe de haber dormido, aunque no tiene ni idea durante cuánto tiempo. Su cuerpo propaga un olor intenso, un hedor que emana de todos sus poros. Pero ella se siente algo más lúcida y el dolor de cabeza es menos penetrante.

Abre los ojos con cuidado. Es de día, y la luz es tan intensa que le obliga a apartar el rostro. Debido a ese mínimo movimiento, alguien se acerca a ella y se arrodilla junto a la cama.

Isabella parpadea e intenta ver quién es.

-¿Dónde estoy? -musita medio dormida.

-Estás conmigo -le contesta Reinier con una voz cálida y algo ronca-. Estás conmigo y todo saldrá bien.

Delft, septiembre de 1574

Desde el momento en que se enteró de la muerte de sus hermanos, la salud de Guillermo no ha hecho sino empeorar. En el viaje de vuelta a Delft, se derrumbó y fue ingresado con fiebre alta en el hospital de San Sebastián de Róterdam. Allí permanece desde el segundo asedio de Leiden en régimen de aislamiento. Sus médicos no saben cómo tratar su enfermedad y, tras cada examen, deliberan en el pasillo.

-En Breda tenía un buen médico -dice Guillermo con los ojos cerrados cuando los doctores vuelven a entrar-. Andries Griffioen. No he sabido nada más de él, ni siquiera sé dónde vive en la actualidad. -Abre los ojos y se dirige a su secretario, que se mantiene algo apartado-. ¿Quieres intentar encontrarlo, Hubert?

El secretario asiente y se marcha. Al igual que el príncipe, poco le importa que los médicos presentes intercambien miradas dolidas.

Sin embargo, no hay ni rastro de Andries Griffioen. En Breda, lo único que sabe la gente es que se marchó hacia el norte con su familia. Suponen que prefirió no dar más información, en vista de los tiempos de incertidumbre.

En lugar de Griffioen, acude el doctor Pieter van Foreest de Alkmaar para reforzar al grupo de médicos. Van Foreest no tarda en hacer un diagnóstico: fiebre biliosa.

Es un verano cálido y para refrescar el aire caliente y sofocante de la habitación del hospital, Van Foreest ordena extender ramas verdes y húmedas sobre el suelo y prescribe al príncipe escaramujo confitado, jarabe de lima, infusiones de hierbas y pistachos dulces.

Sus hijos piden verlo continuamente, pero, aunque Guillermo también lo desea, no permite que les den acceso a la habitación. Solo Maaiken hace caso omiso a su prohibición y consigue entrar sin ser vista mientras él duerme, pues no quiere dejarlo solo mientras se retuerce debido a la fiebre. En cuanto su padre se despierta, le da algo de beber, le seca la sudorosa frente o le administra los medicamentos.

Después de un tiempo, Guillermo está tan conmovido por sus amorosos cuidados que deja de protestar cuando la ve sentada junto a su cama.

En cuanto se siente algo mejor, le da las gracias a Maaiken y pide que vengan sus demás hijos. Ana, Mauricio y Emilia le traen dibujos, que él admira con devoción. Sin embargo, Maaiken no tarda en pedir a las doncellas que se lleven a los pequeños, puesto que por la mañana se debatirá la situación de Leiden. Los oficiales de Guillermo se reúnen en torno a la cama de su habitación de hospital y lo ponen al corriente.

A petición de Guillermo, Justino también está presente. Le parece buena idea que el muchacho profundice en táctica militar y participe en las deliberaciones.

-¿Cuál es la situación en Leiden? -pregunta Guillermo-. ¿Funciona bien la comunicación con palomas mensajeras?

-Sí, excelencia -le contesta su asesor-. Estamos en contacto permanente con la ciudad. Los habitantes aguantan con valentía y no tienen intención de rendirse.

El alivio borra por unos instantes el cansancio y la expresión atormentada del rostro de Guillermo.

-Muy bien. Decíles a los sitiados que mis pensamientos y mis oraciones van dirigidos a ellos.

En septiembre, cuando se declaran la peste y la hambruna en Leiden, la salud del príncipe empieza a mejorar. Por primera vez soporta tomar alimentos sólidos y la fiebre disminuye. Sin embargo, la extenuante enfermedad ha dañado su cuerpo y cuando por fin se levanta de la cama, se mueve como un anciano. A pesar de todo, Guillermo consagra sus energías a la liberación de Leiden.

A finales de septiembre, se presentan ante él dos jóvenes. Son habitantes de Leiden que han salido de la villa burlando el asedio para saber cuál es el

estado del príncipe. Cuando llegan, Guillermo acaba de retirarse a descansar, pero insiste en recibirlos.

-En Leiden corre el rumor de que habéis fallecido a causa de la peste -dice uno de ellos.

Sostiene la gorra en la mano y es evidente que se siente incómodo de que el príncipe los reciba en este estado.

-Queríamos saber si era cierto, monseñor -dice el otro.

Desliza la mirada por la habitación amueblada con sobriedad y luego hacia la gran cama de dosel, con cortinas de damasco azul y sábanas a juego, que parece engullir por completo el demacrado cuerpo del príncipe.

-Como veis, aún estoy vivo -dice el príncipe sonriendo-. No tenía la peste sino fiebre biliosa, y puedo aseguraros que me estoy recuperando. Decídselo a vuestros conciudadanos, y pedíles que no pierdan los ánimos. Durante un tiempo, no he podido hacer nada por ellos, pero eso va a cambiar. A partir de ahora, la liberación de Leiden será mi prioridad.

Con mano temblorosa escribe unas palabras en un papel provisto de su firma, como prueba de que aún está vivo y, acto seguido, los dos jóvenes salen de la habitación retrocediendo y haciendo reverencias, contentos de haber podido hablar con el príncipe.

Consiguen volver a entrar en Leiden atravesando el encierro español, y llegan al ayuntamiento donde relatan con todo lujo de detalles su conversación con el príncipe.

Esa misma tarde, el alcalde Pieter Adriaanszoon van der Werff hace un anuncio oficial y ordena colgar panfletos por toda la ciudad. ¡El príncipe aún vive y ha prometido venir a liberar Leiden! Es justo lo que necesitan los sitiados para seguir aguantando un poco más.

Guillermo no puede pagar un ejército ni tiene suficientes oficiales a los que entregar el mando, pero dispone de un arma importante: el agua. Alkmaar se salvó gracias a ella, ¿por qué no utilizar una vez más este medio?

Los campesinos de la Holanda septentrional protestan desesperados, pues saben que el agua del mar echará a perder sus tierras y los dejará sin trabajo durante años. Pero Guillermo se muestra inflexible. Les promete una indemnización a los agricultores y ejecuta su plan.

A finales de septiembre de 1574 llega el momento: sus hombres rompen el

dique del río IJssel en dieciséis lugares cerca de Capelle y abren una enorme brecha en la isla de IJsselmonde. A continuación, abren las esclusas y el agua salada anega los campos de Schieland y Delfland.

Luis de Boisot ya está listo con su flota de mendigos, pero las tierras que rodean Leiden están más elevadas, por lo que no puede navegar hasta la ciudad.

Los hombres de Guillermo tienen que romper más diques, en esta ocasión el límite de tierra entre Zoetermeer y Wilsveen, sin embargo, el agua sigue sin elevarse lo suficiente. Los buques de los mendigos intentan zarpar pero se quedan encallados en el fango viendo impotentes cómo Leiden queda justo fuera de su alcance.

En la ciudad sitiada, sus moribundos habitantes se arrodillan en la iglesia para implorar la ayuda divina. Hace ya unos días que se ha anunciado mal tiempo; aguaceros y una tormenta es justo lo que necesitan. El cielo encapotado amenaza lluvia, pero el temporal prometido no llega.

En los últimos días de septiembre de 1574 mueren a diario casi cien personas, ya sea por el hambre o por la peste. Hasta que Dios decide por fin intervenir.

En la noche del 29 de septiembre se declara una tormenta del noroeste durante la marea viva. Los vientos huracanados levantan el agua del mar por encima de los diques rotos y la llevan hacia el polder. De pronto, como impulsado por la mano de Dios, el viento gira empujando el agua en dirección a Leiden. Unas enormes olas con crestas de espuma entran en la ciudad. Como si una gigantesca mano la hubiese sacado del barro, la flota de De Boisot navega con sus velas al viento.

Los mendigos echan el ancla cerca de la ciudad. Por desgracia, siguen sin poder entrar en ella, puesto que los fuertes, en los que se han retirado los españoles para esperar su llegada, permanecen en tierra firme.

Los mendigos no quieren arriesgarse a atacar. Aúnan fuerzas para cavar diversos boquetes en los diques más pequeños. No hace falta mucho más para que se derrumben. Después de abrir unas cuantas brechas, el agua salta por encima, corre por los tejados de las granjas e iglesias anegadas y arrastra consigo los buques de los mendigos que siguen navegando hasta que vuelven a encallar. Este proceso se repite una y otra vez, y Leiden se va acercando. De tanto en tanto se producen escaramuzas con los defensores españoles, pero los

mendigos son ya incontenibles. Con sus propias manos, perforan los últimos diques, hasta el fuerte de Lammen.

En la ciudad, la población espera ansiosa a sus liberadores. No obstante, ya es demasiado tarde para muchos de los sitiados, que mueren mientras esperan la salvación. Luis de Boisot recibe desesperados mensajes de auxilio enviados con palomas mensajeras.

El almirante comprende que no puede permitirse más dilaciones. Si el viento amaina, el agua regresará al mar y su flota quedará indefensa como una tortuga varada en tierra. Decide atacar a la mañana siguiente el fuerte de Lammen.

En la mañana del 3 de octubre, reina la calma en el fuerte. Los habitantes de Leiden suben a las murallas y esperan escuchar sonidos que indiquen que se ha iniciado la batalla; sin embargo, allí donde durante meses se vieron soldados españoles, ahora nada se mueve. Unos cuantos ciudadanos osan salir de la ciudad y se dirigen al fuerte, que se alza inerte a la luz del amanecer.

Titubean. ¿Y si fuera una emboscada?

Uno de los ciudadanos, un joven llamado Cornelis Joppen, se atreve a echar un vistazo. Se acerca en cuclillas al fuerte. Los que quedan atrás lo ven desaparecer detrás de la mole y lo esperan conteniendo la respiración.

Poco después, Cornelis sale agitando los brazos y exclama algo que no comprenden, pero la alegría de su rostro lo dice todo: los españoles se han marchado. Han puesto pies en polvorosa como ladrones en la noche.

Por si acaso, los demás deciden echar un vistazo por sí mismos. Para sorpresa suya, el fuerte está abandonado. Lo único que recuerda la estancia de los españoles es el caldero de cocido que han dejado en el fuego. Los hombres se abalanzan sobre él, lo vacían y luego regresan a la ciudad para explicarle al resto de la población que el enemigo se ha marchado.

La buena noticia es recibida en Leiden con un profundo alivio.

A las ocho de esa mañana, las galeras de Luis de Boisot entran en la ciudad, con las cubiertas llenas de alimentos y mendigos exultantes. Los que todavía pueden caminar los esperan en los muelles y a lo largo de los canales, extendiendo las manos, impacientes por recibir el pan y los arenques que los mendigos reparten.

En su retiro en el convento de Santa Ágata de Delft, Guillermo está

asistiendo con su familia a la misa en la capilla cuando de pronto entra un guardia con una carta en la mano. Sin preocuparse de la conmoción que provoca su llegada, el guardia camina derecho hacia el príncipe y le entrega el mensaje.

Guillermo abre el pergamino y lo lee. Su rostro se contrae de emoción y durante unos instantes cierra los ojos. Luego se levanta del banco en primera fila y entrega la nota al pastor. El clérigo la lee, intercambia una mirada de complicidad con el príncipe y esboza una amplia sonrisa.

-Queridos creyentes, desde este lugar quiero haceros partícipes de una buena noticia -dice emocionado-. Esta mañana temprano, los barcos de los mendigos de Luis de Boisot han entrado en Leiden. Los españoles han levantado el sitio, ¡la ciudad es libre!

56

Leiden, septiembre de 1578

Quien ha estado rodeado durante semanas por la enfermedad y la muerte, quien ha perdido a amigos y familiares, ha visto su vida amenazada y ha presenciado los más grandes horrores solo anhela una cosa: seguir vivo.

Aunque todavía no haya acabado el duelo, ni haya desaparecido el dolor, todos saben que la vida es breve. Si hay un momento en el que queda claro, es después de una catástrofe. Aunque la tierra que cubre las tumbas esté recién cavada, tras un breve periodo de reflexión y de duelo, todos retoman sus vidas. Los viudos buscan una nueva esposa que cuide de su hogar y de sus hijos, las viudas contraen matrimonio tan pronto lo permite la decencia, los huérfanos son acogidos por la familia o en los orfanatos, los panaderos encienden el fuego de sus hornos, los agricultores vuelven a sus tierras y después de un tiempo es como si nada hubiese pasado.

Pero es evidente que Leiden está desmembrada.

En muchas calles crece la hierba, las casas vacías están tapiadas y por doquier se oyen gritos pidiendo mano de obra. Esa llamada de auxilio es oída por un ejército de refugiados que acude en masa a Leiden, ocupa las casas vacías y encuentra trabajo remunerado después de muchos años de pobreza y miseria.

Hoy, Leiden tiene un aspecto muy distinto al de hace cuatro años, cuando Guillermo visitó la ciudad un día después de la liberación. En esta ocasión ya no ve personas demacradas a lo largo de las calles, algo que entonces le desgarró el corazón, y se percata de que ha desaparecido el hedor de la

enfermedad y de la muerte.

Lo que no ha cambiado es el abrumador entusiasmo con el que es recibido. El día tras el levantamiento del sitio, todos lo acogieron con débiles gritos de alegría. Ahora, en otoño de 1578, los habitantes de Leiden aprovechan la ocasión para darle el recibimiento que no pudieron ofrecerle entonces.

«¡Viva el príncipe Guillermo!», se oye por doquier. «¡Viva el padre de la patria!»

En todas las esquinas hay grupos de músicos tocando el *Wilhelmus*, aunque sus voces son ahogadas por el clamor de los ciudadanos en las calles.

La carroza pasa por debajo de un arco de triunfo, y luego otro, mientras Guillermo saluda y sonrío. Las fachadas de las casas se han adornado con tapices y sus moradores se asoman a las ventanas para vislumbrar al príncipe y lanzarle flores.

-No tenía ni idea de que fueras tan popular, Guillermo.

Carlota de Borbón mira por la ventanilla de la carroza, impresionada por el alborozo y el entusiasmo a su alrededor.

El príncipe se vuelve hacia ella con una sonrisa, le coge la mano y le estampa un beso.

-Me alegro de que puedas compartir este momento conmigo, Carlota. ¿Te he dicho ya que te quiero?

Carlota le devuelve una radiante sonrisa. Tiene treinta y un años, catorce menos que Guillermo, con quien contrajo matrimonio hace tres años. La diferencia de edad no importa a Carlota, pues ella ama a su esposo. Desde el principio, él ha sido sincero sobre su mala situación, sus deudas y sus enemigos. Mentir no hubiese servido de nada, ya que Guillermo de Orange es un hombre conocido en el extranjero. Su lucha es seguida en todos los sitios con interés, aunque no siempre reciba apoyo.

En junio de 1575, después de divorciarse oficialmente de Ana de Sajonia, Carlota y él contrajeron matrimonio en la Iglesia Mayor de Den Briel. No fue una boda fastuosa, él le había advertido de antemano a Carlota que no podía permitirse muchos lujos. El banquete y las celebraciones fueron costeados por el alcalde y los concejales de Den Briel que, con innegable espíritu práctico, ofrecieron al príncipe y a su esposa una vajilla como regalo de boda.

Entretanto, Carlota le ha dado dos hijas, Luisa Juliana e Isabel, y está embarazada de su tercer hijo.

Guillermo mira con cariño cómo su joven esposa se asoma a la ventanilla, sonrío y saluda con la mano a la muchedumbre. Sigue sintiendo intensamente la ausencia de sus hermanos, pero gracias a Carlota la vida vuelve a ser soportable. Ella le ha aportado la estabilidad familiar que Guillermo tanto anhelaba, es cariñosa con los hijos nacidos de sus anteriores matrimonios y su presencia le hace confiar en que pueden ser felices. Ahora están realizando un periplo que los lleva a recorrer las ciudades del noroeste del país.

Desde que Leiden fuera liberada han sucedido muchas cosas. Tras las derrotas de Alkmaar y Leiden, el gobernador don Luis de Requesens se mostró dispuesto a negociar. En marzo de 1575 se iniciaron en Breda las negociaciones de paz, que arrancaron esperanzadoras pero desembocaron en una decepción.

Aunque ambas partes consiguieron ponerse de acuerdo sobre la retirada de las tropas españolas de los Países Bajos, Guillermo descartó con rotundidad la exigencia de Requesens de que se prohibiera la fe protestante. Los españoles se pusieron de nuevo en pie de guerra antes incluso de que la negociación fracasara oficialmente. Conquistaron las islas zelandesas de Schouwen y Duiveland, tomaron la villa de Oudewater cerca de Utrecht y masacraron a la población, como habían hecho en Malinas, Zutphen y Naarden. Con la diferencia de que, en lugar de asesinar a las mujeres y muchachas apresadas y violadas, las vendieron como criadas en el dique del IJssel.

La localidad de Schoonhoven se rindió poco después de que se oyeran los primeros cañonazos, y así consiguieron que se perdonara la vida de la población; después les llegó el turno a Leerdam y a Zaltbommel.

Esta última villa, que desde el principio había elegido el lado de Guillermo, que lo había recibido con los brazos abiertos cuando quiso visitar a sus hermanos poco antes de la fatídica batalla, y que lo acogió y consoló en aquellos difíciles días, también se salvó gracias al agua. Después de unos días de lluvias torrenciales y una fuerte subida del nivel del agua, los españoles abandonaron el asedio.

Desde entonces, poco ha cambiado. Hace dos años que falleció Requesens, pero su muerte no trajo la solución que todos esperaban. Los españoles siguen dominando el sur, Frisia y Groninga, mientras que las

provincias de Holanda y de Zelanda están firmemente en manos de Guillermo.

El príncipe tiene un vínculo especial con Leiden. Aunque estuviera enfermo, al día siguiente de la liberación partió de inmediato de viaje hacia la famélica ciudad y se aseguró personalmente de que los víveres se distribuyeran de forma equitativa. El reencuentro con su aliado Pieter Adriaanszoon van der Werff resultó emotivo. Los dos hombres, demacrados y afectados por un sufrimiento que había dejado huellas visibles, se estrecharon la mano mientras se daban palmaditas en el hombro.

En aquel momento, Guillermo decidió conceder a Leiden la recompensa sobre la que llevaba algún tiempo reflexionando: una universidad propia. En aquel entonces, la universidad más cercana era la de Lovaina. Un centro de enseñanza superior en Leiden sería de gran valor para la ciudad.

Entretanto, la villa ya cuenta con su flamante universidad, que está ubicada en el convento de Santa Bárbara y, por supuesto, Guillermo visita el edificio.

El resto de la tarde transcurre con todo tipo de festividades. Se pueden ver cuadros vivientes y representaciones al aire libre. En el ayuntamiento, el consistorio le regala quinientos litros de vino del Rin.

Como suele acontecer cuando un soberano o un miembro de la alta nobleza visitan la ciudad, se le ofrece un alojamiento adecuado a su condición. Leiden no tiene castillo, por lo que el patriciado ha tenido que buscar una solución.

Una de las más acaudaladas familias de mercaderes, que tiene una preciosa casa junto al canal Rapenburg, se siente honrada de acoger al príncipe y a su esposa.

Van der Werff acompaña personalmente al príncipe y a la princesa a la casa de la familia Benningh.

-Excelencia, noble dama, os presento al señor Reinier Benningh, mercader y pañero -dice el alcalde cuando se encuentran en el salón de la elegante casa-. Señor Benningh, os presento al príncipe y a la princesa de Orange-Nassau.

El saludo no es en absoluto rígido, pues en los últimos años, Guillermo se ha identificado con su pueblo.

Saluda al señor Benningh, dándole un cordial apretón de manos. Es un hombre alto y apuesto de aspecto envidiablemente sano. El pequeño de rizos negros que se esconde detrás de él es su vivo retrato. Aunque también se parece a la señora Benningh, que se ve algo pálida al lado de su esposo. Su

visita parece impresionarla mucho; ella lo mira como si estuviera a punto de decir algo, pero se mantiene en silencio hasta que le toca el turno de ser presentada.

-La señora Isabella Benningh -dice Van der Werff haciendo un elegante gesto hacia Isabella.

Guillermo examina a la joven con atención. Ella hace una grácil reverencia y cuando vuelve a erguirse, él la mira a los ojos. Son de color gris claro, y de alguna manera le resultan familiares.

Guillermo frunce el ceño.

-Quizá me conozcáis mejor como Isabella Griffioen, monseñor -le dice la joven con dulzura.

Ese nombre le evoca de inmediato recuerdos. Guillermo ve claramente ante sí a su antiguo médico, el hombre que ahuyentó la peste de su acantonamiento, que no pudo evitar la muerte de su primera esposa, su querida Ana, y de su primogénita, pero que logró curar las enfermedades de sus otros hijos. Un hombre con quien mantuvo largas conversaciones sobre medicina antigua saboreando una copa de vino, hasta que el destino los separó. También recuerda a su esposa, Lideweyj. Una hermosa mujer de la que él se enamoró siendo joven y por la que sigue sintiendo respeto porque, pese a responder a sus sentimientos, eligió a su marido antes que a él.

Isabella Griffioen se parece a su padre. El príncipe recuerda el parecido que tenían ambos cuando ella era aún una niña, pero ahora es como si tuviera ante sí a una variante femenina de Andries.

-¡Vaya! -exclama él una vez repuesto de su asombro-. ¡Mira que volver a encontrarnos aquí! ¿Cómo están vuestros padres? He intentado ponerme en contacto con vuestro padre, pero parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

No se le escapa que Isabella intercambia una rápida mirada con su marido. Carlota también se da cuenta de ello.

-Quizá debemos dejar eso para más tarde -dice esta poniendo la mano sobre el brazo de su esposo y esbozando una sonrisa de comprensión hacia Isabella.

-Gracias, majestad, no os preocupéis. Vuestro esposo conoció bien a mis padres, tiene derecho a saber qué fue de ellos.

Isabella titubea. A pesar de sus palabras, le resulta difícil explicar lo que

les sucedió a sus padres y a sus hermanas. No tanto por su propia tristeza, que lleva grabada en el corazón, sino por el príncipe, cuyo rostro refleja el dolor en cada arruga y cada surco.

Resume su historia en una sola frase.

-Mis padres y mis hermanas murieron en Naarden.

Son palabras que evocan imágenes de atrocidades que no es necesario describir.

Guillermo se queda mudo y se recupera con dificultad del golpe.

-Lo siento más de lo que puedo expresar -dice por fin-. Pero ¿vos estáis bien?

-Sí -asiente Isabella-. Estoy bien.

Se miran, ambos leen en los ojos del otro que no quieren permanecer mucho tiempo sumidos en ese dolor. La tristeza no tiene por qué nombrarse explícitamente, se reconoce en la mirada del otro.

-Y ¿quién es este jovencito? -pregunta Guillermo amablemente mirando al niño que está entre Isabella y Reinier.

-Soy Pepijn, excelencia -dice el niño, orgulloso de haber pronunciado sin trabarse la difícil palabra que ha estado practicando.

-Pepijn, qué nombre tan bonito -exclama Guillermo admirado-. ¿Y qué quieres ser de mayor, Pepijn? ¿Ya lo sabes?

-¡Sí, excelencia! Seré soldado en vuestro ejército y echaré a todos los españoles del país -exclama el niño rebosante de orgullo.

Los mayores se echan a reír. Guillermo alza la copa que le ha entregado un sirviente.

-Creo que podemos brindar por esto -dice-. Por la libertad, sin importar lo mucho que debemos luchar por ella.

Isabella, Reinier y la princesa Carlota cogen una copa de la bandeja y brindan con él.

-Por la libertad -repiten.

Y en el corto silencio que se hace entonces, se oye tan solo el tintineo de sus copas.

EPÍLOGO

Los holandeses del siglo xvi tuvieron que esperar mucho tiempo la llegada de la paz. La lucha contra los españoles, que pasaría a la historia como la Guerra de los Ochenta Años, abarcó el periodo de 1568 a 1648.

Tras la muerte de don Luis de Requesens se inició una época confusa en la que se fueron sucediendo los gobernadores, sin que se lograra salir del punto muerto en el que se encontraban España y los Países Bajos. Ninguno de los dos países disponía de los recursos financieros necesarios para seguir reclutando soldados y haciendo la guerra. Los soldados españoles, que llevaban tiempo sin percibir la paga, se amotinaron y se entregaron al pillaje.

En noviembre de 1576, ello provocó la destrucción de Amberes. Después de un taimado ataque, los españoles asesinaron y saquearon durante dos días, dejando tras sí ocho mil víctimas.

El Edicto Perpetuo de 1577 no logró la reconciliación que todos esperaban. El gobernador don Juan de Austria rompió el acuerdo tomando la ciudadela de Namur y declarando que a partir de aquel momento los holandeses solo debían obedecer sus órdenes. Los Estados Generales reaccionaron destituyéndolo.

Tras dudar durante años en quien confiar, los Países Bajos se sumaron definitivamente al bando de Guillermo de Orange. El príncipe fue nombrado oficialmente estatúder por los Estados Generales, lo que significaba que actuaba como lugarteniente del soberano. Solo Ámsterdam se mantuvo leal al rey Felipe. No obstante, en 1578, la ciudad acabó sumándose al bando del príncipe.

La caída de Amberes tuvo grandes consecuencias para el norte del país, sobre todo para Leiden. Durante el asedio de esta ciudad, seis mil personas - es decir, una tercera parte de sus habitantes murieron a consecuencia del

hambre y de la peste. Su lugar fue ocupado por refugiados de Amberes.

Los tejedores del sur trajeron consigo sus conocimientos de nuevas técnicas de tejeduría, lo que para Leiden supuso el inicio de un enorme crecimiento.

Tras su matrimonio con Carlota de Borbón, Guillermo de Orange conoció un periodo de felicidad. Durante los siete años que duró su matrimonio, Carlota le dio seis hijas. Falleció en 1582, y un año más tarde, el príncipe volvió a casarse con Luisa de Coligny, de veintisiete años, hija de Gaspar de Coligny, con quien Guillermo tuvo un solo hijo: Federico Enrique.

El príncipe residía con su familia en Delft en el antiguo convento de Santa Ágata, al que se le había dado el nombre de Prinsenhof (Corte de los Príncipes).

Mientras tanto, Felipe II había declarado a Guillermo fuera de la ley, lo que provocó una curiosa decisión por parte del gobierno holandés. En 1581, los Estados Generales se reunieron en el Binnenhof de La Haya y decidieron que ya no reconocerían a Felipe como legítimo soberano.

No obstante, el brazo de Felipe era muy largo. Hizo un llamamiento para asesinar al príncipe de Orange y fue oído. El 10 de julio de 1584, Balthasar Gérard, un ferviente católico, consiguió entrar en el Prinsenhof. En el momento en que Guillermo de Orange abandonaba el comedor y se disponía a subir las escaleras, Gérard salió de su escondite y le disparó tres veces en el pecho. El príncipe murió en el acto. Tenía cincuenta y un años de edad.

A Balthasar Gérard también le llegó su fin. Después de ser apresado, fue torturado durante cuatro días. Los concejales ordenaron que le chamuscaran la carne y se la separaran de los huesos, lo destriparan y le sacaran del pecho el corazón aún palpitante, y finalmente lo decapitaran. Después, su cuerpo fue descuartizado por caballos.

Habían conseguido satisfacción, pero no por ello fue menor el duelo que vivieron los Países Bajos por su querido príncipe.

A Guillermo de Orange le sucedió Mauricio, el hijo que tuvo con Ana de Sajonia, como estatúder de Holanda y Zelanda. El muchacho solo tenía diecisiete años, pero su primogénito, Felipe Guillermo, no era una opción, pues seguía estando retenido por el rey Felipe en la corte española.

Mauricio resultó ser una buena segunda elección. Poseía todas las cualidades para suceder a su padre. Sobre todo tenía talento para la estrategia. Estudió las técnicas de combate de los antiguos romanos y la manera en que organizaban sus legiones. Con estos conocimientos luchó con éxito contra los españoles. Los echó de las provincias ocupadas y los obligó a retroceder hacia la frontera.

Su hermanastro, Justino de Nassau, que había sido nombrado almirante de Zelanda, lo apoyó lealmente en la lucha.

En 1598, Felipe II fallecía después de haber transferido el poder a su hija Isabel y al esposo de esta, Alberto de Austria. Ambos siguieron con la guerra con ayuda del brillante general italiano Ambrosio Spínola.

Aunque ambos eran dignos rivales, Mauricio de Orange acabó alzándose con la victoria al derrotar al ejército español en la batalla de Nieuwpoort en 1600.

En 1609, se firmó un alto el fuego provisional, la Tregua de los Doce Años. La paz trajo tranquilidad y una tímida recuperación de la prosperidad, pero, por increíble que parezca, una vez pasado el plazo acordado, las partes enfrentadas reanudaron la guerra.

Pese a los éxitos, Mauricio también sufrió derrotas. En 1625, perdió Breda ante las tropas de Spínola, lo que supuso un duro revés. Aquel mismo año falleció Mauricio, y le sucedió su hermanastro Federico Enrique.

El hijo menor de Guillermo de Orange, nacido de su matrimonio con Luisa de Coligny, poseía el mismo talento militar que su hermano, aunque era algo más agresivo.

Federico Enrique combatió a los españoles por tierra y por mar. Hombres como Piet Hein y Maarten Harpertszoon Tromp cosecharon grandes éxitos en su nombre y se hicieron con la flota española de las Indias.

Finalmente, España, que también estaba en guerra con Portugal, tuvo que abandonar la lucha. En 1648, ambos países firmaron la paz. Los Países Bajos salieron reforzados: como una unidad en lugar de como una serie de provincias independientes que rivalizaban entre sí. Una nación que navegaba por los océanos, orgullosa de las banderas naranja y roja, blanca y azul, y del himno nacional que sigue cantándose hoy en día.

AGRADECIMIENTOS

Diversas personas me han ayudado de forma espontánea y desinteresada en el trabajo de documentación para Nieve roja en diciembre.

Así, Hans de Kievith, del Depósito Arqueológico de Breda, me facilitó información y mapas. Peter Hofland me ofreció una visita guiada por el Prinsenhof de Delft y me mostró el despacho de Guillermo de Orange. En la biblioteca van Bussum pusieron a mi disposición libros sobre Naarden y los alrededores cuando les expliqué que venía a documentarme.

Mención aparte merece el testamento de Boudewijn Feelinck que redactó Harry de Raad del Archivo Regional de Alkmaar a partir de testamentos existentes del siglo xvi.

Por supuesto, también quiero dar las gracias a mi marido Wim, que viajó por toda Holanda para visitar todos los lugares y museos que yo debía ver. Y a Sylvia Beljon por leer y corregir la primera versión del manuscrito.

Sería imposible enumerar todos los libros que he consultado durante mi investigación, pero las siguientes obras me resultaron de tal ayuda que creo mi deber mencionarlas:

Willem de Zwijger (Guillermo el Taciturno), de Henriëtte L.T. De Beaufort; Hutspot, haring en wittebrood: tien eeuwen Leiden en de Leienaars (Cocido, arenque y pan blanco: diez siglos de Leiden y sus habitantes), de D.F.H. de Boer et al.; Het Geuzenboek (El libro de los mendigos), de Louis Paul Boon; Buren, Egmont en Oranje. Over heren, graven en prinsen (Buren, Egmont y Orange. Sobre señores, condes y príncipes), de Thera Coppens; Een kleine geschiedenis van Amsterdam (Una breve historia de Ámsterdam), de Geert Mak; Van Bourgondië tot Barok (De Borgoña al barroco), de J. de Rek; Met vliegende vaandels en slaande trom (Con las banderas al viento y el tambor sonando), de C.M. Schulten y Aan het hof van Willem van Oranje (En

la corte de Guillermo de Orange), de K. Vetter.

Sin estos libros, no habría podido escribir de la misma manera Nieve roja en diciembre.